UN BESTSELLER DEL **SUNDAY TIMES**

Heidi Swain

Poppy y su receta para la vida

Un feelgood de Nightingale Square

JENTAS

Poppy y su receta para la vida

Poppy y su receta para la vida
Título original: Poppy's Recipe for Life
© Heidi Swain, 2019. Reservados todos los derechos.
© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Maribel Abad Abad

ISBN: 978-87-428-1299-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

This edition is published by arrangement with Simon & Schuster UK Ltd. through International Editors and Yañez Co.

A Emma Capron
con amor y agradecimiento

Prólogo

Estaba acurrucada en el sofá, retocando la receta de cebollitas en vinagre y soñando con prepararla en mi nueva cocina de Nightingale Square, cuando sonó mi móvil. No era la primera vez que interrumpía mi velada, así que lo cogí, dispuesta a decirle a mi mejor amiga, Lou, que estaba segura de que celebrar Halloween en el *pub* no era la mejor forma de prepararme para embalar todo lo que tenía en mi piso.

—No he cambiado de opinión —anuncié sin comprobar primero quién llamaba—. Colin y tú tendréis que arreglároslas sin mí.

Solo faltaba una semana para la mudanza y no podía arriesgarme a perder mi valioso tiempo de embalaje con la resaca de algún cóctel asqueroso.

—¿Poppy?

—¿Mamá? —Me incorporé de un salto, y mis notas y tarjetas de recetas se esparcieron por todas partes. Le eché un vistazo a la pantalla.

—¿Poppy? —volvió a sonar su voz.

—Sí —dije—. Estoy aquí.

—Bien, porque necesito hablar contigo. Es urgente.

Se me encogió el corazón. Mamá y yo no teníamos el tipo de relación en la que nos manteníamos al tanto de la vida de la otra. De hecho, no teníamos una relación en la que nos mantuviéramos al día de nada en absoluto. Su llamada era totalmente inesperada, y sabía por experiencia que no llamaba para charlar de cosas intrascendentes. Solo esperaba que no se tratara mi hermano.

—Es Ryan.

Mi corazón se desplomó. Desde que Tony, el padre de Ryan, se divorció de nuestra madre tres años atrás, me había preguntado cuánto tiempo sería capaz de aguantar. Tony seguía muy presente, pero, como mamá carecía por completo de instinto maternal, siempre me había parecido cuestión de tiempo que la bomba adolescente cargada de testosterona estallara.

—Ha sacado unas notas sorprendentes en secundaria —dijo, para mi sorpresa—, y ahora está preparándose el acceso a bachillerato.

Tal vez la urgencia no era nada de lo que preocuparse, después de todo.

—Pero no estoy segura de que vaya a ser capaz de seguir así —continuó—. De hecho, sé que no lo es.

Ya estábamos. Preparada para el impacto...

—Lo que pasa, Poppy —continuó, sonando más quejumbrosa con cada palabra—, es que no puedo permitírmelo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes permitírtelo? —la corté en cuanto percibí el problema.

—Bueno —dijo—, nos mudamos en junio, después del último examen de Ryan.

El anuncio no me molestaba. Ya se había mudado otras veces sin decírmelo, hasta que me veía obligada a enviarle un mensaje de texto cuando la tarjeta de cumpleaños de

Ryan aterrizaba en mi felpudo con la inscripción «Devolver al remitente». Si no hubiera escrito mi propia dirección en el reverso, jamás lo habría averiguado.

—Ahora estamos en las afueras de Wynmouth.

No me lo esperaba. Wynmouth estaba en la costa norte de Norfolk y a solo una hora más o menos de mi zona de Norwich. De repente, estaba demasiado cerca para mi gusto.

—Lo siento —dije, forzándome a centrarme en sus palabras en lugar de en su incómoda proximidad—, pero no veo cómo el hecho de que vivas cerca de Wynmouth significa que Ryan no pueda permitirse estudiar.

—Se ha matriculado en el instituto de Norwich y tiene que desplazarse todos los días, y no es solo eso, también está el material que necesita y el dinero para los viajes, por no mencionar el portátil que tendrá que comprarse para estar al tanto de todo. Tiene que ser uno específico, por lo visto.

—Pero seguro que Tony pondrá de su parte —dije sin rodeos.

Nunca antes había eludido sus responsabilidades como padre. No creo que le hiciera mucha ilusión que mamá hubiera trasladado a Ryan tan lejos, pero no era de los que tenían un berrinche por algo así.

—El testamento de Tony aún no se ha resuelto —respondió mamá con la misma brusquedad—. Parece ser que han surgido complicaciones...

—¿El *qué* de Tony?

—Su testamento —dijo, esa vez más alto.

No había dicho nada.

—Ya sabes —continuó, como si yo no supiera lo que era un testamento—, el documento legal que reparte tus bienes terrenales cuando mueres. Céntrate, Poppy.

—¿De verdad me estás diciendo que Tony está muerto? —Se me entrecortaba la voz.

—Sí —dijo, con un deje de frustración—. Tuvo un infarto después de Pascua y nunca se recuperó. Por eso nos mudamos, para ayudar a Ryan a seguir adelante.

No creí ni por un segundo *que ese* fuera su motivo para hacer las maletas, pero no era el momento de mencionarlo. Todavía me daba vueltas la forma casual en que había introducido la muerte de Tony en la conversación.

—Ryan dijo que te avisaría —continuó.

No tenía ni idea de por qué dejó que esa sombría tarea recayese en él.

—Pues no lo hizo —tartamudeé.

—Me pareció un poco extraño que no vinieras al funeral.

—Pero ¿no tan extraño como para que pensaras en llamarme?

Ignoró la pregunta.

—Pero ya está hecho. —Suspiró como si la situación la hubiera agotado—. Solo estamos esperando a que llegue el dinero. El dinero de Ryan —se apresuró a corregir—. Si es que lo hay, claro. Pero, mientras tanto, me preguntaba si habría alguna posibilidad de que nos ayudaras a salir del paso. De que ayudaras a Ryan, quiero decir.

Odiaba la idea de que Ryan tuviera que renunciar a su educación, con lo que debía haberle costado seguir adelante, así que no me permití pensar en por qué había estado tan a tiro de piedra de mí las últimas semanas sin decírmelo. Ahora la pelota estaba en mi tejado e iba a tener que enmendarlo. Quería enmendarlo.

Cogí un trozo de papel para apuntar los datos bancarios de mamá, deseando haber salido con Lou después de todo. Un cóctel asqueroso era probablemente lo mejor para tratar la conmoción.

Capítulo 1

El invierno decidió coincidir con mi estado de ánimo, y durante semanas la ciudad se vio atenazada por las garras de lo que los medios de comunicación llamaron «otra Bestia del Este». Tras haber tenido que aparcar mis planes de mudarme a mi querida Nightingale Square, había evitado en lo posible el lugar, así como el jardín comunitario y a Kate, la encantadora propietaria de la casa que yo tanto había deseado alquilar.

En lugar de añorar lo que había perdido, me centré en intentar tender puentes con mi hermano, pero mi entusiasmo por reavivar nuestra relación no fue correspondido. De hecho, Ryan se había negado a quedar todas las veces que se lo había propuesto, y limitó la comunicación entre nosotros a mensajes de texto ocasionales y alguna que otra llamada entrecortada y muy breve. No me había dado las gracias por el dinero y yo no me sentía cómoda mencionándolo.

***

—¡Poppy! —me llamó Harry, mi jefe, una tarde a principios de marzo—. ¡Cliente!

Se había producido un cambio repentino en el clima desde que el calendario pasó de febrero a marzo, y no podía estar más agradecida por la reaparición del sol. No solo porque se acercaba el buen tiempo, sino también porque Greengages Grocers, la tienda en la que había trabajado desde que dejé la universidad hacía seis años, volvía a estar llena.

—Ya voy —respondí, cerrando el portátil.

Harry me había pedido que estudiase la posibilidad de que Greengages dejara de utilizar plástico. Los clientes le preguntaban cada vez más, y me consideraba la persona más indicada para averiguar si era una opción viable para su negocio. Yo había aprovechado cada minuto libre para investigar la idea y estaba entusiasmada con lo que había encontrado hasta el momento. No iba a ser de la noche a la mañana, pero parecía factible a largo plazo.

—Oh —dije al salir del almacén y entrar en la tienda.

Esperaba encontrar a Harry empantanado en trabajo, pero solo había un cliente.

—Kate. —Tragué saliva—. ¿En qué puedo ayudarte?

Me anudé el lazo del delantal y miré a todas partes menos a ella. Seguía sintiéndome incómoda por haberla dejado tirada con tan poca antelación, sobre todo porque sabía que los inquilinos que había contratado a toda prisa habían resultado ser menos que ideales.

—Espero poder ayudarte yo a ti. —Sonrió, acariciando la cabeza de su bebé, Abigail, que estaba cómodamente acurrucada en un fular de tela sobre su pecho—. Se trata de la casa.

Sentí que el calor subía a mi rostro.

—He oído que tus inquilinos volvieron a dar una fiesta tremenda el fin de semana pasado —le espetó Harry.

Mis mejillas enrojecieron aún más. Si me hubiera mudado cuando debía, la bonita propiedad de Kate no habría tenido que soportar a los inquilinos del infierno.

—Sí —dijo con un suspiro—. No me sorprende que el otro nuevo residente de la plaza no quiera tener nada que ver con ninguno de nosotros.

No conocía al tipo, pero sabía que se había mudado justo antes de Navidad y se había empeñado en mantener su puerta bien cerrada. No era de extrañar, teniendo en cuenta quiénes eran sus vecinos más cercanos. El resto de los residentes de Nightingale Square eran encantadores, pero su primera impresión del lugar estaba lejos de haber sido impresionante.

—No debe ser fácil para ninguno de vosotros vivir al lado de gente así —dijo Harry antes de desaparecer por el almacén.

—¿Supongo que todavía no ha visitado el jardín? —pregunté, encontrando por fin la voz.

Sabía que, si me hubiera mudado a la plaza como estaba previsto, nunca me habría ido de allí. De hecho, había sido una de las principales razones por las que tenía tanto interés en comprar la propiedad. La idea de utilizar todos esos productos frescos en mis recetas de encurtidos y conservas aún me aceleraba el corazón, pero ya era demasiado tarde.

—No —dijo Kate—. Ni siquiera ha pisado los terrenos de Prosperous Place.

Prosperous Place era la mansión victoriana situada frente a Nightingale Square en la que Kate vivía con su pareja, Luke, su hijastra Jasmine y su precioso bebé, Abigail. También era donde se encontraba el jardín.

—A decir verdad, es un viejo gruñón —continuó en voz baja—. Es muy reservado y tienes suerte de que te salude siquiera entre dientes... Pero no es de él de quien quería hablarte, Poppy —prosiguió cuando Abigail empezó a revolverse.

—Vale —dije.

—Como he dicho, se trata de la casa. —Kate sonrió, meciendo a su bebé—. Y, por favor, no pongas esa cara de preocupación cada vez que lo menciono. Seguro que tenías tus razones para cambiar de opinión el año pasado.

Bueno, era mi madre quien las tenía, pero Kate no necesitaba saberlo.

—Solo quería decirte que está disponible de nuevo. Los inquilinos del infierno se han ido.

Sus palabras eran música para mis oídos, pero la melodía no estaba bien afinada. Gracias a la incapacidad de mamá para cuadrar su presupuesto, ahora disponía incluso de menos dinero en el banco que antes.

—Está en un estado lamentable —continuó Kate—, pero ya no están y eso es lo único que me importa. No hay nada que una limpieza en profundidad no pueda arreglar, y quería que fueras la primera en saberlo. Quería ofrecértelo.

Sacudí la cabeza. Ojalá hubiera empezado a ahorrar de nuevo, pero ni por un segundo se me habría ocurrido que la casa estaría disponible tan pronto.

—Eres muy amable —dije con tristeza—, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que

ha pasado desde que te dejé tirada, pero me temo que no puedo aceptarlo.

—¿Tienes algún otro sitio en mente? —Kate frunció el ceño.

—No —le dije—, no, no es eso. Es que no puedo permitírmelo. Con la fianza y todo, no estoy en disposición de mudarme a ningún lado ahora.

La vida sencilla que me esforzaba por llevar era perfecta a mis ojos, pero, en raras ocasiones como esta, un pequeño colchón en el banco habría sido más que bienvenido.

—Oh, santo cielo —dijo Kate, sacudiendo la cabeza—. Lo siento, Poppy. No me estoy explicando muy bien.

—Ah, ¿no?

—No —dijo riendo—. Lo que debería haber dicho es que quiero *que* te la quedes *tú* y que no pienso volver a recurrir a la inmobiliaria, no después del fiasco por el que ya he pasado. Me encanta esa casita y quiero que se mude alguien que la aprecie tanto como yo.

—Pero ¿qué pasa con la fianza y todo eso?

—Eso no me preocupa —dijo Kate, desdeñando la mención al dinero—. Prefiero asegurarme de que tengo el inquilino adecuado antes que preocuparme por la fianza.

—¿En serio?

—De verdad —sonrió—. Por favor, dime que te la quedarás. Puedes mudarte en cuanto la haya limpiado y sacado brillo.

***

—Muy bien —exigió Lou cuando, más tarde ese mismo día, quedé con ella y con nuestro otro amigo, Colin, en su librería de la carretera—, ¡desembucha, Pops! He cerrado la tienda antes de lo previsto, así que, tengas lo que tengas que contarnos, más vale que la pérdida de clientes merezca la pena.

—¿Debería cerrar yo también? —sugirió Colin, paseando la vista por la oscura y polvorienta tienda que había heredado de su tío el año anterior, junto con un pequeño y fornido *bulldog* francés llamado Gus.

—No creo —dijo Lou, frunciendo el ceño—. No parece que te vaya a entrar una avalancha de clientes justo ahora, Col, ¿verdad?

La tienda de Colin no podía ser más diferente del vibrante emporio retro, Back in Time, que Lou había abierto en año nuevo. En su local nunca faltaban al menos tres visitantes, ni siquiera en lo peor del invierno, y rara vez se iban con las manos vacías.

—Sería muy raro —resopló Colin—. La verdad, he olvidado el significado de la palabra «avalancha». Hoy ha entrado un total de una persona. ¡Una!

—¿Y ha comprado algo? —pregunté, cogiendo a Gus en brazos y acariciándole las sedosas orejas; mientras, Lou se dispuso a preparar unas tazas de café instantáneo en la improvisada zona de cocina del despacho de Colin.

—No —dijo Colin, ruborizándose—. Solo querían preguntar una dirección.

Miré la carita de Gus. Parecía tan triste como su nuevo amo. Estaba segura de que ambos seguían echando de menos a su querido tío Alowishus. No entendía cómo el viejo

se había mantenido en el negocio y temía por el futuro de lo que ahora era la tienda de Colin.

—Ay, Colin —dijo Lou en modo mamá gallina. Un papel que adoraba, por cierto—. Esto no puede seguir así.

—Lo sé —dijo Colin, ayudándola con la bandeja del café y mirándola con ojos de adoración—, sé que no puede ser.

—Pero —dijo Lou, completamente ajena a sus cariñosas atenciones—, hoy no podemos preocuparnos de eso. Estamos aquí por Poppy, ¿recuerdas? Por favor, no me digas que tu madre ha vuelto a las andadas, Pops.

—No —dije—, esto no tiene absolutamente nada que ver con ella. Aunque —sonreí al pensar en el mensaje que le había enviado a Ryan, en el que le sugería que viniese a visitarme ahora que iba a tener más espacio—, lo que tengo que contaros podría significar que por fin puedo recuperar la relación con mi hermano.

Los dos se miraron y se encogieron de hombros mientras yo daba un sorbo a mi bebida.

—Kate ha venido a verme hoy al trabajo —les dije, negándome a permitir que el amargo sabor del café barato agriara el momento—. Me ha vuelto a ofrecer su casa y he dicho que sí. Por fin me mudo a Nightingale Square.

Capítulo 2

Nunca había entendido lo que significaba estar en una nube, pero las dos semanas siguientes fueron todo un ejemplo. Kate había insistido en que podía visitar la casa todas las veces que quisiera antes del gran día, pero yo llevaba tanto tiempo soñando con ella que no hacía falta. Y más importante todavía: ¡no había tiempo!

Tenía tanto que hacer que no paraba, y a medida que se acercaba el día de la mudanza, me iba dando cuenta de que, al final, la llamada de mamá no había resultado ser tan desastrosa. Sí, puede que me hubiera pasado el invierno albergando sentimientos no muy positivos hacia ella, aunque sabía que mi dinero había ido a parar a una buena causa, pero ¿había un momento mejor que la primavera para mudarse?

El cambio de residencia me brindó la oportunidad de hacer la última limpieza a fondo y, aunque había disfrutado mucho viviendo encima de Greengages y le agradecía a Harry aquella oportunidad, estaba lista para abrirme a algo nuevo y seguir adelante.

El cambio flotaba en el aire y yo estaba encantada de formar parte de él. Harry se estaba preparando para adoptar la filosofía sin plásticos, mis nuevas tarjetas de recetas estacionales volaban de las estanterías de la tienda tan rápido como podíamos imprimirlas y, por lo que pude deducir de la misteriosa petición de Lou a mediados de semana para quedar con ella en el *pub*, tenía algo guardado en la manga para Colin. Sabía que no sería lo que él esperaba, pero aun así estaba deseando oírlo.

The Dragon era el pequeño *pub* que mis amigos y yo habíamos frecuentado durante más años de los que me gusta mencionar. Era un lugar apartado, de techo bajo, fresco en verano y acogedor en invierno, la mezcla perfecta entre el Caldero Chorreante de Rowling y el Poni Pisador de Tolkien.

—Toma —dijo Lou, haciéndome gestos para que me acercara en cuanto abrí la puerta —, ya te he pedido una bebida.

—Gracias —dije, y me dejé caer en un asiento en nuestra mesa de siempre junto a la puerta—. Necesito un trago.

—¿Has terminado de hacer la maleta?

—Casi. —Asentí, bebiendo de la refrescante y amarga cerveza que elaboraba la cervecería artesanal regentada por el *pub*—. Solo me falta terminar un par de chorradas.

Lou asintió y saludó a Colin, que había entrado con un reticente Gus a cuestas.

—El muy tonto no quería salir de la tienda —dijo, acomodando al perro bajo la mesa —. Os juro que cada vez está más deprimido.

—¿Los perros pueden deprimirse? —pregunté, y me agaché para estudiar la expresión triste de Gus.

—Míralo —dijo Colin.

—Mmm —concedí—. Entiendo lo que quieres decir.

Con la cabeza apoyada sobre las patas, Gus resopló y cerró los ojos.

—Bueno, ¿dónde está el fuego? —preguntó Colin a Lou—. Has dicho que era urgente. Lo de la mudanza sigue en pie, ¿no, Poppy?

—Sí —le dije—, no te preocupes.

Claramente, él estaba tan desinformado acerca de las intenciones de Lou como yo.

—Y bien, ¿qué pasa? —le preguntó.

—Bueno —dijo ella, respirando hondo y extendiendo las manos sobre la mesa—. He estado pensando en tu tienda, Colin.

—Vale —dijo, cauteloso.

—Hasta el nombre es una tontería —anunció—. Reading Room, la Sala de Lectura. Suena terriblemente victoriano.

Me removí en el asiento; no sabía cómo iba a reaccionar Colin. Podía ponerse muy a la defensiva sobre su legado.

—Ya veo —dijo.

—A decir verdad —prosiguió Lou—, estoy segura de que el lugar tenía el mismo aspecto en la época de Dickens.

Eso era cierto. Las estanterías eran oscuras, altas e imponentes, y estaban tan abarrotadas que solo permitían pasar una pizca de luz hasta el fondo de la tienda. Si hubiera sido una librería de anticuario, la imagen habría sido perfecta, pero Reading Room tenía libros contemporáneos y una sección infantil, y sabía que Colin quería animar a los jóvenes lectores. Al menos, si consiguiera que cruzaran el umbral.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir —dijo Lou, no sin malicia— es que dentro de un año, puede que menos, tendrás que cerrar si no haces algo pronto.

Colin se lo pensó, pero no la contradijo.

—¿Qué sugieres? —le pregunté.

Era obvio que tenía algo en mente.

—Quiero darle un cambio de imagen al local —sonrió con los ojos iluminados por la emoción— y quiero que tú, Colin, pienses en un nombre nuevo.

—¿Qué le pasa a Colin? —murmuró.

—No para ti, idiota —se carcajeó Lou—, para la tienda, claro.

—¿Qué te parece mi idea de reformar la tienda de Colin? —preguntó Lou mientras recorría mi piso, que se vaciaba rápidamente, con las manos en las caderas.

—Me encanta —le dije con sinceridad—. Creo que es una gran idea.

—Me alegro de que digas eso —asintió, lanzándome una de sus expresiones de «*ya sabía yo*»—, porque, por alguna razón, sigue titubeando y a este paso lo va a dejar hasta que el asunto no tenga remedio.

—Venga ya, por favor, no me digas que está con lo del cambio de imagen otra vez —resopló Colin cuando, al entrar resollando, pilló el final de nuestra conversación—. He dicho que me lo pensaré y eso estoy haciendo.

Lou seleccionó una pesada caja de cartón del pequeño montón que quedaba y la empujó hacia sus brazos extendidos.

—Solo intento ayudar, ¿sabes? —le dijo, con su característico mohín en sus labios manchados de carmesí—. Solo quiero que tu negocio prospere, Colin.

—Ya lo sé, Lou —dijo, sacudiendo la caja para agarrarla mejor. Su tono se suavizó al mirarla—. Pero, en serio, si tengo que oír hablar del tema, aunque sea una sola vez más hoy...

—De acuerdo —cedió—, ya me callo. Pero no puedes aplazarlo mucho más.

—Venga —dije, interponiéndome rápidamente entre ellos mientras mis ojos hacían un último barrido por las habitaciones, ahora casi vacías—, sigamos. Cuanto antes salgamos de aquí, antes podréis volver a trabajar.

—Y no olvides que nos prometiste una comida —gritó Colin por encima del hombro —. Esperaba volver a probar tu *piccalilli* pronto, Poppy.

—¿Hola? —dijo Lou con una risita infantil—. ¿Hay algo que queráis contarme?

El pobre Colin se puso colorado y volvió a centrar su atención en las escaleras, y yo le clavé a Lou la esquina de la caja en la espalda.

—¡Oye! —gritó—. Ten cuidado. Ya sabes que este vestido es *vintage*.

—En realidad, estaba bastante orgullosa de cómo me quedó la última vez —suspiré, pensando en el *piccalilli*—. Estaba tentadoramente ácido con la cantidad justa de crujiente.

De verdad, había sido la perfección hecha *piccalilli*; esperaba poder hacer otra tanda igual de exquisita en cuanto hubiera montado mi nueva cocina y desempaquetado mis preciosas ollas y sartenes.

—Casi he terminado de preparar la tarjeta con la receta, Colin —le dije cuando salimos de la escalera trasera de la tienda y nos asomamos al sol primaveral—. Si quieres, te guardo una para que puedas cocinártela tú.

Con lo rápido que volaban las tarjetas de la tienda, pronto tendría que aumentar el número de las que imprimía. Estaban resultando tan populares que esperaba que, para finales de año, todo el vecindario estuviera haciendo sus propios encurtidos y conservas con sus cosechas, además de utilizar los productos locales que teníamos en la tienda.

Ahora que la mudanza era una realidad, por fin me había permitido el lujo de entusiasmarme con la idea de incorporar la fruta y la verdura del huerto comunitario en mis platos. La idea de utilizar productos en cuyo cultivo había participado era emocionante; además, también había gallinas en el huerto. Quizá podría volver a probar mis habilidades con la repostería, seguro que no podían haber empeorado, ¿no?

—Gracias, Poppy —dijo Colin—, aunque, si no te importa, paso de cocinar. Prefiero comerme lo que haces tú. La liaría mucho si me pusiese a pelar y picar en casa.

—Yo también —asintió Lou.

Esto no era bueno. Iba a tener que conseguir que esos dos se animaran a preparar sus propios platos, de lo contrario, nunca tendría la despensa abastecida.

—Bueno, ya veremos —dije, lanzándole a Lou las llaves de su vieja furgoneta, que aquel día hacía las veces de camión de la mudanza—. Estoy segura de que os gustaría si os pusierais a ello y no os preocuparais tanto por el desorden.

Colin parecía dudoso.

—Tal vez. —Lou sonrió ante su mirada aprensiva—. Es decir, sería la oportunidad perfecta para meter a Colin en uno de esos delantales florales que acabo de recibir, ¿no?

Colin puso los ojos en blanco.

—Da igual —dije—. ¿No sería mejor que nos fuéramos? Se nos va a pasar la mañana.

—Sí —coincidió Colin—, tengo que volver a la tienda.

—¿Tienes miedo de perder a tu único cliente del día? —se burló Lou—. Ojalá pudieras atraer a más lectores, Col. De verdad que necesitas...

—Un cambio de imagen, un club de lectura y un nuevo nombre —replicó él con un sonsonete.

—Un club de lectura —murmuró Lou—. ¿Por qué no se me había ocurrido?

—Te dije que lo pensaría todo —dijo Colin por enésima vez—. Y lo estoy haciendo.

Lo único que necesitaba era un poco más de tiempo para aceptar la idea, pero Lou estaba dispuesta a espabilarlo en un tiempo récord. Yo no podía evitar pensar que, si ella lo dejara tranquilo, él se mostraría más dispuesto.

—Hablaremos de ello por el camino —dijo con una sonrisa, poniéndose al volante y girando la llave—. ¿Seguro que te parece bien irte a pie? —me preguntó mientras aceleraba para mantener el motor encendido.

—No pasa nada —le dije. Después de todo, solo era un paseo corto—. Voy a devolverle la llave del piso a Harry y luego os alcanzo. El aire fresco me sentará bien; además, necesito un poco de pan. Nos vemos allí.

El día de abril era maravillosamente cálido y, conforme la furgoneta de Lou desaparecía de mi vista, alcé el rostro hacia el sol, agradecida por que el penetrante aguijón del invierno hubiera desaparecido por fin. Mis planes para mudarme a Nightingale Square el otoño pasado se habían visto inesperadamente frustrados, sí, pero se me había vuelto a presentar la oportunidad y tenía la intención de aprovecharla con todas mis fuerzas.

—¿Lo tienes todo listo entonces, cielo? —preguntó Harry cuando abrí la puerta de Greengages—. ¿Has metido todas tus cosas en la furgoneta de Lou?

—Sí. —Fruncí el ceño—. Hasta la última caja. No es mucho para más de dos décadas de vida, ¿verdad?

No me había dado cuenta antes, pero no había acumulado muchas posesiones materiales durante los pocos años que había vivido encima de la tienda.

—Bueno, yo no me preocuparía por eso —rio Harry mientras se disponía a reponer las cajas de verduras frescas de temporada—. Pronto lo compensarás, ahora que tienes más espacio que llenar. Aunque —añadió con una sonrisa irónica—, conociéndote, me atrevería a decir que estarás más interesada en nuevos cacharros para hacer mermelada y tarros de cristal que en las fruslerías que les gustan a la mayoría de las mujeres.

Por supuesto, tenía razón. La perspectiva de comprar una nueva cacerola para hacer mermelada me aceleró el pulso más de lo que se considera recomendable en una mujer de veintimuchos años.

—Ahora que lo dices... —empecé, y Harry se rio con más fuerza.

No sé cómo me las habría arreglado sin él en los últimos años, pero tampoco sé cómo se las habría arreglado él sin mí. Harry acababa de enviudar cuando yo entré en escena y pronto se convirtió en mucho más que mi jefe; siempre estuvo dispuesto a ayudarme, desde el mismo instante en que rompí a llorar durante mi entrevista, después de que me

señalara, con mucha razón, que estaba sobrecualificada para el puesto. Creo que esperaba recibir solicitudes de estudiantes que habían abandonado los estudios y no de alguien que había abandonado la carrera. Para cuando acabó la tarde, los dos habíamos llorado, pero habíamos creado un vínculo y nuestra amistad ya era eterna.

—En serio —dije, y tragué saliva al entregarle las llaves del piso—, gracias por todo.

Harry no quiso oír ni una palabra y desdeñó mi agradecimiento con un bufido.

—Sé que insistes en que harías lo mismo por cualquiera que estuviera en apuros —continué a pesar de todo—, pero me has hecho sentir *alguien*. Alguien que de verdad cuenta. No he tenido mucha gente en mi vida que se haya molestado así por mí.

Los ojos de Harry se pusieron un poco llorosos, pero yo no pensaba callarme. La tienda estaba casi vacía y puede que no volviera a tener la oportunidad de decírselo. No es que fuera a dejar mi trabajo además del piso, pero sabía que Harry haría todo lo posible para evitar escucharme cantar sus alabanzas, y estaba decidida a hacerle saber lo agradecida que le estaba por haberme acogido bajo su ala cuando yo estaba tan desesperada por no tener que volver a casa.

—Tú —le dije— eres mi familia.

Asintió y se enjugó los ojos con las palmas de sus viejas y callosas manos.

—Lo sé —graznó.

—Y Ryan, por supuesto —añadí enseguida, pensando en mi escurridizo hermano.

El pobrecillo había sido siempre el último en el que pensábamos desde el día en que fue concebido. Si conseguía que apareciera, esperaba tener la oportunidad de hacerlo sentir tan bien consigo mismo como Harry me había hecho sentir a mí.

—¿Y tu madre? —aventuró Harry.

—Oye —dije severamente, tratando de no imaginar cómo era la vida de Ryan soportándola, sobre todo ahora que no tenía a Tony para escapar—. No vayamos por ahí, ¿vale? Se supone que hoy es un gran día.

—Lo siento. —Harry aguantó la bronca con una sonrisa pesarosa.

Le di un rápido abrazo y salí al sol primaveral. Como siempre, percibí el reconfortante aroma del pan recién horneado de la panadería Blossom's Bakery incluso antes de abrir la puerta.

—¡Poppy! —me llamó Mark, que ahora iba a ser mi vecino además de amigo—. ¿Cómo va todo? ¿Has deshecho las maletas? ¿Ya estás lista para recibir visitas?

—Dale un respiro a la pobre —rio Blossom—. Tú mismo has dicho no hace ni diez minutos que Lou acababa de dirigirse a la plaza en su furgoneta.

Miré a Mark y enarqué las cejas.

—Puede que haya estado echando un ojo. —Se sonrojó.

—No le he sacado ni un pan en toda la mañana —lo regañó Blossom de buen humor.

—Oh, no, va a ser como vivir al lado de Miss Marple, ¿verdad? —gemí—. No podré moverme de casa sin que alguien fiche mis entradas y salidas.

—¡No tienes ni idea! —Mark soltó una risita—. Y, si te crees que yo soy malo, espera a que Carole empiece con sus payasadas de vieja del visillo. Entonces sabrás lo que es la policía vecinal.

Por suerte, ya sabía lo que me esperaba y, para ser sincera, me gustaba la idea de vivir

tan cerca de unos vecinos que se cuidaban los unos a los otros.

—De todos modos —dijo Mark con un guiño—, yo que tú no me preocuparía demasiado por eso. No serás el único centro de atención, al menos hoy.

—¿Qué quieres decir?

—¡Cliente! —gritó Blossom.

Esperé a que terminara de servir y volví a preguntarle qué había querido decir.

—Ha llamado Neil —dijo—. Hoy trabaja desde casa, pero no puede concentrarse.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

Neil, el marido de Mark, llevaba su propio negocio desde casa y tendía a estar demasiado comprometido con su trabajo. No podía imaginarme que tuviera problemas para concentrarse cuando sus tareas lo llamaban.

—¿Qué le ha pasado a nuestro oasis de calma para reclamar su atención? —pregunté —. Sabes que solo me mudo porque ahora vuelve a haber mucha paz. Bueno —añadí—, por eso y por el jardín comunitario, claro.

—Por lo visto —me confió Mark, apoyando sus mangas de camisa cubiertas de harina en la encimera, acomodándose para un buen cotilleo—, no eres la única que está moviendo trastos hoy.

—¿Quieres decir que alguien se va de la plaza? —dije con la voz entrecortada.

—No —rio Mark—. ¿Quién en su sano juicio querría irse?

Tenía razón. El lugar era perfecto. Bueno, lo era ahora que los antiguos inquilinos de Kate se habían pirado.

—Tu vecino —confió Mark—, el señor Gruñón. Se está instalando. Por fin está poniendo algunos muebles.

—¿No tenía?

Mark negó con la cabeza.

—El día que se mudó tenía poco más que alguna maleta y un par de cajas. Ninguno de nosotros ha entrado, por supuesto, con lo desgraciado que es, pero por lo que podemos apreciar, el lugar debe ser bastante espartano. Desde luego, no ha tenido ninguna entrega importante. No hasta hoy, claro.

Sentí bastante lástima por la casa y su actual ocupante. Los vecinos agradables y preocupados eran una cosa, pero que examinaran tus bienes mundanos era demasiado. Me pregunté si el intenso interés podría explicar su beligerancia, o si tal vez su mal humor había sido alimentado por la falta de comodidades en el hogar, así como por la gente ruidosa que había estado justo al lado.

—¿Por qué querría alguien pasar el invierno en una casa vacía? —reflexioné.

—Ni idea. —Mark se encogió de hombros.

—Quizá tener cosas nuevas lo anime —sugerí.

Mark me lanzó una mirada fulminante.

—Bueno —dije—, esperemos que la furgoneta de Lou no se interponga en su camino. Lo último que quiero es provocar problemas antes de haber enchufado la tetera.

—Ojalá pudiera estar allí para verlo —dijo Mark con el ceño fruncido—. Esperaba vivir alguna emoción, y ahora todo pasa el mismo día y no voy a estar para verlo.

A todas luces, se tomaba muy a pecho aquella situación tan insatisfactoria.

—A menos que te despida por holgazanear en el trabajo —retumbó la voz de Blossom desde más allá del mostrador—. Si te echo, Mark —dijo—, puedes irte a casa con Poppy y no perderte nada.

—Entendido —dijo él, corriendo hacia ella para darle un abrazo de reconciliación, que ella no pudo rechazar—. Pero bueno, ¿qué querías, Poppy? —dijo, serio—. ¿Has venido a comprar algo o solo a meterme en problemas?

Con el pan que había ido a buscar y algunos pasteles de nata que no había comprado, me dirigí a la plaza. No tenía mucho que descargar, pero no era justo dejar que Colin y Lou hicieran todo el trabajo duro.

—Mándame un mensaje cuando veas al señor Miserable, ¿vale? —llamó Mark—. ¡Neil piensa que es todo un bombón!

Sin duda, la vida iba a ser divertida con Mark y Neil como vecinos. Mientras paseaba, me imaginaba reuniones improvisadas, tanto en el jardín como en el bonito parque frente a nuestras casas. Barbacoas, cervezas y largas tardes soleadas se desplegaban ante mí, y no podía esperar para lanzarme a la vida en la plaza.

Sin embargo, mi feliz burbuja de imaginaciones idílicas no duró mucho, ya que apenas había puesto un pie en la plaza cuando la dulce voz de Lou llegó a mis oídos. No sonaba contenta, no; no sonaba contenta en absoluto.

—Pero ¿por cuánto tiempo más? —la oí gritar—. No eres el único que tiene demasiadas cosas que hacer, ¿sabes?

Esas ocupaciones de las que hablaba era nuevas para mí, pero claro, tal vez se refería a que ella y Colin tenían que volver a sus tiendas. Lou me vio y se acercó corriendo.

—¡Mira esto! —gritó mientras el hombre con el que había estado «hablando» se retiraba al interior de su casa—. ¿Has visto alguna vez algo tan egoísta?

La situación distaba mucho de ser ideal. Mi vecino tenía un enorme camión de reparto y una furgoneta delante de su casa. Ambos bloqueaban completamente la carretera y, como resultado, la pequeña furgoneta de Lou no podía pasar.

—Le he dicho que es una calle de sentido único, así que no puedo dar la vuelta por el otro lado, pero dice que no puede hacer nada.

—Bueno, no puede dejar que bloqueen así la carretera —dije mientras Colin se acercaba para unirse a nosotras—. No es seguro.

—Exacto —intervino Lou—, ¿y si tienen que pasar los servicios de emergencias?

No parecía muy probable, pero tenía razón.

—No creo que... —comenzó Colin, pero Lou lo miró y se calló.

—Iré a hablar con ellos —dije, tendiéndoles las bolsas de Blossom—. ¿Por qué no buscáis la tetera y la ponéis? Kate me ha mandado un mensaje antes para decirme que hay leche fresca en la nevera.

Lou no parecía muy dispuesta a ceder, pero, en cuanto Colin mencionó los pasteles de nata que había visto en una de las bolsas, lo siguió hasta mi puerta y yo me dirigí a la de al lado a ver qué podía hacer. No quería que mi primer encuentro con mi nuevo vecino fuera conflictivo, así que moderé el tono.

—¡Hola! —llamé a través de la puerta principal, que estaba un poco entreabierta.

El vestíbulo olía a humedad y había un aire general de abandono en el lugar, pero tal

vez las cosas mejorarían por fin con los muebles nuevos.

—¡Hola! —grité un poco más alto—. Soy Poppy. Hoy me mudo a la casa de al lado.

—¡Ya le he dicho a tu engreída novia que mis repartidores van tan rápido como pueden! —bramó una voz de hombre desde una de las habitaciones de arriba.

Me pregunté si este era el tipo que Neil ya había decidido que era un «bombón». Si lo era, entonces iba a tener que ser nada menos que un dios romano con forma humana para equilibrar su tono beligerante. No es que su apariencia fuera a tener mucho impacto en mí. Yo era de determinar el atractivo de alguien más por su personalidad y la forma en que trataba a los demás que por su aspecto y, de momento, este tipo me estaba pareciendo muy feo.

Abrí la boca para disculparme por interrumpir en lo que obviamente era un día estresante, pero no tuve la oportunidad.

—No puedo hacer nada hasta que terminen, ¿verdad? —volvió a rugir—. ¡Tendréis que esperar!

Estaba claro que no se iba a molestar en bajar a presentarse y yo no tenía intención de cruzar su umbral para arriesgarme a que me gritara de cerca. Sabía que instalarse en un lugar nuevo podía ser estresante, pero no tenía por qué dejar que lo que él estaba viviendo arruinara mi experiencia. De hecho, estaba bastante tranquila con mi mudanza. O lo había estado.

—Siento haberte molestado —volví a llamar, disipando las trazas de sarcasmo que sentía infiltrarse en mi voz—. Iba a preguntarte si querías tomar el té con nosotros mientras esperamos, pero te dejo.

Capítulo 3

Tal y como sospechaba, no había necesidad de montar el drama ni de liarse a gritos. Según mi experiencia, la mayoría de las veces no era así. Lou vio a los repartidores salir de la casa de al lado, pero fui yo quien se apresuró a hablar tranquilamente con ellos, ya que ella aún estaba demasiado afectada por su encuentro con el supuesto «bombón».

—¿Podríais dar una vuelta a la plaza? —sugerí, después de explicarle al conductor que se suponía que estaba de mudanza—. Así, mi amiga podría pasar con su furgoneta.

—No hace falta, cielo —dijo el tipo, que agitaba un gran manojo de llaves—. Ya hemos terminado. En cuanto hayamos recogido los envoltorios nos iremos.

—Estupendo —sonreí, aliviada de que la situación se hubiera resuelto con tanta facilidad.

—Siento si te hemos retrasado —dijo, mirando hacia la casa—. ¿Has hablado con el miserias?

Solo podía estar refiriéndose a mi vecino.

—Lo he intentado —dije—, pero me ha echado antes de que pudiera ofrecerle siquiera una taza de té.

—Ya está —dijo—. Ojalá hubiera sabido que lo habías ofrecido, porque él no lo ha hecho, aunque he silbado *Polly, pon la tetera a hervir* al menos tres veces.

No pude evitar reírme. Nos dispusimos a seguir charlando, pero el señor Gruñón empezó a gritar de nuevo.

—¿Os vais a deshacer de este plástico de burbujas o qué? —gritó desde algún lugar del interior de su casa.

Sonaba como un oso en su cueva, uno muy cascarrabias, y esperaba que ese tono agresivo no fuera su configuración por defecto. En general, yo era una persona despreocupada que llevaba una vida sencilla y lo menos estresante posible, y no me apetecía mucho tener un vecino cercano que fuera propenso a dar la lata y a gritar lo que se le antojara.

—Será mejor que suba —dijo el tipo—, cuanto antes nos lo quitemos de encima, mejor.

Pensé que «oso» le pegaba más que «bombón».

Lou, Colin y yo no tardamos mucho en sacar las cajas de la parte trasera de la furgoneta y colocarlas en las habitaciones correspondientes. Como era de esperar, la mayoría de mis cosas iban destinadas a la cocina, pero no las desempaquetaría hasta que no le hubiera dado un buen fregoteo a la habitación.

Cuando Kate me ofreció la casa por primera vez, pensó en contratar los servicios de un equipo de limpieza profesional, pero yo le dije que me encantaría hacerlo yo misma, y entre las dos llegamos a un acuerdo. Yo me encargaría de limpiar y arreglar la casa, y ella no me exigiría el primer mes de alquiler. La limpieza siempre me había parecido sorprendentemente terapéutica, así que para mí era una situación en la que todos salíamos ganando.

Me había propuesto volver a tener la casa a punto para el fin de semana, que coincidía con el puente de Pascua. El sábado estaba prevista una fiesta en el jardín de Prosperous Place y quería tener mi lista de tareas vacía para entonces, para poder relajarme y disfrutar, además de echar una mano con la cocina y los preparativos.

—Desde luego, esa no es mi idea de lo que deberían ser unas vacaciones de primavera —dijo Lou, refunfuñando, mientras rebuscaba en mi gran caja de productos de limpieza ecológicos después de haberle explicado mis planes—. ¿Por qué no limpiaste antes de mudarte? Habría tenido más sentido. Ahora tienes que trabajar con todo esto por en medio.

No era propensa a las supersticiones, pero ya había elaborado mis planes cuidadosamente antes, y habían sido saboteados, por lo que esta vez no había querido crear lazos con la casa por si algo salía mal. En mi opinión, la espera había merecido la pena.

—No estoy precisamente inundada de cajas —señalé—. No tardaré mucho.

—¿Y estás segura de que no quieres que te ayudemos? —preguntó Colin, sacudiendo mi nuevo plumero por los estantes más altos de la cocina y desprendiendo una pizca de polvo—. Lou ha dicho que tenía el delantal perfecto para mí.

—No —le dije—, gracias por la oferta, pero puedo arreglármelas. De hecho, me hace ilusión.

Sus caras eran un cuadro.

—Nunca había tenido una casa entera para mí sola —les recordé—. Todo este espacio solo para mí es un lujo.

El piso de encima de Greengages rozaba más lo claustrofóbico que lo acogedor, y estaba deseando llenar todas las habitaciones.

—Pero antes de que vuelvas al trabajo —le dije, despejando un espacio en la mesa, y la rocié con mi espray antibacteriano casero—, te había prometido unos bocadillos de *piccalilli*, ¿no?

Comimos sentados en una manta en el parquecillo y lo bajamos todo con más té y los últimos pasteles de nata.

—¿Te vienes luego al *pub*? —me preguntó Lou, mientras Colin la ayudaba a ponerse en pie y ella se quitaba las migas de la falda del vestido.

—Esta noche no —dije, estirando los brazos por encima de la cabeza y moviendo el cuello de un lado a otro para liberar la tensión—. Igual mañana.

Recogí la bandeja vacía del almuerzo, le di la espalda a la cueva del oso y luego despedí a mis amigos con la mano antes de cerrar la puerta principal y explorar cada una de las habitaciones de mi nuevo hogar.

El resto del día pasó sin que me diera cuenta, hasta que un rugido de mi barriga me alertó de que tenía que empezar a pensar en la cena. Me asomé a la ventana del dormitorio y vi que la plaza no tenía tráfico. El camión y la furgoneta de reparto hacía tiempo que se habían ido y todo era como me lo había imaginado. Respiré despacio, aliviada de que mis planes de mudarme aquí solo se hubieran frustrado temporalmente, y entonces vi a Kate y a otra vecina, Lisa, que se dirigían hacia mí. Les di un golpecito en

la ventana y las saludé con la mano antes de bajar a dejarlas pasar.

Esperaba abrir la puerta principal y ver a la pareja allí de pie, pero lo que me encontré fue una pared de brillantes flores primaverales con un par de esbeltas piernas asomando bajo ellas.

—¡Sorpresa! —gritó Kate, riendo, mientras bajaba las flores atadas a mano y se asomaba por encima—. Bienvenida a Nightingale Square, Poppy.

—Dios mío —reí, cogiéndole las flores—. Muchas gracias. Son preciosas. No recuerdo la última vez que alguien me regaló flores.

Lo cual era muy triste, porque resultaban ser una de mis cinco cosas favoritas en todo el mundo. Sé que podría habérmelas regalado a mí misma, pero no era lo mismo, ¿verdad?

—Son todas del jardín de Prosperous Place —explicó Kate con orgullo—, así que no ha habido que irse al quinto pino para traerlas hasta aquí, que sé que es como te gustan las cosas.

Estaba claro que Kate había comprendido muchas cosas de mí en el poco tiempo que hacía que nos conocíamos. En la medida de lo posible, yo era una entusiasta de las compras locales y de temporada, otra de las razones por las que tener el huerto comunitario justo en la puerta de mi casa me atraía tanto.

—Pasa —dije, abriendo más para dar la bienvenida a mi nueva casera—. Pondré esto en agua y volveré a poner la tetera. La he tenido encendida todo el día.

El hermoso ramo de flores estaba compuesto sobre todo por diferentes variedades de narcisos, y también había mucha vegetación fresca y vibrante. Era la primavera dulcemente perfumada en un jarrón. O tres tarros, para ser exactos. Nunca había tenido un jarrón. Me parecía un desperdicio comprar uno cuando todas las semanas me dedicaba a enjuagar y reciclar botellas y tarros.

—Ya está —dije, apartándome para admirar los arreglos antes de preocuparme por encontrar el mejor sitio para lucirlos—. Perfecto.

—Precioso —coincidió Kate.

—¿No estaba Lisa contigo cuando has cruzado el parque? —pregunté, apenas recordando—. ¿O he confundido las flores con ella?

—Se ha pasado un momento por la casa de al lado —explicó Kate, reprimiendo un bostezo mientras removía el té.

Esperaba que se refiriera a Harold, el anciano que vivía al otro lado de mi casa, y no al señor Gruñón.

—¿Sigues durmiendo poco? —pregunté, sin duda diciendo una obviedad.

Kate solía estar tan llena de energía que era fácil olvidar que tenía que cuidar de la pequeña Abigail y de su hijastra, Jasmine.

—No tanto como me gustaría —admitió—, pero cada vez es más fácil.

—¿Y Heather?

Heather y su marido, Glen, vivían en la primera casa de Nightingale Square, y ella, Lisa y Kate se habían hecho muy amigas desde la llegada de Kate. Heather no solo tenía que ocuparse de Evie, su hija pequeña, sino también de dos gemelos de seis meses, James y Jonah. Lisa tenía tres hijos, y a menudo el jardín parecía una guardería más que

un lugar donde relajarse con una copa de vino al final del día, pero eso formaba parte de su encanto común.

—¿Te dice algo la palabra «dentición»? —Kate hizo una mueca.

—Ah. —Puse un gesto de dolor ante la idea de lidiar con tres pares de mejillas sonrosadas en lugar de una—. Ella y Glen deberían comprar un cargamento de paracetamol y de mordedores para bebé.

—Se lo digo de tu parte —rio Kate, justo cuando la puerta principal se abría y volvía a cerrarse—. Aquí está Lisa —añadió con un guiño—, irrumpiendo como de costumbre. Que sepas que tendrás que cerrar con llave esa puerta si quieres mantenerla fuera.

—Maldito ignorante —despotricó Lisa conforme entraba en la cocina y me abrazaba, antes de dar un paso atrás y tomar mi cara entre sus manos—. Bienvenida a Nightingale Square, preciosa, y buena suerte con ese vecino gilipollas.

—Gracias —dije, inflando las mejillas cuando por fin las soltó—. ¿Té?

—Sí, por favor, y mejor que tenga un poco de azúcar para endulzarme de nuevo.

—Supongo que no te ha invitado a un café y a charlar un rato —dijo Kate.

—No —respondió Lisa con un resoplido—, desde luego que no.

—No da una buena impresión, ¿verdad? —sonreí—. Ni la primera ni ninguna.

—No, desde luego que no —repitió Lisa—, pero Neil tiene razón, menudo bombón.

Me sorprendió que Lou no hubiera hecho ningún comentario sobre el supuesto buen aspecto de mi vecino —ella lo había visto más de cerca que yo—, pero sin duda aún estaba demasiado enfadada por la forma en que le había hablado como para darse cuenta de su aspecto.

—Otro bombón, ¿eh? —musité—. ¿Cómo te las arreglas con dos tan cerca, Lisa?

Arrugó la nariz y bebió un sorbo del té ligeramente azucarado.

—Luke es impresionante —dijo, y Kate puso los ojos en blanco—, pero ya me he acostumbrado a él, así que en realidad no cuenta.

—Me refería a John —bromeé—, ya sabes, ese tipo tan maravilloso con el que resulta que estás casada.

Lisa se sonrojó y nos reímos. Vivir en el mismo código postal que Luke Lonsdale nos tuvo distraídos a todos durante un tiempo. El que había sido uno de los modelos masculinos más importantes del mundo lo había dejado todo para recuperar y renovar su casa solariega, abrir su jardín a los residentes de Nightingale Square y enamorarse perdidamente de Kate.

—Sí, vale —siguió parloteando Lisa—, eso se sobrentiende, ¿no?

—Bueno —dijo Kate, bajándose del taburete en el que estaba sentada—, será mejor que vuelva. Abigail tendrá que comer otra vez pronto.

Miró alrededor de la cocina y luego hacia mí.

—Espero que hacer una limpieza a fondo no sea una tarea muy pesada, Poppy.

—En absoluto —le dije—. De hecho, lo estoy deseando.

—Me encanta este lugar —dijo con cariño.

—¿Has localizado al otro inquilino? —le pregunté.

—No —suspiró—. Se retrasaron con el alquiler e hicieron lo que mi madre llama una despedida a la francesa después de la última fiesta. No he sabido nada de ellos desde

entonces y no espero saberlo ahora, pero al menos limpiaron sus cosas cuando se fueron.

—Adiós a la basura —dijo Lisa, frotando el brazo de su amiga.

Las dos sabíamos lo mucho que Kate adoraba su casita y yo estaba deseando cuidarla tanto como ella.

—Exacto —coincidí—. Solo lamento no haber podido mudarme el año pasado como estaba planeado. Te habría ahorrado toda esta angustia y molestias.

—Bueno, no importa —sonrió—. Ya estás aquí y estamos deseando verte en el jardín, sin mencionar que nos dejes probar cualquier cosa que se te ocurra cocinar.

—Hablando del jardín —añadió Lisa mientras escurría su taza—, vamos, Poppy. Le he dicho al alegre gruñón de al lado que se reúna con nosotras en el parque ahora mismo, así podré poneros al corriente de lo que hemos planeado para este año.

Yo no contaba mucho con que lograra hacerlo salir de su guarida.

—Ah, sí —dijo Kate—. Olvidaba que Poppy aún no sabe nada de eso.

—¿De qué? —pregunté.

—Espera y verás —dijo Lisa, dándose golpecitos en un lado de la nariz.

Lisa y yo nos sentamos sobre mi manta en el parquecillo, disfrutando del calor antes de que la hierba se humedeciera mientras esperábamos a ver si aparecía mi vecino.

—¿Sabes cómo se llama? —pregunté, arrancando un puñado de hierba y mirando hacia su casa—. Alguien debe saberlo. Lleva aquí bastante tiempo.

—Ni idea —dijo Lisa.

—No creo que sea ni señor Miserable ni señor Gruñón, aunque ambos parecen sentarle bien.

—No te equivocas —resopló Lisa.

—Cuidado —susurré, vislumbrándolo por primera vez—. Aquí viene.

Con los brazos rígidos a los lados y la camisa desabrochada, se acercó a donde estábamos sentadas y nos miró con desprecio. Entrecerré los ojos y vi que las arrugas de su frente y sus ojos oscuros eran tan profundos como las de su camisa sin planchar. Estaba claro que lo había pasado mal últimamente, y sentí una inesperada punzada de compasión por él.

Era mucho más joven de lo que había supuesto y lo rodeaba un aura pulsante de negatividad. Sus hombros prácticamente le rozaban los lóbulos de las orejas y, dada la evidencia física que tenía ante mí, pensé que quizá no debería tomarme a pecho su anterior grosería. A veces olvidaba que no todo el mundo estaba tan relajado como yo. Sin duda, un masaje profundo le habría sentado de maravilla, pero no iba a sugerírselo.

—Hola. —Sonreí con calidez, dejando caer mi puñado de hierba.

Estaba decidida a empezar con buen pie con él esta vez.

—Yo...

—Hola —me interrumpió con el ceño fruncido—. Mira —continuó, dirigiéndose a Lisa —, eres Lisa, ¿verdad? Sé que antes no me estabas escuchando, pero lo que he dicho iba en serio. La verdad es que no tengo tiempo para intercambiar cumplidos con los vecinos y, visto lo último que he tenido que aguantar, tampoco me apetece mucho.

Me pareció un poco duro que me hubiera juzgado a primera vista y supusiera que yo

era igual que ellos. Sentí que Lisa se erizaba a mi lado.

—Soy Poppy —dije, antes de que pudiera echársele al cuello, me arrodillé y le tendí la mano—. Encantada de conocerte.

Me miró y se mordió el labio. Estaba sorprendido de que hubiera ignorado su grosería y de que fuera tan civilizada aunque él no pretendiese hacer que valiera la pena. Me alegré de haberlo engañado.

—Jacob —dijo en tono cortante, cogiéndome por fin la mano.

Lo agarré con fuerza y me incorporé para que no tuviera más remedio que ayudarme a ponerme en pie.

—Encantada de conocerte, Jacob —sonreí, todavía agarrando su mano—. Tengo entendido que has tenido unos vecinos bastante malos últimamente.

Le solté la mano antes de que se sintiera demasiado incómodo, pero mantuve los ojos fijos en los suyos, con las cejas levantadas a la espera de una respuesta.

—Eso es decir poco —dijo en tono sombrío, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, sin duda temiendo que yo intentara establecer contacto de nuevo.

—Bueno, puedo prometerte que ahora todo el mundo estará más tranquilo. —Volví a sonreír.

—Bien.

Claramente, no estaba de humor para charlar.

—Así que —dije, tragando saliva—, al parecer, Lisa tiene algo emocionante que contarnos.

La mirada que me dirigió fue fulminante.

—Lo dudo mucho —murmuró.

—¿Verdad, Lisa? —la animé.

Tenía ganas de saber qué nos esperaba en el jardín, aunque Jacob no pareciera interesado, y algo me decía que esta pequeña charla podría ponerse menos amistosa si no conseguía que Lisa se centrara en el tema. Evidentemente, Jacob no era el tipo de hombre al que le gustara echarse sobre una manta, así que tiré de mi amiga para que se pusiera en pie, y entonces se me ocurrió lo que ingenuamente pensé que era una idea genial.

—Mira —dije—, sé que es pronto, pero tengo algo de champán en la nevera. ¿Qué tal si voy a buscarlo y luego brindamos...?

Las palabras murieron en mi garganta cuando Jacob se frotó los ojos y soltó un largo suspiro.

—No tengo nada que celebrar —dijo con sequedad.

Estaba claro que el hecho de que yo sí no le entraba en la cabeza.

—Y, si te parece bien, solo quiero volver a mi cena de microondas e irme a la cama.

Por un momento había pensado que una copa lo relajaría un poco, pero me había cortado las alas y no tenía ganas de esforzarme por él... ni por compartir mi querida botella con alguien que preferiría sentarse a comer su triste cenita solo y sin el añadido de las burbujas.

—En ese caso —empezó Lisa—, iré al grano y dejaré que te largues, Jacob.

—Gracias —resopló.

—Vale, la noticia es sobre el jardín —me sonrió—, obviamente. Ahora que lleva un año funcionando, hemos decidido...

—¿Qué jardín? —interrumpió Jacob, mirando a su alrededor.

—El jardín comunitario —dijo Lisa—. En los terrenos de Prosperous Place.

Jacob suspiró de nuevo.

—No me digas que no lo sabes —dijo Lisa, frunciendo el ceño—. Yo misma te he pasado folletos sobre el tema por debajo de tu puerta.

—Y yo los he ignorado porque no me interesa —replicó Jacob con el ceño fruncido—. ¿No recibiste el mensaje después de Navidad cuando no acepté tu oferta de *profundizar*?

Lisa parecía indignada.

—Al menos deberías echar un vistazo, Jacob —le dije, tratando de calmar la tensión —. Es un lugar muy especial. Todos los de Nightingale Square participan en su mantenimiento.

—Excepto yo —interrumpió.

—Hay un turno —continué—, y, a cambio de las horas que echas, puedes llevarte una parte de lo que se produce. Un tipo llamado Luke Lonsdale es el propietario.

—¿*Ese* Luke Lonsdale? —Jacob frunció el ceño.

—Sí.

—Es un espacio maravilloso —dijo Lisa, más apaciguada—. Rob, el tipo que vivía en la casa antes que tú, Jacob, formaba parte del equipo.

—Todos formamos parte del equipo —le recordé.

Mi pecho se llenó de orgullo al saber que ahora formaba parte integrante de la comunidad que gestionaba el huerto, en lugar de ser un visitante ocasional que solo pasaba por allí.

—Bueno, lo siento —dijo Jacob, sonando aún más gruñón que antes—, pero puedes tachar mi nombre de su lista de trabajadores no remunerados.

—¿Qué? —coreamos Lisa y yo.

—No me interesa —nos dijo con firmeza. No podía ser cierto—. Y me limitaré a comprarme mi propia comida, gracias.

—¿Hablas en serio? —pregunté, incrédula.

La idea de que viviera a base de comidas de microondas me revolvía literalmente el estómago.

—Mortalmente en serio —dijo—, y tampoco me interesa socializar, así que no tendrás que perder el tiempo mandándome invitaciones.

—Bueno —dijo Lisa.

Por una vez se quedó sin palabras.

—Bueno, ¿qué? —exigió Jacob.

Sonaba como si casi estuviera deseando que ella lo contradijera o intentara engatusarlo para que cambiara de opinión. Era la persona más enfadada que había visto en mucho tiempo. Tenía ganas de pelea. Por suerte, Lisa decidió no morder el anzuelo.

—Bueno, ¿tienes pareja? —le preguntó—. Quizá le interese acompañarnos.

—Te aseguro que tampoco tienes que preocuparte por eso —le dijo—. Ahora, si no te importa...

—Al menos, quédate y escucha lo que Lisa tiene que decirnos —dije con rapidez—. Puede que resulte ser algo sobre lo que merezca la pena reflexionar.

Él se encogió de hombros, pero no se movió, así que Lisa continuó.

—Acaban de convocar un concurso —me explicó. Parecía menos emocionada y me molestó que Jacob le hubiera robado el entusiasmo—. Se trata de encontrar el jardín con más espíritu comunitario de la zona. El ayuntamiento está especialmente interesado en lugares insólitos donde la gente se ha unido para crear espacios verdes donde crecer y socializar.

Estaba describiendo nuestro jardín a la perfección.

—¿Forma esto parte de la campaña para destacar los beneficios para la salud mental de la jardinería? —pregunté.

El tema era noticia desde hacía meses, y yo estaba dispuesta a hacer todo lo posible para impulsarlo.

—Eso es —dijo Lisa, un poco más entusiasmada—. Y habrá algunos fondos disponibles para que el ganador los gaste en montar otro proyecto en otro sitio, como en una escuela cercana, un centro juvenil o algo así.

Eché un vistazo rápido a Jacob. Seguía sin mostrar el más mínimo interés, lo cual era una pena, porque estaba segura de que meter las manos en la tierra lo ayudaría a suavizar sus afiladas aristas.

—Qué idea tan fantástica —dije, ignorando su expresión agria y preguntándome cómo podría animarlo a cambiar de opinión.

—Lo ideal —continuó Lisa—, para que nuestra participación destaque de verdad, sería que toda la comunidad que tiene acceso al espacio participara.

—Bueno, lo siento, señoras —murmuró Jacob, dando un paso atrás y pareciendo tan beligerante como antes—. La manipulación, sutil o no, no me va a tentar a participar.

—No intentaba manipularte —espetó Lisa, alzándose hasta su altura, aunque el resultado no fue muy impresionante—. Solo estaba explicando nuestros planes.

—Claro que sí —dijo Jacob sonriendo por primera vez, aunque no fue un esfuerzo muy llamativo.

De verdad que no entendía por qué todo el mundo pensaba que este tipo era de alguna manera atractivo.

—Pues sí —reiteró Lisa.

—Pues vale, buena suerte con vuestro concurso —dijo, dándose la vuelta—. Estoy seguro de que seréis capaces de conseguirlo sin mi ayuda.

Lisa me miró con la boca abierta.

—Y ya que eres tan ecologista, Lisa —añadió a modo de despedida—, puedes ahorrarte algunos árboles no echando más folletos en mi buzón.

Capítulo 4

El tiempo seguía siendo espléndido y yo estaba más que contenta de poder encerrarme y hacer la limpieza que la casa estaba pidiendo a gritos. De repente, el hecho de no tener muchas posesiones era una bendición; pude darle un buen repaso a la casa sin tener que cambiar demasiadas cosas de sitio, lo que significaba que las preocupaciones de Lou habían sido infundadas.

El mirlo que vivía en la plaza me despertaba todas las mañanas pasadas las cinco, y yo se lo agradecía con un puñado de pasas antes de abrir de par en par todas las ventanas y ponerme manos a la obra con la suciedad.

Blancanieves no podría batirme jamás, pero sabía que las tareas domésticas acabarían perdiendo su encanto, y mis pensamientos se desviaron al otro lado de la carretera, hacia los interesantes ingredientes que sabía que crecían allí y que pronto podría incorporar a un montón de recetas nuevas.

—No me puedo creer que todavía no te hayas pasado por allí —rio Lou cuando me llamó para decirme que más me valía volver al *pub* con ella y Colin si no quería renunciar a mi sitio de siempre—. ¿No te ha tentado nada? Creía que te habías mudado a la plaza por eso.

—Claro que me ha tentado —le dije—, mucho, sobre todo cuando prácticamente puedo ver el lugar desde la ventana de mi habitación, pero no he querido precipitarme. Quiero tomarme mi tiempo y disfrutar primero de todo lo que hay aquí.

—¿Incluso limpiando las ventanas?

—Incluso así.

—¿Y qué hay de tu misterioso hermano? —preguntó—. ¿Ha ido ya a visitarte?

Sabía que la continua ausencia de Ryan tenía a mis amigos dudando de su existencia.

—No —dije con tristeza—. Todavía estoy esperando que responda a mi último mensaje.

Nuestros siempre infrecuentes mensajes de texto se habían convertido en una rareza aún mayor y tenía que admitir, aunque solo fuera para mí misma, que mi plan de establecer una conexión entre hermanos tras la petición de dinero de mamá había fracasado estrepitosamente. Había intentado ofrecerle mi apoyo, pero él me había ignorado y ahora no sabía si echarme atrás o insistir más.

—¿Y qué pasa con el señor Gruñón? —continuó Lou, sin darse cuenta de mi confusión —. ¿Has vuelto a verlo?

—Ni lo he visto —dije— ni lo he oído. No creo que haya salido desde el día que me mudé. Lo aterrorizará que Lisa vaya a abordarlo con una pala.

—En eso te equivocas —dijo Lou con suficiencia—. Sé a ciencia cierta que ha salido.

—Ah, ¿sí? —pregunté—. ¿Y cómo lo sabes exactamente?

Aparte de los detalles que le había dado sobre el desastroso momento de «profundización» en el parque, no creía que Lou supiera nada de él, excepto que era un desagradable y un deprimente, claro... Pero quizá me equivocaba.

—Ven al *pub* mañana por la noche —dijo antes de colgar—, y te lo contaré.

Cuando llegué al día siguiente por la tarde, Colin ya tenía una ronda lista en nuestro sitio habitual, pero no había ni rastro de Lou.

—Ah, genial —resoplé después de besar a Colin, aceptar una copa y apretujarme en el asiento entre la pared y la mesa—. Me exige que salga y luego no aparece.

—Vendrá —dijo—, pero es bueno saber que te alegras de verme.

—Venga, ya sabes lo que quiero decir. —Sonreí—. ¿Qué está tramando?

—Ha venido un tipo desde Yorkshire para echar un vistazo a esa máquina de *pinball* que ha estado intentando vender para liberar espacio.

—Debe tratarse de un entusiasta —dije, pensando en lo mucho que lamentaría despedirme de ella—. Va a recorrerse medio país.

Había pasado muchas horas de la comida jugando con esa máquina y había estado a punto de hacer una oferta por ella cuando me mudé a la plaza, pues ahora tenía espacio para instalarla.

—Entusiasta de Lou, sin duda —dijo Colin, cabizbajo—. Me ofrecí a hacer de carabina, pero dijo que estaría mejor aquí entreteniéndote.

—¿Necesita acompañante? —Fruncí el ceño—. ¿No me digas que no conoce al tipo?

No me gustaba la idea de que se encontrara con un desconocido a deshoras, aunque se hubiera graduado en las clases de defensa personal a las que me había arrastrado el año pasado.

—Ah, no te preocupes por el doctor Extraño —dijo Colin, quitándose las gafas para limpiarlas—. Se conocieron en alguna venta el año pasado, al parecer.

—Bueno, en ese caso —dije, un poco impaciente—, estoy segura de que la única razón para que Lou quiera verse a solas con él, Colin, es llegar a un acuerdo decente.

Lou siempre estaba dispuesta a compartir los detalles sobre cualquier tipo que le interesara y yo no recordaba que hubiera parloteado sobre ningún hombre de Yorkshire, así que Colin se estaba preocupando por nada. Era evidente que ese tipo no era una amenaza en ningún sentido. Aunque podría estar en peligro si Lou le echaba las zarpas a su cartera.

—Tienes que dejar de interesarte por ella, Colin —dije con firmeza—. Si de repente perdieras el interés, probablemente se enamoraría de ti. Ya sabes cómo es.

Colin volvió a ponerse las gafas y yo di un trago a mi pinta.

—En fin, ¿qué has estado haciendo? —pregunté, deseando cambiar de tema—. ¿Cómo va el negocio en Reading Room?

—Lento —asintió—, aunque he tenido algunas ventas inesperadas esta semana, pero Lou dijo que debía esperar a que ella llegara antes de contártelas.

—Me intriga —dije riendo—, y me alegro por ti. Sé que te preocupaba la poca afluencia de clientes.

—Sigue preocupándome —dijo, e inspiró hondo—, así que he decidido armarme de valor y hacerle caso en lo del lavado de cara.

—¡Es fantástico!

Colin se sonrojó y se encogió de hombros.

—Bueno, pase lo que pase, el negocio no puede ir peor, ¿verdad?

Sonreí.

—Lo dudo mucho.

Me alegraba mucho de que por fin hubiera aceptado la idea. Estaba segura de que aligerar la decoración y añadir algunos sofás y la cafetera de alta gama por la que Lou había estado luchando marcarían la diferencia.

—Lou tiene algunos planes —sonrió Colin—, y debo decir que tienen una pinta estupenda. Incluso está pensando en utilizar algunas de sus existencias para ayudarme a hacer escaparates con temática de libros.

—Eso es maravilloso.

—Tuvo una magnífica idea para *Cuento de Navidad* —prosiguió Colin—, y como sabes, tengo muchos ejemplares. Cree que una mejor distribución de la tienda y unos expositores reorganizados atraerán a una clientela completamente distinta. —Lo miré por encima del vaso, y se corrigió—. No es que tenga una clientela específica en este momento, por supuesto.

Me incliné hacia él y le apreté el hombro.

—Incluso estoy pensando en crear un club de lectura mensual —continuó—. Quizá incluso un círculo de escritura, si hay interés. Pensé que podría preguntarle a Lisa qué le parecería, ahora que va a publicar.

Lisa estaba a punto de hacer realidad su sueño de convertirse en autora publicada y era el centro de atención de la plaza.

—Dios mío, Colin —me reí, sorprendida—. Sí que has estado ocupado.

—Todo gracias a Lou —dijo, tímido—. Ella es la que me ha puesto las pilas.

Todos éramos conscientes de ello.

—¿Qué es todo esto? —dijo la susodicha, entrando a la carrera y casi haciendo saltar la puerta por los aires—. Siento llegar tarde —continuó antes de que ninguno de los dos pudiéramos responder—, pero acabo de conseguir *la* venta más increíble.

—¿La máquina de *pinball*?

—Sí —dijo, con los ojos brillantes de emoción—, está camino de Yorkshire mientras hablamos y, gracias a mis habilidades de negociación, he sacado un buen margen. Salud, chicos.

—Entonces —le dije, una vez que habíamos brindado por su éxito—, ¿qué es todo esto de las ventas misteriosas de Colin y de que tú estés al tanto de lo que ha estado haciendo mi nuevo vecino esta semana?

Lou se llevó el dedo a los labios y negó con la cabeza.

—¿Qué?

—Está ahí mismo —siseó Colin—. ¿No lo habías visto?

Miré por encima de su hombro y vi a un hombre, que supuse que podía ser Jacob, sentado solo en una mesa con la cabeza escondida detrás del periódico local. Había un plato vacío y un vaso de cerveza medio lleno a un lado, y el tipo parecía llevar un buen rato sentado.

No estaba segura de cómo me sentaba que mi vecino, si es que era él, se metiera en mi terreno. Sin duda, no debería haberme importado, pero había ido al bar a echarme unas

risas, así que esperaba que su humor hubiera mejorado.

—¿Estáis completamente seguros de que es él? —Entrecerré los ojos.

Aún no estaba convencida, pero reconocí el folleto que había sobre la mesa a su lado.

—Por supuesto que sí —dijo Lou—. Lo conocí cuando estuvo ayer en Reading Room.

—¿Era tu comprador misterioso? —le pregunté a Colin, atando cabos.

—Sí —respondió Lou por Colin.

—¿Y estaba de mejor humor entonces? —me aventuré.

Seguramente tenía que estarlo. Seguramente no podía ser que mantuviera un estado de ánimo tan miserable durante tanto tiempo, ¿verdad?

—Bueno, no fue grosero —dijo Colin—, pero tampoco fue el alma de la conversación. Apenas le saqué seis palabras, pero fue bastante cortés.

—No se disculpó por gritarme —dijo Lou, antes de añadir pensativa—: aunque no creo que me reconociera. Intenté que charlara, pero era como sacar agua de una piedra.

Me sorprendió que no hubiera hecho todo lo posible por recordarle quién era. Cuando se trataba de ajustar cuentas y meter cizaña, Lou podría haber hecho sudar a Lisa en su propio terreno. Esperaba no tener que hacer de intermediaria para calmarlos a los dos. Si ese era el caso, tendría que recurrir a Colin.

—¿Qué compró? —pregunté, antes de que Lou tuviera la oportunidad de indignarse aún más por la mala memoria y la falta de habilidades conversacionales de Jacob.

—Prácticamente todos los libros de la sección de joven adulto —susurró Colin.

—La verdad, habría jurado que los crímenes espeluznantes y los *thrillers* oscuros le gustarían más —dijo Lou, mirándolo por encima del hombro—, pero supongo que sobre gustos no hay nada escrito.

Era una elección sorprendente y despertaba un poco mi interés por él, pero de momento me preocupaba más cómo iba a intentar que se animara a participar en el huerto. Sabía que Lisa no se relajaría hasta haberle puesto una azada en la mano, y pensé que mi táctica podría ser un poco más sutil que la suya.

—Vuelvo enseguida —les dije a mis amigos antes de apurar mi vaso, y me levanté rápidamente de la silla para dar la vuelta a la mesa antes de acobardarme.

—No irás a hablar con él, ¿verdad? —preguntó Lou, que tragó saliva.

—Suponiendo que sea él —susurré—, creo que sí.

Me llevé el vaso vacío para que pareciera que me dirigía a la barra, y el subterfugio habría funcionado si Lou no hubiera hecho retroceder ruidosamente su silla sobre el suelo de madera y hubiera llamado su atención mucho antes de que yo estuviera preparada para recibirla. Sin duda, era él. Sus ojos se cruzaron con los míos antes de que hubiera recorrido siquiera la mitad del pequeño salón y levanté el brazo en una especie de saludo torpe.

—Hola —grazné, sabiendo que era imposible desviarme e ignorarlo ahora.

Levantó la mano a regañadientes como respuesta y volvió a centrar su atención en el periódico. Estaba claro que no tenía reparos en ignorarme.

—Hola, Jacob —dije mientras me acercaba, tratando de sonar casual—. Me habías parecido tú. ¿Cómo estás?

Nada.

—Veo que conoces el mejor *pub* que ofrece esta parte de Norwich.

—Sin duda, es el más pequeño —dijo, sin levantar la vista.

No estaba segura de si estaba afirmando un hecho o criticando el lugar. En cualquier caso, no parecía muy contento.

—Y también veo que tienes el folleto que Lisa ha enviado esta mañana.

No pude evitar admirar su tenaz determinación. El folleto era una invitación a la fiesta de Pascua en el jardín que se celebraba el sábado, así como un recordatorio de que íbamos a echar un vistazo a la documentación del concurso. Esperaba que el hecho de que Jacob lo hubiera llevado consigo a The Dragon fuera un indicador de que, al menos, estaba un poco interesado en unirse con nosotros a la fiesta y echar un vistazo.

—Sí —dijo, dedicándole una mirada superficial—, quería tirarlo en el reciclaje al pasar, pero se me ha olvidado.

Ni el más mínimo interés en venir, entonces.

—Vale. —Tragué saliva—. Ya veo.

Miré a Lou, que agitaba las manos para animarme, y a Colin, que negaba con la cabeza y se encogía de hombros. Llevaba escrito «causa perdida» en la cara y no pude evitar pensar que, de los dos, él tenía razón.

—Bueno —dije, humedeciéndome los labios antes de hacer un último intento—, sería genial verte allí. Sé que dijiste que no querías involucrarte...

—Y no quiero.

—Pero ha costado mucho trabajo poner el jardín en marcha, y participar en el concurso significa mucho para todos nosotros, así que, si por casualidad estás por allí el sábado y puedes aparecer aunque solo sea un par de minutos, sería estupendo.

Levantó la cabeza y me miró desde debajo de su flequillo oscuro. Por un momento pensé que iba a gritarme o a levantarse e irse, pero no hizo ni lo uno ni lo otro.

—Si digo que iré, ¿me dejarás en paz? —preguntó.

No lo dijo en voz baja y fui terriblemente consciente de que la gente más cercana nos estaba escuchando. No me había dado cuenta de que mi interrupción había sido una intromisión tan inoportuna ni de que merecería una respuesta tan lacónica.

—Sí —dije. Mi voz salió en un pequeño chillido y mi cara estaba ardiendo.

Nunca me había sentido tan avergonzada. Sentía que el sudor me punzaba incómodamente la nuca. Mi intención había sido entablar un pequeño diálogo, no someterme a una humillación abyecta. El tipo de la mesa de al lado soltó una risita y miré a Jacob a los ojos, lamentando haber sentido siquiera un ápice de simpatía por él cuando nos conocimos.

—Sí —volví a decir, esta vez con un poco más de confianza—. Si prometes venir, te dejaré en paz.

—Yo no hago promesas —murmuró, volviendo a centrar su atención en el periódico.

—Bueno —dije, dirigiéndome a su cabeza agachada—, te dejo solo.

Muy posiblemente para siempre, pero no lo dije en voz alta.

Capítulo 5

—Buenos días —me llamó una voz desde una ventana superior cuando pasé por delante de la casa de Neil y Mark el sábado por la mañana temprano. Me dirigía a ayudar con las preparaciones para la fiesta de Pascua—. ¿No trabajas hoy, Poppy?

Era Neil.

—Sigo de vacaciones —respondí—. Así que me voy al jardín.

—En ese caso, espera un segundo y me voy contigo. Necesitarás el código de la puerta, a menos que ya lo tengas.

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. Lo había olvidado.

El jardín de Prosperous Place estaba abierto a todos los residentes de Nightingale Square, pero en la casa vivían también Kate, Luke, Jasmine y el bebé, Abigail, por lo que tenía que haber algún tipo de seguridad. Norwich no era en absoluto un foco de delincuencia, pero la casa y los terrenos eran, no obstante, propiedad privada.

—Hace frío, ¿verdad? —dijo Neil, cerrando la puerta de su casa, y miró el cielo nublado.

—Se supone que se despejará más tarde —le dije—, según el tiempo, al menos.

—Bueno, mientras esté seco —dijo, poniéndose un jersey—, eso es lo único que nos preocupa. Luke y Kate nos han ofrecido usar su cocina si llueve, pero no es lo mismo, ¿verdad?

—No —coincidí—, la verdad es que no.

Qué decepción que la lluvia arruinase mi primera reunión en el jardín como auténtica residente.

—¿Ya está Mark en el trabajo? —le pregunté.

—Sí, se ha ido hace horas, pero Blossom le ha dado la tarde libre, así que volverá a tiempo para la comida.

Me alegraba oír que conservaba su trabajo. Blossom debía tener la paciencia de un santo para aguantarlo a él y sus payasadas. Tal vez yo no fuera la única defensora de vivir la vida al máximo en el barrio. Solo esperaba no provocar tantas miradas de exasperación entre nuestros vecinos, amigos y colegas como Mark.

—Carole y Graham ya están de camino —dijo Neil, comprobando la carretera antes de que cruzáramos—, y este —añadió, señalando el teclado que estaba casi oculto bajo una maraña de hiedra revuelta junto a la puerta del jardín— es el código para entrar.

Observé cómo introducía la secuencia de números y me pregunté cuántos intentos fallidos harían falta hasta que lo recordara.

—Guárdalo en los contactos de tu teléfono —me aconsejó Neil—. Eso hice yo hasta que me lo supe de memoria.

Los jardines eran tan bonitos como los recordaba. Debido al invierno tardío y sus nevadas, algunas cosas iban con un poco de retraso, pero pronto alcanzarían a las demás. Sin embargo, los narcisos estaban en plena floración y se mecían al compás de alguna melodía desconocida en la suave brisa.

El jardín amurallado era un hervidero de actividad y la adición de todo tipo de recipientes imaginables, llenos de bulbos de floración primaveral, compensaba el parón temporal que la madre naturaleza y su tormenta de nieve habían puesto al suelo. Me paré en el arco de ladrillo y me empapé de la escena. Olía tan bien como parecía y sabía que todo iba a tener un sabor increíble.

Muchos de los macizos cultivados estaban llenos de productos listos para cosechar, y otros mostraban frescas puntas verdes a través de la tierra oscura y quebradiza. Tanto el gran cobertizo del jardín, al que los residentes se referían como «la cabaña», como el invernadero, estaban repletos de bandejas con plantones que pronto estarían listos para plantarse en macetas, junto con otras plantas que habían pasado el invierno en el interior para mayor protección.

Sin darme cuenta, mi mente volvió a Jacob merodeando en su oscura guarida. ¿Cómo podía no querer participar? La jardinería y el cultivo eran buenos para el alma, y, dado su continuo mal genio, no podía evitar pensar que su alma necesitaba unos pocos cuidados. Sin embargo, después de haber sido víctima de su afilada lengua, yo estaba más que dispuesta a dejar que fuera otro el que se enfrentara a él. Tal vez Lisa intervendría de nuevo para tratar de domar a la bestia.

—Poppy —exclamó Carole, acercándose a toda prisa—. ¡Por fin! Casi te había dado por perdida. ¿Qué has estado haciendo esta semana? Graham me ha dicho que no has venido. Habría ido a verte yo misma, pero he estado ocupada ayudando a Heather con Evie y los niños.

—No pasa nada —le dije—. He estado limpiando a fondo. Me impuse a mí misma que no vendría hasta que tuviera la casa en orden. Me ha llevado toda la semana, pero ahora está limpia como una patena, tal como la tenía Kate.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo—. Te habría prestado mi Karcher. Es una maravilla para las juntas mugrosas.

—Bueno, gracias de todos modos —sonreí—. Todo esto está quedando precioso. ¿Queda mucho por preparar?

Afortunadamente así era, y disfruté mucho colgando los banderines y organizando las mesas para cuando los demás llegaran un poco más tarde. En un principio, la fiesta se había planeado para el domingo de Pascua, como el año anterior, pero casi todo el mundo tenía otros compromisos y hubo que cambiar los planes.

—Hoy en día, cada evento aquí es una fiesta móvil —explicó Graham—, y con tantos pequeños que han nacido estos últimos meses ha tenido que ser así.

—Así es —dijo Carole—. Kate y Heather siguen haciendo lo que pueden, pero obviamente no es tan fácil venir aquí con los pequeños a cuestas. Y Lisa ha estado muy ocupada escribiendo su nuevo libro.

—Esa es una de las razones por las que todos nos alegramos tanto al oír que al final te mudabas —sonrió Graham—. Sabemos las ganas que tienes de participar, Poppy, y esperamos que tu nuevo vecino se una a nosotros en algún momento.

No tuve valor para decirle que eso no iba a ocurrir nunca.

—Todos aportamos nuestro granito de arena —continuó Carole, pasándome algunos tarros llenos de narcisos para que los colocara en las mesas—, pero lo que necesitamos

para mantener el lugar en marcha son nuevos pares de manos.

—Lo haré lo mejor que pueda —prometí a la pareja, que estaba claro que amaba el proyecto tanto como yo.

—Y eso es más compromiso de lo que obtendrás del vecino de Poppy —anunció Lisa, que llegaba con su familia, y se dispuso a informar a los demás de los últimos detalles sobre Jacob que yo no me atrevía a compartir.

Un poco más tarde, una vez que todo estaba dispuesto y en su lugar, me dirigí a casa con unas bolsas rebosantes de generosidad directamente desde el jardín. Graham había desenterrado algunas patatas nuevas que, aunque eran un poco pequeñas, iba a cocinar con menta fresca, untarlas con mantequilla y llevármelas, junto con unos tarros de *piccalilli* y salsa picante. También había preparado una ensalada de rúcula, rábanos, cebolletas y berros.

Para cuando hube preparado la comida, me duché y me cambié, las nubes se habían despejado y el sol había vuelto con toda su fuerza. No hacía ni mucho menos calor, pero la calidez y la luz añadirían su propio sabor primaveral a la fiesta, y eso era muy de agradecer.

A pesar de mis reticencias, decidí hacer un último intento por convencer a Jacob y recordarle que se había comprometido, si no prometido, a venir en algún momento a echar un vistazo. Llamé y llamé a su puerta, pero no contestaba y, con las ventanas cerradas y las cortinas de abajo echadas, era imposible saber si estaba en casa o no.

—No está —llegó una voz desde el otro lado del parque—. Ha salido.

Era Harold, el vecino octogenario que vivía al otro lado de mi casa. Ya nos habíamos visto muchas veces, pues siempre era el centro de atención cuando yo visitaba el jardín. Era un personaje vivaracho que había vivido toda su vida en Nightingale Square.

—Lo he visto marcharse hace más de una hora —me explicó, mientras avanzaba por la acera en su *scooter* de movilidad hasta donde yo estaba.

—Hola, Harold —le dije, inclinándome para besarle la mejilla—. Es maravilloso volver a verte. ¿Cómo estás?

—En la flor de la vida, querida. —Me devolvió la sonrisa—. ¿Qué tienes ahí? Huele absolutamente delicioso. ¿Es menta?

Le hice un breve resumen de los platos que había preparado, cargué la cesta en la parte delantera de su *scooter* y juntos emprendimos el camino de vuelta al jardín. No pude evitar ponerme furiosa con Jacob. Había faltado a su palabra —aunque yo lo había engatusado para que la diera— y ahora resultaba que me había hecho quedar en ridículo en el *pub* sin ningún motivo.

Nunca había tenido intención de venir a la fiesta y lo más probable era que hubiese vuelto a The Dragon. Sin duda, había elegido algún rincón sombrío para esconderse hasta que todo terminara. Bueno, eso era todo por mi parte: tanto él como su hostilidad podían irse a la mierda.

—Mira quién ha aparecido justo después de que te fueras —dijo Lisa en un susurro, mientras me acompañaba a la cabaña para depositar mis contribuciones culinarias—. Lleva aquí siglos. Me sorprende que vuestros caminos no se hayan cruzado cuando te has

ido a casa antes.

Me asomé a la ventana y me sorprendió ver a Jacob, taza en mano, de pie junto a John, el marido de Lisa, en la barbacoa.

—Pero ¿qué...? —empecé, pero me detuve antes de caer en la trampa de parecer tan nerviosa como él.

Al fin y al cabo, yo había querido que viniera, había quedado como una idiota al intentar convencerlo, así que habría estado un poco fuera de lugar que me molestara que hubiera hecho el esfuerzo, ¿no?

—Ha triunfado entre los niños —dijo Lisa, mientras se metía un trozo de patata en la boca—. Oh, vaya —dijo gimiendo de placer—, están deliciosas.

Le arrebaté el recipiente. Estaban contadas.

—¿Cómo que ha triunfado entre los niños? —Fruncí el ceño.

—Todos piensan que es maravilloso —rio.

¿Por qué no le preocupaba lo más mínimo que un hombre del que no sabíamos absolutamente nada se hubiera presentado más o menos sin avisar —sí, había sido invitado, pero nadie esperaba que viniera—) y se pusiera a cautivar a los niños de la zona? ¿No era un poco raro?

—Pero si ni siquiera lo conocen.

—Bueno, ahora sí. —Lisa seguía sonriendo—. Cuando ha llegado, todos se estaban aburriendo, así que los ha sentado y les ha contado un cuento.

—¿Quieres decir que les ha leído?

—No, no tenía un libro. Por lo que he podido ver, se lo ha inventado.

Volví a mirar por la ventanilla y entrecerré los ojos al verlo por detrás. No me lo imaginaba como un flautista de Hamelin moderno, pero lo que Lisa me estaba contando tampoco me sonaba a la versión de Jacob que habíamos conocido. ¿Tal vez tenía un gemelo? Quizá el simpático y servicial había aparecido hoy y el malvado que nos ladraba estaba de vuelta en su guarida, rumiando en la oscuridad...

—¿Poppy?

Casi se me salió el corazón del pecho.

—¿Qué? Perdona.

—Te preguntaba si quieres un trago —repitió Lisa.

—No —dije—, todavía no, gracias. Estoy bien.

Me escabullí de nuevo fuera y empecé a alinear sin necesidad los cubiertos, moviéndome subrepticiamente alrededor de la mesa para intentar escuchar la conversación de John y Jacob. Las ventajas del gas frente al carbón para cocinar al aire libre no sonaban especialmente incriminatorias..., pero entonces recordé cómo se le habían aguzado los oídos a mi vecino el día que nos mudamos y se dio cuenta de que Luke Lonsdale era el dueño de Prosperous Place.

¿Y si era un *paparazzi* en busca de una historia? Es cierto que comprar una casa, mudarse a la zona, hibernar durante el invierno y luego encandilar a los chavales del lugar suponía un gran esfuerzo, pero ninguno de nosotros sabía a qué se dedicaba en realidad. Sabía que Luke ya había sido acosado por la prensa y me preguntaba si debía advertirle de que podríamos tener a un impostor entre nosotros.

—¡Ya está la comida! —bramó Lisa antes de que yo tuviera la oportunidad, y todos corrieron a la mesa.

El festín fue espectacular y todos comimos con ganas. Fue un esfuerzo combinado de todos: John había cocinado la carne —y lo había hecho a la perfección—, Mark había traído el pan de Blossom's y los platos de ensalada, patatas y pasta fueron cortesía mía y de algunos de mis vecinos. Carole se encargó de los dulces, como el *crumble* de ruibarbo, hecho con tallos ácidos arrancados directamente del jardín.

—Seguro que esto tiene que ser mejor que tus comidas de microondas, Jacob. —Lisa me guiñó un ojo mientras mi vecino se servía otra chuleta de cordero y una cucharada de mi salsa, que desaparecía con rapidez.

—Desde luego que sí —le dijo.

Parecía diferente, más relajado. Ya no tenía los hombros tan pegados a las orejas. No era el bombón que algunos afirmaban, pero tenía mejor aspecto. Solo esperaba que no se convirtiera en alguien que no debía.

—Poppy ha hecho la salsa —continuó Lisa—. Y el *piccalilli*.

—Está bien —dijo, sin mirarme.

¡Vaya! ¡La gota que colmaba el vaso!

—Hoy estás muy callada, Poppy —observó Luke desde su asiento en la cabecera de la mesa.

—Me atrevería a decir que la mudanza te ha pasado factura —dijo Heather, a quien su cariñoso marido, Glen, daba de comer a bocados mientras ella se las arreglaba para alimentar discretamente a sus dos hijos a la vez—. Son agotadoras.

Lo decía la mujer que se las apañaba para sacar adelante a tres niños pequeños con menos de cuatro horas de sueño por noche.

—Creo que es mucho más probable que todavía esté dolida por el hecho de que he sido de lo más grosero con ella cada vez que hemos hablado —dijo Jacob de manera inesperada—. Seguro que soy la última persona con la que quiere sentarse a celebrar la Pascua.

Ahora me miraba, pero su expresión era ilegible. Tuve la sensación de que le complacía más hablar de mí que conmigo. No había pensado en nada parecido a lo que él decía, pero ya que lo mencionaba...

—Por lo que he oído, has sido asombrosamente grosero con todo el mundo —solté sin poder contenerme.

—Eso sí que es verdad —dijo Lisa, riéndose detrás de su servilleta mientras todos los demás contenían el aliento—. Tienes que admitir que has sido un poco cabrón, Jacob.

—Lisa —dijo Kate, tapándole los oídos a Jasmine—, los niños.

Lisa se encogió de hombros y volví a mirar a Jacob para ver cómo reaccionaba. Se limitó a seguir comiendo.

—Pero los niños lo adoran —dije, decidiendo que ahora era el momento de airear mis preocupaciones—, ¿verdad, Lisa? Y, Jacob, está claro que sabes más de nosotros que nosotros de ti.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo entre bocado y bocado, frunciendo el ceño.

—Bueno, obviamente sabías quién era Luke cuando se mencionó su nombre el día que

me mudé —dije, observándolo—, y al parecer tienes facilidad de palabra, o para contar historias al menos. No serás periodista por casualidad, ¿verdad?

—¡Dios, no! —rio, haciéndonos saltar a todos.

Al sonreír, le salieron unas arruguitas en los ojos, pero no pude disfrutar de su cambio de actitud, porque tenía la sensación, lo sabía, de que se reía de mí y no conmigo. Mis conclusiones debías estar equivocadas.

—Es profesor, Poppy —dijo Kate—. Maestro de primaria.

De acuerdo, muy equivocadas.

—Y reconoció mi nombre porque hace un par de semanas formé parte del panel de la escuela que lo entrevistó para un trabajo —dijo Luke.

Así que no solo estaba equivocada, sino que no había dado ni una.

—Va a ser el nuevo profesor de Jasmine —se sumó Lisa—. Lo siento —añadió, sacudiendo la cabeza—, debería habértelo dicho.

Sí, eso podría haber acallado mis sospechas antes de hacer el ridículo. Otra vez.

—Me he enterado justo antes de que llegaras con Harold —continuó.

—Vaya —dije—. Ya veo.

—No me extraña que hayas puesto cara de extrañeza cuando te he dicho que había entrado y se había puesto a contarles un cuento a los niños.

—¿Creías que era un impostor? —preguntó Jacob.

Volvía a reírse de mí.

—No sabía quién eras —dije con altanería, mientras empezaba a recoger los platos.

A la porra con mi actitud relajada y mi enfoque *c'est la vie* de la vida. Ahora sí que me había puesto nerviosa—. Da igual que yo no, pero, mientras todos los demás lo hagan, está bien —continué.

Se hizo un silencio incómodo y miré a Carole en busca de apoyo.

—Ah, sí —dijo ella cuando por fin lo pilló—, y bien, ¿a quién le apetece un poco de este delicioso *crumble* con nata?

Capítulo 6

El delicioso *crumble* de Carole fue el antídoto perfecto para la incomodidad anterior y los adultos se sentaron saciados y relajados mientras los niños, los que tenían edad suficiente, se afanaban en quemar las calorías que acababan de ingerir buscando las docenas de huevos envueltos en papel de aluminio que habíamos escondido antes.

—Bueno, ¿qué tenéis planeado para mañana? —preguntó Harold.

—Nos vamos a Wynbridge —dijo Kate—. Mamá lleva siglos pidiéndonos que vayamos, así que nos vamos allí un par de días. Jasmine vuelve al colegio el martes, así que volveremos a casa el lunes por la tarde.

—Supongo que el martes es tu primer día en tu nuevo trabajo, Jacob —dijo Neil.

—Así es —dijo Jacob.

—Y viene mi familia —dijo Glen cuando Jacob no añadió nada más—. Les dijimos que sería más fácil si venían a visitarnos este año.

—¿Y vas a cocinar para todos ellos? —pregunté; la idea me distrajo de la respuesta lacónica de Jacob.

Sabía que Glen tenía una familia numerosa —Heather era una auténtica Wonder Woman en la vida real—, pero cocinar para tantos con los tres pequeños a los que atender era sin duda demasiado.

—De ninguna manera —dijo Heather, haciendo eructar a uno de los bebés por encima del hombro—. La comida viene con los invitados. Nosotros simplemente ponemos el lugar.

Parecía un plan mucho más sensato.

—Yo voy a pasar el día con Carole y Graham —anunció Harold.

—Y nos vamos con tus padres —dijo Lisa, dando un codazo a su marido, que roncaba suavemente, para que volviera a la conversación—. ¿Verdad, John?

—No estoy dormido —murmuró—, y sí, nos vamos.

—¿Y vosotros? —pregunté a Mark y Neil.

—Vamos a ver a unos amigos —dijo Neil.

Mark se sonrojó y apretó la mano de Neil.

—Nuestros amigos Toby y Matt acaban de adoptar a una niña, Leila. Vamos a conocerla mañana.

—Suenas melancólico, Mark —dijo Heather con una sonrisa, tendiéndole el bebé que acababa de eructar.

—No tienes ni idea —suspiró, feliz.

—Si queréis, puedo ser vuestro vientre de alquiler —intervino Lisa—. No vamos a tener más hijos, pero estaré encantada de incubar uno para vosotros.

De repente, John volvía a ser todo oídos.

—¿Y tú, Poppy? —preguntó Kate, antes de que Lisa se dejara llevar por la idea y arrastrara a Mark con ella—. ¿Qué vas a hacer? ¿Algún plan para ver a tu familia?

Si hubiera sabido algo de mi dinámica familiar, no habría preguntado eso.

—No —dije jovialmente—. La verdad es que no nos llevamos bien.

Pensé con tristeza en el enorme huevo de chocolate para Ryan con el que me había rascado el bolsillo y que nunca iba a cumplir su destino en Pascua. Había planeado dárselo en persona, pero él había vuelto a cancelarlo y ya era demasiado tarde para enviarlo por correo.

—Pero no pasa nada —me apresuré a añadir—, los amigos son la familia que tú eliges y yo voy a pasar el día con mi amiga Lou.

—¿Y tú, Jacob?

—Ah, lo mismo que Poppy —dijo, desestimándolo con un gesto.

No sabía si se refería a tener una familia con la que no se llevaba bien o a ser más feliz en compañía de amigos. A decir verdad, no estaba segura de que su familia no estuviera mejor sin su gruñona presencia y no podía imaginar que tuviera muchos amigos.

—¡Qué pena! —exclamó Lisa—. Me parece triste que no veáis a vuestros parientes.

—Bueno, obviamente no puedo responder por Poppy —murmuró Jacob—, pero no dirías eso si supieras algo de mi familia, Lisa.

Puede que no compartiéramos la misma actitud despreocupada ante la vida, pero al parecer mi vecino y yo teníamos algo en común después de todo. Vi cómo Lisa se acercaba un poco más al borde de su asiento, sin duda con la esperanza de que él explicase por qué él y su familia no quedaban, pero cerró la boca y volvió a dar un trago a la cerveza que John le había pasado.

—Serías más que bienvenido si quisieras unirte a nosotros, Jacob —ofreció Graham—. Aunque solo sea a comer.

—Muy amable, Graham, pero paso —respondió—. Todavía tengo una montaña de planes que hacer, así que tengo que ponerme a ello, pero gracias por la oferta.

Seguía sin ser el alma de la conversación, pero al menos había dejado de saltarle a la yugular a todo el mundo.

—No debe ser fácil cambiar de colegio a estas alturas del curso —comenté—. Es bastante inusual, ¿no?

—En realidad, no —espetó—. Depende de las vacantes. Me había tomado unos meses de vacaciones y de repente surgió este trabajo. No tiene nada de raro.

Al parecer, le había tocado la fibra sensible y su brusco «alto el fuego» acabó tan rápido como se había instaurado. No era mi intención volver a irritarlo.

—Bueno —dijo Lisa, mientras mi cara se sonrojaba de vergüenza—, espero que consideres volver aquí para ayudar ahora que has visto lo bonito que es, Jacob.

—Dudo que tenga tiempo —le dijo.

—Pero los profesores tienen un montón de vacaciones —insistí, decidida a no dejar que me ganara otra vez—. Me imagino que tendrás más tiempo que el resto de nosotros juntos, sobre todo durante el verano.

—Ahí te ha pillado, chaval —rio Harold.

—Voy a ser voluntario en el centro juvenil siempre que pueda —dijo Jacob escuetamente—. El lugar se está cayendo a pedazos y me han pedido que eche una mano.

Sin duda, era allí a donde iban a parar los libros de Colin de la sección de joven

adulto. Si el lugar de verdad estaba hecho un desastre, podría ser el proyecto perfecto para beneficiarse del dinero del premio del concurso. Resultaba irónico que Jacob no formara parte del grupo que trabajaba para convertir el jardín en ganador y, por lo tanto, si lo conseguíamos, ayudar potencialmente al centro, pero pensé que era mejor no decirlo.

—Pero, aun así —dijo Carole—, ¿no podrías dedicarnos unas horas?

—Sí —se sumó Lisa—. Mantendrá tu mente alejada de lo que sea que estabas intentando olvidar cuando te mudaste aquí.

Jacob parecía querer meterse debajo de la mesa y me di cuenta de que las astutas observaciones de Lisa estaban a punto de pasar de ser entrometidas a rozar el mal gusto. Estaba claro que el oso huía de algo y yo no era la única que se había dado cuenta.

Algo había ocurrido en su vida, algo monumental que lo había obligado a esconderse en Nightingale Square, pero no parecía el tipo de persona que estaría dispuesta a desnudar su alma ante una mesa llena de desconocidos, ¿y quién podía culparlo? Si yo hubiera estado en su lugar, si alguien me hubiera preguntado por mi desagradable pasado, seguro que habría puesto la misma cara que él.

—Vaya —dije, levantándome de un salto—, se me han olvidado las galletas para los niños. Jacob, ¿te importaría volver y ayudarme con ellas? No puedo cargarlas yo sola.

Volvimos a la plaza en silencio. No me atrevía a abrir la boca por miedo a decir algo equivocado otra vez. En lo que a Jacob se refería, eso parecía ser un hábito.

—Voy a entrar un momento —me dijo cuando llegamos a su puerta.

—Pero vas a volver, ¿no?

—Por supuesto —dijo—. Tú coge esas galletas que no puedes llevar y yo iré a tu casa en un minuto.

No parecía tener ni idea de que yo había estado intentando liberarle de las garras de Lisa.

Menos mal que de verdad había galletas para llevar a la fiesta. Montones, pero no eran caseras. Cada vez que trataba de hornear algo, fracasaba estrepitosamente. Eran galletas de vainilla en forma de huevo de Pascua sin decorar de Blossom's. Había planeado decorarlas esa noche y repartirlas, al estilo conejito de Pascua, a primera hora de la mañana siguiente. Sin embargo, haberme desviado de mi camino para apartar de las indiscreciones de Lisa a un Jacob que no se enteraba de nada me había privado de mi pequeño proyecto, aunque tal vez los niños disfrutarían decorándolas ellos mismos de todos modos.

—Así que lo de las galletas es verdad —dijo Jacob cuando lo cargué con una variedad de tarrinas que contenían ingredientes para glaseado y geles de colores naturales.

—Por supuesto —espeté—. ¿No me creías?

—No estaba seguro —dijo—. Pensaba que tal vez estabas buscando una excusa para irte.

Qué tonto era. Mi motivación para irme era salvarlo, pero él seguía sin enterarse de nada.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunté.

¡Esperaba que no pensara que quería tenerlo todo para mí!

—Porque es todo un poco intenso, ¿no? —refunfuñó—. Todo el mundo sabe los asuntos de todo el mundo —se estremeció—, y Lisa es la peor...

—Creo que te darás cuenta —lo interrumpí antes de que tuviera la oportunidad de decir algo que me hiciera hervir la sangre— de que en realidad es la mejor, aunque no siempre sea obvio. Aquí todos nos cuidamos los unos a los otros y, para los que no tenemos relación con nuestra familia —añadí—, eso no es malo.

Jacob resopló y salí tras él a paso ligero alrededor del parquecillo.

—Si tanto lo odias —le pregunté, mirándolo fijamente—, ¿por qué te molestas en volver conmigo?

—Porque tú o Lisa, o las dos, seguiréis intentando arrastrarme hasta allí si no le doy la oportunidad hoy.

No estaba segura de que yo fuera a hacer eso.

—Mira —dijo, deteniéndose en seco delante de mí—, no me he mudado aquí para participar en nada.

Eso era evidente. Se las había arreglado para quedarse solo en casa durante meses.

—No me mudé aquí para hacer amigos ni conocer a mis vecinos.

Curiosamente, esa era la misma actitud con la que Kate se había mudado a la plaza en un principio, pero no parecía probable que Lisa fuera a encontrar en Jacob un hueso tan fácil de roer. Yo, desde luego, no pensaba esforzarme por romper su coraza emocional.

—No quiero cultivar mis propios rábanos con la esperanza de que eso me haga sentir mejor —prosiguió.

—¿Sobre qué? —interrumpí.

Al parecer, mi curiosidad no era tan fácil de apagar como me hubiera gustado.

—Y, desde luego, no quiero entrar en un concurso para comunidades unidas y entrometidos. No es por eso por lo que me mudé aquí.

—Entonces, ¿por qué te mudaste aquí?

Jacob me miró y se mordió el labio.

—¡Vamos, vosotros dos! —nos llamó Lisa desde la puerta del jardín, antes de que tuviera la oportunidad de darme una respuesta—. Estamos esperando para revisar esos formularios de participación.

Como era de esperar, mi vecino se negó a tener nada que ver con los detalles del concurso, así que se quedó a cargo de los niños, que decoraban las galletas de Pascua con los materiales que les había llevado.

Mientras lo observaba desde lejos, pensé que parecía una bestia completamente distinta en compañía de niños. Era servicial, paciente, tierno y amable. También estaba cubierto de un arcoíris de glaseado y no parecía importarle en absoluto. No me cabía duda de que era un gran profesor. Pero no era un gran adulto, al menos no con otros adultos. Me preguntaba si sería tan capaz con los adolescentes del centro juvenil como lo era con los niños. Dados sus comentarios sobre sus propios parientes, no creí que la mediación familiar fuera su fuerte.

—Es un bombón, ¿verdad? —dijo Lisa, acercándose y siguiendo mi mirada.

—¿Quién?

—El señor Grizzle, por supuesto. —Sonrió y asintió en dirección a Jacob.

Estaba bastante segura de que no seguiría pensando eso si supiera cómo había hablado de ella. Había estado bastante acertada al asignarle el nuevo nombre de «Grizzle», que significaba llorón y, además, sonaba como *grizzly*, igual que los osos pardos. Aunque señor Gruñón también le había quedado bien.

—No puedes llamarlo así —siseé—. Podría oírte.

—¿Y qué más da? —Frunció el ceño—. Es su nombre, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —dije, sorprendida—. ¿De verdad se llama Jacob Grizzle? No me lo puedo creer.

—Pues sí —rio Lisa, agarrándome del codo como una colegiala tonta—. Le queda perfecto, ¿verdad? Es como un oso saliendo de su cueva en primavera.

—Desde luego, tiene el temperamento de uno —dije, inspirando hondo para contener la inesperada risita que amenazaba con escapárseme. Resultaba extraño e hilarante que sus pensamientos sobre él coincidieran con los míos.

—¿Cómo va, señor Grizzle? —gritó Lisa en su dirección.

Él levantó la vista y nos miró desde debajo de su flequillo, y yo tuve que arreglármelas para poner una cara que pareciera seria.

—Ahora me toca acercarme —murmuré entre dientes—, si no, pensará que nos estamos burlando.

—Ve, entonces —dijo, empujándome—. Seguro que, de todos, prefiere hablar contigo.

—¿Qué se supone que significa eso? —Fruncí el ceño.

—Bueno. —Sonrió—. Llevamos meses intentando que venga sin éxito, y vas tú y te mudas, y aquí está.

—Oh, cállate —le dije.

Sabía que el señor Grizzle no estaba más interesado en mí que yo en él.

—Pero no tardes —añadió—. Quiero que leas el último de estos formularios.

Por suerte, Jacob no me vio acercarme —eso me habría hecho sonrojarme aún más de lo que ya estaba—, sino que se volvió para ayudar a Jasmine a ponerle los ojos a su conejito.

—¿Qué te parece? —sonrió la niña, sosteniéndolo para que yo lo admirara.

—Creo que es preciosa —le dije seriamente.

—Es un chico —dijo, un poco decepcionada.

—Lo siento —me disculpé—. Pensaba que como llevaba un lazo rosa...

—A los chicos también les puede gustar el rosa —me dijo—, es solo un color. ¿Verdad, señor Grizzle?

—Por supuesto —coincidió—, da la casualidad de que hoy yo también llevo una camiseta rosa.

Jasmine no parecía creerlo, así que se levantó la parte inferior de la camisa para revelar el dobladillo de una camiseta rosa brillante.

—¿Ves? —me dijo, y salió corriendo a enseñarles a los demás lo que había creado.

—Sé poner la lavadora, pero un calcetín muy rojo se me mezcló con la ropa blanca —me confió Jacob con una sonrisa tímida que me sorprendió—. Ahora tengo todo un cajón

lleno de ropa rosa.

Era lo más divertido que había dicho nunca y no sabía cómo reaccionar. Tener sentido del humor no encajaba con todo lo demás que había deducido de él.

—¿Sigues cabreada conmigo? —preguntó bajando la voz para que los niños no lo oyeran.

—Bueno, has sido mezquino con Lisa.

—Me refería a lo que ha pasado durante la comida —explicó—, cuando estábamos todos a la mesa. Sé que estabas molesta, aunque me ha impresionado que estuvieras tan alerta y les cubrieras las espaldas a los chicos, por si yo era un lobo con piel de cordero.

No estaba segura de si se estaba riendo de mí otra vez o no.

—Siento haber sido tan grosero —continuó—. Pero es difícil ser civilizado cuando estás viviendo el peor momento de tu vida.

Tal vez hablaba en serio después de todo.

—¿Crees que hablar de ello podría ayudarte?

—No —dijo, casi volviendo a ser el mismo—. Por supuesto que no. Solo me disculpo por ser un capullo. No siempre he sido así.

Me aliviaba oír eso.

—Y, como he hecho lo que me pediste al venir hoy aquí, espero que me perdones.

No añadió que lo había hecho para deshacerse de mí, pero, de nuevo, quedaba implícito.

—Pero ¿lo has pasado bien? —le pregunté.

Se encogió de hombros, no muy impresionado.

—Bueno, no te emociones —le dije.

—No voy a mentir —me dijo—, ni a fingir. Ya te he dicho que no me va este rollo comunitario que tenéis montado aquí, Poppy.

—¿Y no hay absolutamente nada que pueda hacer o decir que te haga cambiar de idea sobre lo de unirte?

—Me temo que no —dijo, volviendo a centrar su atención en su galleta—. En lo que se refiere a apuntarse y participar en cosas, ese barco ya ha zarpado.

Capítulo 7

Durante la semana siguiente se estableció rápidamente una nueva rutina y no tuve ninguna duda de que había tomado la decisión correcta al perseguir mi sueño de mudarme a Nightingale Square. Mi trayecto a pie desde casa hasta Greengages era lo bastante largo como para despertarme por las mañanas, y me sobraba tiempo al final del día para cruzar la calle y ayudar en el jardín.

Mi vida seguía siendo tan sencilla y carente de complicaciones como siempre, pero había mejorado mucho con mi nueva dirección. Todo había resultado tan maravilloso como había soñado y, a pesar de la preocupación por mis deficiencias como hermana, era increíblemente feliz.

Me había acostumbrado a salir de la plaza por las mañanas con Jacob, que también se estaba adaptando a una nueva rutina, y, aunque nunca parecía especialmente contento de verme, tampoco parecía importarle mucho mi presencia. Su falta de conversación significaba que yo no estaba segura de si se limitaba a tolerar el poco rato que caminábamos juntos, pero no iba a perder el tiempo preocupándome por eso.

—Creía que los profesores tenían que cargar con toneladas de materiales —le dije, señalando su mochila vacía el viernes por la mañana, al final de su primera semana de trabajo—. Trabajos que corregir y esas cosas.

—Yo no —contestó, como si la sola idea fuera una locura—, mi planificación está toda en mi disco duro y no vuelvo a casa hasta que no he terminado las tareas pendientes y lo preparo todo para el día siguiente.

Eso explicaría por qué no lo había visto en casa por las tardes cuando iba y venía del jardín, así como por qué había rechazado las dos invitaciones al *pub* que le había hecho durante la semana. Para disgusto de Lou.

—Para no tener interés en él —me dijo tras un resoplido contrariado—, parece que te esfuerzas por incluirlo.

Tenía razón. Después de su insistencia en no ayudar en el jardín y de su infalible habilidad para hacerme sentir siempre como una tonta en presencia de los demás —ya fuera intencionadamente o no—, había decidido más o menos dejarlo a su aire, pero, por alguna razón, no podía evitarlo. Estaba decidida a que ni la ausencia de su familia ni su equivocada determinación de no participar en lo que se le ofrecía le estropearan el placer de vivir en Nightingale Square.

—Oh, Jacob —dije, fingiendo estar horrorizada—. No serás un adicto al trabajo por casualidad, ¿verdad?

—No —resopló—, es que me gusta ser organizado y, como no tengo coche, no puedo llevarme mucho trabajo a casa.

Me sorprendió que no tuviera coche. Yo me conformaba con la bicicleta o el autobús si tenía que ir más lejos que al trabajo, pero Jacob parecía una persona de coches.

—¿Estás pensando en comprarte un coche? —pregunté, tratando de formular la pregunta de la mejor manera posible para obtener una respuesta esclarecedora y no

enfadarlo más de lo que ya lo había hecho.

Las conversaciones durante nuestros breves paseos rara vez cruzaban la línea más allá de la charla trivial, por lo que la mayoría de las veces era imposible añadir ninguna información nueva sobre él al delgado archivo de lo que había cosechado hasta entonces.

—Buenos días a los dos —nos llamó John cuando llegamos a la entrada de la casa donde vivía con Lisa. Estaba cargando su furgoneta con herramientas para su jornada laboral—. ¿Todo listo para el fin de semana?

—Por supuesto —sonreí—. Tengo planeado hacer una bonita corona de flores especialmente para la ocasión.

—Maravilloso —rio John—. Glen y yo nos preguntábamos si podrías ayudarnos a clavar el poste esta noche, Jacob.

—¿Disculpa?

—El poste —dijo John—, para las celebraciones del Primero de Mayo el lunes.

Jacob pareció aliviado y luego negó con la cabeza.

—Me temo que esta noche no podré pasarme por el jardín —dijo con firmeza.

John no dudó.

—Vale —dijo, igualando a su mujer cuando se trataba de negarse a aceptar un «no» por respuesta—. Celebramos el comienzo de la primavera aquí, en el parque, así que ahí es donde va el poste. Esta fiesta en particular tendrá lugar en la misma puerta de tu casa.

Puede que no pudiera averiguar si Jacob estaba dispuesto a comprarse un coche, pero su cara después de que John terminara de envolverlo en cintas de mayo mereció totalmente el sacrificio.

—Hay bastante gente, ¿verdad? —dijo Lou a primera hora de la soleada tarde del lunes festivo, cuando llegó con un Colin algo reticente.

—A mí no vuelven a liarme con los bailecitos —fue el único saludo que ofreció, antes de alejarse en busca de John, que estaba sirviendo las bebidas.

—Pobre Colin —dijo Lou con una sonrisa de satisfacción—, se dio un buen golpe con ese palo la última vez, ¿no?

—Me dijo que sus nudillos no habían vuelto a ser los mismos. —Le devolví la sonrisa —. Pero espero que el atractivo de volver a llevar cascabeles sea demasiado para resistirse.

Lou respondió con una risita.

—Me gusta —dijo, alargando la mano para reajustarme la corona de flores que yo había tardado tanto en hacer y que se había resbalado un poco como resultado de todo el baile anterior alrededor del poste—. ¿Lo has hecho tú?

—Sí —le dije con orgullo—. Como es mi primer año aquí como residente, pensé que debía hacer un esfuerzo extra.

—¿Y qué hay de tu vecino? —preguntó con una inclinación de cabeza hacia la casa de Jacob—. ¿Se ha metido en algún lío?

—Entre tú y yo —le dije, mientras Colin volvía con tres vasos desechables de su potente cerveza casera—, tengo la clara impresión de que todos los cuerpos de más que hay hoy aquí se deben a él y solo a él. Bueno, los bronceados y tonificados, al menos.

—¿Qué quieres decir? —Lou frunció el ceño, tomando un sorbo tentativo.

—La brigada de las mamás buenorras están locas por él —dije, señalando al grupo de elegantes y estilosas mamás que inusualmente habían acudido a abrazar la celebración pagana de la plaza—. Según Kate, es el más guapo del colegio de Jasmine.

Para mi diversión, Jacob —que había salido a la fuerza de su madriguera con el pretexto de montar las mesas— era ahora el centro de atención, mientras que él no se enteraba de lo que sucedía. Estaba tan absorto contando cuentos de Beltane a casi toda su clase —que se sentaba encantada en la hierba a su alrededor— que no tenía ojos para ninguna de las mujeres que estaban tan interesadas en llamar su atención.

—¡Vaya, mira eso! —rio Lou—. Nunca he visto nada igual.

—Yo tampoco —asentí.

—No puedo creer que tengan *tanto* interés en que sus hijos aprendan sobre los derechos de fertilidad y las fiestas del fuego, ¿y tú?

—No —coincidí de nuevo—, ¡pero lo haremos!

Le di nuestros vasos a Colin y tiré de Lou hacia el poste para que se uniera a otro baile entusiasta que estaba a punto de empezar.

Para cuando los bailarines locales habían recogido sus campanas y se había encendido la hoguera del brasero, prácticamente todo el mundo, salvo los residentes de Nightingale Square, se había marchado ya. Había sido un día maravilloso e incluso Jacob parecía de buen humor cuando Luke se burló de él por haber desviado la atención de ciertas mujeres que solían fijarse en él.

Esta revelación fue —como yo sabía que sería— una completa sorpresa para Jacob, pero los vítores de John, Glen, Neil y Mark pronto hicieron que sus mejillas resplandecieran y me pregunté, no por primera vez, si alguna vez había habido una señora Grizzle en el horizonte. Y no estaba pensando en la madre de Jacob.

A medida que la noche se hacía más oscura a nuestro alrededor y me sentaba con mis amigos a contemplar las llamas parpadeantes bebiendo el brebaje de Graham, que de algún modo sabía mejor con cada vaso, supe que mi vida nunca había sido tan satisfactoria y esperaba que Jacob empezara a sentir lo mismo.

—¿Esto pertenece a alguien de aquí? —sonó la voz de Carole, interrumpiendo el momento de tranquilidad—. Estaba en la hierba, cerca del poste.

Nadie le hizo mucho caso. Lo intentó de nuevo.

—Lo he recogido esta tarde. Es un Samsung o algo así.

Para asegurarme, palpé el bolsillo de parche de mi falda y me di cuenta de que me faltaba el teléfono. Normalmente me habría dado cuenta de su peso, pero la cerveza me había embotado los sentidos.

—Podría ser mío —dije, poniéndome de pie para verlo más de cerca.

Lo sostuvo en alto y reconocí al instante aquella brillante carcasa.

—Menos mal —dijo ella, devolviéndomelo—. Toma, me ha estado volviendo loca, zumbando toda la tarde.

—¿Lo tienes en vibración, Poppy? —rio Lisa.

—Creo que alguien está desesperado por echarte el guante —continuó Carole,

ignorando la descarada insinuación de Lisa.

Bajé la vista hacia la pantalla y entrecerré los ojos cuando se iluminó.

—Oh, sí —dije. Mi corazón aceleró—. Creo que tienes razón.

Me disculpé por retirarme y me fui a casa de mala gana para poder responder en privado a la llamada entrante.

—Mamá —dije, cuando estuve a salvo dentro y la puerta principal estaba cerrada—. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—Estoy bien —dijo con un suspiro—, que no cunda el pánico.

Estaba preocupada por Ryan, no por ella.

—Aunque sigo sin dinero por culpa de este ridículo asunto del testamento.

—No tengo más dinero —le dije sin rodeos—. Me desplumaste el año pasado y, como seguro que Ryan te habrá dicho, yo también me he mudado hace poco, así que voy tan corta de dinero como tú.

—No iba a pedirte más dinero —espetó, ofendida—. En realidad, llamo por Ryan.

Mi corazón empezó a latir más rápido todavía.

—¿Qué pasa? —pregunté—. He intentado ponerme en contacto con él. Tuvimos un comienzo bastante bueno el año pasado, pero ahora tengo suerte si me envía un mensaje de dos palabras.

Había pensado en ir al instituto a buscarlo, pero no creía que le gustara verme aparecer por allí.

—No pasa nada —dijo mamá—, bueno, no es gran cosa. Es que me voy fuera unas semanas y me han llamado del instituto para hablar de su asistencia. Les he pedido que cambien la fecha, pero se han negado. Quieren que sea algo quincenal, por lo visto. ¿Puedes ir en mi lugar?

Si el instituto pedía reuniones quincenales, entonces había algo más de lo que preocuparse que saltarse unas cuantas clases.

—¿Qué pasa con su asistencia y qué quieres decir con que te vas?

—Me voy a España —me dijo. Noté que sonreía—. Con mi nuevo hombre.

Mi madre, la obsesionada devoradora de hombres, estaba lista para atacar de nuevo.

—Se llama Roger y es...

—Me da igual —la interrumpí, antes de que la imagen de ella como una mantis hambrienta aferrándose a algún desprevenido hombre de mediana edad con barriga y entradas se alojara en mi pobre cerebro—. ¿Y Ryan?

—Bueno, no ha sido invitado a la reunión. Solo yo...

—No —volví a interrumpir, respirando hondo—. Lo que quiero decir es que qué hay de malo en su asistencia para justificar las reuniones regulares y qué va a hacer mientras estés fuera.

Y, más concretamente, ¿por qué tenía tanta prisa por irse? ¿Tenía que ver con su nuevo hombre o había más problemas con Ryan de los que ella podía manejar?

—No ha asistido tan a menudo como debería, así que quieren vigilarlo más formalmente, eso es todo. Y se va a quedar aquí mientras yo esté en España.

—¿Él solo? —pregunté, sorprendida.

—Sí.

—¿Un menor de edad sin supervisión?

—Sí.

—Aunque te acabas de enterar de que no va a clase.

Eso la encolerizó.

—Bueno, tendrá que crecer algún día. Le hará bien valerse por sí mismo. No ha hecho más que trabajar duro desde que Tony murió, y yo necesito un descanso. Y bien, ¿puedes ir a esas reuniones o no?

Capítulo 8

La llamada no terminó bien porque mamá se puso de su acostumbrado mal humor. Ese era su *modus operandi* cada vez que no se salía con la suya. Había dado por sentado que mi preocupación por mi hermano significaría que yo intervendría de inmediato, que aceptaría asistir a las reuniones e incluso que me ofrecería a ir y venir a Wynmouth para vigilarlo, pero yo ni siquiera había insinuado que lo haría.

Lo deseaba, por supuesto, más que nada, pero sabía que si lo hacía la estaría liberando de sus obligaciones parentales, así que en lugar de eso le di un toque de atención y colgué. El tiempo diría si el mensaje había calado o no, pero no me quitaba el sueño. No sabía si tomaría la decisión correcta y cancelaría sus planes de irse a tomar el sol, pero tenía que darle tiempo para hacerlo.

Colgué mi corona de flores en el gancho de detrás de la puerta de la cocina, me preparé una taza de manzanilla y me senté a la mesa a hojear el libro de recetas de mi abuela y el mío, un poco menos impresionante. El suyo estaba bellamente adornado y quebradizo por el paso del tiempo. La abuela había sido una artista de talento y una excelente cocinera, una mujer de campo que conocía las ventajas de abastecer la despensa con los generosos frutos de la naturaleza, y me había transmitido sus conocimientos, así como su preciado libro.

Extendí ante mí mis tarjetas de recetas a medio terminar, en las que había estado trabajando para repartir en la tienda, y me puse a escribir, sabiendo que irme a la cama habría sido inútil. Era más cerca de la una que de la medianoche cuando miré el reloj, con el cuello y los hombros agarrotados por haber estado sentada tanto tiempo.

Cogí el teléfono y me puse a buscar entre mis contactos hasta que encontré el número de Ryan.

«Mamá dice que no has estado yendo al instituto —escribí antes de que pudiera arrepentirme—. *No estarás pensando en dejarlo, ¿verdad?».*

En cuanto pulsé enviar me di cuenta de que me había equivocado de pregunta. Debería haber preguntado si todo iba bien en lugar de enviar lo que, al leerlo, parecía una exigencia. Maldita sea. Demasiado tarde para cambiarlo.

Me sobresalté al recibir un mensaje.

«¿Y qué? Tú dejaste la uni. No tiene nada que ver contigo, POLLY».

Me quedé mirando la pantalla y me mordí el labio. La respuesta de Ryan me confirmaba que había interpretado mi pregunta exactamente como me temía. Dicho esto, no me esperaba una respuesta tan contundente, y me dolía que me hubiera llamado Polly. Así solía llamarme cuando era un adolescente arrogante, pero de eso hacía ya mucho tiempo.

—Es porque en realidad no te conozco —solía decir con una sonrisa de satisfacción al darse cuenta de que me afectaba—. Nunca me acuerdo de tu nombre.

Creía que habíamos superado todo eso. Los mensajes que había recibido de Ryan después de que mamá me contara por fin lo del infarto de Tony podían haber sido

breves, pero ni de lejos habían sido tan contundentes como este. Sabía que yo tenía parte de la culpa, por enviarle un mensaje en un tono totalmente equivocado, pero aun así no había podido quitarme de encima la sensación de que le pasaba algo más de lo que mamá me había contado, y su rápida respuesta lo confirmaba.

De repente, me di cuenta de que Ryan necesitaba algo más que alguien dispuesto a ir al instituto y a cumplir todas sus expectativas.

A la mañana siguiente me arrastré hasta el trabajo sintiéndome como si la muerte me acechase, y no tenía nada que ver con el potente brebaje casero de Colin.

—Has tenido una buena noche, ¿eh? —sonrió Harry.

—Un buen día —concedí—. He tenido mejores noches.

—¿Y eso?

—Recibí una llamada de mi madre.

La cara de Harry era un cuadro. Sabía lo suficiente de ella para adivinar que eso no era bueno.

—No querría más dinero, ¿verdad? —Frunció el ceño.

—No —dije justo cuando sonaba la campanilla de la puerta, anunciando al primer cliente del día—. Esta vez no se trataba de dinero.

—¿Entonces? Porque seguro que quería algo.

Sacudí la cabeza. Aún no sabía qué iba a hacer con la situación y, hasta que no lo hubiera decidido, no quería hablar de ello.

—Estas patatas nuevas tienen buena pinta —dije, centrando la atención de Harry en el producto en un intento de distraerlo—. ¿Las ponemos como elección de la semana?

Fue una mañana tranquila, lo que no ayudaba a distraerme ni a que Harry dejara de preguntarme si estaba bien, pero tuvimos un cliente por la tarde que no esperaba.

—Jacob —sonreí, levantando la vista del periódico local que había estado leyendo, ya que no me quedaba nada que arreglar, ordenar ni barrer—. Qué sorpresa.

Era la última persona que esperaba ver, por lo que había dicho sobre sus hábitos alimenticios. Vi cómo se acercaba a mi elaborado expositor de patatas y cogía una patata apenas más grande que un tomate *cherry*.

—¿Buscas algo sabroso y fresco para equilibrar esas microcenas a las que pareces tan aficionado?

—La verdad es que no —dijo, devolviendo la patata al montón tambaleante y haciendo que otra saliera rodando.

Iba a tener que reducir la montaña que había esculpido, de lo contrario, Harry y yo íbamos a tener que enfrentarnos a una auténtica avalancha.

—Estas de aquí —dije, saliendo de detrás de la caja— son tan frescas que ni siquiera hace falta pelarlas. Solo hay que ponerlas en una olla con agua hirviendo y una ramita de menta durante unos veinte minutos...

—Sé cómo cocinarlas. —Frunció el ceño—. Solo elijo no hacerlo.

—¿Por qué no? —pregunté—. Te ahorrarías una fortuna comprando productos frescos...

—No importa —interrumpió—, no he venido aquí para que me den un sermón sobre

mis hábitos alimenticios.

—Lo siento —dije, escarmentada.

—Solo venía a ver si estás bien.

—¿Qué?

—Esta mañana —dijo, jugueteando también con las manzanas que tanto me habían costado colocar—, no estabas cuando he salido para el trabajo, y entre eso y lo de dejar la fiesta temprano...

—Ah —dije—. Entiendo.

Había estado tan preocupada por el mensaje de Ryan y por si debía responderle o no que no había pensado en salir con Jacob.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—Por el amor de Dios, Poppy —espetó—. ¿Estás bien?

—Sí. —Tragué saliva con los ojos un poco empañados por su enfado. No necesitaba que él apareciera también para hacerme sentir mal.

—No —dije. Resoplé y me soné la nariz con el pañuelo que llevaba en la manga—. La verdad es que no, pero sobreviviré. Gracias por tomarte la molestia de preguntar.

Supongo que el que hiciera el esfuerzo de venir a ver cómo estaba sugería que le importaba, pero tenía una forma curiosa de expresarlo. Era casi como si estuviera enfadado conmigo porque teníamos una conexión y molesto porque la conexión le había provocado algo parecido a una respuesta emocional compasiva. Era un auténtico enigma.

—Se supone que debería estar en la escuela —dijo, mirando su reloj—, es mi hora PPE.

—¿PPE?

—Planificación, preparación y evaluación.

—Ah, vaya —dije—, entiendo.

—Mejor me voy.

—Bueno, gracias por venir a verme —sonreí—. Ha sido muy amable por tu parte.

Volvió a mirar el reloj.

—¿Cómo sabías dónde trabajaba? —pregunté. Creía que nunca lo habíamos hablado. Por las mañanas, cuando llegábamos a la carretera al final de la plaza, él giraba hacia la derecha y yo, hacia la izquierda. Nunca me había preguntado a dónde me dirigía.

—Me he pasado por la librería y le he preguntado a Colin. Estabas con él en el *pub* la semana pasada, así que imaginaba que lo sabría.

Asentí, pero no hice ningún comentario. No me apetecía mucho pensar en cómo había terminado aquel día en The Dragon.

—Bueno —dijo, su tono era más ligero ahora que estaba en la puerta—, está bien entonces.

Y con eso se fue.

***

Esa semana me encerré en mí misma. Salía antes al trabajo para evitar a Jacob, aunque él se había tomado la molestia de venir a verme; cancelé mis planes de entre semana con Colin y Lou; y visité poco el jardín. No había recibido más mensajes de Ryan, aunque yo le había enviado muchos. Mamá también me había enviado unos cuantos. No le había dado una respuesta sobre las reuniones, con la esperanza de que se diera cuenta de que era ella quien debía ir, pero seguía preparada para su estancia bajo el sol español.

Sumida en mi depresión, no podía creer lo rápido que había descarrilado mi nueva vida perfecta y, mientras me tumbaba en el sofá para pasar otra noche cambiando de canal, supe que, si quería volver a encarrilarla, iba a tener que llegar al fondo de todo y hacer algo más que intentar frenar las faltas de asistencia de Ryan. Pero ¿qué podía hacer? No era propio de mí no saber la respuesta, y el muro con el que me había topado me hacía sentir aún peor.

Un par de fuertes golpes en la aldaba de la puerta principal me sacaron de mi ensoñación.

—Jacob —dije, envolviendo mi escasamente vestido cuerpo un poco mejor en mi bata de algodón—. Hola.

—¡Ya está! —gritó una voz detrás de él—. Te decía que estaba en casa.

Era Mark.

—Hola —dijo Jacob, ignorando a Mark.

—¿Me estás controlando otra vez? —sonreí.

—Algo así —dijo Jacob, examinándose los zapatos—. No te he visto en toda la semana, y...

—Sí —dije, aclarándome la garganta—. Lo siento. Solo necesitaba algo de espacio para pensar.

—¿Sobre qué? —preguntó Mark, subiendo por el sendero.

Jacob parecía querer que el suelo se abriera y se lo tragara.

—Venga, Pops —insistió Mark—. Hay que compartir los problemas y todo eso.

—No pasa nada. —Me ruboricé—. Ya está todo arreglado.

Jacob dejó de mirarse los zapatos para mirarme a la cara. Estaba claro que sabía que eso no era verdad, pero, como era de esperar, dado lo ferozmente que protegía su intimidad, no tenía ningún deseo de entrometerse. Mark, sin embargo, no tenía esos reparos.

—Mentira —estalló—. Te pasa algo. Lou me ha dicho que has estado escondiéndote toda la semana, así que estamos aquí para arrastrarte a The Dragon.

—Bueno, eso tú —lo corrigió Jacob—. Yo pensaba acostarme temprano antes de que Lou me pescara cuando estaba en la librería.

—Nos ha pedido que te tentáramos con la promesa de patatas fritas, Pops —continuó Mark con una sonrisa infantil.

Evidentemente, Lou consideraba que mi silencio autoimpuesto tenía que llegar a su fin. Me rugió el estómago al imaginarme zambulléndome en un cuenco de patatas fritas caseras, salpicadas de sal y bañadas en kétchup.

—Muy bien —le dije al dúo dinámico—, dadme dos minutos y nos vemos al final del camino.

Resultó que Lou había respaldado su plan de las patatas fritas con una generosa porción de Jacob como guarnición.

—Aquí están —dijo Colin, acompañándome a mi asiento cuando Lou apareció por arte de magia y puso ante mí un cuenco con las patatas fritas y una pinta de las de siempre, y otra para Jacob y Mark.

—Bien hecho, Jacob —sonrió—. Ya te decía yo que no podría resistirse.

—¡Yo también he ayudado! —añadió Mark, indignado.

—¿Resistirme a qué? —le pregunté.

—A una causa perdida, al parecer —suspiró Jacob.

—¿Una qué perdida? —Fruncí el ceño, abanicándome furiosamente la boca porque la patata frita que había mordido estaba muy caliente.

—Sabía —Lou guiñó un ojo— que si el viejo señor Gruñón aquí presente te tendía una mano en señal de amistad vecinal...

—Y patatas fritas —añadió Mark, inclinándose para coger una de mi cuenco.

—Manos fuera —le advertí.

—... no habría forma humana de que lo rechazaras.

Tenía razón.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —pregunté, decidiendo dejarla disfrutar de su momento de gloria.

—Porque quieres que todo el mundo sea tan feliz como tú, Poppy —rio—. La idea de que Jacob no esté tan contento como tú viviendo en Nightingale Square te ha estado matando.

Volvía a tener razón, por supuesto, pero también ignoraba felizmente que mis propios sentimientos de satisfacción se habían resentido un poco. De repente, me sentía más ahogada que alegre.

—Y sabía —continuó Lou—, que si él proponía salir a tomar una copa...

—De hecho, lo he propuesto yo —dijo Mark con un gesto de la mano.

—... aprovecharías la oportunidad con la esperanza de que eso significara que estaba listo para empezar a socializar y se sentiría como en casa.

—Nunca estaré preparado para eso —refunfuñó Jacob.

—Eres tan encantadora y generosa —continuó Lou, sin darse cuenta de que estaba a punto de empezar a sollozar sobre mi servilleta— que por eso hemos...

—Sobre todo tú, Lou —intervino Colin cuando me enjugué una lágrima traicionera.

—Por eso —continuó—, he convencido a los chicos para que organicen esta intervención y averigüen qué demonios te ha pasado esta semana. Nunca has faltado a nuestro *pub* de los miércoles por la noche. Ni una sola vez en todo el tiempo que te conozco.

Habría continuado, pero Colin puso su mano sobre la de ella y sacudió la cabeza. Jacob, consciente del cambio en el ambiente, de pronto parecía más interesado en examinar el líquido de su vaso que en participar.

—¿Qué pasa, Pops? —preguntó Mark—. ¿Qué ha pasado?

***

Se sentaron y me escucharon en silencio mientras les explicaba que la única persona de mi vida a la que aún no había encontrado la forma de ayudar era mi hermano. No creo que hubiera podido terminar el largo monólogo si Colin no me hubiera pasado a Gus cuando me terminé las patatas fritas. A la vez que hablaba acariciaba al perrito, que aceptaba mis mimos mientras yo evitaba el contacto visual con mis amigos de dos patas.

—Poppy, no eres una inútil en absoluto —me sorprendió Jacob cuando terminé de decirles que no tenía remedio como hermana—. Por lo que puedo deducir, la razón por la que tu hermano y tú tenéis mejor relación es porque tu madre es una pesadilla.

—¡Eso, eso! —coincidió Mark—. Y últimamente has tratado de construir una relación con él.

—Supongo —dije.

—Cuando se trata de la familia, las cosas pueden llegar a ponerse muy difíciles —continuó Jacob—. Y, dado lo que nos acabas de contar, no me sorprende que hayas mantenido las distancias durante tanto tiempo.

—Si yo estuviera en tu lugar —me dijo Mark—, no creo que pudiera encontrar en mi corazón siquiera la posibilidad de involucrarme.

—¿En serio? —Colin frunció el ceño.

De todos nosotros, sabía que Colin sería al que más le costaría entenderlo, ya que él y sus parientes eran supercercanos.

—En serio —dijo Mark con firmeza.

—No todo el mundo ha sido bendecido con una familia adorable, Col —le recordó Lou.

—Y, según mi experiencia —prosiguió Jacob—, los parientes creen que pueden salirse con la suya puteándose entre ellos porque estás unido a ellos por la sangre, las cenas de Navidad y una acampada de mierda.

Los demás intercambiamos una rápida mirada y nos quedamos inmóviles, sin querer interrumpir su raro impulso de comunicarse.

—Si te peleas con amigos, haces otros nuevos, pero, cuando se trata de verdaderas disputas familiares que te destrozan la vida, pierdes a todo el mundo, y no solo eso. Es como si toda tu infancia nunca hubiera existido...

Sus palabras se fueron apagando.

—¿Es eso lo que te ha pasado? —preguntó Lou con los ojos muy abiertos.

Yo tenía tantas ganas como ella de averiguarlo, pero nunca se lo habría preguntado con tanta franqueza.

—No —replicó, volviendo a centrarse en mí de repente—. No lo es, y de todas formas estamos aquí para hablar de Poppy y su familia, no de mí y la mía.

—Lo sé, pero... —volvió a intentarlo Lou.

—Bueno, Poppy —dijo Mark, callándola con tacto—, ¿de verdad crees que a Ryan le pasa algo más que pirarse de clase?

—Sí —tragué saliva—, lo sé y, con lo que le ha pasado últimamente y quién es su madre, no puedo decir que me sorprenda. Pero no sé qué hacer al respecto.

—A ver, Ryan es responsabilidad de tu madre, no tuya —dijo Colin con sensatez—. Ella no puede huir solo porque las cosas se hayan puesto difíciles.

—Pero lo hará —susurré—. Sé que lo hará.

—Y tú te encargarás de recoger los pedazos —dijo Jacob con un amago de sonrisa en los labios.

—¿Eso haré? —Volví a tragar saliva. Las lágrimas me anegaban los ojos e intenté apartarlas.

—Claro que sí —dijo, sonriendo ahora abiertamente—, porque no está en tu naturaleza ignorar a alguien cuando tiene problemas. Si ves a alguien pasando por dificultades, no puedes resistirte a echarle una mano, y ahora que sabes que tu hermano te necesita de verdad, encontrarás la forma de llegar a él.

Vi de reojo que Lou le daba un codazo a Colin, y me pregunté si Jacob estaría pensando en cómo le había dado la lata para que cediera y viniera al jardín porque creía que lo ayudaría, pero no pregunté. Sus amables palabras habían encendido una lucecita cálida en mi corazón, y no quería arriesgarme a apagarla.

—Y ahora creo que deberíamos tomarnos otra copa y consultarlo con la almohada —continuó—. Lou ha hecho bien en engañarnos a Mark y a mí para que saliéramos esta noche. Has compartido el problema y juntos encontraremos una solución.

Sentí que la lucecita me calentaba un poco más cuando dijo la palabra «juntos». No estaba segura de cuándo se había producido el cambio, pero, al parecer, yo había erosionado su hostilidad, si no por completo, sí en gran parte, y ahora se consideraba uno de nosotros. Era una buena sensación saber que, de alguna manera, yo había hecho que eso ocurriera.

Capítulo 9

Hacía días que había desnudado mi alma en The Dragon y nadie había dado con una solución a mi problema. Mamá no había dejado de enviarme mensajes y yo sabía que el tiempo se acababa. Si no lo arreglaba, ella se iría y Ryan sería imposible de controlar. Tenía que encontrar una solución satisfactoria para todos, y rápido.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó Harry cuando cerramos el sábado por la noche—. ¿Te vas de bailoteo? —rio entre dientes—, ¿o tienes una de vuestras reuniones en el parque con tus amigas?

Le había contado algo a mi jefe sobre la situación con Ryan, pero no había entrado en detalles. Si se enteraba de cuánto me afectaba, se preocuparía, y eso era lo último que quería. Era un problema que Harry no podía resolver y no quería cargarle con todo.

—Me toca regar el jardín —le dije—. Así que el único baile que tendré será con la regadera.

Harry volvió a reír y negó con la cabeza.

—Tú sí que sabes divertirte, Pops —bromeó.

—Ríete todo lo que quieras —le dije con descaro—. Para mí, es la noche perfecta.

Mi responsabilidad de ayudar a mantener el huerto no era la única razón por la que tenía ganas de ir. Haber faltado a mis visitas acostumbradas me había deprimido rápidamente. Tenía la esperanza de que, si me ocupaba de algunas tareas más y hablaba del concurso, podría liberar suficiente espacio mental para ayudarme a desenredar mi enigma familiar.

—¡Por fin! —gritó Lisa, riendo, cuando llegué al jardín—. Casi te habíamos dado por perdida. ¿Dónde te habías metido?

—Intentando entrar —le dije, decidiendo no dar más detalles sobre mis problemas personales—. Había olvidado el código.

Lisa negó con la cabeza.

—Eso es porque no lo has usado lo suficiente —dijo, y soltó una carcajada—. Apúntatelo en el móvil —me aconsejó, como había hecho Neil el primer día—, eso es lo que hemos hecho todos.

Asentí y saqué el móvil para seguir sus instrucciones. Había otro mensaje de mamá, pero lo ignoré y añadí el código a mi lista de contactos. Ahora solo necesitaba recordar el nombre que se me había ocurrido para guardarlo.

—Voy a poner en marcha el riego —le dije—, y luego miro contigo todo lo del concurso, si quieres.

—Gracias —dijo con una sonrisa—, sería estupendo. Muchas manos hacen el trabajo ligero y todo eso. Por lo menos, ahora no tenemos que preocuparnos de qué les parecería a los jueces si se dieran cuenta de que somos un vecino más.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

Lisa señaló hacia el gallinero.

—¿Es Jacob? —dije, sorprendida, mirando del corral a ella y viceversa.

—Sí. —Soltó una risita—. Así es. Estaba merodeando por la puerta cuando he llegado, así que lo he dejado entrar, y ahora Graham le está enseñando las alegrías y peligros asociados al cuidado de las aves de corral.

Apenas podía creer lo que veía y me preguntaba qué le había hecho volver. Que yo supiera, no había pisado el lugar desde Pascua.

—No sé qué le habrás dicho o hecho, Poppy —sonrió Lisa—, pero se ha convertido en un hombre nuevo desde que te mudaste.

Asentí, pero no hice ningún comentario. La imaginación de Lisa no necesitaba que la alimentaran más. Sabía que retorcería a su gusto cualquier cosa que dijera, así que era mejor no decir nada.

—¿Eres de muslos o de pechugas, Jacob? —llamé, avanzando despacio conforme regaba los recipientes más cercanos al gallinero, antes de comprobar el resto de los parterres.

—No empieces —gimió—. Ya he tenido más que suficiente con Lisa.

Fuera lo que fuese lo que le había atraído al principio, estaba claro que había perdido su encanto, porque no parecía nada contento. Si solo se había acercado con la intención de volver a echarle un vistazo al lugar, seguro que se decepcionaría; ni el visitante más informal se libraba tan fácilmente. No cuando siempre había tanto que hacer. Esperaba que el hecho de que Graham lo arrastrara al gallinero no le hubiera quitado las ganas.

—Ignóralas a las dos —dijo Graham, colocando con firmeza una gallina bajo el brazo derecho de Jacob, y cogió otra él mismo—. Ahora, si no te importa, Poppy, tenemos que seguir.

Jacob no parecía muy relajado con la gallina —que yo reconocí como Hetty— inexpertamente sujeta bajo su brazo. Un aleteo y se le escaparía.

—No rompas los huevos —no pude resistirme a decir.

El comentario provocó que mi vecino pusiera los ojos en blanco y que su tutor me chasqueara la lengua con desaprobación.

—Si no te dejas de chorradas —dijo Jacob, frunciendo el ceño cuando Hetty hizo un ruidoso amago de liberarse y tuvo que soltarla—, no te contaré la *huevocionante* idea que se me ha ocurrido para resolver tu problema.

—¡Santo cielo! —gritó Graham, cogiendo otra gallina con la mano libre, y se la pasó a Jacob—. No empieces tú también o nunca lo oiremos.

—¿Eso era una broma? —pregunté, sorprendida pero decidida a aprovechar el inesperado momento—. ¿El malhumorado Jacob tiene algo de sentido del humor oculto bajo esas cejas fruncidas?

—Te diré una cosa —dijo, moviendo las cejas con pericia mientras se esforzaba por alisar las alas erizadas de Pétalo, el pollito—, hago un huevo de chistes, muchas gracias. Mi sentido del humor solo está un poco oxidado por falta de uso.

No podía creerlo. Dos bromas en la misma conversación. Sumé mentalmente los logros recientes de Jacob y me pregunté si no sería verdad que tenía un gemelo, porque esta versión nueva y mejorada no coincidía ni con el hombre enfadado que había conocido el día que me mudé ni con la versión sincera pero seria de la fiesta de Pascua.

En los últimos días este tipo había visitado una tienda de comestibles, había

participado en el plan de Lou para llevarme al *pub* y ahora estaba de nuevo en el jardín, cuidando gallinas y haciendo bromas. Chistes malos, pero chistes, al fin y al cabo. ¿Estaba la magia de Nightingale Square empezando por fin a abrirse camino en su corazón? La visión que tenía ante mí sugería que estaba en medio de una transformación y solo esperaba que sus habilidades para resolver problemas fueran tan competentes como su capacidad para relajarse milagrosamente.

—Dios mío —me reí a carcajadas cuando por fin oí lo que se le había ocurrido—. Tienes que estar de coña.

Estábamos cenando solos en el jardín. Lisa y yo habíamos revisado la documentación del concurso y rellenado concienzudamente el formulario de inscripción en línea, incluyendo detalles y archivos que mostraban cómo se había renovado y adaptado el jardín durante el último año, así como fotos de las celebraciones que tenían lugar allí y de todo lo que aprendíamos.

Junto con el curso de Graham para aficionados al cuidado de aves de corral, estaban las obvias lecciones de siembra, mantenimiento y cosecha, así como las clases magistrales de barbacoa a cargo de John. Carole se encargaba de los arreglos florales y yo esperaba poder aportar algo pronto.

En mi opinión, el jardín ya era ganador, mientras que esta idea descabellada de Jacob...

—No —dijo—, no bromeo. Creo que es una idea maravillosa y, con lo que me has contado de tu madre, seguro que estaría de acuerdo conmigo.

No lo dudaba. Lo que estaba sugiriendo era liberarla de toda responsabilidad. Si ella se enteraba de esto, saldría quemando rueda.

—Tú misma has dicho que tu hermano ya está en un aprieto con el instituto —continuó Jacob—, así que esto lo solucionaría en un santiamén.

Eso era cierto.

—Esta podría ser la mejor oportunidad para que Ryan salga del bache.

—Entonces, ¿crees que le pasa algo? —Suspiré—. ¿Crees que puede haber algo más que faltar a clase?

—Sí —asintió Jacob—. Por lo que has contado, creo que saltarse las clases podría indicar más problemas de los que tú eres consciente.

—Pero no lo conozco —dije, negando con la cabeza—. ¿Cómo puedo pedirle que venga y se instale conmigo si no sé nada de él?

Sí, esa era la loca idea que se le había ocurrido a Jacob. Me había sugerido que le pidiera a mi hermano que viniera a vivir conmigo a Nightingale Square. No de forma permanente, sino hasta que recuperara la cabeza y se quitara de encima la influencia de nuestra madre. Jacob pensó que estar tan cerca del instituto también ayudaría con su asistencia. Si no tenía que afrontar un viaje tan largo, era más probable que quisiera hacerlo. En este punto no podía sino estar de acuerdo, suponiendo, por supuesto, que fuera el viaje lo que explicara sus faltas.

—Mira —dijo Jacob—, piensa un momento, piensa de verdad en la realidad de la alternativa.

—¿Dejar a Ryan a su suerte cuando mamá se vaya a España, quieres decir?

—Sí.

La idea me sentaba como una patada. Era obvio que Ryan seguía llorando la muerte de su padre, y ¿quién sabía en qué estaría pensando? Aceptar sin más asistir a las reuniones que mamá había mencionado no iba a ser suficiente.

—No es una imagen bonita, ¿verdad? —Jacob me dio un codazo después de que yo hubiera estado callada durante unos segundos.

—No —respondí, mordiéndome el labio—. En absoluto.

—Pídele que se quede contigo un tiempo —continuó Jacob—. Quizá hasta el final del tercer trimestre. Involucra al equipo de apoyo estudiantil del instituto, así podrá trabajar sus sentimientos con alguien.

Ambos habíamos acordado que era primordial que así fuera.

—Entonces, establece unas normas básicas y ponle límites, prohíbele la tecnología, incluso ponlo a trabajar aquí —continuó—. Has dicho que tu madre no tiene paciencia con él y me atrevería a decir que se siente bastante inútil y poco querido. Ahora que ella estará lejos, es tu oportunidad de deshacer algo de eso. Podrías ayudar a Ryan a cambiar las cosas antes de que se descontrolen.

Hacía que todo pareciese tan sencillo... ¿Y por fin estaba admitiendo que venir al jardín ayudaba? No era el momento de preguntar, pero a mí me lo parecía.

—Pero no puedo —dije débilmente—, no sabría cómo hacerlo.

En teoría, lo que Jacob sugería sonaba increíble. Era una solución que podía darle a mi hermano el espacio que necesitaba para superar la muerte de su padre y rehacer su vida; pero ponerlo en marcha y hacerlo realidad era otra historia.

—Sé que no sabes cómo afrontar nada de esto, Poppy, pero también sé que en el fondo quieres hacerlo, y creo que esta es la mejor opción que tienes.

—Lo sé —asentí.

—No lo decidas enseguida —dijo Jacob, juntando las sobras en una pila antes de que yo las separara de nuevo para mostrarle dónde reciclarlas—. Consúltalo con la almohada.

—Lo haré —dije con un suspiro—, aunque no estoy durmiendo mucho.

Nos marchamos, comprobamos que la puerta del jardín estaba cerrada y cruzamos la calle hacia la plaza. Era una noche fría pero despejada y, a pesar de las luces de la carretera de al lado, pude distinguir alguna estrella brillante.

—Si te ayuda a que tu decisión sea más fácil —me dijo Jacob cuando llegamos a mi puerta—, te prometo que te ayudaré en todo lo que pueda.

—¿Lo harás? —Tragué saliva—. ¿Cómo?

—Podría llevarlo al centro juvenil. —Se encogió de hombros, intentando restarle importancia a su amable oferta—. A mí me daría lo mismo, tendré que ir de todos modos. Estamos organizando algunos grupos de asesoramiento y reuniones individuales para los que quieran un poco más de intimidad.

Quizá a Ryan lo ayudara hablar con alguien a quien no conociera.

—Creo que el lugar podría cambiar mucho la vida de un chico como Ryan —explicó Jacob, apartándose el flequillo, aún demasiado largo, de la cara—. Y hay muchas cosas

que hacer allí. Toda la reforma está dirigida por voluntarios. Podría darle un propósito y mantenerlo ocupado mientras tú trabajas y él no está en el instituto.

No me parecía una perspectiva tan desalentadora saber que no iba a tener que enfrentarme a la situación completamente sola. Eso, por supuesto, suponiendo que Ryan aceptara venir.

—Gracias —dije—. Eso significa mucho.

Jacob asintió y arañó el pavimento con la punta del zapato.

—No siempre soy un cabrón, ¿sabes? —soltó de repente, cortando el silencio—. Es solo que he tenido que lidiar con mucha mierda últimamente y me ha pasado factura.

—Bueno —sonreí—, no es que lo diga por mí, pero creo que estás en el lugar correcto si quieres empezar de nuevo.

—No estoy seguro de eso —dijo, mirando hacia Prosperous Place—. Aquí no empecé con buen pie, ¿verdad? Entre los vecinos del infierno, y yo espantando a todo el mundo. Y tampoco me convence todo este asunto del jardín.

—Pero hoy has disfrutado, ¿verdad?

—Sí —suspiró—, pero no esperaba que me pusieran a hacer cosas en cuanto apareciera.

—Así es más o menos como funciona allí —le expliqué—. Y mantenerse ocupado puede distraerte. Acabas de decirlo cuando hablábamos de Ryan.

Y, dada la naturaleza de su trabajo —enseñar a niños pequeños—, estaba segura de que lo sabía por experiencia.

—Eso es cierto —coincidió—. Pero Lisa...

—Puede ponerse un poco pesada —le dije—, lo sé. No te preocupes, intentaré que se modere. Puedes confiar en mí.

Un inesperado destello de dolor recorrió el rostro de Jacob.

—Lo siento, Poppy —dijo, con algo de su antigua máscara volviendo a su sitio—, pero no puedo confiar. Ya no.

—¿Qué significa eso?

Sacudió la cabeza.

—La confianza y yo nos hemos peleado —murmuró, con el dolor aún visible en sus ojos oscuros—. Será mejor que vuelva —añadió, alejándose un paso mientras las persianas bajaban un poco más—. Espero no haber dificultado aún más tu decisión sobre la mejor manera de ayudar a Ryan.

—No lo has hecho —dije. Volví a estrechar rápidamente el espacio entre nosotros y lo envolví en un abrazo.

—Poppy —gimió—, por favor, no.

Sabía que era un poco incómodo abrazar a un hombre al que apenas conocías, pero lo hice con la mejor intención. Quería devolverle un poco de su amabilidad y estaba desesperada por que se fuera a casa con la idea de que la velada había sido buena y de que él había sido de mucha ayuda, tanto para mí como en el jardín. Estaba claro que le habían hecho daño, y mucho, pero lo que hubiera pasado en su vida no había ocurrido aquí. No quería que asociara Nightingale Square con nada negativo.

—No pasa nada —sonreí tranquilizadoramente.

—No, en serio —dijo, alejándose—. Demasiado tarde...

Por un momento pensé que me había pasado de la raya y lo había estropeado, pero entonces me di cuenta de que se estaba formando una mancha alrededor del bolsillo de su camisa.

—Los huevos para mi desayuno —dijo, mirando el desastre pegajoso—. Graham dijo que las cáscaras eran un poco finas.

Intercambiamos una mirada y luego ambos nos echamos a reír y supe que, al menos por esta noche, se iría a la cama con una sonrisa.

Capítulo 10

Dormí mejor de lo que esperaba, pero al día siguiente me levanté temprano. Mi mente bullía, y no solo pensando en Ryan, sino también en que le debía un desayuno a mi vecino.

—Te has levantado temprano —dijo Graham cuando volví al jardín casi antes de que saliera el sol.

—Podría decir lo mismo de ti —le dije, riendo y observando cómo recogía un enorme fardo de ruibarbo.

—Es que no sé qué hacer con esto —dijo, sacudiendo la cabeza—. No damos abasto. Es una pena desperdiciarlo, pero nuestro congelador solo tiene capacidad para un número limitado de budines, tartas y pasteles. Creía que había dejado de crecer hace un par de semanas, pero esto no se acaba nunca.

Mentalmente, hojeé las páginas de mi libro de recetas.

—Me llevo un poco si quieres —dije.

—¿En serio? —preguntó, sorprendido—. ¿Seguro?

—Sí —asentí—. De hecho, me llevo todo ese fardo, si no te importa ayudarme a llevarlo a casa.

—Si quieres, puedo llevártelo cuando acabe aquí —se ofreció—. Le cortaré la parte superior y lo lavaré en la tina grande. Eso te ahorrará trabajo, pero solo si estás segura de que puedes encontrarle uso.

—Seguro que sí.

—¿Qué tienes en mente?

—*Chutney* de ruibarbo —dije.

—¿*Chutney* de ruibarbo?

—Confía en mí —reí al verlo arrugar la nariz—, está delicioso. El acompañamiento perfecto para tomar con queso, paté y todo tipo de cosas.

—¿Y tienes todos los ingredientes que necesitas para hacerlo hoy?

—Créeme, Graham, puede que no tenga el último bolso de diseño ni un armario lleno de zapatos, pero mi despensa es insuperable. Dame un mes y verás lo bien que habrás invertido esta mañana de domingo.

Parecía impresionado, y yo estaba encantada de tener la oportunidad de ponerme a picar, pelar, hervir y remover. No me cabía duda de que, para cuando estuviera vertiendo el humeante brebaje en tarros esterilizados, ya habría decidido si seguiría o no el consejo de Jacob. Y pensando en Jacob...

—De todas formas —dije, dirigiéndome al gallinero—, yo solo venía a ver si hay huevos. ¿Llego demasiado pronto?

—Si los nidos están vacíos, aún queda media docena de ayer en la cabaña. Son todo tuyos —dijo Graham.

—Dos bastarán por hoy —sonreí—. Gracias, Graham.

Había pensado llamar a la puerta y salir corriendo, pero pensándolo mejor, dado nuestro reciente historial con los huevos, decidí que lo mejor era entregárselos personalmente. Jacob pareció tardar una eternidad en contestar y, cuando recordé lo temprano que era, supe el motivo.

—Lo siento —le dije antes de que hubiera girado la llave en la cerradura—. No me acordaba de la hora que es. No me he dado cuenta de que aún era tan temprano.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a mi alrededor y hacia la plaza—. ¿Está todo bien?

Parecía mucho más joven con el pelo revuelto y los pies descalzos. Era casi mono.

—¿Qué pasa, Poppy? —volvió a preguntar cuando no dije nada.

—Nada —dije rápidamente—. No pasa nada. Lo siento. Acabo de estar en el jardín...

—¿Tan pronto? —Frunció el ceño, rascándose la cabeza y revolviéndose aún más el alocado pelo con el que había salido de la cama.

—Sí. —Sonreí extendiendo las manos—. Te debo un desayuno, ¿recuerdas?

—Por supuesto. —Asintió, ahogando un bostezo—. Me apetecía mucho ese sándwich de huevo frito.

—Y ahora ya puedes hacértelo —dije, transfiriendo cuidadosamente la preciosa carga de mis manos a las suyas—. O dos. —Tragué saliva cuando el dorso de mis dedos rozó sus palmas—. Suponiendo que tengas pan.

—En rebanadas blancas y gruesas —sonrió—, nada de pan sano para mí.

—Untado de mantequilla con sal, seguro —rezongué.

—Claro —dijo—, soy un tipo untable.

Sin comentarios.

—Es pan para tostadas francesas —desarrolló—. ¿Quieres pasar?

—No —dije, quizá demasiado rápido—. Gracias por la oferta, pero tengo que volver. Estoy esperando una entrega de ruibarbo.

—Claro que sí —rio.

Supongo que sonó un poco extraño, incluso para tratarse de mí.

—Bueno, gracias por los huevos —dijo, levantándolos.

Retrocedí por el camino, intentando no pensar en otra cosa que no fuera mi mañana en la cocina y, desde luego, no en lo cálidas y suaves que habían sido las manos de Jacob contra las mías. Había sido una sensación completamente distinta a la provocada por el abrazo al huevo de la noche anterior.

—¡Buenos días, Poppy!

Casi se me salió el corazón por la boca.

—Buenos días, Carole —respondí en cuanto la vi asomada a una ventana del piso de arriba, aparentemente sacudiendo un impoluto trapo amarillo—. Bonito día.

—Sí —coincidió—. Llegas pronto.

Me apostaba lo que fuera a que se pensaba que me había pillado haciendo el paseo de la vergüenza. Mark me había advertido de que no se le escapaba nada y de que era propensa a sumar dos más dos y sacar cinco. En aquel momento me había gustado la idea de tener a alguien que me cuidara, pero ya no estaba tan segura.

—Tu marido ha dicho lo mismo hace media hora —no pude resistirme a responder con una sonrisa pícara.

Un par de horas más tarde, el aire de la cocina se había llenado del aroma del jengibre, el cardamomo, el azúcar y, por supuesto, el ruibarbo. Mientras los ingredientes se cocinaban poco a poco y yo mezclaba y removía con cuidado, sentí que se me relajaba la tensión de los hombros. Esto sí que era un sueño. La única pregunta ahora era si quería invitar a mi hermano a formar parte de él.

Para cuando el *chutney* se enfrió, ya me había decidido.

Irónicamente, después del aluvión de mensajes de texto que había recibido —e ignorado— de mi madre, me resultó imposible ponerme en contacto con ella. Sus mensajes dejaron de llegar tan bruscamente como habían empezado.

Después de varios días llamando a su móvil y al de Ryan, por fin me contestaron al teléfono de casa.

—Hola.

—Hola. —Tragué saliva.

No esperaba que Ryan contestara y me sorprendió un poco oír su voz. Sonaba diferente a como lo recordaba, pero ya era casi un hombre, así que su voz tenía que haber cambiado.

—Hola —repetí, y me aclaré la garganta—. Soy yo, Poppy.

—¿Quién?

—Poppy. —Se me cayó el alma a los pies.

Estaba claro que su intención era que esto resultara de todo menos cómodo, y, dado que me había vuelto a llamar «*Polly*» hacía poco, no puedo decir que me sorprendiera.

—Solo llamaba para saludar —continué.

—Hola.

—En fin —presioné—, no has contestado a mis llamadas ni a mis mensajes.

—No he recibido ninguna llamada ni ningún mensaje de nadie llamado Poppy —respondió rápidamente.

—Mira, Ryan —interrumpí. A pesar de mi determinación de no hacerlo, estaba empezando a enfadarme—. Solo llamo para saber cómo estás. Siento no haber llamado antes, pero si me dejas explicarte...

—No soy Ryan.

—¿Qué?

—No soy Ryan —repitió la voz, más lenta y más fuerte, como si su dueño pensara que yo era idiota.

—¿Quién eres, entonces? —pregunté.

Esperaba que no fuera el último hombre de mamá. Estaba viviendo al límite si lo era, ya que este tipo apenas parecía pasar la edad de consentimiento.

—Soy Kyle, soy compañero de Ryan.

Oh, cielos.

—En ese caso —espeté—, ¿puedo hablar con Ryan, por favor?

—¿Quién has dicho que eras?

—Soy Poppy, la hermana de Ryan.

—Pensaba que su hermana se llamaba Polly...

—Mira —interrumpí—, dile a mi madre que se ponga, ¿quieres?

—No está.

—Vale —suspiré—, ¿tienes idea de cuándo volverá?

—No hasta dentro de unas semanas —me dijo Kyle. Parecía muy contento—. Se ha ido a España con un tío.

—¿Ya? —grazné.

—Sí —resopló Kyle. Estaba demasiado enterado de todo para mi gusto—. Ryan y yo estamos cuidando la casa.

—Que se ponga Ryan.

—Tampoco está aquí.

—¿Y dónde está?

Dudaba que estuviera en el instituto, no cuando tenía a su disposición una casa vacía que llenar de amigos.

—Acaba de salir a comprar más cervezas, quiero decir, pan.

Maravilloso. Entonces, estaba solo en casa *y* estaba bebiendo. ¿O me estaba tomando el pelo Kyle? No creía que hubiera una tienda tan irresponsable como para venderle alcohol a un chico de dieciséis años. ¿O estaba siendo ingenua?

—No tiene edad para comprar cerveza —señalé.

Kyle no respondió.

—Mira —le espeté—, dile que me llame en cuanto vuelva, ¿vale? A mi móvil. Tiene el número. Por favor —añadí, con la esperanza de que un poco de cortesía tardía animara al chico a transmitir el mensaje.

—No te preocupes, Polly —contestó finalmente Kyle con un enorme bostezo—. Se lo diré.

Colgó antes de que pudiera corregirle y no tenía ninguna esperanza de saber nada de Ryan en un futuro próximo.

Al final, Kyle transmitió el mensaje y tuve noticias de mi hermano al día siguiente mientras yo estaba en el trabajo.

—Lo siento, Harry —dije, mientras pulsaba para responder a la llamada—. ¿Podrías atender a este cliente? Tengo que contestar.

Harry se puso enseguida detrás de la caja y yo me metí en el almacén.

—Ryan —sonreí al decirlo, esperando que mi tono no conflictivo se transmitiera milagrosamente y él no me viera como una hermana mayor entrometida, sino como alguien con quien podía hablar—. Gracias por devolverme la llamada.

—No tenía muchas opciones, ¿verdad?

Sonaba tan enfurruñado como lo recordaba a los trece años.

—Todavía no puedo creer que Kyle te dijera que mamá se había pirado. —Dejé pasar la grosería—, podrías haberla denunciado a la policía. He estado esperando a que aparecieran los servicios sociales y se me llevaran.

—Yo no dejaría que eso sucediera —dije con suavidad.

—No sé —dijo, y me lo imaginé encogiéndose de hombros—. Nunca has parecido preocuparte mucho por mí antes.

Difícilmente podría refutar la acusación, dado el peso de las pruebas en mi contra.

—Bueno —dije, intentando aparentar que lo tenía todo bajo control—, eso está a punto de cambiar si tú quieres.

Ryan resopló y le pedí que no colgara. Tenía la sensación de que, si estropeaba esta conversación, no tendría otra oportunidad.

—Siento haber sido tan mala hermana. —Tragué saliva, nerviosa—. Y siento haberte dejado lidiar con mamá sin ningún apoyo durante tanto tiempo.

—Entonces, ¿qué pasa? —exigió, ignorando mis disculpas—. Si dices que las cosas van a cambiar, dime cómo. ¿Vas a venir a Wynmouth?

—No —le dije—. No puedo. Mi trabajo está aquí, en Norwich, ¿recuerdas?

—Ah, claro. —Resopló—. No podía esperar que vinieras por mí, ¿verdad?

No contesté.

—Sigue —murmuró.

—Bueno —dije, preparándome para oír que la línea se cortaba o para que me bombardearan con palabras malsonantes—, me preguntaba si te apetecía venir a quedarte conmigo una temporada.

—¿Qué?

—Quería preguntarte si podrías pensarte lo de venirte aquí, a Norwich, a vivir conmigo unas semanas.

—Entiendo.

Por su tono me di cuenta de que mi sugerencia era lo último que esperaba. A decir verdad, si alguien me lo hubiera propuesto cuando llamó mamá el Primero de Mayo, yo habría sonado exactamente igual.

—Al menos, hasta final de curso —continué, animada por el hecho de que no hubiera dicho que no de inmediato—. Mi casa está a pocos minutos del instituto, así que no tendrías que hacer ese viaje todos los días. Podrías retomar tus estudios.

—Supongo.

—No debe ser fácil tener que recorrer esa distancia toda la semana.

—No tengo clase todos los días.

—Lo sé, pero, aun así, está muy lejos de Wynmouth. Me sorprendió que mamá me dijera que ibas a estudiar bachillerato.

—Tú y yo.

¿Qué quería decir con eso?

—El sitio donde vivo ahora es mucho más grande que mi antiguo piso —le dije. No es que hubiera visto el antiguo—. Y tiene que ser mejor que vivir con mamá.

—No es que lo esté haciendo en este momento —me recordó—, al menos no técnicamente.

—Eso es cierto —concedí.

Iba a rechazar mi propuesta. Notaba que se estaba preparando y no me sorprendía. Era un chico de dieciséis años que se había quedado solo en casa. Tendría que estar loco para decirle a su hermana mayor que prefería irse a vivir con ella, ¿no?

—De acuerdo —dijo—, iré.

—¿En serio?

—Sí —dijo, repentinamente cauteloso—. Quiero decir, quieres que lo haga, ¿no? ¿No estabas bromeando?

—N-no —tartamudeé, conmocionada por su repentina muestra de vulnerabilidad—, por supuesto que no estaba bromeando. No esperaba que dijeras que sí. Quería que vinieras, pero no pensé que lo harías.

—Sí, bueno —me dijo—, hacerte tu propia cena cada noche cansa después de un tiempo.

—Mamá solo acaba de irse..., y no me digas que cocina para ti. —Me reí—. ¡Eso no me lo creo!

—No —dijo—, gracias a Dios. Es una inútil en la cocina.

En mi opinión, era una inútil para muchas cosas.

—Entonces —le dije—, ¿voy a buscarte el fin de semana?

—No —respondió, demasiado rápido para mi gusto. ¿No habría destrozado ya la casa? —. Puedo echar la llave aquí y luego ir a coger el tren. No tiene sentido que vengas hasta aquí para luego volver cuando puedo ir a Norwich yo solo.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo—, puedo arreglármelas.

—Está bien. —Sonreí—. Intenta llegar después de las tres y media si puedes. Debería poder escaparme del trabajo un poco antes de lo habitual y encontrarme contigo en la estación.

—De acuerdo —dijo Ryan—. Gracias, Poppy.

—No hay problema —le contesté, agradecida por haber recuperado mi verdadero nombre, y después colgó.

Capítulo 11

—Entonces, ¿Ryan va a venir de verdad? —preguntó Lou aquella noche en el *pub*.

—Sí —dije, levantando mi teléfono para que ella, Jacob y Colin pudieran ver los mensajes por sí mismos—, en el tren de este sábado, poco antes de las cuatro.

—Creo que estás loca —dijo Lou, sacudiendo la cabeza.

—Creo que eres una hermana maravillosa —dijo Colin.

—Creo que lo vas a pasar mal —dijo Jacob—, pero has hecho lo correcto.

No había mencionado nada de «pasarlo mal» cuando se le ocurrió la idea, pero no tenía mucho sentido recordárselo ahora. Ryan iba a venir y punto.

—Y Harry te ha dado otra semana libre en el trabajo —dijo Colin, ignorando la reacción poco entusiasta de Lou y la cautelosa de Jacob—. Qué suerte.

—Lo sé —asentí—. Es el mejor.

Cuando reaparecí en la tienda tras la llamada de Ryan, Harry me preguntó si todo iba bien y, cuando le expliqué que mi hermano pequeño vendría a vivir conmigo durante un tiempo, Harry insistió en que me tomara la semana siguiente para que se instalara.

—Llevas años trabajando para mí, Poppy —me había dicho cuando le dije que no podía tomarme más tiempo, pues acababa de tener una semana libre tras la mudanza—. Y en todo ese tiempo nunca has llamado para decir que estabas enferma. Gracias a eso, he podido visitar a mi familia en Australia. Y lo que es más importante: cuidaste de la tienda los días en que mi pena era más fuerte que yo.

Todo eso era cierto, pero aun así no quería dejarlo en la estacada.

—Puedo arreglármelas —me tranquilizó—. Tómate esta semana para salvar distancias con tu hermano.

Al final había aceptado, agradecida por haber encontrado un amigo tan generoso en mi jefe.

—Y la semana que viene hay vacaciones escolares —dijo Jacob—, así que yo también estaré por aquí. No es que quiera entrometerme —se apresuró a añadir.

—Lo dice el hombre que no se mudó aquí para unirse ni ayudar —bromeé, recordándole su antiguo mantra.

Había llegado al *pub* con Mark y Neil, que luego se habían ido a un restaurante. Me alegré de que Jacob hubiera decidido unirse a nosotros cuando se fueron. Me parecía que habíamos hecho un buen trabajo ayudándolo a integrarse, y aunque Lisa se empeñaba en atribuirme su transformación, yo creía que había sido más bien un trabajo de equipo.

—Sí, bueno —dijo, enrojeciendo ligeramente—, no podía quedarme encerrado para siempre, ¿verdad?

—Oh, Jacob —dijo Lou, radiante—, ¿es Poppy la Bella de tu Bestia?

—Bien podría serlo —respondió para mi sorpresa.

Había un viaje en autobús por la ciudad desde Greengages hasta la estación de tren y, a medida que se acercaba la hora ese sábado por la tarde, no podía creer lo nerviosa que

estaba. Me preguntaba si Ryan sentiría lo mismo. Me había vuelto a enviar un mensaje para decirme que estaba en el tren y, como resultado, yo había liado dos transacciones de caja consecutivas. Agradecía tener la distracción de estar en el trabajo, pero el pobre Harry parecía desear que me hubiera tomado todo el día libre.

—¿Preparada? —preguntó Jacob al llegar a la tienda justo cuando yo terminaba de cerrar mi desastrosa caja de aquel día.

—Más preparada que nunca —dije, antes de dar un trago a mi botella de agua y deseando no haber dejado nunca de lado mi relación con mi hermano—. Me voy ya. Prefiero llegar pronto que tarde. ¿Has estado hoy en el jardín?

—Sí —dijo Jacob—, John me ha pedido que le echara una mano montando los trípodes para las judías.

Sonreí y Jacob negó con la cabeza. No hacía falta que le dijera que aquel lugar le había absorbido. Era muy consciente de lo que había pasado y yo no podía alegrarme más por él.

—Eso está bien —dije—, porque necesitan que las trasplantemos. Ya deberían estarlo.

—Eso es lo que ha dicho John —dijo Jacob—. Por lo visto, mañana querrán que todos se pongan manos a la obra para que todo el mundo tenga su turno para plantar algo.

—¿Tú también? Para plantar algo, quiero decir, no para que te planten...

—Supongo —dijo—, y podrías traer a Ryan.

—Hablando de mi hermano —dije, mirando el reloj por millonésima vez—, será mejor que me vaya.

—Había pensado en acompañarte —dijo—, si te parece bien. Seguro que agradeces la compañía y una ayudita con las cosas de Ryan.

Me despedí de Harry tras hacerlo prometer que llamaría si la tienda se llenaba demasiado en los próximos días.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Jacob cuando me vio clavar los ojos en la carretera para ver llegar el autobús—. ¿Nerviosa? ¿Emocionada?

—Aterrorizada y con náuseas —dije honestamente—. Todavía no puedo creer que me convencieras de hacer esto.

—La verdad es que yo tampoco —dijo con un suspiro.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dijo, pasándose las manos por el pelo habitualmente desordenado—, yo no alojaría a mi hermano y, sin embargo, he conseguido convencerte de que tú alojes al tuyo.

Aparté los ojos de la carretera y miré la cabeza agachada de Jacob. Resistí el impulso de pasarle las manos por el pelo para alisárselo un poco y me las metí en los bolsillos.

—¿Hace mucho que os distanciasteis?

Apenas un par de semanas atrás no me habría arriesgado a hacerle una pregunta así por miedo a que volviera a convertirse en la bestia que me fulminaba con la mirada, pero las cosas habían cambiado.

—No mucho —dijo bruscamente.

Al percibir el sutil cambio de tono, decidí no indagar demasiado.

—¿Es mayor o más joven que tú?

—Más joven.

—Ah —dije. Por alguna razón, había esperado que dijera que era mayor—. Entonces, un poco como Ryan y yo, ¿no?

—No —dijo—, en realidad, no.

—Vale.

—Solo es dos minutos y siete segundos más joven.

—¡Vaya! —exclamé—. ¡Sois gemelos!

Era difícil imaginarse a otro Jacob paseándose por alguna parte, aunque a veces me había preguntado alegremente si tendría un doble, dada su personalidad siempre cambiante. Me preguntaba si su hermano llevaría el pelo más ordenado.

—¿Sois idénticos? —me apresuré a preguntar.

—En casi todos los sentidos —dijo, y se mordió el labio.

—Vaya —dije—, eso debe hacerlo aún más difícil entonces.

—¿Qué quieres decir?

—Lo de no hablaros o no llevaros bien —expliqué—. Fui al colegio con unas gemelas. Estaban prácticamente unidas por la cadera. Decían que, para ellas, la otra era una prolongación de sí mismas, si eso tiene sentido. Probablemente no lo estoy explicando muy bien.

—No —dijo, echándose de nuevo el pelo hacia atrás—, lo entiendo. Sé lo que quieres decir.

—Entonces —pregunté con cautela—, ¿eso hace que tu separación sea más difícil de llevar?

—No —dijo, levantándose de un salto cuando el autobús apareció—, en realidad, mi hermano me lo ha puesto todo muy fácil. No tengo ningún problema en odiarle.

Cuando el autobús se detuvo y subimos a bordo, no tuve ocasión de preguntarle a qué se refería y, para ser sincera, no estaba segura de querer hacerlo.

Cuando llegamos a la estación de tren, estaba hecha un lío y agradecí enormemente que Jacob se hubiera ofrecido a acompañarme. No solo no sabía qué esperar en cuanto a la actitud y el saludo de Ryan, sino que tampoco tenía mucha idea de a quién buscar.

Mamá nunca había compartido fotos suyas, así que, en mi cabeza, Ryan no era mucho más que un niño; un chaval que era feliz jugando al fútbol en el jardín trasero si eso lo mantenía fuera de casa. Me iba a costar acostumbrarme a esta nueva versión, considerada lo bastante mayor —aunque solo fuera por nuestra madre— como para cuidar de sí mismo y con la suficiente chulería como para fingir que podía comprar cerveza.

—¿Es ese? —preguntó Jacob, mirando hacia el andén desde nuestro lado de la barrera.

El tipo que había señalado estaba ayudando a una anciana a bajar del vagón y luego se esforzaba por manejar su maleta de ruedas junto con su propio equipaje y lo que parecía una guitarra.

—No —dije—, es demasiado alto.

—Pues habrá perdido el tren —dijo Jacob—, no queda nadie.

Entrecerré los ojos mientras los dos improbables compañeros de viaje recorrían el andén y me quedé sin respiración.

—Oh, Dios —tragué saliva, agarrándome a la manga de Jacob—, es él. Es Ryan, es mi hermano pequeño.

Pero no tenía nada de pequeño. Medía fácilmente dos metros y era tan esbelto como los postes para las judías que Jacob había estado colocando. Su delgadez lo hacía parecer aún más alto. Era una maravilla que no se rompiera bajo el peso de todo ese equipaje.

—Gracias, joven —dijo la señora, una vez que él la hubo ayudado a pasar la barrera y le hubo entregado su maleta—. Espero que tengas una estancia maravillosa, querido, y dile a esa hermana tuya que no vas a ser ni de lejos la molestia que ella cree que vas a ser.

Miré a Jacob y alcé las cejas.

—Lo haré. —Ryan sonrió. Su cabello arenoso se deslizó hasta casi cubrirle los ojos antes de que sacudiera la cabeza y volviera a caer recto hacia atrás.

¿Por qué prácticamente todos los hombres de mi vida necesitaban cortarse el pelo? Aunque, para ser justos, mi hermano llevaba el pelo corto por detrás y a los lados. Solo la parte superior era un desastre rebelde y, sin duda, de moda.

—Estoy seguro de que se sentirá muy aliviada al oírlo —prosiguió.

—Seguro que sí —dijo la señora, antes de salir corriendo a llamar un taxi—, seguro que sí.

Tengo que admitir que sus amables palabras me reconfortaron bastante.

—Hola —dijo Ryan mientras caminaba hacia donde estábamos Jacob y yo, y dejó caer una gran bolsa de lona a sus pies.

—Hola —dije. La palabra se abrió paso torpemente por el nudo de mi garganta.

No tenía ni idea de cómo manejarlo y la bolsa que había puesto entre nosotros significaba que un abrazo quedaba descartado. Tal vez esa era la intención.

—Me alegro mucho de que hayas decidido venir —dije—. No puedo creer lo cambiado que estás.

—Ya no soy un niño, Polly —dijo, con la sombra de una sonrisa jugueteando en sus labios carnosos.

—Ya lo veo —asentí, dejando pasar el insulto.

Era un chico guapo, de pómulos salientes y mandíbula fuerte. Sabía que triunfaría entre las chicas y me preguntaba cuántos corazones habría roto ya.

Jacob se aclaró la garganta y me di cuenta de que no lo había presentado.

—Lo siento —dije, tratando de reírme de mi sorpresa—. Me he quedado sin palabras.

Ryan me miró, enarcó las cejas y le tendió la mano a Jacob.

—Hola —dijo—, soy Ryan, el hermano no tan pequeño.

—Jacob —dijo Jacob, cogiendo la mano de Ryan, y se la estrechó—. Encantado de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—¿Nada bueno, espero? —preguntó Ryan, volviendo los ojos hacia mí.

Parecía controlar la situación mucho mejor que yo.

—No —dijo Jacob—, nada bueno en absoluto.

—Está bien, entonces. —Ryan asintió, con la mirada fija en mí—. Odiaría ser una

decepción.

—Seguro que mamá se ha pasado la vida haciéndote sentir así.

Hizo caso omiso del comentario y al instante me arrepentí, sabiendo que era una grosería y que tal vez no fuera lo más adecuado que uno podía decir sobre su propia madre. Aunque fuera cierto.

—Bueno —dijo Ryan, mirando entre Jacob y yo—. ¿Sois pareja o qué?

—No —dijo Jacob, antes de que pudiera abrir la boca—. No. En absoluto.

Ryan sonrió.

—Somos vecinos, solo vecinos —continuó Jacob—. Vivimos uno al lado del otro. ¿No es así, Polly, digo Poppy?

La sutil bromita de Ryan ya estaba causando estragos. Quizá debería elegir otro nombre para él, ya que parecía tan dispuesto a meterse con el mío. En ese momento, Trol me parecía mucho más apropiado que Ryan.

—Sí —dije con una sonrisa—. Aunque yo iba a decir que éramos amigos.

—Pues sí —se apresuró a decir Jacob—. También somos amigos. Amigos que resultan ser vecinos.

—Que eso quede claro —dijo Ryan, todavía con su sonrisita.

—Vale —dije, y cogí la bolsa, pero Jacob llegó antes—. ¿Subimos? Apuesto a que estás deseando tomarte una taza de té, ¿verdad, Ryan?

—No me importaría una cerveza —dijo, levantando un poco más su mochila y haciendo equilibrios con su guitarra.

—Estoy segura de que no... —empecé, pero Jacob me cortó.

—¿Volvemos en taxi? —sugirió—. Nos ahorrará todo el jaleo del autobús.

Capítulo 12

Mi pequeña casa de Nightingale Square parecía mucho más pequeña con Ryan dentro. No solo era alto y calzaba un cuarenta y tres, sino que su equipaje ocupaba tanto espacio como él, a pesar de que afirmaba que viajaba ligero.

—Bueno —dijo Jacob en cuanto nos tuvo a nosotros y al equipaje a salvo en casa—, os dejo. Supongo que irás al jardín mañana, Poppy.

—Desde luego.

—¿Y al *pub* esta noche?

—A eso me apunto —dijo Ryan, agachándose de nuevo para entrar, en un movimiento al que supongo que se había acostumbrado para evitar conmociones cerebrales.

—No —dije con firmeza—. No iremos al *pub* esta noche, pero seguro que mañana iremos al jardín.

—Necesito un pitillo —murmuró Ryan—, ¿está bien si fumo en casa?

—No, aquí no —dije enseguida. No tenía ni idea de que fumara—. Tendrás que salir al jardín. Te mostraré dónde.

En cuanto Jacob se fue, le di a Ryan una lata enjuagada para sus colillas y le indiqué por dónde salir; luego me dispuse a prepararnos té para los dos y a llenar un plato con galletas variadas. Mientras sacaba la bandeja, vi a mi hermano liarse un cigarrillo con pericia y esperé que el hábito no fuera más que una fase pasajera.

—No sabía que fumaras —dije suavemente, mientras dejaba la bandeja sobre la mesita de mosaico y acercaba la silla frente a la suya.

—Me atrevería a decir que hay muchas cosas que no sabes de mí —dijo, encendiendo el cigarrillo, y dio una larga calada—. Como he dicho en la estación, ya no soy un crío.

—Ya lo veo —dije sonriendo—, yo también me atrevería a decir que hay muchas cosas que tampoco sabes de mí.

—Me atrevería a asegurarlo —respondió, abandonando su cigarro cuando vio las galletas.

Así que no era un fumador tan empedernido, aunque sí un adolescente con buen apetito. El plato pronto quedó medio vacío y no pude evitar preguntarme dónde almacenaba las calorías. Su delgado cuerpo no parecía retener nada durante mucho tiempo.

—Bueno, ¿cómo te las arreglaste para comprar este lugar? —preguntó cuando acabó de masticar—. No se diría que trabajar en una tienda dé para tanto.

—La verdad es que no. —Fruncí el ceño, preguntándome de dónde había sacado la idea de que era la propietaria de mi bonita casa—. Este lugar no es mío. Me lo alquila una amiga.

—Ah —dijo—, vale. Mamá dijo que te había ayudado con un depósito hipotecario.

Más bien, se había servido a su gusto de mi alquiler. Aunque estaba furiosa, no lo corregí. Quería darle la bienvenida a Ryan a la vida en la plaza y empezar su visita con una conversación para aclararle todas las mentiras que nuestra madre había urdido

probablemente nos llevaría más tiempo del que pensaba quedarse.

—Seguro que fue un malentendido —dije.

—Lo hace mucho —asintió.

Me entristecía pensar que estaba acostumbrado a sus juegos mentales y medias verdades, pero al menos era consciente de algún modo de cómo era ella en realidad, y me ahorraba la desagradable tarea de quitarle las gafas de color de rosa que pudiera llevar.

—Hablando de mamá —continué tímidamente—, ¿has podido decirle dónde estás? Todavía no he conseguido contactar con ella, pero le he enviado un correo electrónico y un millón de mensajes.

Ryan se encogió de hombros.

—Dejé una nota —dijo—, y ordené un poco.

Resistí el impulso de preguntarle si había apagado las luces y cerrado la nevera, las puertas y las ventanas.

—Aunque —dijo, después de vaciar su taza de té en tres grandes tragos— tal vez me haya dejado algo de leche en la nevera y algo de pan en la basura.

—Oh, no —dije, momentáneamente consternada—. La leche apestará y el pan se pondrá mohoso enseguida.

—Oh, sí. —Sonrió, alcanzando la última galleta de chocolate—. Ni se me había ocurrido.

Le devolví la sonrisa y negué con la cabeza. Era un auténtico trol. Esperaba que sus bromitas no fueran más allá de olvidarse de tirar los alimentos perecederos.

—Bueno —le dije—, no te preocupes, me alegro de que hayas venido.

No dijo nada.

—Sé que las cosas no han debido ser fáciles desde que perdiste a tu padre.

—No lo perdí, Pol. —Frunció el ceño—. Murió.

No podía seguirle el ritmo. En un momento me hablaba con complicidad, y al siguiente hacía lo posible por que todo resultase de lo más incómodo. ¿Era el típico comportamiento adolescente o quería hacerme sufrir por todos los años que no había estado a su lado?

—A eso me refería —dije—. Y espero que estar aquí ayude.

—¿Con qué?

—Con el instituto, para empezar. Está a un corto trayecto en autobús. Podrás recuperar tu asistencia en poco tiempo. —No mencioné las reuniones—. Aunque todavía me sorprende que hayas decidido hacer bachillerato.

Lo había estado meditando y, por lo que recordaba, Ryan siempre había sido un chico más práctico que estudioso, pero quizá había cambiado.

—Debería haber estado en formación profesional, pero no funcionó —dijo—. Así que elegí lo que pensé que me mantendría fuera de casa más tiempo.

Eso no tenía sentido para mí. Si tenía tantas ganas de estar lejos de casa, ¿por qué había dejado de ir al instituto?

—Mamá siempre estaba allí con algún tío —continuó—, y me incomodaba. Lo odiaba. He odiado su forma de ser desde que tengo memoria. Tampoco era muy diferente

cuando estaba casada con papá.

Lamentaba que se sintiera así, pero me alegraba de que se hubiera venido conmigo en lugar de aprovecharse de que se había quedado solo.

—Bueno —le dije—, ya estás aquí.

—Sí, bueno, casi no me quedaba comida —dijo sin rodeos—, y ella no me había dejado mucho dinero, así que no me quedaba más remedio, ¿no?

Esperaba que no lo dijera en serio, aunque, viendo la terquedad con la que apretaba la mandíbula, parecía que sí. Tal vez echarme flores por esto estaba fuera de lugar. La solidaridad entre hermanos que creía haber vislumbrado tal vez era en realidad una ilusión.

—¿Tengo tiempo para otro pitillo antes de cenar? —preguntó, sacando de nuevo la bolsa de tabaco del bolsillo.

Miré el plato ahora vacío y me pregunté si iba a ser capaz de seguirle el ritmo a su apetito superior a la media.

—Sí —le dije—, la cena no será hasta dentro de un rato y puede que quieras acostarte temprano. Mañana nos espera un día ajetreado.

Ryan me miró y frunció el ceño.

—Vamos al jardín comunitario de enfrente —le dije—. Hay mucho que plantar.

—Pero mañana es domingo —dijo, levantando la barbilla en lo que parecía un desafío.

—¿A la iglesia, entonces? —sugerí, intentando esbozar una sonrisa.

—Siempre duermo los domingos.

—Aquí no.

—¿En serio?

—En serio —dije más firmemente—. Mi casa, mis reglas.

—Creía que era la casa de tu amiga, Polly —dijo, encendiéndose de nuevo un cigarro.

Esto era más difícil de lo que pensaba. No quería que me pasara por encima, pero tampoco quería que se volviera directamente a Wynmouth porque yo hubiera pisado el acelerador con demasiada firmeza.

—Empecemos por lo básico —sugerí—. Es Poppy, ¿vale? No Polly.

—Vale —dijo, echando una larga vaharada de humo por la nariz—, Poppy, entonces.

Las cosas estaban un poco tensas entre nosotros y me moría de ganas de irme a la cama, relajarme y dejar de actuar como una adulta responsable durante unas horas. Puede que Colin pensara que estaba siendo una hermana mayor maravillosa, pero no podía evitar pensar que la opinión de Lou y Jacob era mucho más acertada. Probablemente estaba loca, y sí, definitivamente me esperaba un viaje duro.

Ojalá Ryan pudiera ser la versión servicial y considerada de sí mismo, la que había ayudado a la mujer a bajar del tren. Había percibido destellos intermitentes de amabilidad a lo largo de la velada, pero era mucho más complejo que eso. Era un hervidero de emociones, con su buena pizca de ira y desconfianza, y sabía que me iba a costar acostumbrarme a su presencia en la casa y a sus cambios de humor.

—¿Estás listo? —le pregunté cuando por fin salió de su habitación a la mañana siguiente.

Estaba más cerca de la hora de comer que de la de desayunar, y había observado con frustración cómo un flujo constante de vecinos abandonaba la plaza y se dirigía a Prosperous Place. Me moría de ganas de unirme a ellos, pero no podía abandonar a mi hermano en su primera mañana a mi cargo, sobre todo porque le había dicho que los domingos no se podía dormir hasta tarde.

—Si quieres meterte en la ducha —le insistí—, te preparo el desayuno y nos vamos.

—¿Qué? ¿Ahora? —Bostezó.

—Sí, ahora —respondí—. Es casi la hora de comer.

—Muy bien, mamá —me dijo—, no te mosquees. Y no te preocupes por el desayuno. Nunca me molesto.

Para alguien que nunca se molestaba en desayunar, pronto dio buena cuenta de tres de los cuatro rollos de beicon que había hecho mientras se tomaba su tiempo para prepararse.

—Te han gustado, ¿eh? —sonreí.

—Estaban bien. —Se encogió de hombros.

—Mañana te toca a ti —le dije.

—¿El qué?

—Hacerme el desayuno —le dije, tirándole el paño de cocina—. Creo que es lo justo, ¿no?

Cuando llegamos, todo el mundo estaba metido de lleno en la siembra, incluso Jacob, pero me alegró ver que nos habían reservado muchas cosas que hacer.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Ryan cuando entramos en el jardín y nos recibieron con una lluvia de saludos y cálidas bienvenidas.

—Esto —dije con orgullo mientras lo guiaba más allá de la mayor de Lisa, Tamsin, que ya estaba claramente enamorada, y hacia la casita— es la razón por la que me mudé a Nightingale Square.

Ryan me miró como si estuviera hablando otro idioma, uno que no entendía en absoluto.

—Es un huerto comunitario para los vecinos de la plaza. Aquí cultivamos nuestras cosas y compartimos la cosecha. También damos unas fiestas increíbles.

Dada la expresión en las caras tanto de Tamsin, que nos había seguido, como de Ryan, mi idea de lo que era una «fiesta increíble» no coincidía en absoluto con la suya.

—No lo critiques hasta que lo hayas probado, Ryan —dijo Jacob, acudiendo en mi ayuda—. No tenía intención de meterme en esto hasta que tu hermana me arrastró hasta aquí, y mírame ahora.

Levantó las manos cubiertas de tierra para demostrar que formaba parte de la banda y Ryan pareció muy poco impresionado.

—Bueno, no me voy a ensuciar las manos. —Frunció el ceño—. Solo estoy aquí porque me has hecho venir. No pienso participar.

Tamsin parecía a punto de desmayarse.

—Hay gallinas —dijo—, y gatos. ¿Quieres verlos?

A Ryan no pareció importarle lo más mínimo, pero la siguió de todos modos.

—¿Cómo va todo? —preguntó Jacob en cuanto la pareja estuvo fuera del alcance de

sus oídos.

—Bien —dije—. Creo.

No estaba segura. Tal vez debería haberlo dejado en la cama.

—Anoche dijo que solo había venido porque se estaba quedando sin dinero, pero espero que solo lo dijera para provocarme.

—¿Y lo consiguió? —preguntó Jacob, acercándose a mí para coger una pala de mano y otra bandeja de plantas.

—No —dije—. Aunque fue un poco tenso. Me siento como si tuviera que ir con pies de plomo todo el tiempo, tratando de no decir lo incorrecto.

—Pronto os acostumbraréis el uno al otro —sonrió Jacob.

Esperaba que tuviera razón.

—Vamos —dijo—, ven y muéstrame cómo plantar estas judías.

Me esforcé por saber dónde estaba Ryan a lo largo del día, pero no insistí en preguntarle si estaba bien. Desapareció un par de veces en el parque para fumar, pero intenté no vigilarlo todo el tiempo que pasaba fuera de mi vista. De todos modos, Tamsin era mucho más capaz como sombra.

A última hora de la tarde habíamos terminado de plantarlo todo y John había encendido la barbacoa. Todo el mundo estaba satisfecho y, mientras las macetas se vaciaban poco a poco y los arriates y abrevaderos se llenaban, yo había repasado mentalmente todo tipo de recetas que esperaba probar.

—¿Todos tus cacharros son de plástico? —Ryan frunció el ceño al verme enjuagar algunos y ponerlos a secar.

—Más o menos —le dije, contenta de que se hubiera dado cuenta. Me gustaba pensar que, a pesar de sus remilgos, mi hermano tenía conciencia ecológica—. Pero reutilizamos lo que tenemos y hemos estado probando alternativas, como sembrar directamente en rollos de cartón de váter vacíos y luego plantarlo todo para que se biodegrade a medida que la planta crece.

Ryan parecía haber perdido el interés y recogió a Dash, uno de los gatos que Luke y Kate habían adoptado cuando los encontraron de cachorros en la cabaña. Tanto Dash como su hermana Violet parecían tan interesados en mi hermano como Tamsin, y recordé que siempre había tenido facilidad con los animales. Cuando me fui de casa, había adquirido una gran colección de animales. Solía volver loca a mamá. Claramente, no había perdido sus tendencias de doctor Dolittle.

—Creo que tienes un amigo ahí —comenté, señalando con la cabeza al gato, que normalmente era más difícil de manejar que su hermana y ni de lejos tan cariñoso.

—Sí —dijo Ryan, alejándose de nuevo—. Está bien, ¿verdad?

Nos reunimos todos alrededor de las mesas para comer juntos y, aunque Ryan intentó pasar desapercibido, las preguntas de Carole y Lisa resultaron un poco demasiado.

—¿Te importaría echarme una mano para mover algunas de estas ollas, Ryan? —preguntó Jacob cuando se hizo evidente que la atención de casi todo el mundo se centraba en mi hermano en lugar de en la comida.

—Yo también te ayudo —dije, echando hacia atrás mi silla.

—Gracias —dijo Ryan cuando se dio cuenta de que estábamos poniendo las ollas en ninguna parte en particular.

—De nada —dijo Jacob—. Yo recibí el mismo trato cuando llegué, así que sé lo que se siente. Aunque tu hermana participó bastante en mi caso, la verdad.

—Oye —objeté.

—Que no cunda el pánico —se apresuró a decir Jacob—. Ahora sé que todo era bien intencionado.

—Vale —resoplé.

—Pero también fue bastante intenso —añadió.

Ryan bufó.

—Pero ¿no te sientes mejor en la vida como resultado de mis modales prepotentes y mi total interferencia? —pregunté, confiando en su respuesta.

—La verdad es que no —dijo—, pero al menos estoy ocupado.

Ryan volvió a resoplar.

No era la respuesta que esperaba. Demasiado para mí ser la Bella de su Bestia. Sin duda, mi trabajo con Jacob aún no había terminado. Esperaba que mi hermano pequeño no fuera un hueso tan duro de roer.

—Bueno —dije, enderezándome e ignorando la evidente diversión de Ryan—, entonces tendré que esforzarme aún más, ¿no? Por los dos.

Capítulo 13

Aunque me había resistido, me alegré de que Harry hubiera insistido en que me tomara la semana libre. Resultó que mi hermano no tenía ni idea de cómo llevar una casa ni de cuidar de sí mismo. El cesto de la ropa sucia era un misterio para él y, aparte de volcar medio paquete de cereales en un bol de Pyrex y verter casi medio litro de leche por encima, sus habilidades culinarias eran lamentablemente escasas.

Pronto se dio cuenta de que yo no pensaba aceptar la ignorancia como excusa para no hacer su parte, y a mitad de semana era tan capaz de poner la lavadora, secar los platos y añadir Marmite a los espaguetis, al estilo Nigella, como yo.

Sin embargo, una cosa en la que necesitaba trabajar más era en la hora que elegía para levantarse de la cama por las mañanas.

—Yo no sería tan dura con él por eso —me dijo Lou cuando me llamó para ver cómo iban las cosas y decirme que seguía trabajando en los planes de reforma de Reading Room para Colin—. Cuando vuelvas al trabajo la semana que viene, quizá agradezcas saber que se pasa el día durmiendo.

—Tienes razón —dije—, pero no será un gran consuelo en los días en que se supone que está en el instituto, ¿verdad?

—No —aceptó—, supongo que no, pero quizá pueda ayudar con eso.

—¿Cómo?

—Acabo de recibir unos relojes antiguos —dijo, y se echó a reír—, ya sabes, los de cuerda con Mickey Mouse en la cara y campanillas en la parte superior para la alarma. Pon uno en cada habitación de la casa y no tardará en levantar el culo de la cama.

—Podría tener que llegar a eso —respondí riendo.

—Mañana tengo que ir al mercado —le comenté a Ryan hacia el final de la semana—. Pensaba que podrías venir conmigo.

—Qué emocionante —suspiró, completamente harto.

—Seguro que te alegras de volver al instituto la semana que viene, ¿verdad? —pregunté—. No me importaría si quisieras traer un compañero o dos por aquí, ya sabes.

No lo había pensado antes, pero los amigos de Ryan del instituto probablemente serían chicos de la zona.

—No —dijo con cara de asombro—, está bien.

—Te prometo que no os molestaré —le dije—. No les preguntaré si quieren quedarse a tomar el té.

Seguía sin parecer impresionado.

—Bueno —dije, encogiéndome de hombros, con la esperanza de que una visita al mercado lo animara un poco—, la oferta está ahí.

La reacción de Ryan ante el mercado no fue la que yo esperaba.

—Nunca había estado aquí —dijo, mientras nos abríamos paso bajo el laberinto de puestos—. Es un poco confuso, ¿no?

Me detuve en uno de mis puestos favoritos, que vendía hierbas secas y especias, para abastecerme de algunos ingredientes para mi despensa.

—En realidad, no —dije sin prestarle mucha atención.

—Pues yo creo que sí —resopló—. Me está agobiando un poco.

—Está bien —murmuré, abriéndome paso a lo largo del mostrador para encontrar lo que quería.

Ryan asintió, pero no hizo ningún comentario, y cuando levanté la vista hacia él, sí que parecía un poco pálido.

—Si caminas hasta el final de cualquiera de estas filas —le dije—, encontrarás la salida. En realidad, es como una gran plaza...

—Te veré en un minuto —dijo, alejándose antes de que yo hubiera terminado.

Cuando lo encontré, sentado en unos escalones, estaba mortalmente pálido y le temblaban las manos.

—¿Estás bien? —Fruncí el ceño—. Podrías haber elegido un lugar mejor para parar.

Aunque los baños públicos no eran de lo mejor que ofrecía la ciudad.

—Estoy bien —dijo, metiendo las manos en los bolsillos y levantándose—. No me sientan bien los espacios cerrados, eso es todo.

—Me atrevería a decir que la sensación es un poco diferente cuando eres tan alto —dije, volviendo la vista hacia el laberinto de tenderetes y sabiendo que le molestaría que armara jaleo.

—No es eso —murmuró.

—¿Qué tal si vamos a algún sitio a tomar un café? —propuse.

Su rostro tenía un poco más de color cuando nos dirigimos al café del Foro, pagamos nuestras consumiciones y encontramos una mesa con un poco de sombra al aire libre.

—¿Seguro que no quieres comer nada? —pregunté.

No era propio de él perder la oportunidad de picar algo, y los pastelitos glaseados le habían parecido tentadores.

—Estoy bien —dijo, sacudiendo la cabeza—, gracias.

—Vale, ¿y qué te ha pasado? —pregunté—. En el mercado parecías conmocionado.

Formulé la pregunta con la mayor delicadeza posible. No quería enfadarlo, pero sería útil saber qué era lo que le molestaba. Una hermana mayor debería saber cosas así, ¿no? Una hermana mayor que hubiera estado allí no habría tenido que preguntar, me recordó mi mente sin caridad.

—Espacios cerrados —graznó con un estremecimiento—. Los odio.

No me había parecido que el mercado estuviera especialmente cerrado, pero claro, Ryan ocupaba mucho más que yo.

—Desde que uno de los ligues de mamá cogió la costumbre de encerrarme en mi habitación —prosiguió—, no puedo estar en lugares cerrados.

—¿Qué? —dije con la voz entrecortada.

Esto era nuevo para mí, y una noticia desagradable.

—Con mi edad debería haber sido capaz de manejarlo, y no es que fuera una habitación pequeña. —Se encogió de hombros. Intentaba parecer despreocupado, pero no lo consiguió—. Pero era por saber que no podía salir aunque quisiera. Me asustaba y

no he sido capaz de lidiar con espacios confinados desde entonces.

—¿Cuándo fue eso?

Ryan se quedó pensativo.

—No mucho después de que papá se fuera —me dijo—. El tipo decía que yo era un grano en el culo y no quería que los molestara a él y a mamá, así que solía encerrarme en mi habitación.

—¿Lo sabía mamá?

—No lo sé. —Volvió a encogerse de hombros.

Revolvió su café, manteniendo los ojos en la mesa en lugar de mirarme.

—Siento mucho lo de tu padre, Ryan —dije suavemente—. Era un buen tipo.

—Era el mejor. Solía quedarme con él siempre que podía. Me llevaba a trabajar con él. Era genial.

El padre de Ryan era un hombre de negocios de gran éxito. Había trabajado en la construcción toda su vida y estaba especializado en proyectos de reformas. Podía hacer prácticamente cualquier trabajo, y me di cuenta de que mi hermano podría haber tenido una carrera de por vida gracias a él si las cosas hubieran salido de otra manera.

—¿Tu formación iba a ser con él? —pregunté, cayendo de repente en la cuenta.

—No, con uno de sus compañeros —explicó Ryan—. Papá dijo que sería bueno trabajar con alguien más en el oficio. Ampliar un poco mis horizontes.

—¿No podrías haber seguido con eso? —pregunté—. Seguro que el compañero de tu padre...

—Lo habría hecho, pero ella nos obligó a mudarnos, ¿no? —dijo con amargura—. Así que pensé que a la mierda y me matriculé en bachillerato.

No sabía qué decir.

—Y qué pérdida de tiempo ha sido —ladró.

—No digas eso —le dije, alargando la mano, y cogí la suya—. Voy a hablar con el instituto. Lo solucionaré. Lo solucionaremos. Quizá puedas cambiar de curso. Quitarte este curso de encima y empezar de cero en septiembre.

Al nacer en verano, Ryan había terminado la escuela a los quince años, por lo que empezar de nuevo no debería resultar demasiado complicado.

Volvió a resoplar y apartó la mano.

—Tal vez —dijo—. Ya veremos. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—De acuerdo. —Asentí, con un nudo formándose en mi garganta—. Sí.

Hablamos de mi vuelta al trabajo la semana siguiente y de cómo esperaba que no se hubiera aburrido demasiado durante el semestre.

—Sé que la jardinería no es lo tuyo —sonreí.

Me había acompañado un par de veces, pero no había participado en nada.

—Está bien —dijo—, y salir con Jacob ha estado bien. Le gusta el lugar tanto como a mí.

Esperaba que no fuera cierto, pero estaba agradecida de que mi vecino hubiera cumplido su palabra y estuviera a mano para hablar con Ryan cuando se hizo evidente que ya estaba harto de mi compañía. La llegada de Ryan coincidiendo con las vacaciones de Jacob sin duda había ayudado a facilitar la transición de vivir sola a compartir mi

vida con mi hermano pequeño. Era un alivio saber que mi vecino le caía bien, aunque no tuvieran ni de lejos la misma edad, porque hablar con otro chico podría ser justo lo que necesitaba. Fue entonces cuando recordé la oferta de Jacob de llevarlo al centro juvenil.

—Jacob es un buen tipo —dije, intentando no sonar como si estuviera insinuando algo.

Ryan sonrió.

—¿Qué? —pregunté, sorprendida.

—Nada. —Siguió sonriendo, pero no dio más detalles.

—Se preguntaba si te gustaría ayudar en el centro juvenil local —le dije—. Lo están reformando un poco y les vendría bien algo más de ayuda con la decoración y esas cosas. Les vendrías genial.

—Tal vez.

—Él es voluntario allí —añadí, alentada por el hecho de que no hubiera descartado la idea.

—Supongo que podría echar un vistazo.

—Excelente —sonreí.

No quería tentar a la suerte, así que no mencioné las posibles sesiones de orientación. Pensé que era mejor dejárselo a Jacob.

—Quería preguntarte si tienes novia en Wynbridge. O novio —añadí, sin querer parecer atrevida.

—Debes estar de broma —bufó—. ¿De verdad crees que estoy interesado en las relaciones después del ejemplo de las de mamá?

—Entendido —dije—, pero no dejes que su ejemplo...

—Puedes hablar —me interrumpió—. Probablemente estés tan jodida como yo.

—No, no lo estoy —le dije—. No tengo nada en contra de las relaciones.

Eso era cierto. Había tenido mis citas y disfrutaba siendo la mitad de una pareja. Tan solo no había encontrado a la persona con la que quisiera estar más de unos meses, eso era todo.

—Y cuando aparezca el tipo adecuado... —continué.

—Lo sabrás, ¿verdad? —Ryan rio, pero no sabía de qué.

—Sí —dije—. Ahora, bebe. Esta noche nos toca regar y prometiste hacerme la cena.

Después de otra comida a base de pasta, dejé a Ryan solo en casa en un acto de fe y me fui a The Dragon con todos. Al principio esperaba que quisiera acompañarme, pero, después de otro día juntos, dijo que le apetecía «relajarse sin más» —palabras suyas, no mías— y acostarse pronto.

—Y bien —dijo Lou, mientras movíamos nuestros vasos para hacer sitio a su tablón de ideas y pilas de cartas de colores—, ¿qué os parece?

—Vaya —murmuró Colin, asimilando los detalles de lo que ella había dibujado—. ¿Seguro que es mi tienda?

—Podría ser —sonrió Lou.

—Creía que solo ibas a pintar un poco —dijo Mark, al que ya le habían contado todo sobre la posible renovación de Reading Room—. Esto te habrá llevado siglos, Lou.

—Bueno... —Lou hizo una pausa, y al levantar la vista la sorprendí mirando con cariño la nuca de Colin—, si vale la pena hacer algo...

—Merece la pena hacerlo bien —completó Jacob.

—Esto es increíble —suspiró Colin.

Admirado por el talento creativo de su amada, no había visto la expresión de Lou, pero yo sí. Era más que evidente que ella quería que le gustara lo que se le había ocurrido.

—¿Y los colores? —preguntó con la voz ronca—. ¿Son los que tenías en mente?

—Sinceramente, no sé lo que tenía en mente —rio Colin—. Pero esto es perfecto. Estoy deseando empezar.

Lou estaba encantada y los demás estábamos de acuerdo. Los únicos ojos de la mesa que no parecían impresionados pertenecían al perro, Gus, que Colin nos pasó mientras Lou nos hablaba de un viaje a Francia que estaba planeando y Mark ensalzaba las delicias de una nueva harina de centeno que había localizado. Cuando se calmó la charla, el perrito seguía sin mostrarse contento.

—Bueno —dijo Colin, tratando de acomodar a Gus en su regazo—. ¿Cómo van las cosas, Poppy? ¿Cómo está Ryan?

—Bien —dije, recordando la semana—, muy bien. Ya separa la ropa de su colada y sabe cocinar un plato de pasta, así que todo va por buen camino.

—Es obvio que le estás enseñando algunas valiosas habilidades para la vida. —Colin sonrió alentadoramente—. ¿Ya has ido al instituto?

—Todavía no —dije—. No hay nadie durante las vacaciones, así que hemos pasado la semana instalándonos.

No mencioné la conversación que habíamos tenido sobre su padre, pero no podía quitarme de la cabeza las cosas tristes con las que Ryan tenía que lidiar, así como las francamente horribles.

—Aquí está Neil —dijo Mark, vaciando su pinta—. Por fin. ¿Qué horas son estas?

—Lo siento —dijo Neil, alzando las manos—, no me he dado cuenta de que era tan tarde.

—¿Quieres un trago? —le ofreció Jacob.

—No, gracias —dijo Neil—, solo he venido a recoger a la señora.

—Caradura —dijo Mark, poniéndose en pie—. Puedo llegar solito a casa.

—Sé que puedes, pero pensé que estaría bien irnos a la cama juntos por una vez.

—¡Demasiada información! —rio Lou.

—Lo que quiero decir es... —Neil se sonrojó— que yo termino tarde de trabajar y él se levanta temprano, así que pensaba...

—No pasa nada —intervine—, sabemos lo que querías decir. Supongo que no habrás notado música atronando en mi casa, ¿verdad? ¿O bandas de adolescentes merodeando?

—No —dijo Neil—, todo tranquilo en el frente. De hecho, no creo que hubiera luz siquiera.

Ryan debía haber optado por irse a dormir temprano.

—Bien —dijo Mark, besándonos a todos conforme rodeaba la mesa—, buenas noches, chicos y chicas.

—Ojalá no hicieras eso —dijo Colin, limpiándose rápidamente la mejilla.

—¡Por eso lo hago! —dijo Mark con un guiño.

—Y yo que pensaba que los vecinos molestos se habían mudado —dijo Jacob riendo cuando la pareja por fin se marchó.

—Pareces aliviada, Pops —dijo Lou—. ¿Pensabas que Ryan no haría nada bueno?

—No —dije—, por supuesto que no.

Alzó las cejas y sentí que me enojaba un poco. Sabía que ella tenía un hermano que había sido un auténtico canalla durante toda su adolescencia, pero no quería que juzgara a Ryan basándose en sus experiencias. Lo que mi hermano había tenido que soportar en los dos últimos años y lo que su hermano había hecho eran polos opuestos.

—¿Qué se supone que significa esa mirada? —solté.

—Nada —respondió ella.

—No tienes ni idea de por lo que ha pasado —le dije, alzando la voz al salir en defensa de Ryan—. Yo misma estoy empezando a darme cuenta.

—De verdad que no quería decir nada, Poppy —volvió a decir.

—Ah, no importa —murmuré—, mejor me voy a casa.

—No era mi intención cabrearte —dijo Lou, llorosa—. No te vayas.

—Sé que no pretendías eso —concedí, sintiendo pena por haber estallado—. Es solo que Ryan me ha contado algunas cosas hoy y me ha dejado por los suelos. Debería volver.

—Voy contigo —dijo Jacob—. Me vendría bien dormir temprano antes del fin de semana que tienes planeado para mí.

Había propuesto que todos los vecinos de Nightingale Square se reunieran para recoger flores de saúco durante el fin de semana y luego hacer nuestros propios refrescos. El tiempo parecía que iba a ser perfecto y había mucho que recolectar. Los elementos se habían comportado de maravilla desde la última tormenta de nieve y todo parecía celebrarlo con una temprana abundancia.

Le dije a Lou que me encantaban sus planes para Reading Room y nos abrazamos antes de que Jacob y yo nos marchásemos. Mientras caminábamos de vuelta a la plaza, cada vez me resultaba más difícil evitar las lágrimas que amenazaban desde que Ryan había hablado de su padre y de lo diferente que había sido su vida desde su muerte.

—¿Estás bien? —preguntó Jacob cuando se hizo evidente que yo no lo estaba.

—No —resoplé—. Ha sido un día infernal.

Si no me hubiera enfadado con Lou en el *pub*, habría llegado a la cama antes de ponerme a lloriquear, pero el breve momento de tensión entre nosotras me había llevado al límite.

—Toma —dijo Jacob, y me pasó un paquete de pañuelos.

—Gracias —dije, parando para limpiarme los ojos y sonarme la nariz—. No me pareces del tipo que lleva pañuelos.

—Olvidas que soy maestro —me recordó—, de niños pequeños.

A menudo lo olvidaba. Pensaba en él sentado en el jardín y en la celebración del Primero de Mayo en el parque, rodeado de niños mientras contaba una historia tras otra y los mantenía, a ellos y a sus madres, embelesados hasta el final.

—Por supuesto —le dije, lanzándole una sonrisa insegura—, y me imagino que muy a menudo eso implica un montón de pañuelos.

—Te sorprendería de cuántos —rio.

No se parecía en nada al oso que me había encontrado el día que me mudé a la plaza.

—Te encanta tu trabajo, ¿verdad?

Fue más una afirmación que una pregunta, porque el cambio en su expresión ante la mera mención de ello fue confirmación suficiente.

—Mucho —sonrió.

Y apostaría mi última libra a que se le daba de maravilla.

—¿Tienes planes de pasar a la gestión escolar? —pregunté—. ¿Convertirte en director o algo así?

La verdad era que no creía que lo hubiera pensado. Su amor por la enseñanza de base era evidente, y no podía imaginármelo haciendo algo que lo apartara de las aulas, pero interrogarlo me estaba ayudando a dejar a un lado mi tristeza por Ryan, así que seguí.

—Es bastante inusual tener a un tipo enseñando a niños muy pequeños, ¿no? ¿O es solo una suposición mía?

Hacía mucho que no iba a una escuela; tal vez las cosas habían cambiado. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que Jacob casi se había detenido y que el cambio en su rostro era advertencia suficiente de que no iba a responder a mis preguntas.

—¿Qué? —pregunté, sorprendida por el repentino cambio—. ¿Qué he dicho?

—Nada —espetó, mordiéndose furiosamente el labio inferior—. No es nada.

—Lo siento —dije—, no quería decir nada...

—Lo sé —interrumpió—. No es culpa tuya. Es culpa mía. Esto es lo que pasa cuando la gente no sabe...

—¿Cuando la gente no sabe qué? —pregunté, dando un par de pasos hacia él para cogerle la mano—. Sabes que puedes hablar conmigo, Jacob, ¿verdad?

Miró mi mano alrededor de la suya y se apartó un paso, pero yo no la solté. Además de necesitar un corte de pelo, tanto mi vecino como mi hermano tenían secretos y, si quería ayudarlos, probablemente me ayudaría saber cuáles eran.

—Jacob —volví a decir, acortando la distancia entre nosotros, antes de tomar su cara entre mis manos y obligarlo a mirarme.

—No —susurró—, por favor.

¿Había ido demasiado lejos? Fui a apartarme, pero él se adelantó una fracción de segundo, me agarró por la cintura y tiró de mí para acercarme. Sus ojos se clavaron en los míos y, de repente, ya no estábamos en una calle de las afueras de Norwich, sino al borde de un lugar mucho más alto.

Hasta ese momento solo había sentido una fugaz atracción, pero con sus cálidas manos firmemente posadas sobre mi piel desnuda, cortesía de donde mi camiseta y mis vaqueros se habían separado, y con mis ojos clavados en los suyos, de repente pude ver exactamente de qué había estado hablando todo el mundo.

—Poppy —gimió, con la voz espesa como la melaza, mientras inclinaba la cabeza.

Sabía que iba a besarme. Una parte de mí lo deseaba y no tenía la menor duda de que

le habría devuelto el beso, pero había algo insondable en sus ojos, una emoción que no podía descifrar en absoluto y que me hizo apartarme. Pero eso no era lo único.

—Lo siento —dije, soltándome para romper el hechizo—. Lo siento.

Jacob era un hombre con problemas, un amigo que no necesitaba empezar nada con una vecina, alguien que se suponía que era solo un colega, así que, por difícil que fuera, me obligué a refrenar mi repentina lujuria.

—Lo siento —repetí.

—No pasa nada.

—Esa nueva cerveza debe haber aturdido mi cerebro —bromeé—. Era bastante potente.

—Sí —dijo, sacudiendo la cabeza, probablemente para liberar su propio cerebro de lo que fuera que casi acababa de pasar entre nosotros—. Creo que me he tomado una pinta de más.

—Tengo que volver a por Ryan —grazné.

—Sí —dijo de nuevo, dando suavemente un paso—, voy contigo.

Capítulo 14

Cuando llegamos a mi puerta y metí la llave en la cerradura, esperaba que Jacob se dirigiera a casa, pero se quedó pegado a mi lado.

—¿Quieres entrar? —me vi obligada a preguntar.

Yo no quería que lo hiciera. Nuestro casi beso había sido un final sorprendente para lo que había sido una montaña rusa emocional de un día y, Ryan aparte, solo quería estar sola.

—Solo un minuto —dijo Jacob, como si lo estuviera obligando—. Solo para asegurarme de que todo está bien.

No sabía si se refería a nosotros o a mi hermano, pero me aparté para dejarlo pasar y cerré la puerta. La casa estaba a oscuras, así que caminamos en silencio por el pasillo hasta la cocina.

Me dediqué a llenar la tetera y a ordenar las tazas mientras Jacob miraba a su alrededor, con los ojos atraídos por los recipientes llenos de especias y hierbas y las hileras de tarros Kilner perfectamente alineados que brillaban bajo la luz artificial.

—¿Los has hecho tú? —preguntó.

—Sí —asentí—. Son encurtidos, pepinillos y condimentos variados.

—¿Nada dulce?

—No —dije, arrugando la nariz—. Mis habilidades para hornear son una mierda y todavía no he dominado la mermelada. Aunque espero practicar mucho ahora que tengo acceso a toda esa fruta del jardín.

—Quizá sea porque ya eres bastante dulce —dijo Jacob, antes de poner los ojos en blanco en lo que parecía una mezcla de disculpa y vergüenza.

—Vaya frase. —Solté una carcajada—. ¿De *verdad* acabas de decir eso?

—Shhh —rio Jacob, y señaló al techo—, vas a despertar a Ryan.

—Mira —le dije, tendiéndole una taza y pensando que debíamos aclarar las cosas—, sobre lo que acaba de pasar en la calle, creo de verdad que deberíamos hablarlo.

Jacob negó con la cabeza y se dio media vuelta para que no pudiera verle la cara. Sabía que él no querría, pero yo no quería dejar las cosas como estaban. Abrí la boca para empezar a hablar, pero entonces me di cuenta de algo.

—¿Qué pasa? —Jacob frunció el ceño cuando de repente golpeé mi taza y volví corriendo al pasillo.

—Sus zapatos —dije con la voz entrecortada y el corazón latiéndome aún más fuerte que antes—. Siempre los deja por en medio.

Subí corriendo las escaleras y abrí de golpe la puerta de la habitación de Ryan.

—¿Está ahí? —gritó Jacob detrás de mí.

—¡No está! —respondí.

Volví a tropezarme, y me temblaban las manos mientras mi cerebro evocaba todo tipo de situaciones horribles e inverosímiles sobre lo que podría estar ocurriéndole a mi hermanito en las calles de la ciudad.

—Me ha dicho que iba a acostarse temprano —le dije—. Ha dicho que se quedaba aquí.

Jacob no hizo ningún comentario.

—¿Dónde diablos está? —sollocé—. Él es mi responsabilidad. Si le ha pasado algo...

Jacob levantó una mano y me callé, con una oreja aguzada para escuchar el repentino ruido al otro lado de la puerta principal. Abrí de un tirón y me encontré con Ryan, que tenía muy mal aspecto y estaba a punto de caerse dentro.

Mi alivio al verlo se vio rápidamente atenuado por el estado en que se encontraba.

—Esperaba que aún estuvieras levantada —balbuceó, su aliento apestaba a tabaco y alcohol—, creo que he olvidado mi llave.

—Yo no te he dado ninguna llave —espeté—. ¿Dónde demonios has estado?

—Hola, Jacob —me dijo, haciéndome a un lado—. ¿Qué haces aquí a estas horas, amigo? Espero que no te hayas estado aprovechando de mi adorable hermana.

—Oh, Dios —gemí.

—Ignóralo —dijo Jacob, tan furioso como yo—, está borracho.

—Ah, ¿sí? —pregunté, con los ojos muy abiertos—. No me había dado cuenta.

Ryan se echó a reír y le dije «lo siento» a Jacob, que condujo a mi hermano a la cocina.

—Preferiría irme a la cama —dijo—, tengo la cabeza un poco revuelta.

—¿Dónde has estado? —pregunté—. ¿Con quién has estado bebiendo?

Era inútil, por supuesto. No estaba en condiciones de responder.

—Vamos a traerte agua —dijo Jacob— y una palangana —añadió en un aparte dirigiéndose a mí—, y luego te subiremos a la cama.

—Eres un buen tío —dijo Ryan, lloroso—. ¿No es un buen tío, Poppy?

Normalmente sentía una chispa de felicidad cuando acertaba mi nombre, pero lo único que podía sentir era la esperanza de que vomitara en el cubo de plástico que saqué de debajo del fregadero, en lugar de hacerlo por toda la preciosa moqueta de Kate.

—Sí —dije—, es un buen tipo.

—Voy a subirlo —me dijo Jacob, pasándose el brazo de Ryan por el hombro.

—Puedo arreglármelas —dijo Ryan estoicamente—, puedo hacerlo.

Intentó caminar, pero las piernas se le doblaron.

—Oh, ¿habéis visto eso? —Soltó una risita—. No creo que pueda.

Jacob volvió a agarrarlo y se alejaron arrastrando los pies, como un tambaleante dúo de tres patas.

—Lo siento, Pops —llamó Ryan—, pero no creo que pueda hacer la cosa de flor de saúco que tienes planeada para mañana.

—Oh, ya lo creo que lo harás —dije—. De hecho, me aseguraré personalmente de que seas uno de los primeros en llegar.

***

Ryan debería haber estado agradecido por la espesa capa de nubes que lo salvó de

quedar cegado por el sol cuando, a la mañana siguiente, corrí las cortinas y abrí la ventana muy temprano.

—Oh, Dios mío —gritó, tirando de la almohada sobre su cara—. ¿Qué estás haciendo?

—Levantándote —dije bruscamente—. Vamos.

—No puedo —gimoteó—. Me estoy muriendo.

—Tienes los analgésicos ahí y hay un vaso de agua fresca —le dije con severidad—. Ponte las gafas de sol y mete el culo en la ducha. Nos vamos en media hora.

Nadie se sorprendió más que yo cuando apareció en la cocina, lavado, vestido y caminando como si el suelo bajo sus pies estuviera hecho de malvaviscos en lugar de roble.

—Supongo que querrás hablar de lo que ha pasado —dijo, haciendo una mueca de dolor mientras se dejaba caer en una silla y yo le ponía un plato delante antes de levantarme para hacer una tostada.

—La verdad es que no.

—Oh —dijo, un poco más animado—. Vale, guay.

—De guay nada —dije con calma—. Pero, como me mentiste sobre lo de quedarte en casa, no me imagino que ahora de repente vayas a tener un ataque de conciencia y me digas la verdad, así que no tiene sentido discutirlo.

Unté las tostadas y puse una rebanada en el plato de Ryan. No puedo decir que pareciera especialmente impresionado, pero en su estado no era de extrañar.

—Abusaste de mi confianza —le dije—, y si vuelve a ocurrir, denunciaré a mamá a los servicios sociales y, con tu edad, probablemente se te lleven.

Me sentí malvada al decirlo, sobre todo por lo que había tenido que pasar, pero tenía que saber que iba en serio. No pensaba involucrar de verdad a los servicios sociales.

—Pero...

—Sin peros, Ryan. No puedes venir aquí y aprovecharte. Ahora date prisa y cómete eso porque no me voy a ir sin ti, y como esto ha sido idea mía, difícilmente puedo llegar tarde. A mí sí me disgusta defraudar a la gente.

Puede que hubiera sido una bronca dura, pero quería hacerle saber que no era una pusilánime y que no toleraría que se metiera conmigo. Ya se me había pasado por la cabeza que debería haberme tomado la advertencia de Lou un poco más en serio, pero esperaba que mi decepción hubiera calado en mi hermano mucho más hondo que si le hubiera echado la bronca como habría hecho mamá. Si se hubiera dado cuenta de que volvía a casa borracho, claro.

Aunque le había dicho a Jacob que Ryan y yo iríamos al jardín con él, cuando cerré la puerta estaba cruzando el parque.

—¡Jacob! —lo llamé—. Espera.

Se detuvo, pero no se volvió y tuve la clara impresión de que, si no hubiera gritado, habría seguido adelante.

—Vamos, Ryan —lo regañé—, no te entretengas.

—¿Cómo se encuentra esta mañana? —preguntó Jacob cuando echamos a andar, con Ryan detrás.

—Tan resacoso como cabría esperar —susurré—. Pero he mantenido la calma con él y le he hecho saber que no toleraré que vuelva a ocurrir.

—Bien —dijo Jacob—, me atrevería a decir que empiezas a pensar que deberías darle un respiro por todo lo que ha pasado.

Se me había pasado por la cabeza.

—Pero no lo hagas. Lo último que necesita un chico en la posición de Ryan son mensajes contradictorios, ¿vale?

—De acuerdo —acepté.

Podía ver que lo que decía tenía sentido, pero también estaba un poco desconcertada de que me hubiera leído la mente con tanta habilidad. Tendría que vigilarlo ahora que lo veía como mi vecino con problemas, que necesitaba un hombro amigo, *y como* mi vecino *sexy* de manos fuertes y cálidas.

—Vamos, Ryan —llamó Jacob bruscamente a mi hermano—, que se note que estás vivo.

—No puedo —se quejó—. Me estoy muriendo.

Viendo su tez pálida y su andar tembloroso, no me habría sorprendido que así fuera.

Los terrenos de Prosperous Place, combinados con el verdor de la plaza y las calles adyacentes, tenían flores de saúco más que de sobra, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que sería estupendo prepararse sus propios refrescos de naranja y limón, en lugar de hacerlos todos juntos. Así podríamos compartir e intercambiarlos para ver si había diferencias o preferencias a la hora de utilizar más o menos ralladura y de incluir u omitir el ácido cítrico, que era un ingrediente opcional.

La cabaña, magníficamente reformada y bien equipada, disponía de espacio suficiente para que todos pudiéramos turnarnos e incluso para guardar las botellas, junto con el equipo correspondiente, por si decidíamos repetir la experiencia la próxima primavera.

—¿Vienes? —le pregunté a Ryan, una vez repartidos los cubos y las tijeras de podar.

—¿Puedo quedarme aquí? —preguntó, sonando casi manso—. Prometo que no volveré a alejarme.

Estaba a punto de decir que no tenía ningún problema con que se alejara, siempre que no fuera demasiado lejos, siempre que no fumara, bebiera o ingiriera nada que no debiera, pero Graham se me adelantó.

—Si no vas a ayudar con la cosecha, Ryan —dijo con entusiasmo—, ¿podrías limpiar las gallinas, si no te importa? Me ahorraría trabajo más tarde.

—Qué chico tan amable —dijo Carole, uniéndose a su marido y liberándolo del cubo que les habían asignado. Después me sacudió antes de que tuviera la oportunidad de alardear o quejarme.

La abundante cosecha de flores de saúco hizo que los cubos se llenaran rápidamente y sobrara bastante; una recolecta responsable para que ni nosotros ni la madre naturaleza nos quedáramos cortos.

—¿Cómo te va con Ryan? —preguntó Kate cuando Luke y ella se acercaron a donde yo ayudaba a Harold a llenar el cubo.

—Bien —asentí, sonriendo al ver a la pequeña Abigail.

Estaba profundamente dormida, acurrucada en el portabebés sobre el pecho de Kate. Los mellizos de Heather, acurrucados en su cochecito, no parecían tan contentos, pero ella los dejaba lloriquear mientras seguía con su trabajo.

—¿Todo bien? —preguntó Kate—. Parecía que os llevabais muy bien la semana pasada.

—Oh, y así es —dije—. Me está costando acostumbrarme a tenerlo cerca, y estoy segura de que, si le preguntaras, te diría lo mismo.

—Parecía un poco indispuesto antes —comentó Lisa con ironía—. Nuestra Tamsin se ha quedado para hacerle compañía, así que, si el pobre se encuentra mal, estará muerto para cuando volvamos. Es capaz de hablar como una cotorra. No tengo ni idea de quién lo habrá sacado.

Se detuvo para respirar y Kate y yo intercambiamos una mirada.

—Ya, vale —dijo Lisa—, entendido.

Decidimos no apresurar el proceso y pasamos el resto del día en el jardín, rallando cáscaras de naranja y limón por turnos mientras llenábamos los cuencos. El aire pronto se llenó de un fuerte y delicioso aroma cítrico y, al añadirles agua hirviendo, se intensificó.

—¿Te diviertes? —le pregunté a Jacob, que había pasado todo el día con los demás.

Puede que no se diera cuenta, pero lo había estado vigilando. No porque me gustara mirarlo, claro, sino porque quería asegurarme de que estaba bien. Me había acostumbrado a ver el lado más alegre de mi vecino, pero, desde nuestro encuentro de la noche anterior, parecía haber tenido una regresión. Estaba bien con los demás, pero no podía librarme de la sensación de que me había estado evitando.

—Sí —dijo encogiéndose de hombros, con una sonrisa forzada y evitando mi mirada —. Más que Ryan, al menos.

Miré hacia el gallinero, donde mi hermano estaba desplomado en una silla fingiendo dormir en un intento de desviar la atención de Tamsin, y me reí. Me volví para seguir hablando, pero Jacob se había ido.

—¿Ya está? —preguntó Heather, volviendo a centrar mi atención en el trabajo que tenía entre manos.

—Ya está —dije, mientras colocaba los cuencos de flores de saúco en el banco de la cabaña—. Todo listo para decantar mañana.

—No tenía ni idea de que sería tan fácil —rio.

—Y fácil de fotografiar —dijo Lisa, recorriendo las instantáneas que había tomado de las hermosas flores—. Serán perfectas para añadirlas al portafolio para el consejo.

—No puedo evitar pensar que vamos a ganar —dijo Heather, cruzando los dedos.

—Yo tampoco —rio Lisa.

Estaba a punto de preguntarles si querrían repetir más adelante, cuando pudiéramos preparar algunos condimentos y encurtidos —yo estaba a favor de difundir el amor por lo casero y lo hecho en casa—, pero me interrumpieron las voces elevadas de Jacob y Ryan cerca del gallinero.

—¿Qué demonios? —jadeó Heather cuando Tamsin se separó de Ryan y corrió hacia su madre.

Me apresuré a acercarme, deseosa de que la discusión, si es que lo era, se mantuviera en secreto. Había sido un día maravilloso en compañía de mis amigos y vecinos, y no quería estropeárselo a nadie. Tampoco quería que Jacob y Ryan se pelearan. Confiaba en que Jacob se convirtiera en mi segundo par de ojos, oídos y manos amigas cuando volviera al trabajo el lunes. Sabía que pasaría mucho tiempo en el colegio, pero se había ofrecido a venir siempre que pudiera.

Casi los había alcanzado cuando Jacob se adelantó y murmuró algo en voz baja que no pude distinguir.

—¿Sabes qué, colega? —replicó Ryan, con los últimos restos de su resaca milagrosamente olvidados y su voz ni de lejos tan tranquila como la de Jacob—. Si eso es lo que piensas en realidad, entonces me iré, ¿de acuerdo?

—¿Qué? —tartamudeé—. ¿Irte a dónde?

Ryan saltó hacia atrás sorprendido. Creo que no se había dado cuenta de que yo estaba allí.

—Jacob cree que no debería estar aquí —dijo, atravesando el jardín, y desapareció por la verja.

—¿Qué? —dije de nuevo, yendo en la misma dirección—. ¡Ryan, espera!

Estaba sin aliento cuando por fin lo alcancé casi en el parque.

—¿Qué demonios te ha dicho? —le pregunté.

Ryan se dio la vuelta. Su expresión era una mezcla de agresividad y angustia.

—Ha dicho —tragó saliva y tomó aire—, ha dicho que no merezco tener una hermana como tú, que debería irme a casa y dejarte seguir con tu vida.

No me lo podía creer. ¿Qué demonios habría llevado a Jacob a decir algo así? Ryan debía haberlo malinterpretado.

—¿Seguro que no lo has entendido mal? —pregunté, desesperada por llegar al fondo de lo que había pasado antes de que fuera demasiado incómodo arreglarlo.

—¡Claro que no! —gritó Ryan, dejando escapar un sollozo estrangulado—. No podría haberlo dicho más claro.

—Lo siento.

—No —resopló, limpiándose la nariz con la manga—. Lo siento. Nunca debí haber venido. Tienes una gran vida aquí; podrías tener una gran vida con alguien como él. No necesitas que ande por ahí estropeando las cosas e impidiéndote seguir adelante. Mamá tenía razón, lo estropeo todo.

En ese momento no quería ningún tipo de vida con alguien como Jacob. Lo odiaba por hacer sentir a mi hermano pequeño como el desperdicio de espacio que nuestra madre siempre decía que era. Para mí, eso era algo despreciable e imperdonable, y viniendo de alguien que creía que velaba por los intereses de Ryan, lo empeoraba aún más.

—No —dije, tirando de mi angustiado hermano en un fuerte abrazo—, no, Ryan, de verdad que no. Eres un buen chico y no has arruinado nada, y hasta que no encuentre la forma de demostrártelo, no te irás a ninguna parte.

Capítulo 15

Las crueles palabras de Jacob a Ryan habían despertado a la tigresa protectora que había en mí y, ni que decir tiene, después de dejarlo de nuevo en casa, calmarlo y hacerle prometer que no desaparecería, volví al jardín para buscar al amigo que ahora se había convertido en presa. No esperaba encontrarlo todavía allí, pero así era.

—¿Qué demonios te pasa? —exigí, asegurándome de que estábamos fuera del alcance de los oídos de todos los demás.

—Mira, Poppy...

—No —interrumpí acaloradamente—, mira tú. Me dijiste que ibas a ayudar a Ryan, pero por alguna razón has hecho todo lo posible por hundirlo, justo cuando yo intentaba levantarlo. No puedo creer que hayas hecho eso. Sabes que está hecho un lío y que estoy haciéndolo lo mejor que puedo. Si decirle que deje de hacerme perder el tiempo y que no merece mi apoyo es tu idea de ayudar, puedes quedártela, gracias. Manejaré las cosas por mi cuenta.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí —le respondí—, y muchas cosas más. Supongo que, encima, vas a quedarte tan tranquilo y a decirme que está mintiendo.

Jacob se mordió el labio y respiró hondo.

—No. —Suspiró—. No. No voy a decir nada de eso.

—Bien —dije—. Creo que lo mejor es que nos dejes en paz a los dos a partir de ahora. Vuelve a ser el cabrón malhumorado y miserable que eras cuando te mudaste aquí. Se te daba mejor.

Como era de esperar, no dormí mucho las dos noches siguientes. El domingo volví a la cabaña para ayudar a embotellar flores de saúco y no me sorprendió que Jacob decidiera no venir.

Me arrastré fuera de la cama poco después de las seis de la mañana del lunes, y sentí una mezcla de rabia y alivio cuando tropecé con las zapatillas de Ryan, como de costumbre. Me dirigí a la cocina, con el olor a café haciéndose más fuerte a cada paso.

—Espero que esto esté bien —dijo Ryan tímidamente, mientras sacaba una silla y me llevaba hacia ella—. Después de todos los problemas que parece que he causado, pensé que era lo mínimo que podía hacer.

La mesa estaba preparada para un desayuno que incluía zumo de naranja, una variedad de cereales y una tostada un poco quemada.

—Vale —asentí, preguntándome si en realidad seguía en uno de los extraños sueños que había estado teniendo—. No esperaba que estuvieras despierto.

Había estado pensando en lo que había dicho Lou, en que la afición de Ryan a dormir era una bendición cuando se trataba del trabajo y de los días no lectivos, porque yo sabría dónde estaba, pero sonaba y parecía tan arrepentido, retorciendo el paño de cocina entre las manos y con cara de esperanza, que no me importó que se hubiera

levantado más temprano de la cuenta. No me importó en absoluto.

—Y recuerda —le dije para que supiera que su esfuerzo de verdad significaba algo—, Jacob causó muchos más problemas que tú el sábado, así que, por favor, deja de preocuparte por todo eso y, desde luego, no insistas en lo que dijo.

—Vale —dijo Ryan, sirviéndonos café a los dos—. ¿Sabes?, no me propongo armar escándalos, simplemente suceden.

—Creo que ser adolescente es garantía de meter la pata a veces —le dije—. Sé que yo lo hice y, dadas las circunstancias en las que te desenvuelves, creo que se te permite algún desliz ocasional.

Ryan parecía un poco más alegre.

—Tan solo no lo conviertas en un hábito —añadí enseguida—. Y todo irá bien.

Ryan estaba fregando los platos del desayuno cuando me fui a trabajar.

—Te enviaré un mensaje esta mañana —le dije—, para decirte a qué hora será mi descanso para comer y entonces podrás venir a verme. También voy a llamar al instituto para concertar esas reuniones, pero puedes informarles de tu cambio de dirección.

—Vale —aceptó—. No tengo que ir hasta la tarde, y solo será una hora.

—En ese caso —dije—, cogeremos un bocadillo de Blossom's y podrás contarme qué has estado haciendo toda la mañana.

—No será nada malo —prometió.

—Creo que no —sonreí, desterrando mis pesadillas—. Ni siquiera tú podrías liarla a primera hora de un lunes por la mañana.

Al menos, eso esperaba.

—Y si hay tiempo te presentaré a mis amigos Lou y Colin —continué—. Pero eso dependerá de lo ocupados que estén en el trabajo.

Lou, Colin y yo habíamos hablado de mi hermano, pero aún no lo conocían.

—No viven en la plaza, pero tienen sus propias tiendas en la misma calle que Greengages.

—¿Qué tipo de tiendas?

—Colin tiene una librería de segunda mano.

Ryan fingió un bostezo, que yo ignoré.

—Y Lou tiene una tienda retro y *vintage* llamada Back In Time.

—Guay —asintió.

Estaba claro que el encanto de los videojuegos de los ochenta y similares era más atractivo que la palabra escrita.

—Vale —dije—. De acuerdo. Te veré más tarde.

—Supongo que la he cagado en lo de ir al centro juvenil, ¿no? —soltó Ryan.

—No veo por qué —le dije.

—Por Jacob. Difícilmente puedo ir si él va a estar allí, ¿no?

Todavía estaba furiosa con Jacob. Las palabras que le había lanzado no habían purgado mi temperamento en absoluto. El centro juvenil podía ayudar a mi hermano mucho más que yo, pero, ahora que Ryan había sido regañado por el tipo que tenía la llave del apoyo profesional que allí se ofrecía, podía entender su reticencia a ir.

—Tal vez podríamos ir juntos —propuse—. Pregunta si alguien sabe cuándo es probable que Jacob esté allí, y puedes evitar esas horas.

No estaba segura de cómo se tomarían los responsables del centro el hecho de saber que Jacob había tenido una discusión con el tipo de chico para cuyo apoyo había sido formado. No es que fuera a decírselo, pero no era la situación ideal.

Ryan puso cara de horror ante mi sugerencia de ir juntos, y cuando lo pensé supuse que quedaría un poco dramático.

—En realidad —le dije para ahorrarle la vergüenza de encontrar las palabras para plantarme—, lo que quería decir es que podrías ir allí por tu cuenta; sé que no necesitas que te lleve de la mano. Podrías ir cuando Jacob esté en el trabajo. Así seguro que no corres el riesgo de tropezarte con él.

El alivio en su rostro fue instantáneo.

—Quizá lo haga en algún momento de esta semana —dijo, volviendo a centrar su atención en los platos—. Uno de los días en que no tenga que ir al instituto.

—Sí —dije, recogiendo mi bolso para comprobar que tenía mi teléfono—, eso estaría bien. Ah —añadí—, ahora tendré que cerrar la puerta principal y dejarte la llave de la trasera, si no, no podrás salir.

—Vale, gracias.

—Y no olvides cerrar las ventanas.

Ryan volvió a mirarme y puso los ojos en blanco.

—Vale —dijo.

No había ni rastro de Jacob cuando me puse en marcha, pero, teniendo en cuenta todo lo que había pasado, lo único que sentí fue alivio.

Abrir la puerta de Greengages fue todo un asalto a los sentidos y, mientras respiraba el fresco aroma de las frutas y verduras que cubrían las estanterías y colocaba mi nuevo lote de tarjetas de recetas a lo largo del mostrador, me di cuenta de lo contenta que estaba de volver al trabajo y de lo mucho que había echado de menos la rutina, así como a Harry y a los clientes.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Harry, señalando las tarjetas con la cabeza cuando entró por la parte de atrás con dos tazas de té humeantes—. ¿Y cómo se está adaptando tu hermano?

—Son para el refresco de flor de saúco —le expliqué, mostrándole a Harry una de las tarjetas—. Nos lo pasamos muy bien haciendo estas cosas en el jardín —continué, obligándome a no pensar en cómo había terminado el día—, y todavía quedan tantas flores que pensé en ver si a alguien más le apetecía probar.

—Buena idea —sonrió—. Ahora, venga, bébete este té y nos ponemos en marcha. Estaría bien sacarte algo de trabajo, teniendo en cuenta que apenas has estado aquí durante Dios sabe cuánto tiempo.

Afortunadamente, sabía que solo me estaba tomando el pelo.

La mañana fue ajetreada y, a medida que se acercaba mi hora de comer, empecé a mirar el reloj. Le había enviado un mensaje a Ryan para pedirle que viniera temprano y así tener la oportunidad de presentarle a Harry antes de ir a Blossom's, pero aún no

había ni rastro de él.

—No te preocupes tanto —dijo Harry, riendo entre dientes—. Ya vendrá.

Le había contado un poco sobre la primera semana de Ryan, pero no había compartido los detalles de la noche en que había salido y se había emborrachado, así que, en lo que a Harry se refería, mi ceño fruncido y mi estómago revuelto eran completamente innecesarios. Por suerte, resultó ser así.

—Aquí está —dije, con el alivio recorriendo todo mi cuerpo cuando lo vi a través de la ventana y salí corriendo de detrás del mostrador—. Pero ¿qué...?

Las palabras murieron en mi garganta cuando empujó la puerta y se inclinó hacia dentro, pero no llegó a entrar.

—¿Cuál es su política respecto a los perros? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

Mi mirada pasó de su cara de felicidad a la de mi jefe.

—Pasa, muchacho —dijo Harry acogedoramente—, está todo tranquilo, así que creo que nos arriesgaremos.

—¿Eso es...? —Las palabras murieron cuando me di cuenta de que sí lo era.

—¿Supongo que conoces a Gus? —preguntó Ryan, aún radiante.

Lo conocía muy bien, pero este chico alegre, vivaz y hablador era un completo desconocido.

—Conozco a Gus —dije, arrodillándome para mimarlo—, pero es imposible que pueda ser él.

—¿No es genial? —rio Ryan, mientras el perro lo miraba con lo que yo solo podía describir como adoración pura.

La expresión sentimental de Gus me recordó un poco a la de Tamsin. O, mejor dicho, a la de Tamsin hasta el momento en que Ryan y Jacob se pelearon. La lealtad de la chica se había visto claramente dividida entre sus dos personas favoritas.

—Sí —dije, acariciando las sedosas orejas de Gus—. Pero ¿cómo es que lo tienes y qué le has estado dando de comer para que parezca tan feliz?

Ryan me explicó que había salido temprano de la plaza, después de cerrar la casa, para ver si encontraba la tienda de Lou o de Colin antes de que los dos fuéramos a comer. Evidentemente, había encontrado Reading Room.

—No me has dicho el nombre —dijo—, pero no pensé que pudiera haber tantas librerías de segunda mano por aquí, así que he entrado y me he presentado.

Mi cara debía ser un cuadro.

—No pasa nada, ¿no? —preguntó Ryan—. Me habías dicho que tal vez fueras escasa de tiempo.

—Sí —respondí rápidamente—, por supuesto.

Me sorprendió su confianza para hacer algo así. Yo no la tenía a su edad.

—Solo había llegado hasta la mesa del fondo, donde estaba sentado tu colega Colin, que, por cierto, parecía más aburrido que una mierda —añadió en un aparte. Negué con la cabeza, pero sabía que era una descripción exacta de lo que habría visto mi hermano —, cuando este pequeñín ha saltado sobre mí y no ha dejado de revolverse desde entonces.

Nunca había visto a Gus tan animado. Ni siquiera cuando vivía el tío de Colin. Siempre había tenido un carácter tranquilo y algo retraído —Gus, no el tío—, pero ahora se estaba entregando a un comportamiento más propio de un cachorro que de un perro adulto. Obviamente, mi hermano tenía algo que había causado la inesperada transformación.

—Pero ¿cómo es que te lo has traído? —volví a preguntar, ya que aún no había obtenido una respuesta adecuada.

—Le he dicho a Colin quién era, obviamente —continuó Ryan—, y le he preguntado si le importaría que me llevara a Gus a comer contigo. Voy a devolvérselo antes de ir a clase. No pasa nada, ¿no? —Frunció el ceño—. Olvidaba que habías dicho que íbamos a comer en la panadería.

—No te preocupes, muchacho —lo tranquilizó Harry—, tienen mesas fuera.

Durante la comida, le expliqué que había dejado un mensaje en el instituto, lo que Lou había planeado para la tienda de Colin y un poco de la triste historia de Gus. Ryan estaba muy interesado en los planes de la reforma, pero fue Gus quien lo cautivó.

—Bueno —dijo sabiamente—, tal vez eso es lo que ha pasado, entonces.

—¿Qué?

—Tal vez el pobrecito Gus se ha dado cuenta de que somos almas gemelas.

—¿En qué sentido?

—Bueno, los dos estamos de duelo, ¿no? —dijo con voz ronca, cogiendo al perrito en brazos, y le levantó la barbilla mientras Gus intentaba lamerle—. Tal vez ha detectado en mí algo de la tristeza que él mismo siente.

—Oh, Ryan —dije, con las lágrimas empañando mi visión. Todavía me sentía culpable por no haber hecho más por ayudar después de que mamá me contara por fin lo que había pasado—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —dijo. Su mirada pasó de mí a algún lugar por encima de mi hombro —. Está bien.

Odiaba esa palabra. Cuando alguien decía que estaba «bien», generalmente significaba cualquier cosa menos eso; sin embargo, un golpecito en el hombro me negó la oportunidad de decir nada más.

—Eh, tú.

Era Lou.

—Hola —sonreí—. ¿Has cerrado la tienda?

Normalmente estaba tan ocupada que optaba por comer *allí mismo en* lugar de cerrar el local.

—Yo sí —dijo, arrastrando los pies hacia el asiento vacío entre Ryan y yo. Había sido el de Gus, pero ahora estaba instalado en el regazo de mi hermano, que le daba de comer de su plato bocados totalmente inapropiados—. Me ha llamado Colin. Ha dicho que había ocurrido un milagro y que, si quería ver a la persona responsable, debía ir a Blossom's. Y aquí estás —dijo ella, radiante, dirigiendo a Ryan sus ojos delineados con kohl.

Ryan sorbió de la pajita de su Coca-Cola y se atragantó. Ya había visto antes a mi guapísima amiga causar ese impacto. Normalmente no en alguien tan joven como Ryan,

pero una figura como la suya, junto con su sonrisa y su confianza, nunca pasaban desapercibidas.

—Hola —dijo Ryan, agachando la cabeza y poniéndose un tono más rojo—, soy Ryan.

—Lou —dijo ella, tendiéndole la mano para que se la estrechara, pero Gus empezó a lamerla con entusiasmo antes de que él tuviera la oportunidad de alcanzarla—. ¡Vaya! —dijo riendo—. ¡Sí que es un milagro!

Después de comer, Ryan fue a ver Back in Time con Lou y Gus, y yo volví al trabajo. Era evidente que mi hermano había triunfado entre mis dos amigos, lo cual, dadas las reticencias iniciales de Lou a que lo invitara a quedarse, era un alivio.

—Es un chico encantador —dijo Harry cuando Ryan me envió un mensaje a las cinco para decirme que se reuniría conmigo en Reading Room y que volveríamos juntos a casa.

—Gracias —dije, orgullosa—. Es un buen chico.

—¡Tengo trabajo! —exclamó Ryan en cuanto llegué a casa de Colin.

—Solo uno temporal —dijo Colin—, pero es suyo si lo quiere.

Estaba desconcertada. La falta de clientes y de afluencia de Colin no justificaba los servicios de un ayudante y, dada la respuesta de Ryan aquella mañana cuando le dije que la tienda vendía libros de segunda mano, no creía que fuera más capaz que Colin de vender.

—¿No es genial? —sonrió Ryan.

Al menos, no podía quejarme de su ética de trabajo: estaba deseando ponerse a trabajar en lo que fuese que Colin tenía en mente.

—Voy a ayudar con la reforma. Lou dice que puedo hacer el trabajo más rutinario mientras Colin hace el inventario y ella pierde el tiempo con los toquecitos finales.

No pude evitar reírme al pensar en cómo reaccionaría Lou si oyera a Ryan describir sus muy perfeccionados y cualificados servicios de remodelaje de tiendas como «perder el tiempo».

—Voy a desmontar las estanterías —continuó Ryan— para lijarlas y pintarlas antes de recolocarlas. A la tienda le vendría bien renovarse, ¿verdad? Sin ánimo de ofender —se apresuró a añadir.

—No te preocupes —dijo Colin, subiéndose las gafas por la nariz—. Estoy deseando ponerme a ello, pero hasta hoy...

—Por suerte para mí —interrumpió Ryan.

—... no había encontrado a nadie dispuesto a ayudar —continuó Colin—. Quiero que vaya lo más rápido posible cuando empecemos y —miró hacia donde Ryan estaba, ahora revolcándose con un jadeante Gus— tu hermano tiene energía de sobra, Poppy.

—Por no hablar de habilidades —añadió Ryan—. Gracias a papá, puedo hacer este tipo de cosas haciendo el pino.

—Maravilloso —dije sonriendo, y lo era.

Era el tipo de proyecto que mantenía a mi hermano mental y físicamente ocupado cuando no estaba estudiando. Había leído en alguna parte que se llamaba *tinkering*.

—Esto le dará una lección a Jacob —le dije en un aparte a Ryan—, ¿no crees?

—¿Qué pasa con Jacob? —Colin frunció el ceño.

—Te lo contaremos más tarde, ¿verdad, Ryan? —dije, pero Ryan no contestó. Se había puesto de un interesante tono rojo y había vuelto a jugar con Gus.

Capítulo 16

El resto de la semana transcurrió sin incidentes y se estabilizó en una rutina satisfactoria en la que Ryan asistía a todas sus clases y empezaba a arreglar la tienda de Colin. No era por falta de ganas, pero seguía sin tener noticias del instituto. Empezaba a preguntarme si el problema era tan grave como había dicho mamá. El viernes por la tarde, casi había vuelto a ser la misma de antes. Casi.

—Llegas pronto —dije cuando mi hermano apareció en la tienda poco después de las doce—. ¿Qué pasa? —Fruncí el ceño cuando no contestó—. ¿Qué pasa? —insistí.

Incluso Gus, normalmente tan excitable y lleno de energía, parecía un poco aprensivo sentado al lado de mi hermano. Esperaba que Ryan no se hubiera saltado el plazo de entrega de un trabajo o hubiera vendido una de las preciadas primeras ediciones de Colin a precio de ganga.

—He hecho algo —dijo Ryan, mordiéndose el labio—, algo improvisado en realidad, y no estoy seguro de que debiera haberlo hecho.

Oh, Dios, lo había hecho. Prácticamente había regalado uno de los tomos más preciados de Colin.

—Bueno, ya basta, muchacho —dijo Harry—. ¿Qué has hecho? No creo que sea para tanto.

O sí. Mi cerebro me animaba a imaginar que era algo terrible.

—¿Qué tienes ahí? —le pregunté.

Ryan se miró la mano.

—Las llaves de Reading Room —dijo con la voz ronca.

—¿Has dejado a tu jefe dentro o fuera? —rio Harry por lo bajo.

—Ni lo uno ni lo otro. —Ryan tragó saliva, muy serio.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar.

Al ver su expresión inmutable, empecé a preocuparme de verdad.

—Colin ha recibido una llamada —explicó sin respiración—. Sobre su padre. Ha tenido un derrame cerebral o algo así y su hermana le ha pedido que vuelva a casa enseguida.

—Oh, Dios mío —dije con la voz entrecortada—. Pobre Colin.

—Ha cerrado la tienda y me ha pedido que le lleve las llaves a Lou —prosiguió Ryan —. Hacia allí me dirijo ahora.

—Entonces —dije, pensando que no sonaba como si Ryan hubiera hecho nada malo. Miré insegura a Gus—, ¿ya se ha ido Colin?

—Sí —dijo Ryan, siguiendo mi línea de pensamiento—, está de camino a su casa para recoger algunas cosas y luego se va en coche.

—¿Cómo es que tienes a Gus? —Fruncí el ceño.

—Bueno, esa es la cuestión, ya ves. —Ryan hizo una mueca de dolor, arrastrando los pies—. Colin estaba en tal estado y con tanta prisa que me ofrecí a cuidar de Gus hasta que volviera.

Asentí con la cabeza cuando caí en la cuenta.

—Parecía una buena idea en ese momento, una cosa menos de la que preocuparse para Colin, y un momento familiar tan difícil no era obviamente el mejor ambiente para Gus. —El perrito alzó las orejas al oír su nombre—. Pero, cuando he echado a andar hacia aquí, me he dado cuenta de que no debería haberme ofrecido a cuidarlo sin hablar contigo primero.

—Pero ¿qué otra cosa podías hacer? —dijo Harry, mirando de mí a Ryan y viceversa.

—Exacto —dije, sonriendo.

—Pero ¿y si Kate no acepta mascotas? —dijo Ryan; parecía genuinamente preocupado a pesar de mi sonrisa—. Tendré que dejárselo a Lou, y no estoy seguro de que eso le guste.

Yo tampoco lo creía.

—Estoy bastante segura —dije tranquilizadoramente— de que, dadas las circunstancias, a Kate no le importará en absoluto que tengamos un invitado en casa, sobre todo uno tan educado y amaestrado.

—Colin no le confiaría ese perro a cualquiera, ¿sabes? —dijo Harry—. Deberías estar orgulloso, muchacho. Estoy seguro de que tu hermana lo está.

—Desde luego que sí —coincidí—. Ahora, ve a contarle a Lou lo que pasa y para cuando vuelvas podremos ir a comer.

En cuanto Ryan se fue, le envié un mensaje a Colin. Sabía que no lo vería hasta dentro de un rato porque estaba conduciendo, pero quería asegurarle que me parecía bien que Ryan cuidara de Gus y que todos estábamos aquí por si necesitaba algo más.

—No seguirás preocupado por tener a Gus en casa, ¿verdad? —le pregunté a Ryan cuando él y Lou volvieron. Parecía bastante sonrojado.

Lou sacudió la cabeza a espaldas de mi hermano y le dio un codazo. Ryan se limitó a mirar al suelo.

—No es eso —dijo Ryan—. Es otra cosa. He hecho otra cosa que no debía y ahora me siento aún peor por ello.

Santo cielo. ¿No era la misma frase con la que había aparecido hacía menos de una hora? ¿Lograríamos alguna vez tener un día completamente libre de estrés?

—Bueno —le dije, intentando animarlo—, ya me has venido antes con algo parecido, y resulta que todo estaba bien, ¿no?

Ryan se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que, sea lo que sea, no puede ser tan malo.

La expresión de Lou era ahora sombría. Estaba claro que no estaba para nada de acuerdo con mi visión optimista de la situación.

—¿Por qué no terminas por hoy? —se ofreció Harry amablemente—. De todos modos, hoy cerramos a las tres, así que puedo ir a ver a ese nuevo mayorista. Solo volverías para trabajar una hora después de tu descanso, así que no merece la pena.

—Me parece una buena idea —dijo Lou—. Podemos recoger la cesta de Gus y sus cosas de Reading Room, y yo puedo comprobar que Colin lo haya cerrado todo bien.

—De acuerdo —acepté.

Si no hubiera sido por las arrugas que surcaban el ceño de Ryan, no me habría dejado

convencer para tomarme aún más horas libres, pero estaba claro que lo que le preocupaba ahora era mucho más serio que improvisar una fiesta de pijamas con su compañero canino.

—Iremos a The Dragon —dije, recogiendo mi bolso de la trastienda—. Algo me dice que podría necesitar un trago para acompañar esta confesión, Ryan.

—Y patatas fritas —añadió Lou, tratando de aligerar el momento—. Definitivamente, muchas patatas fritas.

Pero, mientras nos acomodábamos en nuestra mesa habitual —aunque no a nuestra hora habitual—, pensé que una bebida fuerte y un plato de patatas fritas no iban a ser suficientes. El hecho de que Ryan no hubiera dado un paso en falso en toda la semana y el saber que todo el mundo, incluso Lou, había estado alabándolo, no era suficiente para convencerme de que esto iba a ser hacer una montaña de un grano de arena.

Una vez llegó la comida, respiré hondo.

—¿Qué pasa? ¿Qué más has hecho para estar tan deprimido? No creo que sea nada demasiado horrible, Ryan. Esta semana has sido la comidilla de todas las tiendecitas de la calle, y todo ha sido bueno.

Sabía que estaba divagando. La forma en que Lou levantó las cejas no me dejó ninguna duda al respecto. Me metí una patata demasiado caliente en la boca para callarme.

—Eso es lo que lo ha empeorado todo —se atragantó Ryan, dirigiendo sus palabras a la parte superior de la cabeza de Gus en lugar de a mí—. El hecho de que todo el mundo me haya estado diciendo lo útil que soy y lo bueno que he sido por seguir en el instituto ha hecho que hoy me sienta más imbécil que nunca.

—Y con razón —convino Lou.

—¡Lou! —la regañé.

—Aún no sabes lo que ha hecho —dijo sabiamente.

—Es Jacob —soltó Ryan, antes de que mi cerebro tuviera la oportunidad de intentar imaginárselo.

—¿Qué pasa con él?

Había conseguido evitar a mi testarudo vecino toda la semana. No solo había programado mis trayectos al trabajo para no verlo, sino que también había estado muy atenta al jardín. Mis movimientos de cortina podrían haber desbancado los de Carole, pero me había propuesto no aparecer por el jardín para regar cuando Jacob estuviera cerca.

—La pelea que tuvimos... —continuó Ryan.

—Ya te lo he dicho —interrumpí—, no quiero que te preocupes por nada de eso. Estaba fuera de lugar y...

—¿Quieres callarte y escuchar? —siseó Lou.

Cogí otra patata frita.

—*Puede que* no te haya contado toda la verdad sobre lo que pasó —dijo Ryan con cara de vergüenza.

Lou soltó una carcajada.

—Está bien —cedió él—, *definitivamente no* te dije *la* verdad en absoluto.

Se me revolvió el estómago y aparté el vaso, preparándome para lo que viniera a continuación.

—Venga —le dije.

Ryan se retorció un poco en el asiento, con los ojos fijos en cualquier sitio menos en mí.

—Estaba hablando con Tamsin —comenzó.

Me lo imaginaba a él y a la chica, que estaba prendada de él, de pie junto a la gallina, en plena conversación. Fue entonces cuando Jacob se acercó a ellos y empezó a gritarle a mi hermano.

—Y fue una estupidez...

—Continúa.

—No sé por qué —dijo, desconcertado por lo que fuera que había hecho—, pero estaba intentando parecer duro, supongo. Actuando un poco.

—¿Para Tamsin?

Asintió con la cabeza.

—¿Qué le dijiste?

Esperaba que no fuera nada inapropiado. Era mayor que ella, después de todo.

—En primer lugar —tragó saliva, nervioso—, dije que odiaba el jardín y la plaza y que deseaba no haber venido nunca aquí.

No me lo podía creer. Sabía que había estado resentido porque yo había tirado de rango y lo había obligado a participar cuando estaba de resaca, pero «odio» era una palabra muy fuerte.

—También dije que, en realidad, no eras mejor que mamá. Que me tratabas como a un crío y que eras una auténtica zorra —balbuceó—, y que si las cosas seguían así, haría las maletas y me marcharía.

Me quedé con la boca abierta, pero no me salían las palabras. No sabía qué decir.

—No lo decía en serio —se apresuró a decir Ryan—. Nada de eso. Todo basura. Admito que me cabreó que te pusieras firme después de lo de la bebida, pero entendía por qué lo habías hecho. Supongo que solo estaba soltando tonterías para parecer el chico malhumorado del que Tamsin estaba tan obviamente enamorada. No tenía idea de que Jacob estaba allí, escuchando cada palabra. No tenía idea de que alguien podía oírme. No es que eso arregle nada —añadió enseguida.

Pensar en Ryan diciendo esas cosas, independientemente de si las decía en serio o no, me ponía enferma.

—Así que después —dije, con las palabras atascadas en la garganta mientras intentaba no mostrarle lo dolida que me sentía—, cuando te seguí y me contaste lo que Jacob había dicho...

Ryan asintió.

—¿Todo eso también era mentira?

No podía soportar pensar en cómo había hablado con Jacob en el jardín. Darme cuenta de que Ryan podía haber mentido sobre lo que había dicho mi vecino estaba volviendo a convertir a la tigresa que había en mí en una gatita.

—¿Te había dicho esas cosas o no, Ryan?

Una parte de mí deseaba que las hubiera dicho, aunque solo fuera para justificar mis propias palabras y mi comportamiento. Había echado de menos a Jacob más de lo que me gustaba admitir, y pensar que no habría tenido por qué... Bueno, no merecía la pena pensarlo.

—Algo así —graznó—, pero no de esa forma. Lo tergiversé todo para librarme de la bronca y, desde entonces, le he estado evitando por si salía a la luz la verdadera historia.

Se desplomó en su silla y me pregunté si en realidad Jacob nos había estado evitando a nosotros y no al revés. Si hubiera sido cualquier otra persona, estaba segura de que habría delatado a Ryan para salvarse, pero Jacob no lo había hecho. Había escuchado lo que yo tenía que decir y, por alguna razón, había dejado que mi hermano se saliera con la suya.

—No puedo creer que hicieras eso. —Tragué saliva.

—Lo siento mucho —dijo Ryan, levantando por fin los ojos para mirarme—. Sé que fue una estupidez, pero estaba tan enfadado porque me habían llamado la atención que hice lo que pude para salvar las apariencias. Fue una reacción instintiva estúpida y dejé que fuera demasiado lejos. Lo siento mucho.

—Y, de paso, nos hiciste daño a mí y a Jacob, y probablemente disgustaste a Tamsin.

—Lo siento —volvió a decir.

—Entiendes que intentamos ayudarte, ¿verdad, Ryan?

—Sí —susurró—, lo sé y de verdad no quería decir nada de lo que dije, ni una palabra. He estado intentando enmendarlo desde entonces.

—Entonces, todo lo que has hecho esta semana ha sido porque has tenido remordimientos de conciencia —dije, alzando la voz—, ¿nada de eso, ni mis desayunos, ni aceptar a Gus, ni ir a clase, ni ayudar a Colin ha sido genuino en absoluto?

—Sí que lo ha sido —insistió Ryan—. Sí. Admito que empecé aquella primera mañana porque me sentía culpable, pero desde que bajé a Reading Room y conocí a Colin y a Gus, me he metido de lleno en esto. He disfrutado ayudando a todo el mundo. Incluso mis estudios no me han parecido una tarea tan pesada. Todo esto me ha hecho sentir mejor.

—Pero no lo suficientemente mejor como para decirme la verdad.

—Ahora te está diciendo la verdad —dijo Lou con suavidad.

—Pero solo porque... ¿por qué me lo dices ahora?

—Porque no podía aguantar más —dijo Ryan, con los ojos llenos de lágrimas—. Todo el mundo me ha mirado diferente esta semana y ha sido genial. Me he sentido muy bien al ser valorado y hacer cosas por los demás, pero en el fondo de mi mente he sabido todo el tiempo que estaba manchado porque le había hecho un flaco favor a Jacob y todo ha llegado a un punto crítico hoy. Sé que debería habértelo dicho antes. Quería hacerlo, pero no sabía cómo.

Estaba muy enfadada, pero veía lo disgustado que estaba y que decía la verdad. Por fin.

—He sido un idiota —bufó, frotándose la nariz con la manga—. Y he estropeado las cosas entre tú y Jacob.

—Entre nosotros no había nada que estropear —dije con rapidez.

—Bueno, da igual —dijo, sentándose más erguido y como si se hubiera quitado un gran peso de encima—, voy a ir a su casa esta noche a pedirle disculpas. Quiero compensarle y que volváis a ser amigos.

—¿Amigos? —preguntó Lou, enarcando las cejas.

La ignoré.

—No —le dije a Ryan—, déjame hablar con él primero. Ya lo verás mañana.

—Me parece una buena idea —dijo Lou antes de que Ryan tuviera la oportunidad de contradecirme.

Sabía que lo era. Quería averiguar por qué Jacob había dejado que Ryan se saliera con la suya causando tantos problemas y si realmente consideraba nuestra amistad tan trivial como para tirarla por la borda por el mal genio de un adolescente rebelde.

Capítulo 17

Envié a Ryan y a Gus delante con el pretexto de hablar con Lou sobre lo que debíamos hacer con Reading Room mientras Colin estuviera fuera, pero en realidad solo necesitaba unos minutos para asimilar lo que acababa de ocurrir. De todos los disparatados e inverosímiles escenarios que mi imaginativo cerebro había conjurado, la realidad de lo que Ryan había dicho era mucho mucho peor.

—¿Por qué dijo algo así? —gemí, forzando las palabras sobre el nudo que se había alojado firmemente en mi garganta mientras me pasaba las manos por el pelo.

—¿Qué parte?

—Todo —dije—. ¿De verdad odia estar aquí? ¿De verdad me odia?

—No, claro que no, tonta —Lou me cogió la mano y la apretó.

—Entonces, ¿por qué?

—Ya te lo ha dicho —dijo, soltando mi mano de nuevo para coger su bolso—. Pensaba que nadie más estaba escuchando y solo intentaba parecer duro. ¿Nunca has hecho algo así?

—¿El qué, tratar de impresionar a una niña? —pregunté sarcásticamente—. Pues no.

—No, idiota —dijo ella, sacando su teléfono cuando empezó a sonar el tono de *En busca del arca perdida—,* ¿dijiste algo para impresionar a alguien, adornaste un cuento chino para engrandecerte?

Pensé en todo lo que había hecho durante mis primeros años de instituto, intentando impresionar a los llamados «populares» para encajar. Sin duda, había dicho cosas mucho peores que Ryan, y ni siquiera con la mitad de sus excusas.

—Supongo —cedí—. Puede ser. Jesús, Lou, ¿vas a responder a eso?

—No —dijo ella, volviendo a meter el teléfono en el bolso para amortiguar el sonido —. Es el tipo que se llevó el *pinball*. Está molestando un poco.

—¿No es el héroe de acción que estabas esperando, entonces?

Hacía un par de años, justo antes de que el Big Ben diera la campanada de fin de año, Lou se había descargado la icónica melodía de la película como tono de llamada y se había prometido no cambiarla hasta que se hubiera buscado un héroe a la altura de Harrison Ford en *Indiana Jones*. Al parecer, no le bastaba con ser su propia heroína, empresaria independiente y emprendedora de éxito, y desde entonces buscaba a una media naranja a su altura.

—No —dijo, mirando con nostalgia el juego de llaves de Colin—, en absoluto el héroe que estoy esperando.

***

Resultó que Ryan acabó llegando a casa exactamente al mismo tiempo que yo.

—¿Dónde has estado? —dije, frunciendo el ceño.

—He ido a ver a Kate —dijo, acallando mi sospecha de que hubiera ido a ver a Jacob antes de que yo tuviera la oportunidad—. Me parecía que debía ser yo quien le preguntara por Gus, ya que he sido el que se ha comprometido.

—¿Y qué ha dicho? ¿Le importa?

—En absoluto —dijo con la voz llena de alivio—. Ha dicho que podía quedarse todo el tiempo que fuera necesario y te pide que le transmitas su cariño cuando hables con Colin.

Dije que lo haría, agradecida de que la situación estuviera ahora clara y bien resuelta, y encantada de que Ryan hubiera considerado oportuno tomar la iniciativa y arreglar las cosas él mismo.

—Vamos, entonces —dije, abriendo la puerta principal—. Prepararé algo de cenar y luego iré a ver si Jacob se siente tan amable como nuestra casera.

Sabía que era completamente ilógico estar en la puerta de Jacob con una botella de vino en una mano, una porción de *korma* casero en la otra y un enorme remordimiento, pero no podía deshacerme de mi decepción porque, aunque toda esta situación era culpa de mi hermano, Jacob había estado dispuesto a sacrificar nuestra recién creada amistad por unas pocas palabras de enfado. No es que ninguna de ellas, como se vio después, viniera realmente de él.

—Poppy —dijo Jacob sin aliento cuando por fin abrió la puerta—, hola.

Me sentí tan bien al volver a verlo en todo su esplendor, arrugado y algo desaliñado, que, de repente, mi enfado me pareció fuera de lugar e innecesario y no tenía ni idea de qué hacer con él.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda entrar un minuto? —le pregunté.

—De acuerdo —dijo, mirando detrás de él hacia el pasillo mientras abría un poco más la puerta para permitirme entrar—, claro.

La casa distaba mucho de estar ordenada y, mientras me llevaba por el pasillo hasta la cocina, no perdía de vista mis pies, no fuera a ser que tropezara con la desordenada colección de zapatos y zapatillas deportivas que hacían que la actitud despreocupada de Ryan hacia el zapatero pareciera meticulosa.

Sabía que debía decir algo, pero me costaba encontrar las palabras adecuadas.

—He cocinado demasiado *korma* —solté para llenar el silencio—, y pensé que te gustaría un poco.

—Oh —dijo, volviéndose de nuevo hacia mí cuando llegamos a la cocina—. Acabamos de comer, pero gracias, lo guardaré para mañana.

La mesa de la cocina estaba llena de cartones y envases de comida para llevar, y sentada a un lado había una mujer rubia, menuda y muy guapa.

—Ah, claro —dije, sobresaltada. Las palabras me salieron un poco demasiado chillonas—. No sabía que tenías compañía. —Puse la caja y la botella en las manos de Jacob y me volví para irme—. Lo siento mucho. Me voy.

Jacob me miró y frunció el ceño.

—No —dijo la mujer, levantándose y sonriendo—, no te vayas por mí. Debería irme yo. De todos modos, no tenía intención de quedarme tanto tiempo.

Me detuve en la puerta, sin saber muy bien qué hacer.

—Eso huele mejor que nuestra comida para llevar —dijo, señalando con la cabeza la caja de *korma*, completamente ajena a mi incomodidad—. Podemos seguir con estos planes la semana que viene, Jacob.

—De acuerdo —dijo.

Recogió sus maletas y un fajo de papeles y yo me aparté para dejarla pasar.

—Encantada de conocerte —dijo—. Eres Poppy, ¿verdad?

—Sí —dije, mirando de ella a Jacob y viceversa.

—No pongas esa cara de preocupación —rio—, ha hablado de ti en la sala de profesores del colegio, y encajas perfectamente con su descripción.

Entonces, era una colega. El corazón me dio un vuelco al darme cuenta. Me aterraba pensar lo que había dicho de mí en los últimos días.

—Al parecer, eres la reina de las conservas —sonrió.

—Vale, gracias, Hannah —dijo Jacob, apresurándose a acompañarla al vestíbulo—. Pensaré un poco en el viaje de tercer curso y lo discutiremos de nuevo el martes.

Habría apostado mi mejor conserva a que le daba pánico que ella dijera algo menos elogioso en el siguiente suspiro.

—Lo siento —dijo cuando volvió.

—No —dije—, siento interrumpir.

Asintió y se balanceó sobre sus talones.

—Entre otras cosas —añadí.

Volvió a asentir y empezó a amontonar los platos y las sobras.

—¿Qué tal si ordeno todo esto —sugirió—, y tú abres ese vino?

Como todavía hacía mucho calor, nos sentamos fuera, en el jardín de Jacob —un poco crecido de más— y lo miré preguntándome por dónde empezar. A pesar de lo agradable que era la velada, yo estaba allí con una misión y no quería dejar a Ryan solo demasiado tiempo. Quería volver y comprobar que él y Gus seguían las normas básicas que había establecido durante la cena para regir la estancia del perro.

—Mira —dije, dejando el vaso sobre la mesa—, no tiene sentido andarse con rodeos, ¿verdad? He venido a decirte que siento mucho lo que pasó el fin de semana pasado. Ryan me ha dicho la verdad esta tarde y, bueno, no sé ni qué decir...

—No hace falta que digas nada —empezó Jacob.

—Por supuesto que sí. Te dije cosas terribles y todo por unas palabras furiosas y falsas que soltó mi hermano.

Jacob me miró y sonrió.

—¿Qué es tan divertido? —Fruncí el ceño—. ¿Es todo esto una especie de broma para ti?

—No —dijo—, en absoluto.

—Entonces, ¿qué? —pregunté—. ¿Por qué no dijiste nada cuando Ryan empezó a mentir? ¿De verdad nuestra amistad significa tan poco para ti que estabas dispuesto a perderla por una tonta rabieta adolescente?

Había decidido que no diría nada de eso, pero la expresión exasperante de Jacob me había sacado de mis casillas.

—Claro que no —dijo, por fin un poco más serio—. Pero sabía *que* solo era una rabieta. Vi lo enfadado que estaba Ryan. Lo había pillado diciéndole tonterías a Tamsin y tomó represalias agresivamente, como haría cualquier adolescente que intentara salvar las apariencias. Exigirle que te dijera la verdad allí mismo solo habría agravado aún más la situación, así que decidí recular.

Supongo que tenía sentido.

—Sabía que al final se sabría la verdad —continuó—, solo tenía que esperar a que pasara.

—Pero ¿y las cosas que te dije? —le recordé, ruborizándome al pensarlo.

—Solo eran la prueba de que eres una hermana increíble —sonrió.

—¿Qué?

—Eras como un resorte —rio—, dispuesta a saltar en defensa de Ryan sin pararte a cuestionar lo que estaba pasando en realidad.

Era cierto. Me había mostrado bastante peleona.

—Eras como una leona con su cachorro —continuó—. Ryan tiene mucha suerte de tenerte de su lado.

Mi cara empezó a arder, y no por el sol vespertino.

—Entonces —dije, eludiendo el cumplido y el giro inesperado que estaba tomando la conversación—, ¿qué le dijiste *en realidad*?

—Le dije lo mismo que a ti hace un momento: que tiene suerte de tener una hermana como tú y que debería estar agradecido de que estuvieras dispuesta a abrir tu nueva casa y alterar tu vida para acomodarte a él. Solo quería darle un toque de atención y hacerlo reflexionar un poco. Sé que ha pasado por un infierno, que sigue en él a veces, pero eso no le da derecho a hablar así.

Al recordar el impecable comportamiento posterior de Ryan, tuve que aceptar que las palabras de Jacob habían dado en el blanco. Mi hermano había sido el estudiante, empleado, cuidador de perros y hermano modelo.

—Ya veo —dije—, gracias.

Jacob levantó su copa y la chocó contra la mía.

—Salud —dijo, claramente satisfecho de que la estrategia hubiera funcionado.

—Entonces, ¿todo era un astuto plan tuyo? —pregunté—. Dejarlo reposar.

—Algo así.

—Aunque fue un poco arriesgado, ¿no?

—La verdad es que no —suspiró—. Cualquiera puede ver que Ryan es un buen chico en el fondo. Lo ha pasado mucho peor que la mayoría y solo necesita una mano que lo guíe de vez en cuando para mostrarle el camino correcto y recordarle que hay gente en el mundo que lo apoya.

—Supongo que para eso están los padres —dije con amargura.

—Y los hermanos mayores —me recordó—. Lo verás enseguida.

En aquel momento me pareció una gran responsabilidad y una gran petición. Solo esperaba estar a la altura.

—Entonces —le dije—, ¿de verdad me perdonas?

—No hay nada que perdonar —dijo, inclinándose hacia delante para rellenar mi copa

—. Estoy bastante seguro de que todos somos igualmente culpables de decir cosas que no queremos decir cuando estamos heridos o acorralados.

—Supongo.

—Sé que he dicho cosas muy duras en mi vida y que me han contestado cosas mucho peores.

—¿De tu hermano? —pregunté.

—Sí —dijo, espesándosele la voz—, entre otros.

La cosa iba tan bien que decidí que sería absurdo forzar la situación.

—Cuánto trabajo dan las familias —dije, intentando sonar más genérica que específica.

—Sí que lo dan —estuvo de acuerdo—, pero solo sé que Ryan y tú vais a estar bien y, si quieres, seguiré encantado de echar una mano.

—¿En serio? —Tragué saliva. El corazón volvía a martillearme.

—De verdad —dijo—. De hecho, mañana voy al centro juvenil. Dile a Ryan que lo llamaré a las diez de la mañana y que se vista con ropa que no le importe mancharse de pintura.

Esa vez me incliné hacia delante para chocar mi copa con la suya, agradecida de que la semana hubiera terminado con todo en su sitio y aliviada de que nuestro casi beso hubiera quedado aparentemente en el olvido. Jacob parecía mucho más feliz en mi compañía que en la reunión de las flores de saúco, así que no tenía sentido arriesgar su buen humor recordándoselo.

—Gracias —dije, sintiéndolo de verdad.

—Para eso están los amigos —sonrió.

Sin duda, me aliviaba volver a tener a este en particular.

A pesar de mis constantes intentos por tranquilizarlo, Ryan era un saco de nervios a la mañana siguiente.

—¿Y estás segura de que estaba de acuerdo con todo? —me preguntó por lo que debía ser la enésima vez mientras volvía a mirar por la ventana del salón.

—Deja de preocuparte —le dije—, harás que Gus entre en pánico si sigues así.

Era un truco barato, pero funcionó. Ryan cogió en brazos al perrito, que, a pesar de mis más estrictas instrucciones, se había colado por la noche en la habitación de mi hermano.

—Lo siento, amigo —dijo, y le besó la parte superior de la cabeza—. ¿Estás segura de que estarás bien con él hoy, hermana?

—Por supuesto —dije; una lucecita caliente se encendió en mi interior al oír la expresión de cariño—, me va a ayudar en la cocina.

Iba a pasar mi día libre cocinando un aluvión de platos con Gus para cuando los chicos volvieran de su jornada de lijado, imprimación y pintura.

—Oh, Dios —dijo Ryan, dejando el perro en mis brazos—, está aquí. Te veo después.

No esperó a que le abriera la puerta, sino que salió corriendo al sol del sábado y fue directo a recibir un abrazo de mi vecino, que me sonrió por encima del hombro y me animó alzándome el pulgar.

Sabía que todo iba a salir bien.

Jacob y Ryan volvieron al final del día cansados, sucios y hambrientos. Jacob se dirigió a su casa para darse una ducha rápida y, después de corretear con Gus durante veinte minutos de diversión y reencuentro, Ryan hizo lo mismo. No habló mucho del centro, pero su ropa era prueba suficiente de que se había puesto a pintar. Ojalá pudiera coger una pala de jardín con tanto entusiasmo.

Tardamos mucho menos en arrasar con mi festín italiano de lo que yo había tardado en prepararlo. Nos sentamos en el jardín, llenos y satisfechos de haber aprovechado tan bien el sábado.

—Caray, Poppy, sabes cocinar —suspiró Jacob, agradecido.

—No sabe cocinar pasteles —añadió Ryan rápidamente, rompiendo mi momento de complaciente suficiencia—. ¿O sí que sabes, hermana?

—Gracias, hermanito —dije, y le saqué la lengua—. Sería insufrible que se me diera bien todo, así que he sacrificado los pasteles, bollos y pastas para mantener el equilibrio.

—Entonces, no te pediré que dones nada para la venta de pasteles del colegio que tenemos próximamente —rio Jacob.

—Mark es tu hombre para los dulces —suspiró Ryan con nostalgia, a pesar de su barriga llena—. Sus bollos de crema están para morirse.

—¿Cómo van las cosas en la escuela? —le pregunté a Jacob—. Hannah parecía muy agradable.

—Sí —dijo, sonriendo al pensar en su compañera de trabajo—, es encantadora. Ahora compartimos clase.

No me gustaba mucho la idea de que compartieran nada.

—Pero para cuando llegue el trimestre de septiembre estaré solo.

—¿Cómo es eso? —pregunté—. ¿Se va?

Ryan me miró y enarcó las cejas, y yo me pregunté cómo había sonado la pregunta. ¿Esperanzada, tal vez? Esperaba que no.

—Estará de baja por maternidad —explicó Jacob—. Está esperando su tercer hijo.

No había notado ningún bulto, pero eso podía deberse a que me había fijado en sus rasgos perfectos y su pelo brillante.

—Qué emocionante —dije con entusiasmo.

—No estoy seguro de que su marido estuviera de acuerdo contigo —rio Jacob—. Tres niños menores de ocho años no serían de mi agrado.

—Ni del mío —asentí con un estremecimiento.

Tenía en la punta de la lengua preguntarle a Jacob su opinión sobre los niños en general, pero con Ryan escuchando no quería que se malinterpretara mi interés, así que me contuve y no hice la pregunta.

—¿Y cómo está tu clase? —pregunté en su lugar.

—Una locura —me dijo—, pero genial.

—Cuéntale lo que pasó ayer —insistió Ryan, abriendo disimuladamente un botellín de cerveza, que le quité al instante.

—Cielos —dijo Jacob, sacudiendo la cabeza al recordarlo—. Fue una locura. Más de la

mitad de la clase se presentó en pijama y con ositos de peluche bajo el brazo.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Por qué?

—Al parecer, uno de los niños hablaba en el patio de que íbamos a tener un día acogedor, sea lo que sea eso. Uno de los padres lo oyó y al final del día, gracias a las alegrías de un grupo de Facebook, se había corrido la voz de que iba a ser el viernes, que las cartas al respecto se habían traspapelado y que los niños pasarían el día leyendo, abrazando peluches y, en general, holgazaneando en pufs.

—¡No puede ser! —dije con la voz entrecortada.

—Lo sé. —Jacob se unió, riendo—. Así que la mitad de los chicos se presentaron a las ocho y media en ropa de dormir y la otra mitad estaban llorando antes de que sonara el timbre porque no sabían nada.

—Porque no había nada que saber —me reí entre dientes.

—Exacto, y estaban atrapados en sus «*aburridos uniformes*» —sollozó, imitando lo que yo imaginaba que debía ser un niño enfurruñado.

—¿Y qué hiciste? —pregunté, riendo aún más fuerte.

—Bueno —explicó, ahora con su propia voz—, por mucho que me encantara la idea de un día acogedor, no podía tener a la mitad de ellos holgazaneando y al resto llorando, así que los mandé a todos a ponerse el uniforme de educación física y sermoneé a los padres sobre los peligros de las redes sociales.

—¡Fantástico! —Estallé en carcajadas aplaudiendo.

—Otro ejemplo de lo que ocurre cuando unas palabras se sacan de contexto, ¿verdad? —dijo un Ryan bastante avergonzado.

—Ya hemos pasado por eso —dijo Jacob, inclinándose para acariciar el hombro de Ryan.

—Lo sé —dijo—, pero sigo sintiéndome un poco imbécil por ello.

—No importa —dije, no queriendo que la conversación tomara un cariz tan serio—, ya está todo hecho.

—Eso es lo que le digo siempre —dijo Jacob.

—¿Por qué no te llevas a Gus a dar una vuelta por el parque —le sugerí a Ryan— y Jacob me ayuda a limpiar?

—Excelente idea —dijo Ryan, levantándose de un salto, su falta pronto olvidada cuando se dio cuenta de que se estaba librando de fregar—. Y subiré directamente cuando entre, para daros un poco de paz —añadió con un guiño antes de salir corriendo.

Capítulo 18

Durante las dos semanas siguientes, mi vida en Nightingale Square volvió a la perfección que había empezado a disfrutar antes de la llamada de mamá sobre Ryan. De hecho, con la incorporación de mi hermano y la profundización de mi amistad con Jacob, diría que en realidad era mejor.

Por fin recibí una respuesta del instituto y me dio vergüenza descubrir que mamá, como de costumbre, había exagerado completamente la situación del absentismo de Ryan. Sí, se habían puesto en contacto con él para decirle que su registro de asistencia rozaba lo problemático, pero no era ni de lejos tan malo como mamá había dado a entender. Las reuniones quincenales eran pura invención por su parte y me eché la culpa por no haberlo hablado bien con Ryan cuando llegó. Lección aprendida; a partir de entonces, decidí que me enfrentaría a cualquier contratiempo.

Incluso la prolongada ausencia de Colin de nuestro rincón de Norwich era soportable ahora que sabíamos que el derrame cerebral de su padre no había sido ni mucho menos tan grave como se temía en un principio, pero aun así me moría de ganas de que volviera y viese lo que habíamos hecho en Reading Room. La remodelación —que había seguido adelante, llevada a cabo casi en su totalidad por Ryan bajo la inteligente dirección de Lou— estaba casi terminada y parecía un milagro. El papel que cubría las ventanas delanteras había sido un golpe maestro; de lo que ocurría detrás era de lo único que hablaban los lugareños.

De hecho, la única persona que no parecía estar disfrutando de la emoción era la responsable de la nueva imagen, la propia pequeña señorita Reformatodo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, dándole una hamburguesa de la barbacoa del jardín comunitario cuando apareció sin avisar una soleada tarde de domingo.

Parecía más triste de lo que nunca la había visto y no le sentaba nada bien. Abrió la boca para responder a mi brusca pregunta, pero la interrumpieron Lisa, que carraspeaba ruidosamente, y Neil, que golpeaba la mesa con los cubiertos.

—Lo siento, chicos —dijo Lisa, con un aspecto inusualmente nervioso—, no os apartaremos de la comida mucho rato. Es solo que ha habido noticias sobre el concurso que tenemos que contaros.

Se volvió hacia Neil, que sostenía el expediente del concurso. Había sido elegido como segundo de a bordo de Lisa porque trabajaba desde casa, por lo que estaba disponible más a menudo de lo habitual y no tenía a nadie a su cargo reclamando su atención. Sin embargo, dado que Mark tenía el instinto paternal más a flor de piel que nunca, no estaba muy segura de cuánto duraría esa situación. Cuando miré a lo largo de la mesa, vi que estaba arrullando a Abigail mientras sostenía felizmente en brazos a uno de los hijos de Heather.

—Hemos recibido una carta del ayuntamiento —explicó Neil—. No voy a leerla entera, pero, básicamente, como ha habido más inscripciones de las previstas, el ayuntamiento ha decidido comprobarlas todas antes de hacer una preselección.

—En los próximos días vendrá a visitarnos un representante —interrumpió Lisa—. De momento, no van a juzgar el lugar. Solo comprobarán que la solicitud cumple los requisitos.

—Pero la visita determinará si nos proponen o no —continuó Neil—. La decisión se hará pública poco después de la inspección, y entonces se pedirá a los representantes de cada uno de los jardines candidatos que acudan a un programa radiofónico local un sábado por la mañana para explicar por qué su jardín es tan especial y un poco sobre su historia.

Se oyó un murmullo en la mesa. Me sorprendió que hubiera tantos participantes, pero me encantó. Estaba claro que los habitantes de Norwich estaban muy de acuerdo con los beneficios de la jardinería y el cultivo.

—En ese caso —dijo Graham—, ¿podría todo el mundo asegurarse de que cumple con las tareas que le han sido asignadas? Sé que todos lo hacemos muy bien, pero ahora más que nunca necesitamos que todo esté perfecto.

—Todavía no nos juzgan por el jardín, Graham —le recordó Lisa.

—Pero aun así —dijo con importancia—. Será bueno ponerse al día.

Todos asintieron con la cabeza y Lou dio un pequeño chillido cuando su teléfono empezó a pitar y a vibrar.

—Eso es todo, amigos —dijo Neil, alzando la voz mientras la cacofonía subía de tono —. Disfrutad todos de la tarde.

Esperé a que Lou atendiera la llamada antes de lanzarme.

—¿Qué le pasó a Indiana? —pregunté.

—Sí —dijo Jacob, que se había puesto al día sobre la caza del héroe y su inusual elección de tono de llamada—. A menos que esté muy equivocado, eso era una melodía de *Grease*, ¿no?

—*You're the One that I Want* —confirmó Ryan al pasar, poniéndose morado mientras todos alzábamos las cejas—. O algo así. —Tosió y se marchó corriendo.

—Entonces —dije, tirando de la manga de la camisa de Lou—, ¿significa eso que por fin has encontrado a tu héroe?

—Claro que sí —dijo con un resoplido—. No puedo creer que no lo viera durante tanto tiempo, pero, con él lejos, lo he echado mucho de menos y me ha hecho pensar... que quizá Colin sea el indicado.

La miré y me quedé con la boca abierta.

—¿Lo dices en serio? —me atreví a preguntar al final.

Tenía mis sospechas de que sus sentimientos por él habían cambiado desde el día en que desveló los planes de cambio de imagen, pero entre unas cosas y otras no había encontrado el momento adecuado para hablar con ella. Viendo cómo estaba ahora, sabía que debería haberlo hecho. Últimamente había estado demasiado absorta en mis propios asuntos. Los buenos amigos eran difíciles de encontrar y me sentía culpable por haber descuidado a uno de los míos.

—Sí —dijo ella, y se mordió el labio—. No he podido dejar de pensar en él desde que se fue.

—Pero tus sentimientos por él habían cambiado antes de que se fuera, ¿no?

—¿Tan obvio era? —Tragó saliva.

—Solo para mí —dije, frotándole el brazo, emocionada de que Colin fuera a volver para encontrarse con su «felices para siempre».

No le dije a Lou que la había amado desde siempre. Pensé que él debía decidir cuándo y si ella necesitaba saberlo.

—Las relaciones son complicadas, ¿verdad? —le dije a Jacob cuando Lou volvió a su piso para intentar hablar con Colin por Skype. Lo había intentado todos los días, pero había tenido poco éxito. La conexión a internet en casa de sus padres era muy deficiente.

—Dios, sí —coincidió.

—Y creo que tú lo sabes mejor que la mayoría, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Sé que te has peleado con tu hermano y que no estás en contacto con tu familia, así que sabes que *ese* tipo de relaciones son complicadas, pero ¿hubo alguna vez una señora Grizzle? ¿O al menos alguien que estuviera cerca de serlo?

Jacob me miró y enarcó las cejas.

—No hace mucho me dijiste que no te gustaban las promesas ni la confianza. No puedo imaginar que todo se deba a una pelea con tu hermano. Algo me dice que había una mujer involucrada.

—Siempre te lo vas a preguntar, ¿verdad? —dijo Jacob, entrecerrando los ojos.

—Me temo que sí. —No tenía sentido mentir—. Odiabas todo cuando te mudaste aquí para acampar en una casa vacía: no hablabas con los vecinos; no trabajabas, aunque te encanta tu carrera; no querías poner un pie en este lugar...

—Vale —dijo con un suspiro—, vayamos al parque. Allí se estará más tranquilo.

No podía creer que por fin fuera a abrirse y a contármelo. Después de comprobar que Ryan seguía feliz charlando con Mark, cogí un par de botellas de sidra y me dirigí al parquecillo antes que mi vecino, para asegurarme de que las malas lenguas no se pusieran manos a la obra por las razones equivocadas.

—Vale —dijo Jacob, pasándose las manos por el pelo desordenado. Nos acomodamos a la sombra de un árbol en el prado—. Voy a contarte los porqués, Poppy, pero solo porque sé que puedo confiar en *ti*.

—Guau —dije con la voz entrecortada—. Gracias, Jacob.

Para un hombre que hacía poco me había dicho que no se fiaba de nadie, era toda una declaración, y me sentí honrada de que me considerara digna de su confianza.

—No sabes cuánto significa oírte decir eso —sonreí.

Dejó escapar un largo suspiro mientras yo me acomodaba el pelo detrás de las orejas y jugueteaba con mi copa, esperando a que empezara.

—Desde que Daniel y yo nacimos —empezó—, nos han comparado y medido al uno con el otro.

—¿Supongo que Daniel es tu gemelo, entonces?

—Sí, lo siento —dijo Jacob, sonriendo irónicamente—, cosa de gemelos. Por mucho que lo odie, sigue siendo una extensión de mí y asumo que todo el mundo lo sabe.

Asentí y le pasé una botella para ayudar a que todo saliera.

—Supongo —continuó— que compararnos entre nosotros era lo más natural en

realidad.

No estaba segura de ello. Creo que si hubiera tenido gemelos me habría esforzado por tratarlos de la forma más individual posible para que uno nunca se sintiera presionado a ser como el otro, pero no me sentía capacitada para decir tanto, así que me quedé callada.

—Somos... —Jacob se detuvo y se corrigió—. *Éramos* muy parecidos en todos los sentidos posibles, con nuestras vidas discurriendo por caminos paralelos, y eso continuó cuando nos hicimos mayores y ambos decidimos que queríamos dedicarnos a la educación.

—¿Estudiasteis en la misma universidad?

—Sí, nuestras vidas seguían siendo idénticas en aquel momento, hasta las notas de los exámenes. A veces, daba miedo. Me preguntaba si alguien se daría cuenta si uno de nosotros desaparecía. Era como si la vida nos hubiera proporcionado un repuesto por si algo salía mal con el prototipo.

—Entiendo que eso asuste.

—Sí... —asintió Jacob, deteniéndose un segundo para dar un trago de su botella—, y a medida que avanzábamos en la universidad, me fui dando cuenta cada vez más. Hablé de ello con Daniel, pero él se limitó a no darle importancia. Creía que todos los gemelos se sentían así en algún momento, pero, una vez que yo lo reconocí, no pude deshacerme de esa sensación.

—Entonces, ¿qué hiciste?

Era evidente que había hecho algo. Estaba segura de que ese era el punto en el que la vida de Jacob había cambiado de dúo a solitario.

—Me salí de la pista —dijo, mirándome fijamente y confirmando mis pensamientos—. Los dos teníamos buenos trabajos de posgrado, pero yo decidí no aceptar el mío. El día que nos graduamos, anuncié que me tomaba un tiempo libre para viajar y me fui.

—Eso fue valiente.

Para alguien que había vivido una vida en perfecta sincronía con su hermano, era increíblemente atrevido.

—No es así como lo vieron mis padres —dijo con una breve carcajada—, ni Daniel. Todos pensaban que estaba loco. Teníamos nuestro futuro, toda nuestra vida trazada y, de repente, les decía que iba a seguir, literalmente, un mapa distinto.

—Guau.

—Lo sé. Pensé que sería liberador, y al cabo de unos meses lo fue, pero al principio estaba muerto de miedo. Me costó acostumbrarme a estar solo en lugar de ser la mitad de un todo, pero aguanté, y una vez que empecé a relajarme, a disfrutar y a confiar en mis propias decisiones, decidí alejarme todo el tiempo que pudiera.

—¿Cuánto tiempo?

—Más de cinco años.

—Caray. —Casi me atraganté—. Cinco años. ¿Qué hiciste durante todo ese tiempo? ¿Cómo te las apañaste? —No lo tenía por un chico rico y estaba bastante segura de que sus padres, dado su enfado por que se hubiera largado, no le habrían pagado un año sabático que duró media década aunque nadaran en pasta—. ¿Volviste al Reino Unido

durante ese tiempo?

Jacob le dio otro trago a la sidra.

—Lo siento —dije, cogiendo la mía, y rasgué la etiqueta—. Demasiadas preguntas.

—No —dijo—, está bien. Pasé mucho tiempo enseñando en la India. Disfruté de la libertad y, cuando gané lo suficiente para avanzar un poco, lo hice. La paga era prácticamente de céntimos, pero era suficiente para vivir y no, en todo ese tiempo no volví.

—¿Y qué hacía Daniel mientras estabas fuera?

—Exactamente lo que él, quiero decir, nosotros siempre habíamos planeado hacer —explicó—. Ascendió como la espuma hacia la dirección, corriendo feliz por cada uno de sus puestos. Pero nunca dejó de intentar que volviera.

—Entonces, ¿qué te hizo volver al final si no fue tu hermano?

Jacob negó con la cabeza e intuí que estábamos llegando al meollo de la cuestión.

—Conocí a una chica —me dijo—. Rebecca. Era más joven que yo, pero también había estado viajando desde que se licenció y volvía al Reino Unido para ocupar un puesto de profesora cerca de donde vivía mi familia. Había saciado su ansia de viajar mucho antes que yo y... —Suspiró, deteniéndose para tomar aliento—. Y sé que probablemente suene ridículo, pero sentía como si mi propia sed de aventuras no pudiera saciarse, hasta que la encontré. Ella era la pieza que le faltaba a mi vida desde que corté el cordón umbilical con Daniel.

Jacob negó con la cabeza, pero lo entendí. Había encontrado a la persona que yo aún no había encontrado. La única persona en todo el mundo con la que sabía que podría comprometerse de por vida.

—Estaba predestinado —le dije, intentando ayudarlo.

—Exacto —asintió—. Eso fue *exactamente lo que* sentí. Fue un romance relámpago que transcurrió en playas de arena blanca y, antes de que me diera cuenta, estábamos volando de vuelta a casa. Hice las paces con mi familia (adoraban a Rebecca, lo que ayudó considerablemente, por supuesto) y luego alquilamos un piso y nos acomodamos al reconfortante ritmo de la rutina escolar.

—¿Y fuiste feliz?

—Más feliz de lo que nunca había sido —dijo con la voz ronca—. Había visto algo del mundo y me había liberado del asunto de los gemelos. Daniel era él mismo, al igual que yo, la familia idolatraba a Becky, yo amaba mi trabajo y, a riesgo de sonar engreído, todo era jodidamente perfecto.

—Entonces, ¿qué salió mal?

Jacob me miró y negó con la cabeza.

—Bueno, algo obviamente sí —señalé—, de lo contrario, no estarías viviendo aquí por tu cuenta, ¿verdad? —Esperé a que ordenara sus ideas.

—Daniel —continuó por fin—, como era de esperar, me había adelantado kilómetros en la escala profesional en el tiempo que había estado fuera.

—No creo que te importara mucho —dije.

—No —dijo—. De hecho, cuando nos convocó a todos a un almuerzo familiar de celebración para anunciarnos que le habían concedido una dirección, fui el primero en

felicitarlo.

—Era joven para convertirse en director, ¿no?

—Mucho —asintió Jacob—, pero su dedicación y determinación siempre han sido insuperables. Su ambición —dijo, suspirando pesadamente—, solo superaba a la de Becky por muy poco.

Eso me cogió por sorpresa. No me había imaginado a Rebeca como alguien que buscara salir adelante. Me la imaginaba como una belleza de playa bronceada y tonificada. Un espíritu libre con el pelo decolorado por el sol y abundantes joyas de conchas, pero estaba claro que la había confundido con otra persona.

—Sé exactamente lo que estás pensando —dijo Jacob, mirándome de nuevo—, y yo tampoco lo había visto. Había pensado que estaría tan contenta como yo con un puesto fijo de profesora, pero al cabo de un año o así de volver al Reino Unido ya estaba buscando ampliar su carrera, igual que Daniel.

—Ya veo. —Tragué saliva con nerviosismo.

—Empezamos a discutir. Una vez incluso me preguntó por qué no podía ser más como Dan. Parecía maravillada con él, seducida por su éxito, y fue en esa maldita comida —dijo Jacob frunciendo el ceño— cuando me di cuenta...

Se detuvo y sacudió la cabeza, y adiviné lo que se avecinaba.

—Que se había enamorado de él —susurré.

Jacob asintió.

—Fue solo una mirada, una mirada de dos segundos entre ellos, pero lo supe.

—Lo siento mucho.

—Iba a proponérselo aquella Navidad —dijo sombríamente—, pero, cuando les hablé de lo que había visto, no lo negaron. Ya habían... —Se detuvo y tomó aire. No necesitaba que me lo explicara—. Así que —prosiguió—, en vez de ir a comprar un anillo, me encontré redactando mi renuncia y comprando este lugar. —Inclinó la botella hacia su casa—. Lo dejé todo atrás, incluido mi coche, y me las arreglé para pasar el invierno con lo poco que el dueño anterior incluyó en la venta.

No me extrañaba que se hubiera encerrado en sí mismo. En retrospectiva, probablemente fue lo mejor que pudo haber hecho. Se había escondido del mundo y había superado su trauma. Seguramente eso tenía que ser mejor que fingir que todo iba bien y seguir adelante con una sonrisa valiente.

—De todos modos —dijo, sentándose más erguido y aclarándose la garganta—, pueden quedarse el uno con el otro. Yo sigo adelante. He puesto cientos de kilómetros entre nosotros y ahora tengo este lugar, el jardín, un nuevo trabajo y a ti, Poppy.

Lo miré fijamente, sin saber a qué se refería.

—Pero hay un inconveniente, claro —continuó, antes de que yo tuviera tiempo de entenderlo.

—¿Cuál es?

—Cada vez que me miro en el maldito espejo, veo a Daniel devolviéndome la mirada.

Una parte de mí quería reírse cuando dijo eso, pero no tenía gracia. Esto no era un drama televisivo: era la vida real, la vida de Jacob. Me pregunté si por eso aún no se había cortado el pelo.

—No sé qué decir —grazné.

—Claro que no —respondió—. ¿Quién podría?

Me acerqué y le cogí la mano.

—No me extraña que fueras el señor Gruñón cuando te mudaste aquí —dije con simpatía—, y no me extraña que no te fíes.

—Pero confío en ti, Poppy —dijo por segunda vez, apretándome la mano—. Ya te lo he dicho. De verdad siento que puedo confiar en ti, y eso me ha golpeado como un rayo salido de la nada porque nunca pensé que podría volver a confiar en alguien.

Asentí con la cabeza, encantada de que se sintiera así, de que tuviera la capacidad de considerar siquiera la posibilidad de sentirse así después de todo lo que había pasado.

—Y esta chispa entre nosotros —añadió, para mi alarma— ha sido otra sorpresa.

—¿Chispa? —chillé.

—No me avergüences negándolo —me espetó—. Sé que tú también lo sientes.

Volví a asentir, pero no podía mirarlo. La forma en que mi corazón había aleteado cuando nuestras manos se habían tocado, el dolor en la boca del estómago cuando había visto por primera vez a Hannah sentada a la mesa de su cocina. Esas reacciones físicas incontrolables tenían que ver con la chispa. Eran cosas que nunca había sentido. Por nadie.

—Sí —admití—, lo siento.

Pero una cosa era sentir y otra muy distinta, actuar en consecuencia.

—Pero... —comencé.

—Pero —interrumpió—, dado mi reciente desengaño amoroso, no vamos a dejar que esa chispa estalle en llamas, ¿verdad?

—No —dije—. No creo que sea una buena idea en este momento.

—Está bien —dijo, liberando mi mano—, porque ahora mismo lo que de verdad necesito, más que nada, Poppy, es un verdadero amigo.

—Yo también —susurré.

Capítulo 19

Después de desahogarse y de sentirse seguro sabiendo que yo no revelaría más detalles desgarradores de su pasado, Jacob era un hombre distinto. A menudo se le oía reír, intercambiar bromas tontas con Ryan, que lo tenía en un pedestal, e incluso se había atrevido a ir a la peluquería.

El cambio no fue espectacular, y su flequillo seguía cayendo cuando se pasaba las manos por él, pero estaba encantado con el resultado y era agradable poder ver sus ojos para variar. Aunque tuve que soportar más de una mariposa en la barriga cada vez que los veía mirar en mi dirección.

—Incluso he conseguido echarme un par de miradas en el espejo —me dijo, mientras se rascaba el cuello de la camisa lleno de pelo—. No podría haberlo hecho hace seis meses, Poppy, ni siquiera hace seis semanas.

Me lo creía. Aparte de Ryan, yo no tenía ningún parentesco cercano con el que comparar, pero me costaba hacerme una idea de cómo lo habían tratado su hermano y Rebeca. Siempre había pensado que existía algún tipo de norma no escrita, algún código de conducta especial para gemelos, forjado como resultado de compartir líquido amniótico, que de algún modo garantizaba que no se produjesen este tipo de gilipolleces..., pero obviamente me equivocaba.

—No te olvides de la reunión en el jardín más tarde —me recordó Jacob—. Antes, voy a casa a darme una ducha y cambiarme de ropa, así que nos vemos allí.

Todos habíamos estado pendientes del representante del ayuntamiento, pero, a pesar de nuestra vigilancia como si fuéramos suricatas centinelas, no habíamos visto ni oído nada. Las semanas habían pasado volando, en lugar de los días sugeridos cuando Lisa y Neil nos habían explicado lo que iba a pasar, y no pude evitar pensar que habíamos fracasado. Si hubieran inspeccionado el jardín, al menos uno de nosotros se habría enterado porque habríamos tenido que dejarlos entrar. Esta repentina convocatoria iba a ser sin duda un anuncio de «mejor suerte la próxima vez».

—Gracias a todos por venir —dijo Lisa con una sonrisa nerviosa una vez que estuvimos todos reunidos—. Sé que nos han avisado con poca antelación, así que gracias por venir. El cielo está a punto de reventar, así que seremos breves.

Las nubes se estaban acumulando. Esperaba que no fuera una mala señal. Un presagio de nuestro fracaso. Un chaparrón me libraría de la tarea de regar, pero prefería pasar una hora ejercitando los músculos de los brazos si eso significaba que seguíamos en el concurso.

—Parece que tenemos noticias —dijo Neil, mostrando un sobre blanco con el sello del ayuntamiento.

—¿Es bueno? —preguntó Graham.

Sonaba tan nervioso como el resto de nosotros.

—Todavía no lo hemos abierto —explicó Lisa—. Pensamos que debíamos esperar a estar todos juntos.

—Bueno, pues ponte a ello —instó Carole—. Mis nervios no pueden con la espera.

Vimos cómo, con manos temblorosas, Neil abría el sobre y le entregaba la carta a Lisa. Sus ojos hojearon el contenido y entonces su cara compuso en una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hemos pasado! —gritó, agitando alegremente la carta—. ¡Hemos entrado en la lista de preseleccionados!

Volvió a leer mientras los demás aplaudíamos y vitoreábamos. Incluso Jacob, que antes estaba convencido de que no tendría nada que ver con el lugar, parecía encantado.

—Pero ¿cuándo vinieron a mirar? —preguntó Colin, rascándose la cabeza.

—Hace una semana —dijo Luke, poniéndose rojo—. Tuve que estar aquí para dejarlos entrar y me pidieron que no lo mencionara. Lo siento, chicos. No quería arriesgarme a romper las reglas.

Nadie parecía especialmente molesto por el hecho de que se hubiera ceñido al secreto.

—¿Esto va a significar que tendrás doble trabajo? —Ryan me dio un codazo—. ¿Incluso más podas y macetas?

—Me temo que sí —reí, y él puso los ojos en blanco.

—Menos mal que casi he terminado en la tienda de Colin entonces, ¿no?

—¿Me ayudarás? —dije con la voz entrecortada.

—Supongo —sonrió—. Si es necesario.

Yo estaba encantada. No creía que hubiera muchos chicos de dieciséis años que se dejaran embaucar en algo así, sobre todo si estaba implicada su hermana mayor.

—¿Y el programa de radio? —preguntó Mark—. ¿Dice algo al respecto?

Lisa le devolvió la carta a Neil.

—Sí —dijo—, y vamos a necesitar vuestra ayuda. Quieren que dos de nosotros vayamos el sábado.

—¿Qué, este sábado? —preguntó Luke.

—Sí —dijo Lisa, mordiéndose el labio—. Yo no puedo. Voy a estar en Londres, promocionando mi libro en un evento de *bloggers*. No puedo perdérmelo.

—Claro que no —dijo John.

—Y yo voy a estar en casa con un cliente complicado —explicó Neil—. Ha costado semanas hacer coincidir nuestras agendas.

Luke era la elección obvia como propietario de Prosperous Place, pero evitaba todo lo que tuviera que ver con los medios ahora que había abandonado su carrera de modelo, y Heather, Glen y John estarían muy ocupados con sus pequeños. Harold declaró que era demasiado viejo para andar con tonterías por la radio, y Carole y Graham habían reservado un viaje en autobús a la costa. Carole parecía abatida, mientras que Graham parecía aliviado. No podía culparlo.

—Entonces —dijo Lisa, volviéndose hacia Jacob y hacia mí—. Eso solo os deja a vosotros dos.

—De ninguna manera —dijo Jacob.

—Sí —dijo Neil—, vosotros seríais perfectos. Los dos recién llegados.

Los ojos de todos giraron hacia nosotros.

—Podrás explicar lo integrador que es el lugar, Jacob —dijo Lisa, sonriéndole—.

Cómo venir aquí te ha ayudado a asentarte y a conocer a todo el mundo.

—Y tú podrías hablar de cómo has aprovechado todos los productos, Poppy —añadió Neil.

—Apenas he empezado —le recordé.

—Podrías incluso mencionar tus tarjetas de recetas —sugirió Mark—. Eso nos daría ventaja. Apuesto a que ninguno de los otros jardines puede presumir de tener un campeón de encurtidos en sus instalaciones.

Nunca había sido campeona en nada, pero no tuve ocasión de señalarlo.

—Seréis la pareja perfecta para promocionar el lugar —dijo Kate—. ¿No crees, Ryan?

—Por supuesto —se unió mi descarado hermano, sin duda animado por mi cara de consternación.

—Pues ya está —dijo Lisa, volviendo a meter la carta en su sobre y entregándosela a Neil para que la añadiera al expediente—. Qué alivio.

Jacob parecía tan estupefacto como yo y estaba a punto de formular más objeciones cuando Gus soltó un ladrido y echó a correr por el jardín.

—¡Hola, Colin! —exclamó Ryan cuando apareció a la vista a través de la verja y recogió a su perro sobrexcitado—. ¡Has vuelto!

***

Colin no llevaba ni dos segundos allí cuando, a lo lejos, se oyó un profundo retumbar de truenos y empezaron a caer gruesas y pesadas gotas de lluvia.

—Tendremos que dejarlo por hoy —anunció Lisa—, gracias, chicos. Ah, y si el sábado le ponemos nombre al jardín, mejor que mejor. Un título oficial ayudaría a que el lugar quedara grabado en la mente de la gente. ¿Verdad, Luke?

—Absolutamente —coincidió—. Gran idea.

—Y —añadió, dirigiéndose ahora a Jacob y a mí—, si pudierais estar en el estudio de radio el sábado a las tres, sería estupendo.

—Pero estaré en el trabajo —le dije, pensando que valdría la pena hacer un último intento por librarme—. El sábado no termino hasta las cinco.

Jacob no reaccionó por que lo dejara plantado, pero no podía hacerlo. Se me trabaría la lengua y haría el ridículo, lo sabía.

—Y Harry no podrá prescindir de mí otra vez —insistí—. He tenido tanto tiempo libre últimamente...

—No te preocupes, hermana —dijo Ryan, rodeándome el hombro con un brazo pesado —, yo te cubro. Estoy seguro de que a Harry no le importará. Solo será una hora más o menos.

Podría haberle abierto la cabeza.

—Entonces, está decidido —dijo Lisa, sonriendo a Ryan antes de salir corriendo para resguardarse de la lluvia.

Todavía no podía mirar a Jacob.

—Gracias por eso —dijo—. Ibas a dejarme tirado.

—Vamos —dijo Colin, antes de que pudiera defenderme—, bajemos a The Dragon antes de que empiece a diluviar de verdad.

—Gran idea —dije, alcanzando un par de los paraguas que guardábamos en la cabaña y que serían perfectos para bloquear la vista de Colin de su tienda mientras pasábamos —. Será mejor que los cojamos.

Mientras caminábamos hacia el *pub*, envié un mensaje rápido a Lou para informarle de que su recientemente identificado héroe por fin estaba de vuelta en la ciudad, pero, mientras escuchaba lo que tenía que contarnos, no estaba segura de que hubiera sido una decisión acertada.

—Así que —dijo, con un suspiro, cuando llegó al final de contarnos lo que le había pasado a su padre y cómo su recuperación estaba siendo lenta pero positiva por el momento— le darán el alta de la clínica de recuperación la semana que viene. He ayudado a mamá a arreglar todo lo que he podido. Va a someterse a una terapia bastante intensa para ayudarlo a mejorar, por no mencionar algunos cambios de estilo de vida bastante importantes.

—Bueno —dije—, desde luego parece que lo tienes todo controlado, Colin.

—He hecho lo que he podido —dijo, con las mejillas un poco sonrosadas—, pero no podría haber hecho ni la mitad sin Natalie. Ha sido increíble —añadió con nostalgia.

Ryan me miró y enarcó las cejas. Sabía lo que estaba pensando. El nombre de Natalie había surgido al menos media docena de veces desde que habíamos llegado al *pub*, y estaba claro que yo no era la única que se había dado cuenta.

—Y esta Natalie —empezó Jacob, aventurándose donde yo, en vista de lo que ahora sabía sobre cómo se sentía Lou, no me atrevía—, suena... agradable.

—Es la mejor —coincidió Colin, alegre—. Fuimos juntos al colegio, pero ella estaba en el curso inferior al mío. Trabaja para la agencia de cuidados a la que llamé con la esperanza de encontrar a alguien de confianza. Supimos enseguida que iba a ser perfecta.

—Entonces, os conocéis desde hace tiempo —prosiguió Jacob.

—En realidad, no —respondió Colin—. Solíamos ir al mismo grupo de lectura después del colegio, pero no éramos lo que se dice íntimos, ni siquiera amigos en realidad. Para serte sincero, me sorprendió que se acordara de mí.

—Pero lo hizo —sonrió Ryan—. Suena a que estáis muy bien, Col.

—Bueno —dijo Colin, riendo—, no sé nada de eso, pero hemos salido un par de veces y ella ha estado genial ayudándonos a ordenar la casa y a elaborar un plan de cuidados. La agencia no podría haber enviado a nadie mejor.

—Me atrevería a decir que solo hace su trabajo —intervine, intentando no pensar en cómo iba a reaccionar Lou ante la noticia de que la enfermera Natalie estaba atendiendo algo más que las necesidades del padre de Colin.

—Tal vez —dijo Colin mirándome—, pero papá no es el único que se siente mejor por tenerla cerca.

Se detuvo cuando empezó a sonar su teléfono y lo buscó en el bolsillo antes de dirigirse a un lugar más tranquilo del bar.

—Es ella —dijo, señalando el teléfono y sonriendo.

—Maldita sea —gemí.

—Irónico, ¿verdad? —murmuró Jacob.

—Solo un poco.

Estaba tan emocionada porque Colin iba a volver y descubrir que Lou por fin había reconocido lo que sentía por él que no me había planteado que, mientras Colin estaba fuera, podría enamorarse de otra persona. Se suponía que estaba cuidando de sus padres, por el amor de Dios, no enamorándose de la cuidadora. Era una historia de amor muy de la Primera Guerra Mundial, solo que la enfermera cuidaba de su padre, no de él.

—¿Qué es? —preguntó Ryan—. ¿Qué es irónico?

—No importa —le dije escuetamente, entregándole un billete de cinco libras y pidiéndole que me trajera unas patatas fritas para tener un momento para pensar qué hacer a continuación sin su parloteo.

—¿Crees que deberías llamar a Lou y hacerle un informe rápido de la situación? —preguntó Jacob tan pronto como Ryan estuvo fuera del alcance del oído.

—Puede que no sea mala idea —acepté, cogiendo mi teléfono—. Si puedo adelantarme y arreglarlo antes de que...

Las palabras murieron en mi garganta cuando la puerta del *pub* se abrió de golpe y Lou entró corriendo, abriéndose paso entre la gente de la barra y envolviendo a Colin en el mayor abrazo de oso imaginable.

—Ah —dijo Jacob—, demasiado tarde. Hora de iniciar el plan B.

—¿Cuál es?

—No tengo la menor idea.

Lou no parecía muy contenta cuando Colin se liberó de sus garras y señaló primero su teléfono y luego hacia donde estábamos sentados Jacob y yo.

—Hola —dije, nerviosa, cuando se acercó.

—Hola —respondió con indignación, atacando una de las bolsas de patatas fritas que Ryan acababa de dejar sobre la mesa—. Vendrá en un minuto, está hablando con la cuidadora de su padre.

—Será la enfermera Natalie. —Ryan le dio un codazo, guiñándole un ojo con descaro.

Lou se enderezó un poco en su asiento.

—Voy a por otra ronda —dijo Jacob, saltando—. ¿Nos echas una mano, Ryan?

—¿Y quién es la «enfermera Natalie»? —exigió Lou.

—Es una vieja amiga del colegio —dije con ligereza—. Al parecer —me forcé—, han salido a tomar un par de copas.

Lou palideció. Sabía tan bien como yo que ese no era el comportamiento habitual de Colin. Sí, venía a The Dragon con nosotros y con Mark casi todas las semanas, pero eso era diferente.

—Estoy segura de que no es nada —insistí a pesar de no saberlo.

—Claro —dijo ella, mordiéndose el labio y mirando hacia donde Colin seguía hablando animadamente por teléfono—. Ya veo.

Podíamos oírlo reír, aunque el bar estaba bastante lleno.

—Bueno —dijo ella, reponiéndose—, parece feliz. Eso es lo más importante, ¿no? Quiero decir, ha pasado por mucha mierda últimamente. Tiene derecho a reírse un poco, ¿no?

—Por supuesto —dije, aliviada de que pareciera tomarse con calma el inesperado giro de los acontecimientos—. Tienes razón. Esto es bueno, y es una gran noticia que su padre lo lleve tan bien.

—Exacto —asintió—, y estoy deseando ver cómo reaccionará cuando vea lo que hemos hecho con la tienda.

—Ha sido una suerte que lloviera cuando hemos llegado y pudiera usar el paraguas para tapar las ventanas empapeladas. Supongo que ahora querrá que le devuelva las llaves.

—De ninguna manera —dijo ella—. Ryan y yo no se las daremos hasta que estemos completamente listos.

—No puedes evitar que entre en su propia tienda, Lou.

—Ya lo verás —dijo con firmeza—. Ryan y yo hemos trabajado muy duro para arreglarla y vamos a darle el lanzamiento que se merece. Un poco antes de lo esperado, lo sé, pero va a suceder de todos modos.

—Era Natalie —dijo Colin, radiante, reincorporándose a la mesa al mismo tiempo que Jacob y Ryan—. Dejé unos libros en su casa y quería saber si debía enviármelos.

—Bien hecho. —Ryan soltó una risita.

Los demás no hicimos comentarios.

—Y hablando de libros —dijo Colin, ocupando la silla junto a Lou, y extendió el brazo sobre el respaldo de la suya en un gesto relajado que no era propio de él en absoluto—, supongo que será mejor que me devuelvas las llaves de la tienda. ¿Retomamos el tema del cambio de imagen la semana que viene, Ryan? Si todavía estás dispuesto a ayudar.

—Oh, mierda —dijo Lou. Claramente, se le daban mejor los subterfugios que a mi hermano, que se había puesto rojo brillante y parecía a punto de desvelarlo todo—. Me he dejado las llaves en casa.

—No importa —dijo Colin—, volveré contigo cuando acabemos aquí y las recogeré, si quieres.

Lou me guiñó un ojo y me pregunté si estaría planeando algún truco de seducción utilizando las llaves de Reading Room como cebo.

—Eres más que bienvenido en mi casa —dijo, apoyándose de nuevo en el brazo de Colin—, pero ¿por qué no dejar la tienda hasta el sábado?

—Pero ¿por qué iba a hacer eso?

—A mí me parece buena idea —dijo Jacob, comprendiendo—. ¿Por qué no descansas mañana, colega? Estoy seguro de que cerrar el local un día más no cambiará nada, ¿verdad?

—Supongo que no —aceptó Colin, reprimiendo un bostezo—. Espero estar demasiado ocupado para tomarme tiempo libre una vez que hayamos terminado el cambio de imagen, así que quizá debería aprovecharlo.

—Exacto —dijo Ryan—, déjale las llaves a Lou por ahora y pasa mañana a estrechar lazos con Gus de nuevo.

Sabía que iba a ser un duro golpe para Ryan tener que devolver a Gus. Habían sido prácticamente inseparables desde el momento en que se conocieron, y el pequeño no había sido ninguna molestia. Tenía unos modales encantadores.

—En realidad —dijo Colin, inclinándose hacia donde Gus estaba sentado en el regazo de mi hermano, y acarició la suave cabecita del perro—, me preguntaba si querrías quedarte con él un tiempo. Voy a viajar bastante en las próximas semanas para ver a papá y a Natalie, y Gus no lo pasa bien en el coche. Además —añadió—, míralo. Es evidente que es mucho más feliz contigo que conmigo.

A Ryan parecía haberle tocado la lotería, pero la pobre Lou de repente parecía a punto de ponerse a vomitar.

Capítulo 20

El sábado por la mañana sentía un revoltijo de emociones encontradas. Estaba entusiasmada con el relanzamiento de la tienda de Colin, aterrorizada ante la idea de aparecer en la radio y agotada por los interminables y cada vez más paranoicos balbuceos de Lou.

—¿Cómo se supone que voy a competir con sus manos sanadoras? —era la pregunta más frecuente mientras Colin seguía cantando las alabanzas de Natalie a cada oportunidad que se le presentaba—. ¡No puedo ser mejor que la maldita Natalie Nightingale!

No importaba la respuesta que se me ocurriera, Lou no podía calmarse y yo tenía mis esperanzas puestas en que el intensivo trabajo que ella y Ryan habían emprendido en Reading Room fuera suficiente para ayudar a Colin a ver que sus esfuerzos eran definitivamente más de los que cabría esperar de una *amiga*.

—Hola, Poppy —dijo él con el ceño fruncido cuando se presentó en Greengages antes de lo esperado aquella mañana—. Acabo de ir a casa de Lou a recoger las llaves de la tienda, pero está todo cerrado y no contesta al teléfono. No pasa nada, ¿verdad? Nunca se pierde un solo sábado.

—Que yo sepa, no —dije, y el pánico se apoderó de mí al darme cuenta de que, si Colin hubiera bajado por la calle en dirección contraria, todo el plan de la gran revelación se habría ido al traste.

—Bueno, habíamos quedado en vernos allí esta mañana —dijo, sacando su teléfono del bolsillo—. Quizá debería darle a su móvil otro...

—¡No! —interrumpí—. Déjame llamarla, por si está enferma o algo. —No le di la oportunidad de señalar que era tan capaz como yo de hablar con una Lou enferma—. Espera aquí.

Llevé a Harry a la trastienda con la excusa de que me ayudara a encontrar mi teléfono.

—Tienes que ir a la tienda de Colin, Harry —le susurré con urgencia—, y decirle a Lou que Colin está de camino. Lo retendré aquí todo el tiempo que pueda, pero puede que ella tenga que dejarle cortar la cinta antes.

Con Harry despachado, preparé rápidamente dos tazas de café y las llevé de vuelta a la tienda. Por suerte, el día había empezado tranquilo, imaginaba que porque todo el mundo estaba reunido más adelante, esperando a descubrir por fin qué se ocultaba tras las ventanas empapeladas de Reading Room.

—Pensaba que te apetecería un café —le dije a Colin, tendiéndole una taza.

Me miró como si fuera de otro planeta.

—¿Qué? —pregunté, tomando un sorbo cargado de cafeína.

—¿La has localizado?

—¿A quién?

—¡A Lou!

—Ah —balbuceé—, no, lo siento. No contesta. Pero seguro que todo va bien.

—Bueno, no puedo quedarme aquí toda la mañana —dijo—. El sábado es el único día en que tengo posibilidades de conseguir más de media docena de clientes en la tienda. Quizá debería volver y ver si ya ha llegado a su casa.

—Primero tómate el café —lo animé, intentando parecer más tranquila de lo que me sentía.

Conseguí entretenerlo durante los veinte minutos siguientes. En cuanto mencioné el nombre de Natalie, se puso a charlar y, para cuando Harry regresó con Ryan y Gus a cuestas y me hizo un astuto gesto con el pulgar para indicarme que todo estaba en orden, ya estaba tan harta como Lou del nombre de la bondadosa cuidadora.

—Conque *aquí* estás, Colin —dijo Ryan, haciéndose el gracioso—. Lou lleva años esperándote en Reading Room.

Colin me devolvió su taza vacía y soltó una carcajada.

—Pero si anoche le dije por teléfono que nos veríamos en su casa —refunfuñó—. Juro que la mitad del tiempo no escucha ni una palabra de lo que digo.

No hacía tanto tiempo ese defecto del carácter de Lou le parecía entrañable, pero ahora solo sonaba molesto. Habría apostado mi sueldo semanal a que Natalie estaba pendiente de cada una de sus palabras, sin perderse ni una sola sílaba.

—Será mejor que baje —dijo, más irritado que nunca.

—Iré contigo —dijo Ryan, corriendo tras él.

Harry y yo cerramos la tienda con rapidez y los seguimos clandestinamente unos pasos por detrás.

—¿Qué está pasando? —oímos decir a Colin delante de nosotros cuando se dio cuenta de que todas las tiendas estaban cerradas y los propietarios, junto con bastante gente, estaban reunidos alrededor de la fachada de su tienda—. ¿Qué ha pasado?

—Tenemos una sorpresa para ti, Colin —dijo Lou, sonriendo, mientras se apartaba de las masas para saludarlo.

Rápidamente lo cogió de la mano y le dio la vuelta antes de que viera demasiado. Me miró y sonrió, estaba guapísima con un vestido de los años cincuenta cuya tela estaba cubierta de libros. Estaba haciendo todo lo posible por impresionarlo. Esperaba que sus esfuerzos no fueran en vano.

Era asombroso lo rápido y completamente que habían cambiado las tornas en esta pareja que parecía destinada a seguir perdiéndose el uno al otro.

—No me gustan mucho las sorpresas. —Colin frunció el ceño.

—Bueno —dijo Ryan, pasando el mando de Gus a Jacob, que estaba al frente de la multitud y parecía tan emocionado como Lou—, puedo garantizarte que esta te va a encantar, amigo.

—¿Prometes que no levantarás la vista hasta que te lo digamos? —suplicó Lou.

—Si no hay más remedio —suspiró Colin.

Aún no se había contagiado del espíritu de la ocasión, pero yo estaba segura de que pronto se animaría. Mi hermano y mi mejor amigo le dieron la vuelta y lo condujeron a lo largo de la calle, justo delante de la tienda que tanto les había costado transformar.

Solo por el exterior recién pintado, el lugar parecía completamente distinto. Me moría de ganas de ver lo que habían conseguido en el interior. Ya habían quitado las capas de

papel de las ventanas y todo el mundo se esforzaba por ver más allá de los alféizares adornados con globos y banderines.

—Ya puedes mirar —dijo Lou, soltando el brazo de Colin pero sin apartarse.

Lentamente, levantó la vista y la dirigió desde la acera hasta la nueva combinación de colores verde y crema, y luego hacia arriba, donde la señalización de Reading Room estaba cubierta por una franja de tela. Ryan le tendió un trozo de cuerda que estaba atado a una de las esquinas y Colin, que parecía más que conmocionado, se adelantó para cogerlo.

—Tira —le dijo mi hermano—, pero no demasiado fuerte.

Colin tiró de la tela como se le había ordenado y esta se desprendió con suavidad para revelar el nombre A Good Book, escrito con un tipo de letra fluido que combinaba a la perfección con el nuevo exterior. El público empezó a vitorear y Lou volvió a colocarse junto a Colin.

—Un buen libro —dijo Colin con los ojos abiertos de asombro.

—Fue idea de Jacob —sonrió Ryan.

Miré a Jacob, que se encogió de hombros y sonrió. No tenía ni idea de que se le hubiera ocurrido un nuevo nombre. Ni siquiera sabía que se estaba gestando uno.

—Hay más —dijo Lou, mientras un tipo con una cámara se abalanzaba sobre ellos y empezaba a disparar—, venid a verlo.

El interior de la tienda fue una revelación. Habían desaparecido las estanterías oscuras, polvorientas e imponentes que dominaban el espacio y creaban un ambiente poco acogedor. Las habían arrancado, pintado y sustituido por una calidez abierta y acogedora, rincones escondidos para sentarse, discretos grupos de sillas, una nueva y reluciente máquina de café e incluso un «rincón de libros» a medida para los clientes más jóvenes.

—Pero cuándo... cómo... por qué... —balbuceaba Colin, mientras Mark lo dirigía con orgullo hacia una mesa situada junto al mostrador, llena de vasos de gaseosa y una tarta en forma de libro con el nuevo nombre de la tienda en el mismo tipo de letra que el rótulo.

—Mientras estabas fuera —dijo Lou entre risas llorosas—, con mucha ayuda de Ryan y porque —tragó saliva— te queremos.

—Yo no iría tan lejos —dijo Ryan bruscamente—, pero Lou pensó que te vendría bien que te echáramos una mano, con todo lo que te ha pasado, y me ha mantenido alejado de los problemas y de conflictos con mi hermana.

—¿Te gusta? —preguntó Lou, un poco sin aliento—. ¿Está bien?

Sus ojos no se habían apartado de la cara de Colin y creo que no había oído ni una palabra de lo que había dicho Ryan.

—Me gusta —dijo Colin, que se dio la vuelta mientras todo el mundo entraba y empezaba a ocupar los asientos, hojeando las existencias recién ordenadas y admirando el dispensador de café—, no —dijo negando con la cabeza—, claro que no me gusta.

Jacob me miró y me guiñó un ojo, con una de las sonrisas más grandes que jamás había visto en él iluminando su rostro.

—¡Me encanta! —gritó Colin, levantando a Lou y haciéndola girar—. Y te quiero a ti

por hacerlo —añadió, plantándole un beso en la mejilla antes de volver a dejarla en el suelo y chocar los puños con Ryan en una muestra de afecto más modesta.

Las palabras de Colin no eran una declaración eterna, pero bastaron para Lou, que volvió a abrazarlo y se aferró a él como si fuera un chaleco salvavidas y ella acabara de caer por la borda.

—Si me permiten interrumpir un momento —preguntó el tipo al que había visto haciendo fotos fuera—, me preguntaba si los tres tendrían tiempo para una entrevista rápida.

Esa misma tarde, cuando Jacob volvió a Greengages para que pudiéramos ir juntos a la radio, me dijo que la fiesta en casa de Colin seguía en pleno apogeo. Harry le había dicho a Ryan —que era tan popular como Colin y Lou entre los periodistas que informaban del evento— que no se preocupara por cubrirme en la tienda, y entre los dos quedamos en vernos en A Good Book después del programa para hablar de cómo nos había ido en antena.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Jacob cuando llegamos.

Le eché una rápida mirada. Su sonrisa anterior había sido sustituida por el ceño fruncido que me había resultado tan familiar cuando llegó a la plaza, y vi que le temblaban las manos tanto como a mí.

—¿A ti qué te parece?

—Lo siento —dijo—. Sí, yo también.

Jugueteé con unas cuantas tarjetas de recetas que había cogido del mostrador de Greengages mientras esperábamos a que nos llevaran a conocer al presentador. Creo que fueron posiblemente los veinte minutos más largos de mi vida, pero una vez que estuvimos en el estudio, cada uno con un enorme micrófono delante y charlando sobre el hermoso jardín, todo resultó fácil. Hablar de tomates frescos y de la última cosecha de ruibarbo me hizo sentir bien.

—Así que —dijo Steve Simpson, el presentador más popular y veterano de la emisora, en cuanto se hubo calmado el revuelo inicial de la charla—, cuando el representante de vuestro jardín llamó para decirnos quién me acompañaría esta tarde, dijo que el jardín aún no tenía nombre.

—Oh, ahora sí —dije, acercándome al micrófono cubierto de espuma—. Hemos decidido llamarlo Grow-Well Garden.

Esta fue otra de las brillantes ideas de Jacob. Estaba claro que tenía un don para los nombres.

—El jardín Grow-Well —repitió Steve—. Me gusta. ¿Es porque todo crece muy bien allí? ¿Hay algún tipo de magia en su abono?

—Algo así —explicó Jacob—. Pero no se refiere solo a las plantas. El nombre del jardín refleja también lo que les pasa a las personas que van allí. Creo que Poppy estaría de acuerdo en que todos nos hemos beneficiado de la jardinería con nuestros vecinos. Todos hemos crecido tanto como las plantas.

Estaba encantada de que lo entendiera. El nombre que se le había ocurrido encajaba perfectamente con el sentimiento. Jacob era un verdadero converso a la jardinería. Me

encantaba que el jardín hubiera tenido tanto impacto en él en tan poco tiempo y contra todo pronóstico.

—Sin duda —asentí, aunque los oyentes no pudieran ver el gesto—. Un espacio comunitario como Grow-Well ofrece compañía a quienes de otro modo podrían sentirse solos —dije, pensando en Harold, Kate y Heather, que, por diversas razones, no siempre podían aventurarse lejos—, y realmente hay algo, como tú dices, mágico en ayudar a que algo crezca.

—Y luego recoger los resultados —añadió Steve, señalando con la cabeza mi montón de recetas—. Veo que has venido preparada —continuó, riendo—. Háblanos un poco de lo que traes ahí, Poppy.

Le expliqué lo de las recetas que había regalado en el trabajo —haciendo mención a Greengages, que sabía que le alegraría el día a Harry— y entonces Steve me sorprendió al decir que ya tenía media docena de las tarjetas en la cocina de su casa.

—Y puedo confirmar —añadió, guiñando un ojo—, que el *chutney* que hice el otoño pasado fue un triunfo absoluto.

—Estoy encantada de oírlo. —Me sonrojé.

—Quedaos con nosotros, amigos —dijo, sonriéndome—, y volveremos después de esto para atender un par de llamadas.

Tras un breve descanso mientras los oyentes escuchaban *Parklife,* de Blur, la centralita se llenó de llamadas que querían saberlo todo sobre el huerto, cómo cultivar tomates al aire libre —una pregunta que ni Jacob ni yo estábamos realmente cualificados para responder— y si teníamos una cuenta de Twitter para que la gente nos siguiera.

Jacob le dijo que en ese preciso momento no teníamos, pero que acabaríamos teniéndola. Intercambiamos sonrisas; sin duda, estaba pensando lo mismo que yo: que Ryan sería capaz de ayudar con eso.

—Y tenemos tiempo para una pregunta más —dijo Steve, que estaba claramente encantado con cómo había ido la entrevista.

—Esta es para Poppy —me llegó la voz de un hombre que reconocí vagamente.

—Hola —le dije—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me preguntaba si alguna vez publicarás tus recetas en un libro.

—En realidad, son solo un *hobby* —respondí—. No creo que haya suficiente interés en ellas para justificarlo...

—Ah, no sé yo —interrumpió Steve—. A mí me parece una idea maravillosa.

—Estoy de acuerdo —se sumó Jacob—. Podrías publicar uno para cada estación e incluir fotos del jardín.

Sacudí la cabeza; la idea era ridícula. Aunque sonaba bien.

—Bueno —concedí—, lo pensaré.

—Tal vez podría venderlos para recaudar fondos para Grow-Well —sugirió la persona que había llamado.

Esa sí que era una idea emocionante.

De vuelta a la tienda de Colin —que había cerrado tras una jornada comercial muy animada—, Jacob y yo recibimos una bienvenida de héroes. Casi todos los miembros del

Grow-Well Garden estaban allí y se reunieron en torno al portátil de Colin para volver a escuchar la entrevista.

—Los dos habéis estado fantásticos —dijo Lou después de que hubiéramos pasado por la terrible experiencia de escucharnos a nosotros mismos en línea, poniéndonos unas copas de *prosecco* en las manos—. Sonabais muy bien juntos —añadió con un guiño.

El guiño fue un añadido innecesario a su comentario y me hizo sentir agradecida de que Lisa estuviera en Londres promocionando su libro. Sabía exactamente lo que Lou estaba insinuando y, como Lisa no estaba, esperé a que Ryan dijera algo en su lugar. Aunque sus comentarios maliciosos habían sido algo escasos últimamente, estaba segura de que tendría algo que decir. Cuando no lo hizo, miré a mi alrededor y me di cuenta de que no estaba allí. Gus estaba disfrutando de las comodidades de su nueva cesta en el escaparate, desde donde tenía una vista ininterrumpida de la calle, pero mi hermano no estaba con él.

—¿Dónde está Ryan? —Fruncí el ceño.

—¿Qué te ha parecido mi pregunta, Poppy? —gritó Mark desde el otro lado de la habitación.

—¡Eras tú! —respondí, momentáneamente distraída—. Sabía que reconocía la voz.

—Me ha parecido una gran idea —dijo Jacob—, seguro que se venderían.

—Yo también —continuó Mark, cruzando para unirse a nosotros—. Y, si te ayuda a decidirte, estaré encantado de contribuir con algunas recetas sencillas de pan.

—¿En serio? —pregunté.

Quizá su idea no era tan descabellada, después de todo. Trabajar en colaboración no sería ni de lejos tan desalentador como hacerlo por mi cuenta. Tal vez incluso podría pedirle a John que compartiera sus adobos secretos para barbacoa.

—De verdad —asintió Mark—. Y me encanta la idea de hacerlo por estaciones, Jacob. Estoy seguro de que entre todos podríamos cocinar lo suficiente, Poppy —valga el juego de palabras—, para producir cuatro pequeños números. Podría ser una pequeña muestra de la sencilla vida en el campo, aquí mismo, en el corazón de la ciudad. Tal vez, Colin podría ser nuestro distribuidor.

—Mmm —dije, imaginando cuatro libros bellamente decorados y repletos de ideas sencillas para animar a la gente a cultivar, conservar, hacer barbacoas, hornear y disfrutar de productos que ellos mismos habían cultivado o en cuyo cultivo habían participado—. Puede ser.

A pesar de que Norfolk era un condado rural, había, como en la mayoría de los lugares, mucha gente completamente aislada del campo y que no tenía ni idea de dónde procedían sus alimentos ni cómo se cultivaban. Tal vez, algo como los libros que proponía Mark podría ayudarlos a reflexionar un poco sobre ello.

—¿No te he dado el mensaje de Ryan, Poppy? —preguntó Colin, acercándose.

Parecía un poco tambaleante, pero no estaba segura de si estaba achispado o si, simplemente, las emociones del día se le habían subido a la cabeza. En cualquier caso, no iba a plantearle la sugerencia de la librería; me preocupaba más lo que estuviera tramando mi hermano.

—No —dije—, ¿qué mensaje?

—Me ha dicho que te dijera que has estado genial en la radio —explicó, contando cada comentario con los dedos—, que se va un rato a la ciudad con un chico llamado Joe y que no te preocupes porque no beberá.

—Oh —dije, instantáneamente preocupada mientras Colin se alejaba de nuevo—. Bien. Gracias.

Ya había tenido una dosis de mi hermano saliendo por su cuenta y no me había gustado mucho el resultado. Abandoné el vaso medio lleno sobre el mostrador de la tienda cuando un dolor inmediato empezó a palpitarme en la cabeza.

—No pongas esa cara de preocupación —dijo Jacob, intentando devolverme el vaso—. Estoy seguro de que todo irá bien.

Hice caso omiso del vaso y alcé las cejas.

—Mira —continuó Jacob—, hay un chico llamado Joe que viene al club juvenil. Es un buen chico.

—¿Es amigo de Ryan?

—No estoy muy seguro —admitió—. Pero es el único Joe que conozco y no es que Ryan haya estado dando vueltas por la ciudad metiéndose en líos, ¿verdad?

—Supongo que no —dije, mordiéndome el labio e intentando no revivir la última vez que había salido—. Pero, en realidad, no me ha mencionado a ningún amigo, y desde luego a nadie llamado Joe.

—Es tu hermano de dieciséis años, Poppy —sonrió Jacob—. Me atrevería a decir que hay muchas cosas que no te ha mencionado.

Por mucho que lo odiara, sabía que era cierto.

—Creo que me voy a casa —dije—. Ha sido un día muy ajetreado.

—Te acompaño —dijo Jacob.

—No hace falta.

—Ya lo sé —dijo, dejando su vaso junto al mío—, pero me gustaría. Además, no eres la única a la que le vendría bien acostarse temprano.

Era una tarde calurosa. Los partes meteorológicos advertían de una subida de temperaturas sin precedentes en julio, algo que a mí personalmente no me apetecía en absoluto. Yo era una chica de primaveras soleadas y otoños humeantes, y tampoco me importaban los inviernos acogedores junto a la chimenea, pero el calor del verano me dejaba fría.

—¿Estás bien? —preguntó Jacob cuando llegamos de nuevo a la plaza—. Apenas has dicho una palabra desde que hemos salido de la fiesta.

Me sentía un poco mal por haberme escabullido tan pronto, pero el hecho de que Ryan estuviera Dios sabía dónde y con Dios sabía quién me había quitado las ganas de celebrarlo.

—No estoy segura de que me guste mucho esto de ser madre —admití, apretándome las sienes con las palmas de las manos—. Es más difícil de lo que pensaba.

—Eres su hermana —dijo Jacob con dulzura—, no su madre, y lo estás haciendo lo mejor que puedes. Has compensado con creces los años en que os distanciasteis y sé a ciencia cierta que él no haría nada para herirte o decepcionarte, Poppy. No otra vez. Ahora ha aprendido la lección.

—¿En serio?

—Sí —respondió—. Estoy seguro de que puedes confiar en que hará lo correcto.

Deseaba de todo corazón estar tan segura de ello como Jacob.

—Te adora —continuó—. Como todos.

Solté mis sienes, alcé la vista y él me abrazó con suavidad. No era el tipo de gesto que yo asociaba con Jacob, pero me dejé relajar en su abrazo. Me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no me abrazaba. Me sentí segura y cómoda y me aferré un poco más, reacia a abandonar aquel santuario momentáneo.

Llevaba bastante tiempo soltera y en ese momento me di cuenta de que mi vida carecía en cierto modo de comodidades físicas. No pensaba en sexo y pasión, sino en la simple intimidad y el consuelo de un abrazo envolvente. El deseo de que me abrazaran, de que me sostuvieran, aunque solo fuera un minuto, era algo que echaba de menos mucho más que una hora de sudor en la cama.

Si hubiera tenido la oportunidad, me habría quedado allí, envuelta en los brazos de Jacob, toda la noche. Sentía su aliento en mi cuello, su firme abrazo estrechándome y el calor de su cuerpo encontrándose y mezclándose con el mío.

Me moví un poco para volver a mirarlo. Me estaba observando y, por el tamaño de sus pupilas, me di cuenta de que tenía en mente algo más que un abrazo. Me sorprendió ver su expresión, pero no me desagradó, y me quedé clavada en el sitio.

Muy despacio, bajó sus labios para encontrarse con los míos. Su beso fue tierno y suave, y terminó demasiado rápido. Cuando sentí que empezaba a separarse, me moví con él, decidida a no perder la conexión. El beso se hizo más profundo cuando él volvió a acercarse, la punta de su lengua acarició despacio mis labios y yo abrí la boca, dejándole entrar más profundamente mientras mi cuerpo cobraba vida y el deseo se apoderaba de mí. Ya no echaba de menos el consuelo de un abrazo. Mi libido había estallado de repente y me sentía abrasada.

—Lo siento —dijo, bajando de repente los brazos y alejándose—. ¿Qué estoy haciendo?

Sonaba más enfadado que excitado.

—Poppy, lo siento mucho —dijo de nuevo.

—No pasa nada —respondí, intentando acercarme a él.

—No —dijo, llevándose las manos al pelo mientras daba otro paso atrás—, sí que pasa.

—Solo ha sido un beso —le dije.

Sabía que era mucho más que «solo un beso» en realidad, pero no era el momento de montar un escándalo por ello.

—Échale la culpa al *prosecco* —sonreí.

Le habría echado la culpa a cualquier cosa si con ello hubiera podido borrar la expresión de horror de su cara.

—No he bebido nada.

—Bueno, pues a las estrellas entonces.

—No veo ninguna estrella.

Me quedé sin ideas.

—Los amigos no se besan, Poppy —señaló, todavía con cara de asombro—, sobre todo los que han reconocido la chispa que no quieren alentar. Es demasiado arriesgado.

—No hay por qué ponerse dramático —dije, intentando encogerme de hombros con calma por lo que acababa de pasar. Pero tenía razón, era un riesgo.

Jacob era mi amigo, un buen amigo, y no iba a permitir que un beso de infarto —el mejor beso que me habían dado, de hecho— lo pusiera en peligro si eso era todo lo que quería de mí.

—Me voy —dijo antes de que yo tuviera la oportunidad de arreglarlo.

Ni siquiera podía mirarme a los ojos.

—Vale —le dije—, no le des tanta importancia, Jacob. No tiene por qué significar nada, ¿vale? ¿Jacob?

No miró atrás y lo vi alejarse. Entré en casa preguntándome cómo un día tan maravilloso y bien planeado podía haber tenido un final tan inesperado y abrupto.

Capítulo 21

Cuando Jacob y yo salimos de la fiesta de presentación de Colin, yo estaba decidida a no irme a la cama ni quedarme dormida hasta que Ryan estuviera a salvo en casa y lo hubiera sometido a un chequeo exhaustivo y a un sutil pero minucioso interrogatorio sobre lo que había estado haciendo.

Si hubiera sabido que estaba a punto de recibir un beso y, en consecuencia, de excitarme como nunca antes, no me habría preocupado tanto por la posibilidad de quedarme dormida, porque después de mi brevísimo encuentro con los amorosos labios de Jacob no iba a poder dormir en absoluto.

No tenía forma de saber si Jacob sentía lo mismo que yo, pero esos treinta segundos compartidos me habían dejado completamente boquiabierta. Sin embargo, sí sabía que se había referido una vez más a la chispa y que, si a ello se añadía su saco lleno de equipaje de relaciones dañadas, bien podríamos acabar con una amistad perdida y unas relaciones de vecindad incómodas. Ninguno de los dos quería eso. Había que apagar bien esta pequeña llama. Ahora éramos amigos, buenos amigos, y ambos necesitábamos y habíamos acogido con agrado esa unión platónica y sin complicaciones en nuestras vidas, pero aquel beso, sin embargo...

Empezaba a pensar que iba a ser imposible dejar de revivirlo en mi cabeza — y de adornarlo— cuando el sonido de la llave de Ryan sonó en la cerradura de la puerta principal y, por suerte, me distraje.

Me quedé quieta y callada, sin apenas atreverme a respirar mientras me esforzaba por escuchar. La forma en que se quitara las zapatillas y subiera la escalera me daría alguna pista del estado en que se encontraba. Esperé con la esperanza de oírlo tropezar, reírse, vomitar o las tres cosas a la vez, pero, al parecer, estaba completamente sobrio y controlaba por completo su motricidad fina. Fue un alivio oírlo moverse tranquila y competentemente, y me pregunté si quería entablar una conversación que bien podría derivar en una pelea cuando faltaban diez minutos para medianoche. Tal vez sería mejor esperar hasta la mañana y tener la conversación tomando té y tostadas en el jardín trasero.

Volví a meterme bajo el edredón e intenté ponerme cómoda. Mañana me ocuparía de Ryan y de lo que sentía por Jacob.

—Buenos días, hermana, ¿tuviste una buena noche?

—¿Qué?

—¡La fiesta de Colin! ¿Cuánto duró?

—Ni idea —murmuré, saliendo de las profundidades del sueño y protegiéndome los ojos de la repentina ráfaga de luz solar que llenó la habitación cuando Ryan abrió de golpe las cortinas—. En realidad, estaba en casa antes que tú.

Todos los sucesos de la noche anterior volvieron a mi mente de forma abrumadora. Ryan se había ido con un chico desconocido y Jacob había sacudido mi mundo y

despertado mi libido adormecida, y yo debía levantarme, vestirme y ocuparme de todo como una adulta responsable.

—Entonces, ¿no tienes resaca? —sonrió Ryan, colocando una taza de té en la mesilla de noche antes de tumbarse pesadamente a mi lado en la cama.

—No —espeté, molesta por que tuviera la sartén por el mango—. ¿Y tú?

—Difícilmente —rio, haciendo que mi cabeza palpitara con fuerza—. He aprendido la lección en lo que respecta al alcohol, pero la verdad era que esperaba encontrarte peor.

—¿Por qué?

—Porque nunca duermes hasta tarde —dijo, inclinándose hacia delante y golpeando la parte superior de mi despertador—, ni siquiera los domingos.

No le expliqué que no solía dormir hasta tarde porque, por regla general, no me pasaba media noche en vela preocupada por si no estaba cuidando bien de él, antes de ponerme a pensar en cómo se sentirían los suaves y carnosos labios de mi vecino acariciando otras partes de mi anatomía. No debería estar deleitándome en esos pensamientos, por supuesto, pero durante las vigilias más largas de la noche el cerebro era propenso a divagar por todo tipo de caminos prohibidos...

—Son casi las nueve. —Ryan me dio un codazo, devolviéndome al presente y recordándome que no me había levantado para interpretar el papel de hermana preocupada, con su potencial para acabar en un enfrentamiento a gritos.

—Lo sé —dije, sentándome y apartándome el pelo de la cara—. Me doy cuenta, pero no me dormí hasta después de las cuatro.

Me molestó sentirme obligada a justificar mi descanso dominical.

—Bueno, te dejo con ello. —Sonrió, entregándome el té que había hecho el esfuerzo de levantarse a preparar—. Volveré más tarde.

—No, espera —dije, sin duda sonando más brusca de lo que debería, pero no me sorprendía demasiado que saliera de nuevo—. Le prometiste a Graham que hoy ayudarías en el jardín. No puedes ir eludiendo tus responsabilidades solo porque has encontrado algo más emocionante que hacer, ¿sabes?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Aún no me has dicho qué hiciste anoche.

—Vaya, sabía que no podrías resistirte a empezar con eso —replicó.

—Entonces, ¿a dónde fuiste? —solté—. ¿Y quién es ese Joe que ha aparecido de repente en escena?

Tuve la horrible sensación de que empezaba a parecer una madre regañona. Se suponía que una hermana mayor debía ser más una aliada que una inquisidora, ¿no?

—No ha *aparecido así como así* —dijo Ryan, imitando mi tono—. Suele ir por el centro juvenil y hemos estado juntos desde el principio. Anoche fue la primera vez que quedamos fuera del club y estuvimos charlando un rato. Me presentó a un par de chicos que conoce y fuimos a Chapelfield Gardens a jugar con sus monopatines.

—Vale —dije—. Entiendo.

—La verdad, pensaba que te alegrarías de que haya encontrado un compañero de mi edad. No puedo pasarme todo el tiempo aquí dando vueltas contigo y tus amigos, ¿sabes?

No lo dije, pero ojalá fuera así. De esa forma, podría envolverlo entre algodones y mantenerlo a salvo; no era probable que sufriera ningún daño, pero, ahora que era responsable de él, tenía la intención de mantenerlo en el buen camino.

—Bueno, te habría agradecido que me lo dijeras tú mismo —le dije.

Era un poco exagerado encontrar algo más por lo que quejarme, ya que había dado una respuesta perfectamente satisfactoria a mis preguntas, pero no pude evitarlo.

—Iba a enviarte un mensaje, pero estabas en la radio. Pensé que te enfadarías si tu teléfono empezaba a sonar en mitad de la entrevista.

Tenía razón. Me habría enfadado, sobre todo porque no se me había ocurrido ponerlo en silencio.

—Así que le pedí a Colin que te avisara. Le dejé un mensaje y le pedí que te lo dijera en cuanto volvieras.

—Sí, me lo dijo —admití.

—¿Por qué tanto alboroto? —exigió Ryan, pisando fuerte hacia la puerta—. Todavía no confías en mí, ¿verdad?

—Mira...

—No. Tengo que irme.

—No puedes irte así como así —grité tras él—. ¡Habías prometido hacer cosas hoy, Ryan!

No podía creer que fuera a decepcionar a Graham. Sabía que estaba molesto conmigo, pero eso no era razón para defraudar a todos los demás.

—Lo sé muy bien —dijo, con la ira brillando en sus ojos—. Pero primero prometí que iría a recoger a Gus, que es a donde me dirijo ahora, y luego, si te parece bien, iré al jardín. Si hubieras esperado a escucharme, sabrías que nunca había dispuesto hacer nada diferente.

—Ah...

—No puedo creer que pensaras que me iba a rajar —dijo con tristeza, lo que me hizo sentir aún peor—. ¿De verdad crees que sigo siendo tan egoísta?

Como era de esperar, no se quedó a escuchar mis disculpas, sino que se marchó dando un portazo y haciendo temblar los marcos de las ventanas. Me tomé el té, me dejé caer en la cama y me tapé la cabeza con el edredón. En vista del lío que acababa de montar con mi hermano, pensé que lo mejor sería no intentar hablar con Jacob, al menos ese día.

La semana siguiente estuve tan ocupada que no tuve ocasión de preocuparme por mi beso con Jacob ni de hacer las paces con Ryan. El trabajo era tan frenético que apenas tenía tiempo para respirar, y mucho menos para vigilar a mi hermano.

—¿Tienes alguna de esas tarjetas de *chutney* de las que hablabas en la radio? —preguntó una mujer joven con un bebé en un cochecito—. Suena ideal para nuestra fiesta de fin de verano.

—Esta es la última —le dije, entregándosela—, y también hay una de *piccalilli* por si te interesa.

Se llevó las dos y empecé a pensar que, dado el número de clientes que habían

empezado a llevarse las tarjetas, no tendría sentido producir los libros de recetas porque había dado muchas ideas gratis.

—Tenías razón en que este era el camino —resopló Harry, mientras se apresuraba a pasar—, pero no tenía ni idea de que nos ocuparía tanto.

—Yo tampoco —me reí.

Harry había decidido seguir adelante y convertir Greengages en la primera tienda de comestibles completamente libre de plástico de la ciudad. Gracias a mi investigación de principios de año, ahora los productos se envasaban en bolsas de papel, o en bolsas que traían los clientes, y nada se envolvía innecesariamente. No había sido fácil encontrar un mayorista que se desviara de su camino para entregar a granel, pero Harry se había mantenido fiel a sus principios. Decía que el aspecto del local, y la gente abriendo las bolsas de yute y las cestas para que se las llenaran, le recordaban a la antigua tienda de su abuelo, pero yo sabía que en lo que estábamos trabajando ahora era en el futuro.

—Aquí está Andy —dijo con una sonrisa, mientras una bocina sonaba fuera—. Él está aquí para los pedidos de hoy.

Además de la eliminación del plástico, Harry había puesto a prueba un nuevo servicio de entrega. No se cobraban gastos de entrega si el pedido ascendía a una determinada cantidad o si había suficientes propiedades en una cierta proximidad dispuestas a aceptar la entrega al mismo tiempo. Era un reto logístico, pero de momento funcionaba bien.

—Hola, Poppy —murmuró Ryan al aparecer inesperadamente cuando Harry y yo nos disponíamos a cerrar la tienda.

—Hola —le respondí, inclinándome para saludar a Gus—. ¿Qué tal?

Ryan había estado tan ocupado como yo en los últimos días. Si no estaba en el instituto o haciendo su parte del trabajo en el jardín, estaba ayudando a Colin en A Good Book, que había visto un claro repunte en el comercio, sobre todo ahora que Colin había decidido vender en línea, así como directamente desde la tienda.

Mi inteligente hermano había demostrado ser muy útil a la hora de crear tanto la cuenta de Twitter de Grow-Well como una página web y un boletín para Colin, y yo sabía que el club del libro y algunos eventos de autores también estaban en proyecto. No estaba segura de que los atrevidos tuits que hacían referencia a los sabrosos bollos de Mark y similares fueran del todo apropiados, pero los seguidores de Grow-Well estaban encantados con ellos.

Ryan y yo no habíamos hablado de su noche con Joe ni de las salidas posteriores, y me atrevería a decir que mi hermano se preguntaba, al igual que yo, si ambos nos manteníamos ocupados para no tener que hablar de nada importante.

—He recibido un mensaje —me dijo—, de mamá.

—No puede ser. —Tragué saliva, poniéndome de pie—. ¿Supongo que ha vuelto, entonces?

—Sí.

—Ella no ha dicho que tengas que volver, ¿verdad?

Ryan me lanzó una mirada fulminante.

—¿Y el instituto? ¿Te ha preguntado por eso?

—Apenas ha reconocido la nota que le dejé de que me venía aquí —resopló—. Por lo

tanto, es poco probable que pregunte por las clases, ¿verdad?

—Lo siento —me disculpé—, preguntas estúpidas. Entonces, ¿qué quería?

Había mirado antes mi propio teléfono mientras preparaba el té de Harry, así que sabía que no se había molestado en enviarme ningún mensaje.

—Lloriquear.

Negó con la cabeza y me pasó su teléfono. Arrugué la nariz conforme leía.

—Así que ha vuelto y no te ha encontrado allí —dije—, y lo único que le preocupa es el estado del contenedor.

—Y los gusanos y las moscas —bromeó Ryan.

—Aun así —dije, devolviéndole el teléfono e intentando apartar de mi mente la imagen de la foto que había adjuntado—. Uno pensaría que eso sería lo último que le preocuparía.

Tenía la secreta esperanza de que su regreso y el hecho de que Ryan se hubiera ido le hubieran dado un toque de atención. No necesariamente para poner en marcha sus instintos maternales, porque sabía que no los tenía, pero sí para cuestionarse sus prioridades. Claramente, me había equivocado. Ni siquiera había tocado el tema de que se fuera a casa, pero, dado lo rápido que me había acostumbrado a tenerlo cerca, era un alivio.

—No olvides que estamos hablando de nuestra madre —me recordó Ryan—. No se parece en nada a una madre normal y corriente, ¿verdad? No desentonaría en el sofá de Jeremy Kyle.

—Es cierto —concedí, recordando la experiencia más reciente de Ryan en la vida con ella—, pero, aun así, podría estar al menos un *poquito* agradecida de que seas lo bastante responsable como para cerrar con llave.

—¿Crees que soy responsable, entonces? —preguntó, levantando la vista de la pantalla de su teléfono.

—Claro que sí —le dije, dándole un abrazo fraternal antes de que pudiera verlo venir.

—Pero después de la pelea del domingo pasado...

—Somos hermanos, Ryan —le dije, soltándolo antes de estirar la mano para despeinarle el pelo, cosa que sabía que odiaba profundamente—, se supone que tenemos que pelearnos, ¿recuerdas?

—Supongo —dijo, apartando mi mano para alisarse el pelo—. Entonces, ¿estamos bien?

—Estamos bien —dije, deseando haber tenido la sensatez, a pesar de lo ajetreada que había sido la semana, de aclarar las cosas antes—. Estamos bien.

Era verdad. Me sentía mejor ahora que se había abordado el tema. La vida se había vuelto bastante pesada de repente. Arrastrar el peso adicional de una preocupación extra era una carga que no necesitaba ahora mismo. Quizá era el momento de hacer de tripas corazón y enfrentarme a mi vecino después de aquel dulce y seductor beso.

—En ese caso —dijo Ryan—, ¿vamos juntos a The Dragon? Colin ha dicho que iban a ir todos a cenar.

No había momento como el presente.

Capítulo 22

Aún era lo bastante temprano como para que The Dragon estuviera relativamente tranquilo. De hecho, era tan temprano que Ryan y yo fuimos los primeros de nuestro pequeño grupo en llegar.

—Vamos a ver si hay alguna mesa fuera —sugirió, dirigiéndose a la puerta junto a la barra que daba al pequeño jardín del *pub*—. Hoy ha hecho mucho calor, pero se supone que esta noche refrescará. Si esperamos a los demás, no tendremos ninguna posibilidad de sentarnos.

Tenía razón. El calor, como había predicho el tiempo, ya había empezado a aumentar y solo llevábamos una semana de mes.

—Vaya —jadeó Ryan, poco después de que hubiéramos elegido un sitio en la esquina más alejada, a la sombra de las ramas colgantes de un abedul plateado—. Siempre tiene buen aspecto, pero esta noche se ha arreglado aún más, ¿verdad?

Me giré para ver quién había llamado su atención.

—Caray —sonreí—. Hola, Lou. Estás increíble. ¿Has ido a casa a cambiarte?

—No —dijo despreocupadamente, caminando con cuidado por la hierba para unirse a nosotros—, acabo de llegar de la tienda.

—En ese caso, ojalá me hubiera pasado —sonrió Ryan.

Lou le dirigió una sonrisa deslumbrante y se sentó en el asiento mejor situado para ver la puerta del *pub*. Estaba bastante segura de que no solía ir a trabajar con tacones y un escote tan pronunciado, pero me abstuve de hacer comentarios. Tampoco estaba muy segura de los comentarios que Ryan había hecho sobre su aspecto. ¿Iba a tener que abordar con él una conversación sobre la cosificación de las mujeres también?

—¿Aún no han llegado los chicos? —preguntó Lou, sacando de su bolso una anticuada polvera dorada y empolvándose ligeramente la nariz.

—Todavía no —dije, mirando su sofisticado atuendo y luego mi arrugada camiseta y mi ropa de batalla.

Nadie podría acusarme nunca de arreglarme para ir a trabajar, pero es que cargar sacos de patatas no se prestaba a llevar vestidos elegantes y zapatos con los que sin duda me rompería la crisma.

Ryan me miró y sonrió satisfecho. Sabía que estaba pensando exactamente lo mismo.

—Voy a por unas bebidas y a por unos menús —dije antes de que tuviera ocasión de comentar nada.

—Creo que tomaré un *gin-tonic* —dijo Lou, mientras cerraba la polvera y la devolvía a su bolso—. Para variar. Y no creo que me apetezca comer nada. Hace demasiado calor. Pide mucho hielo, ¿vale?

—No me pidas nada —se apresuró a decir Ryan, que acababa de leer algo en su teléfono.

—No tenía intención de pedirte ginebra —respondí.

—No —dijo—. Me refería a nada de comer o beber. Tomaré algo cuando vuelva.

—¿De dónde? —pregunté.

—Luke me acaba de mandar un mensaje y me ha preguntado si puedo ir al jardín —explicó—. ¿Os parece bien que deje a Gus aquí?

—Por supuesto —dijo Lou, extendiendo las manos para coger al perrito.

Gus no tardó en zafarse de sus brazos y se tiró a la sombra bajo la mesa con un resoplido de disgusto. Estaba claro que aún hacía demasiado calor para dejarse mimar.

—Estará bien —tranquilicé a mi hermano, mientras entrábamos juntos en el bar—. Haré que alguien rellene el bebedero para perros y le echaré un ojo, no te preocupes. ¿Sabes para qué quiere verte Luke?

—Ni idea. —Se encogió de hombros—. Te veré en un rato.

Ryan se marchó. Me alegré de no haber estallado y haberle echado otro sermón. Al final, quizá estuviera aprendiendo algo mientras me abría camino a trompicones, pensé mientras esperaba en la cola para pedir bebidas y unas bolsas de patatas fritas en lugar de pedir menús. Lou tenía razón, hacía demasiado calor para comer. En los pocos minutos que llevábamos fuera, el local había empezado a llenarse y me alegré de haber conseguido sentarnos fuera.

—¿Necesitas ayuda? —dijo una voz detrás de mí.

Era Jacob.

—Hola, Jacob —chillé. ¿Qué le había pasado a mi voz?—. Sí, gracias. Sería genial.

Me aclaré la garganta y miré al frente, admirando ostensiblemente las vistas.

—Bueno —dijo, tan incómodo como yo—, ¿qué tal la semana? He oído que la tienda ha estado abarrotada. Había pensado en ir, pero...

Sus palabras se interrumpieron cuando llegué al principio de la cola y pedí nuestra ronda, acordándome de pedir mucho hielo para el *gin-tonic* de Lou.

—¿Decías? —dije, volviéndome para mirarlo mientras el tipo de detrás de la barra empezaba a servir y llenar copas.

—¿Perdón?

—Decías que ibas a venir a la tienda, pero no has llegado a decirme por qué no lo has hecho.

—Bueno... —empezó de nuevo.

—Por casualidad, no habrás estado evitándome, ¿verdad? —interrumpí con una sonrisa.

No tenía sentido andarse con rodeos. Si no aceptábamos cómo había terminado nuestro último encuentro, íbamos a enfrentarnos a una noche de miradas furtivas y charlas inconexas que los demás, sin duda, captarían. Después de la semana que había pasado, no creía que pudiera soportarlo. Era mejor tener la conversación ahora, mientras no nos oyeran.

—No —dijo con cara de nerviosismo—, no, claro que no.

—Está bien, entonces —asentí—. Es solo que me di cuenta de que te han estado llevando al trabajo con Hannah y me preguntaba si era porque no querías caminar conmigo.

—No —volvió a decir, esta vez con más firmeza—. Nada de eso. Es solo que estamos casi a final de curso y he tenido un montón de cosas extra que transportar de un lado a

otro. Vamos a hacer una representación de fin de curso, la clase, no yo, y he estado trabajando en el *atrezzo* por las tardes.

—Bien —sonreí—. Ya veo.

—Aunque —añadió bajando la voz—, me he sentido muy mal por lo ocurrido, pero no es por eso por lo que no he estado por aquí.

—Bueno, entonces no pasa nada —mentí.

En realidad no estaba bien, pero no podía decirlo, ¿verdad? No quería que se sintiera mal por ello; quería que estuviera tan abrumado por el deseo que se hubiera propuesto evitarme por miedo a encontrar irresistible el impulso de volver a besarme. Sé que me había dicho a mí misma que no quería poner en peligro nuestro vínculo, que había que apagar la chispa, que su bagaje me ayudaría a mantenerlo a una distancia apropiada para dos amigos, pero, en realidad, de pie a su lado por primera vez desde que nuestros labios se habían encontrado, me quedé atónita al darme cuenta de que sí *estaba* dispuesta a arriesgar nuestra amistad.

Por fin había llegado el momento de aceptar lo que, sin comprenderlo, llevaba semanas sintiendo. Jacob era el hombre con el que quería llegar hasta el final.

—Aquí tienes, Poppy —dijo el camarero.

—Gracias —tartamudeé, tanteando para entregar el dinero—. Muchas gracias.

Cogí mi cambio y las patatas fritas, y Jacob sacó la bandeja al jardín.

—Buenas noches, Lou —dijo con una sonrisa—. Estás muy guapa esta noche. ¿Cuál es la ocasión? ¿Vas a algún sitio después?

Volví a sentarme, intentando no sentirme molesta por el hecho de que no hubiera hecho ningún comentario sobre mi aspecto, pero, dado que había tenido un día sudoroso trabajando en la tienda, no había nada por lo que pudiera hacerme un cumplido de todos modos.

—Gracias, Jacob —dijo Lou, lanzándole una sonrisa amistosa mientras daba un sorbo a su vaso lleno de hielo—, qué amable por tu parte.

No hacía mucho se habían conocido y se habían peleado en cuestión de minutos. Era alucinante pensar en lo mucho que había cambiado, para todos nosotros, en tan poco tiempo.

—No tengo otros planes —añadió—, pero la noche aún es joven.

Jacob rio cuando apareció Colin enmarcado en la puerta del *pub*, y me di cuenta de que su relación con Lou no era lo único que había cambiado. Colin parecía más relajado de lo que nunca lo había visto, a pesar de todo lo que había pasado recientemente con su padre.

—Siento llegar tarde —dijo, apresurándose hacia nosotros mientras Lou me cambiaba de asiento para asegurarse de que Colin no tuviera más remedio que sentarse a su lado —. Mark ha venido para decir que nos dejaba plantados porque Neil había terminado el trabajo a tiempo por una vez, y Natalie ha llamado justo cuando estaba a punto de irme.

Un pequeño suspiro escapó de los labios de Lou, y no fui la única en notarlo. Jacob me llamó la atención y me di cuenta de que él también era consciente de por qué Lou se esforzaba tanto estos días por estar más guapa de lo normal. Por supuesto, la ironía era que la única persona que no se había dado cuenta era la que había pensado que ella era

perfecta a pesar de su aspecto durante Dios sabía cuántos años.

—¿Está bien tu padre? —preguntó Jacob.

—Sí —dijo Colin, metiendo la mano bajo la mesa para jugar con Gus—. Está muy bien, gracias. Era más bien una llamada social.

—Vale —dijo Jacob, mirándome de nuevo—. Parece que Natalie y tú os lleváis bien.

Levanté las cejas en plan «*qué* demonios estás *haciendo*» y él se encogió de hombros, indicando que no tenía ni idea, pero que sentía que tenía que decir algo. Miré a Lou, que de repente se había interesado más por algo en su teléfono que por la conversación que se desarrollaba a su alrededor.

—Sí —dijo Colin, con la cara tan roja como la de Lou—, así es. Espero ir a verla el próximo fin de semana. Y a ver cómo está papá, por supuesto —se apresuró a añadir.

—Pero ¿qué pasa con la tienda? —preguntó Lou, volviendo a sintonizar tan rápido como supuestamente se había desconectado—. Sería una pena que cerrarais el fin de semana y os perdierais todos los clientes que está atrayendo la remodelación, ¿no?

—Tienes razón —convino—, jamás se me ocurriría cerrar. Tengo quien me cubra.

—Ah —dijo—, claro.

—¿Las cosas siguen yendo bien, Colin? —pregunté, deseosa de llevar la conversación a un terreno más seguro—. Con la tienda, quiero decir.

—Muy bien —sonrió—. Sé que una parte de la afluencia se debe a la curiosidad y que disminuirá un poco en algún momento, pero de momento todo va bien. Lou y Ryan han cambiado la suerte del local. Y Jacob con el nuevo nombre, claro.

Jacob levantó su copa.

—Nos alegramos de poder ayudar —dijo Lou, que parecía algo apaciguada—. ¿Has recibido muchos comentarios sobre el escaparate?

La exposición actual representaba una escena playera, con arena, accesorios con temática de flamencos y una variedad de lecturas populares sobre la playa y las vacaciones de verano.

—Mucha gente ha venido y me ha dicho que no sabía que vendía ese tipo de libros. Creo que, debido a la pintura oscura y al lúgubre interior, la gente creía que todo eran libros de no ficción, atlas y enciclopedias de segunda mano.

Eso no me sorprendió en absoluto.

—Le envié a Natalie una foto del escaparate a principios de semana y me ha hecho prometerle que le guardaré tres de los libros para llevárselos de vacaciones el mes que viene. ¿Crees que para entonces estarás lista para cambiar el escaparate, Lou?

Sentí que mis hombros se hundían casi tanto como los de Lou.

—Veré lo que puedo hacer —dijo, apretando los dientes.

—O supongo que podría cambiar los tres títulos que quiere Natalie por otros tres diferentes, ¿no? —sugirió, alegre—. Así no tendrías que cambiarlo y los clientes tendrían libros diferentes que mirar.

—Gran idea —aceptó Lou.

Todos nos sobresaltamos cuando el teléfono de Jacob empezó a vibrar de repente al otro lado de la mesa. Parecía sorprendido, pero no lo cogió.

—¿No vas a contestar? —preguntó Lou.

—Sí —dijo, cogiéndolo por fin y mirando la pantalla con el ceño fruncido—. Lo siento. Me lo llevaré ahí delante. Estaré más tranquilo.

—Me pregunto quién será —comentó Lou, con los ojos fijos en su espalda conforme se retiraba—. ¿Has visto cómo se le iba el color de la cara?

—¿Hablas de todo el mundo a sus espaldas? —preguntó Colin.

Su tono no era punzante, pero así lo sintió Lou.

—Pues perdona —replicó ella—, solo era una observación.

No recordaba ningún momento en que los dos hubieran puesto tan irritables el uno con el otro. Puede que Lou se hubiera dedicado a tomarle el pelo a Colin, pero normalmente se lo tomaba con humor. No estaba segura de que su amistad fuera a sobrevivir a los cambios que había provocado la relación de Colin con la enfermera Natalie.

—Voy a pedir agua fresca para el cuenco del perro —les dije—. Se me ha olvidado antes, y Gus parece necesitar un trago.

No había ni rastro de Jacob en la calle y esperaba que no se hubiera ido a casa. No me apetecía mucho hacer de árbitro de la pareja que ahora podía ver, a través de la ventana, sentada de espaldas la una a la otra.

—¿Me pones un poco de agua para el cuenco del perro, por favor? —pregunté en la barra.

—¿Y qué tal una copa para tu hermano y su compañero?

—¡Ryan! —salté, dándome la vuelta—. Has vuelto rápido. ¿Ha ido todo bien?

—Mejor que bien en realidad —sonrió—. Poppy, este es Joe; Joe, esta es mi hermana Poppy.

—Hola —dijo Joe, apartándose el pelo de los ojos—. Ryan me ha hablado mucho de ti.

—Sí —dije, volviendo a mirar a mi hermano—, apuesto a que sí.

—Nada malo —sonrió Joe, mostrando unos hoyuelos que lo hacían parecer más niño que tío—. No demasiado, al menos.

—Bueno —dije, aliviada de que Joe no pareciera el tipo de chico que llevaría a mi hermano por el mal camino—. Algo es algo, supongo. Ryan, ¿por qué no le sacas el agua a Gus y yo os llevo dos bebidas? ¿Os apetece Coca-Cola?

—Sí —dijo Joe—, genial, gracias.

No pidió acompañarla con ron y tenía unos modales encantadores. El chico cumplía todos los requisitos. Estaba bastante segura de que Ryan había invitado a su amigo para demostrarme que no se había enredado con alguien que yo no aprobaría y se lo agradecí. Ya tenía bastante con lo mío sin tener que preocuparme de si su grupo de amigos era tan inofensivo como él decía.

—Entonces —pregunté mientras echaba a mi hermano de mi asiento y él y Joe se acomodaban en la hierba—, ¿qué quería Luke? ¿Va todo bien por el jardín?

—Graham también estaba allí —dijo, y sonrió—, tenían un favor que pedirme, y sí, todo iba bien.

—El lugar se ve increíble —intervino Joe—. Es imposible que no ganéis el concurso.

Cada vez me gustaba más aquel muchacho.

—Espero que tengas razón, Joe —dije—. Todos estamos trabajando muy duro para asegurarnos de que esté lo más perfecto posible a tiempo para el jurado.

—¿Cuándo irán, exactamente? —preguntó Colin.

—Nadie lo sabe con seguridad —le expliqué—, por eso ahora estamos pendientes de todo. Pero seguro que estará listo antes de que acabe el mes. Se supone que nos avisarán con un poco de antelación, así que entonces habrá que ponerse manos a la obra, pero mantenerlo en orden ahora hará que haya menos que hacer cuando llegue el momento.

—A mí no me parece que haya ni una hoja fuera de lugar —dijo Joe—. Mi abuelo tiene un huerto al sur de la ciudad, pero no se parece en nada al tuyo.

—Bueno —dije, orgullosa—, seguro que somos más para cuidarlo.

—Oye, Jacob —dijo Lou—, ¿todo bien?

—Sí —dijo, deslizándose en el asiento junto al mío—. Bien.

No lo parecía. Lou había comentado su palidez cuando fue a contestar al teléfono, pero ahora tenía un aspecto totalmente ceniciento, y eso que llevaba un rato fuera. Esperaba que no fueran malas noticias.

—Bueno —dije, intentando desviar la atención de todos—, ¿cuál era el favor que querían Luke y Graham, Ryan?

—Sí —dijo Lou—, no nos tengas en ascuas.

Tanto Ryan como Joe se pusieron muy colorados, pero Colin parecía no haberse enterado y Jacob estaba en las nubes.

—Bueno —dijo Ryan, arrodillándose—, creo que en realidad tengo que agradecérselo a Jacob...

—En absoluto —interrumpió, levantando la vista al oír su nombre—. Esto depende de ti, Ryan.

Entonces estaba escuchando y sabía por qué le habían pedido a Ryan que fuera a Prosperous Place.

—Venga —animé a mi hermano.

—Graham y Carole se van unos días —dijo—, así que me ha preguntado si querría cuidar de las gallinas mientras él no está. Solo yo —dijo con orgullo—, nadie más va a estar en el turno.

—¡Es maravilloso! —exclamé, resistiendo el impulso de darle un abrazo.

Mi hermano no solo había dejado de fumar y había aprendido que el alcohol no le sentaba bien, sino que también había redescubierto su pasión por los pájaros y los animales. Me encantó que Graham, habiendo visto sin duda lo bien que cuidaba de Gus, lo considerara lo bastante responsable como para ocuparse también de las chicas de Grow-Well.

—Y eso no es todo —prosiguió Ryan.

—Venga —volví a decir.

—Luke y Kate van a hacer un viaje a Wynbridge antes de las vacaciones de verano y Luke me ha preguntado si querría cuidar de los gatos mientras están fuera. Dice que me dará un juego de llaves de Prosperous Place para que pueda entrar y salir.

—Vaya, Ryan. —Tragué saliva, con un nudo en la garganta—. Es increíble. Esa casa significa el mundo para Luke. Él no confiaría en cualquiera para entrar y salir, ya lo

sabes.

—Eso es lo que le he dicho —convino Joe, dándole una palmada en la espalda a Ryan —. Ese tipo debe tenerte en alta estima, amigo.

Ryan parecía a punto de estallar. Sabía que para la mayoría de la gente eso no significaría gran cosa, pero para mi hermano, al que habían hecho sentir más o menos inútil desde que tenía uso de razón, era el espaldarazo definitivo. Saber que mis amigos y vecinos confiaban en él sin rechistar le demostraría que no era un estorbo, como le habían sugerido los muchos amigos de nuestra madre, ni una soga, como nuestra propia madre le había dicho en más de una ocasión.

—¿No lo sabías? —me preguntó Ryan—. ¿No te lo habían mencionado antes?

—No —dije—, no tenía ni idea.

—Yo solo lo sé porque Graham me habló de las gallinas —añadió Jacob—. No me preguntó si creía que te interesarían o si me parecía buena idea, solo me dijo que eso era lo que iba a hacer.

Ryan asintió y agachó la cabeza.

—Y lo de dejarte las llaves de Prosperous Place es nuevo para mí —continuó Jacob—. No había oído nada al respecto.

—Y no olvides que el próximo fin de semana cubrirás algunas horas con Andrew en la tienda —añadió Colin.

—Realmente eres el señor Imprescindible —lo elogió Lou, haciendo que se le subieran los colores de nuevo—. No sé qué haríamos sin ti.

Tuve que darle la razón. A todos nos había encantado tener a Ryan cerca e intenté no pensar en lo rápido que pasaba el tiempo y lo pronto que tendría que decidir qué iba a hacer a continuación. Sabía que la falta de interés de nuestra madre por tenerlo en casa significaba que era poco probable que volviera a Wynmouth, pero, dada la vida que se estaba labrando en Nightingale Square, aunque no quisiera quedarse a vivir conmigo para siempre, también sabía que tampoco le iba a resultar fácil marcharse de allí.

Capítulo 23

Ryan y Joe no se quedaron mucho rato después de que Ryan hiciera su emocionante anuncio. Volvían al centro juvenil, donde Joe esperaba ganarle a Ryan en la mesa de billar. Yo no lo sabía, pero al parecer mi hermano, además de ser el adolescente más responsable en un radio de tres kilómetros, también era un mago con el taco.

—¿Te lo puedes creer? —dije una vez que los chicos se hubieron ido, radiante.

—Lo sé —dijo Lou, sacando de nuevo su teléfono del bolso—. No creía que la gente jugara al billar hoy en día, y menos los adolescentes.

Colin me miró y puso los ojos en blanco.

—No quería decir eso —la regañé.

—Ya lo sé —rio—. Pero sí, puedo creerlo. No me sorprende en absoluto que Graham y Luke hayan confiado en él. No olvides que trabajé con él en la remodelación de la tienda de Colin. Es un gran trabajador, Poppy, con unas habilidades increíbles para tener dieciséis años.

Sabía que eran el resultado del tiempo que había pasado trabajando con su padre.

—Si estaba a punto de descarrilar cuando lo invitaste a tu casa —continuó Lou—, creo que es seguro decir que ahora está firmemente encarrilado.

—En realidad, tengo que agradecérselo a Jacob —le recordé—. Tú eres quien lo ha ayudado de verdad, ¿no? —añadí, dándole un codazo.

—Lo siento —dijo—, ¿qué?

Parecía cansado y, aunque se había alegrado con las noticias de Ryan, no se había emocionado ni la mitad de lo que yo habría esperado.

—¿Qué te pasa esta noche? —preguntó Lou—. No has estado bien desde que has respondido esa llamada. Creía que el señor Grizzle original estaba guardado en tu desván desde que Poppy te apuntó al Grow-Well. ¿Te han dado una mala noticia? ¿Es eso lo que te ha convertido de nuevo en el señor Gruñón?

—Lou —dijo Colin.

—Colin —replicó ella, imitando su tono.

—Los dos —intenté interponerme.

—Solo intento quitarle importancia a la situación —le espetó a Colin, poniéndose en pie—. Al menos, me he molestado en preguntar.

—Pero es *cómo* lo preguntas —dijo Colin.

—Bueno, perdona que vaya directa al grano —dijo con amargura—, me atrevería a decir que la preciosa enfermera Natalie tiene a su disposición todo tipo de habilidades para hablar y escuchar, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando ahora? —Colin frunció el ceño mientras Jacob y yo intentábamos fingir que éramos invisibles.

—Apuesto a que, si ella estuviera aquí esta noche preguntándole a Jacob quién le ha quitado la mermelada a su maldito dónut, lo haría mucho mejor que yo, ¿verdad? Claro que sí —se apresuró a decir—, ¡porque es jodidamente perfecta!

—¡Lou! —exclamó Colin, poniéndose de pie.

—¡Tengo que irme! —respondió—. Tengo una cita.

Colin se dejó caer en su asiento y miró de mí a Jacob y viceversa.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó—. ¿Qué he dicho?

—Date cuenta tú solo, colega —dijo Jacob, recogiendo los vasos—, no te lo voy a poner en bandeja. ¿Otra?

—Sí —dije—, solo media, gracias.

—Para mí no —dijo Colin—. ¿De verdad tiene una cita? —me preguntó.

—Ni idea —dije, mientras mi teléfono empezaba a pitar—. No ha dicho nada antes.

El mensaje de texto que iluminaba mi pantalla era de Lou y lo leí fuera de la vista de Colin. No, no tenía una cita. Se iba a casa a darse un baño de burbujas y a llorar, y no, no debía decírselo a Colin.

—Creo que me voy a casa —dijo Colin con tristeza—. Esta noche no ha salido como yo pensaba.

—¿Y por qué crees que es eso?

—No tengo ni idea —dijo—. Estaba en una nube cuando he llegado. ¿Todavía te parece bien que Gus se vaya a casa contigo?

—Por supuesto —le dije—, no creo que fueras la mejor compañía para él, la verdad, Colin.

Me horrorizaba pensar que él era tan torpe para reconocer que Lou se había enamorado de él como ella lo había sido durante tanto tiempo para darse cuenta de lo que él sentía por ella. Si no hablaban pronto, iba a tener que golpearles la cabeza. Eso suponiendo que Natalie no se apresurara a atender el chichón de Colin y a besarle la pupita.

—Supongo que Colin se ha ido a casa —dijo Jacob cuando volvió con nuestras bebidas.

—Sí —respondí—, y Lou no tiene ninguna cita...

—No creo.

—... se ha ido a casa a llorar.

—Caray —murmuró, antes de darle un trago a su pinta—. Esto demuestra todo lo que dijimos, ¿no?

—¿Sobre qué?

—Las relaciones entre amigos son una mala idea.

—Sí —acepté, cabizbaja—, supongo que sí.

—Porque cuando se rompen —continuó—, como inevitablemente acaba ocurriendo, acabas perdiendo tanto a un amigo como a un amante.

—Ajá.

—No es que las relaciones entre adultos que no fueron amigos primero resulten necesariamente mejores, claro.

No dije nada.

—Y te diré algo más —dijo, volviéndose para mirarme a los ojos—, nunca me pillarás metiéndome en otra relación, ni pasajera ni de otro tipo.

—Teniendo en cuenta todo lo que has pasado —le dije suavemente—, no me

sorprende en absoluto que te sientas así.

Ansiaba decirle que, dentro de unos meses, tal vez se sintiera de otra manera. Al fin y al cabo, si yo estaba, me atrevería a decir, enamorándome, tal vez algún día él también.

—No sabes ni la mitad —dijo, antes de vaciar su vaso—. ¿Otra?

Apenas había empezado la mía.

—No —dije—, sigo con esta, gracias.

Supuse que Lou había tenido razón; la llamada había sido una mala noticia.

—Vuelvo en un segundo.

—Jacob —le dije, poniéndole la mano en el brazo cuando se levantó de nuevo—, creo que me voy a casa. Ha sido una semana larga y me vendría bien acostarme temprano y pasar un día tranquilo mañana antes de volver al trabajo el lunes.

—Ah, claro.

—Y me atrevo a decir que tienes mucho que hacer para la escuela, ¿no?

—Sí —dijo, pasándose la mano libre por el pelo y haciendo que se le disparara en todas direcciones—. Sí, tengo bastante que hacer.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—¿A tu casa?

—Sí —dije—, vamos. Volvamos a la mía y si quieres me cuentas la mitad que no sé.

***

Caminamos despacio de vuelta a la plaza, con Gus trotando tranquilamente a nuestro lado. Aún era temprano y el día era luminoso y cálido, con una ligera brisa que agitaba las hojas de los árboles del parquecillo.

—Gracias por detenerme —dijo Jacob, inspirando una bocanada de aire fresco.

—¿De hacer qué?

—De hacer el ridículo en el *pub*.

—No has hecho el ridículo —le dije.

—Pero lo habría hecho —replicó roncamente—, si tú no hubieras estado allí, ¿y qué habría parecido? Un profesor local bebiendo hasta perder el sentido un sábado por la noche porque su ex aún tiene la capacidad de partirle el corazón en pedazos.

Abrí la puerta principal, tomándome unos segundos para agacharme a soltar la correa de Gus y dejar que entrara delante de nosotros. Si la ex de Jacob desde hacía ya diez meses podía seguir haciéndole eso, ¿significaba que seguía enamorado de ella? Si era así, incluso después de todo este tiempo separados, entonces probablemente era bueno que hubiera mantenido mis pensamientos para mí en el *pub*.

—Vamos —le dije—, tomemos un café.

Jacob no quería sentarse fuera, así que nos acomodamos en el saloncito de la parte delantera de la casa. Cerré las cortinas por si acaso alguno de los vecinos estaba dando un paseo nocturno. Ya teníamos bastantes problemas en nuestras vidas como para tener que añadir a la lista las especulaciones sobre los parámetros de nuestra relación. Sabía que un rumor sobre eso se extendería como la enredadera.

Le pasé a Jacob su taza y me senté en el sillón junto a la chimenea, acurrucando los pies descalzos debajo de mí, como era mi costumbre. Jacob se estiró en el sofá y volvió a sentarse recto. Dejó la taza sobre la mesita y apoyó los codos en las rodillas, mirando la alfombra.

—Está embarazada —soltó—. Joder, está embarazada.

Miré fijamente su cabeza sin saber qué decirle. No me extrañaba que se sintiera tan mal. De todas las cosas que podía haberme dicho que habían ocurrido, esta era quizá la más inesperada. Había pintado a Rebecca como una mujer de altos vuelos, como su hermano gemelo Daniel, así que era toda una sorpresa enterarme de que pensaba aparcar su carrera profesional para ser madre.

—Oh, Jacob.

Me pregunté si había sido la propia Rebeca quien había llamado para decírselo, o su hermano o tal vez alguno de sus padres. ¿Habría sido más llevadero oírlo de uno y no del otro?

—Ha llamado mi padre —dijo, mirándome brevemente.

Pude ver que tenía los ojos llenos de lágrimas y corrí a arrodillarme a su lado, dejando mi taza junto a la suya sobre la mesa. No era de extrañar que pareciera un poco alterado tras colgar. En el *pub* ni siquiera había tenido tiempo de asimilarlo bien.

—Lo siento mucho.

Resopló, asintió con la cabeza e inspiró hondo, tembloroso. El corazón me latía con fuerza en el pecho cuando alargué una mano para ponerla sobre su pierna. La agarró antes de que se posara y tiró de mí hacia el sofá, a su lado.

—Por lo visto, ahora ya se lo pueden decir a todo el mundo porque acaba de cumplir tres meses. No estaba planeado ni nada.

Dadas las ambiciones profesionales de Rebecca, *podía* creerlo.

—Papá no quería que me enterara por nadie más.

—Ha sido muy amable de su parte.

No estaba segura de si era lo mejor que podía decirle.

—Sí, bueno —dijo Jacob—. Papá es amable. Él y mamá todavía están conmocionados por todo lo que ha pasado casi tanto como yo.

Sacudí la cabeza. Realmente no había palabras.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo? —preguntó, mirándome con una angustia insoportable en los ojos.

Sacudí la cabeza.

—Está embarazada de gemelos.

—Oh, Dios.

—Sí, acaban de hacerle la ecografía para confirmarlo. Ni idea del sexo todavía, pero que Dios ayude a los pequeños ácaros si son niños. No le desearía un hermano gemelo a nadie.

Apreté su mano con más fuerza.

—Pero las cosas podrían ser diferentes para ellos —sugerí—, Daniel podría...

Jacob negó con la cabeza y yo me callé.

—Lo siento.

—No pasa nada —dijo, levantando mi mano y apretando sus labios contra el dorso de la misma—. En tu lugar, yo tampoco sabría qué decir.

Desde luego, ahora no sabía qué decir mientras sus firmes labios rozaban mi mano. Repetí varias veces en mi cabeza el mantra de *«soy su amiga»*, para recordarme a mí misma que esa noche era para ayudar a Jacob a sentirse mejor, aunque sabía que me iría a la cama a mirar el techo y pensar en el lugar donde había posado sus labios.

—Toma —le dije, inclinándome para coger la taza de manera que tuviera que soltarme—, bébete esto. Seguro que te vendrá bien la cafeína.

—Gracias —dijo, cogiéndola, y se sentó de nuevo—. Me vendrá bien.

Me quedé a su lado en el sofá.

—Esto es lo que he estado temiendo —dijo después de que nos hubiéramos sentado en silencio durante uno o dos minutos—. Sabía que iba a ocurrir en algún momento, pero no esperaba que fuera tan pronto.

—Bueno —dije, preguntándome si Rebeca había tardado los tres meses en hacerse a la idea—, quizá sea algo bueno.

—¿Algo bueno?

—Sí —dije, volviéndome hacia él—. Quizá no sea malo que tengas que afrontarlo ahora. Si esto es lo más difícil que podrías imaginarte que ocurra, entonces seguramente es mejor afrontarlo y superarlo mientras todo lo demás sigue reciente.

—Tal vez —dijo—, pero en un año o dos podría haber seguido adelante. La noticia podría haberme dolido menos.

—Y puede que no —le respondí—. Puede que solo volviera a abrir viejas heridas. Al menos, ahora has tocado fondo y puedes establecer una base firme sobre la que construir.

—Gracias —sonrió—. ¿Se supone que ese es el lado bueno?

—Sí. —Le devolví la sonrisa, complacida por su reacción—. Eso es exactamente lo que es. Po lo menos, ahora no estás esperando a que ocurra. Ahora mismo, las cosas están tan mal como pueden estar, así que el único camino que tienes es hacia arriba.

—Tal vez. —Frunció el ceño.

—Solo tienes que pensar en todo lo que has conseguido desde que te mudaste aquí para saber que puedes hacerlo —me apresuré a decir, animada porque no había descartado mi forma de ver las cosas.

—¿Qué he conseguido?

—Bueno, para empezar, ahora golpeas una piedra y te sale un amigo, te has establecido en un trabajo que te encanta, tienes un chaval que te tiene en un pedestal y has desarrollado una pasión por la jardinería...

—Eh —rio, levantando las manos—, yo no iría tan lejos.

—Claro que sí —insistí, sabiendo que era la parte de la jardinería a la que se oponía —. Nadie ata las judías como usted, señor Grizzle. Tiene las manos más diestras de todos nosotros.

Sentí que me ardían las mejillas al imaginar esas manos dándoles un uso muy diferente.

—Cuando me mudé aquí —continué—, me dijiste que no te interesaba unirte y

ayudar.

—Y no me interesaba.

—Y más tarde dijiste que nunca volverías a confiar en un alma viviente.

—No pensé que lo haría —dijo en voz baja.

—Pues ahí lo tienes —le dije, dándole una palmada en la pierna—, todo eso demuestra que puedes cambiar y que eres más que capaz de hacer frente a este último golpe. Tengo toda la fe en ti, Jacob.

—Joder, Poppy —dijo riendo—, ¿cómo lo haces?

—¿Hacer qué? —sonreí, parando para tomar aliento.

—Ya lo sabes.

—No —le dije—, ¿qué quieres decir?

—¿Cómo consigues siempre tranquilizarme y hacerme ver lo mejor de una situación jodidamente horrible?

No estaba segura de haberlo conseguido siempre, pero me complacía que estuviera dispuesto a reconocer mis esfuerzos.

—¿Eso hago?

Enarcó las cejas.

—Lo pasaste mal antes de venir aquí —dije— y quise ayudarte. Yo también lo pasé mal cuando empecé a trabajar en Greengages y Harry me ayudó a superarlo. Pude darle un giro a mi vida y formar parte de esta comunidad, y siempre he mantenido que, si pudiera hacer lo mismo por otra persona, lo haría.

—Así que yo soy tu proyecto a lo *Cadena de favores*, ¿no? —sonrió Jacob—. Si no tienes cuidado, agotarás tu cuota de amabilidad conmigo y no quedará nada de ti para repartir.

—No seas tonto.

—Es verdad —volvió a reír—. Lo digo en serio.

—Bueno —dije—, vivir aquí, en Nightingale Square, ha sido para mí un sueño hecho realidad desde hace mucho tiempo, y solo quiero que todos los que se muden aquí lo disfruten tanto como yo. Quiero compartir mi receta para la vida por todas partes.

—Incluido tu hermano.

—Por supuesto —convine.

—Estás haciendo un gran trabajo con él.

—Pero no todo se me puede atribuir a mí, ¿verdad? —le recordé—. Ahora lo estás pagando cuidando de él.

—Lo está haciendo bien —asintió Jacob—. Probablemente no te lo ha dicho, pero ha estado viendo al consejero del centro juvenil. Dice que lo está ayudando.

Ryan no me lo había dicho, pero no me importaba. Me alegré de que lo escuchara un profesional.

—¿Ves? —dije, como si eso probara la influencia de Jacob—. Ya lo has hecho.

—Es trabajo en equipo —dijo—, somos un gran equipo, Poppy.

—Un equipo formidable —coincidí, pensando en todo lo que Ryan había conseguido desde que se había mudado a Norwich. Él también estaba dejando huella en toda la plaza.

—Es una pena que no podamos ser más que compañeros de equipo —añadió Jacob.

No podía creer que hubiera dicho eso.

—Sí, bueno —le recordé—, ya hemos discutido, en más de una ocasión, que sería una tontería arriesgarse a arruinar lo que ya es una amistad muy bonita, y ahora también tienes este drama familiar con el que lidiar...

—Pero ese beso —interrumpió, con voz ronca y seductora.

—¿Qué pasa con él?

—¿No me digas que no has pensado en ello?

Había pensado en algo más, pero no iba a admitirlo, ¿no?

—Pensé que habíamos acordado que íbamos a olvidarlo todo.

—Eso hicimos.

—¿Y por qué sacas el tema ahora?

—¡Porque no puedo quitármelo de la cabeza! —estalló, levantándose de un salto, y dio varias zancadas hacia la puerta—. No quiero seguir pensando en ello, pero no puedo evitarlo. No me deja en paz.

Fue un acontecimiento emocionante y un completo desastre al mismo tiempo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer al respecto?

—Te enseñaré lo que vamos a hacer —dijo, apresurándose hacia mí y poniéndome de pie—. Vamos a tomarnos nuestra preciosa amistad a la ligera y ver a dónde nos lleva.

Me acercó, su boca encontró la mía y sus brazos me inmovilizaron mientras caíamos de espaldas sobre el sofá.

—Esto no es una buena idea —dije con la voz entrecortada. Mis manos y mis labios se movían de tal manera que no dejaban ninguna duda de que realmente no quería que se detuviera.

—Es una idea terrible —gimió cuando lo rodeé con las piernas, tirando de él con más fuerza.

—No saldrá nada bueno de esto —volví a jadear, mientras él pasaba las manos por debajo de mi camiseta y sus dedos encontraban mis pechos.

Los dos nos quedamos helados cuando la puerta se cerró de golpe y Gus entró corriendo por el pasillo.

—Oye, Gus —dijo Ryan riendo—, déjame quitarme los zapatos, coleguita.

Jacob y yo tratamos de incorporarnos, alisándonos el pelo y cambiando de sitio los cojines mientras intentábamos calmar nuestra respiración.

—Ryan —dije, recogiendo las tazas cuando su cabeza asomó por la puerta—. Estaba preparándonos otro café, ¿quieres uno?

—No, gracias. —Frunció el ceño, mirando de mí a mi desaliñado invitado—. Creo que me voy arriba directamente.

—Buenas noches —le dije.

No contestó.

—Oh, Dios —le dije a Jacob una vez que Ryan se hubo ido.

—Lo sé —resopló mientras mi hermano cerraba de golpe la puerta de su habitación.

Capítulo 24

Dadas las miradas que Ryan me lanzaba desde el otro lado del jardín al día siguiente, sabía que no estaba contento con lo que se había encontrado en casa la noche anterior.

Intenté no dejar que su mirada asesina me afectara. Después de todo, no había hecho nada malo; dicho esto, su desaprobación era palpable y difícil de ignorar. Fue un alivio cuando Jacob apareció y me quitó un poco de presión de encima.

—¿Qué le pasa a Ryan? —preguntó subrepticiamente, después de haber recibido también la mirada de mi hermano mientras preparaba una copa para todos en la cabaña.

Yo me mantenía al margen, trabajando en el otro extremo del jardín, arreglando y deshierbando el parterre de flores de corte.

—No me ha dicho nada —le confié, agachándome detrás del macizo de acianos—, pero creo que sigue enfadado por lo de anoche. No le hizo mucha gracia encontrarnos juntos, ¿verdad?

—Gracias a Dios que volvió cuando lo hizo. ¿Te imaginas si hubiera tardado un minuto o dos...?

—No —lo interrumpí—, ni se te ocurra.

Jacob me miró y sonrió.

—No puedo decidir —suspiró pesadamente— si fue una intervención divina o tan solo un momento muy desafortunado.

—No lo entiendo.

—Lo que quiero decir es que, dado lo que acababa de descubrir sobre Daniel y Rebecca, no puedo estar seguro de si la forma en que me comporté fue resultado de que papá me contara sus noticias.

—Ah —dije—, claro.

Entonces, no le había parecido irresistible. La sorpresa, más que la lujuria y el anhelo, había sido su motivación para arriesgar nuestra amistad, pero había dicho que nuestro beso había sido algo especial.

—No suelo ser propenso a los arrebatos pasionales espontáneos —prosiguió, haciendo la situación aún más incómoda.

—Entonces, ¿me estás diciendo que lo que pasó fue simplemente tu manera de tratar de lidiar con las malas noticias? —pregunté.

Necesitaba tenerlo claro. Si solo me estaba utilizando para soportar la tensión, tenía que echar el freno, porque ese no era en absoluto el tipo de relación que me había imaginado con él. Era la primera vez que podía imaginarme en una situación comprometida a largo plazo, que no comprometiera mi independencia, por supuesto, pero algo muy diferente a lo que había vivido hasta entonces.

—Tomarnos a la ligera nuestra amistad, como dijiste anoche, merecía la pena si seducirme me hacía sentirte mejor durante unos minutos, ¿es eso?

—¡Seducirte! —rio Jacob, llamando la atención de Heather, que estaba trabajando más cerca, deshierbando un parterre con una mano y meciendo el cochecito de los

gemelos con la otra—. Seducirte —volvió a decir Jacob en voz más baja—. La seducción fue en ambas direcciones, me parece a mí.

Sentí que mi cara empezaba a colorearse.

—Te dije que de lo que estábamos haciendo no iba a salir nada bueno y que era una mala idea —le recordé con delicadeza.

—Sí —asintió—. Justo antes de que me rodearas con las piernas y me tiraras encima de ti.

—Oh, vale. —Me sonrojé—. No hace falta que me lo cuentes todo. Yo estaba allí. Puedo recordar lo que pasó.

Jacob asintió. Él también se había sonrojado un poco.

—Entonces, lo que estás diciendo es que fue bueno que nos interrumpieran porque solo estabas arriesgando nuestra amistad por las noticias sobre tu hermano. ¿En realidad no quieres llevar las cosas entre nosotros... en una dirección diferente?

Jacob me miró y se mordió el labio inferior con los ojos fijos en mí. Pasaron unos segundos antes de que volviera a hablar.

—¿A quién quiero engañar? —suspiró, extendiendo la mano y pasándome suavemente un dedo por la mandíbula.

—¿Qué?

—Estoy diciendo tonterías, Poppy. Usando la polla de mi hermano y a mi ex como excusa. Por supuesto que quiero llevar las cosas en otra dirección. He estado despierto la mitad de la puta noche imaginando que te llevo en... todas las direcciones posibles.

Me alegré de no ser la única que había sucumbido a representarse la escena mentalmente.

—Entonces, ¿por qué acabas de decir que la interrupción fue lo mejor que podía haber pasado?

Era exasperante, por no decir confuso. No estaba segura de poder soportar mucho más de este ir y venir emocional.

—Porque quería darte la oportunidad de estar de acuerdo conmigo. Necesitaba saber si te arrepentías de lo que habíamos empezado.

Lo único que lamenté fue no poder terminarlo.

—Pero no me has dado la oportunidad de darte la razón —le recordé—. Has vuelto a cambiar de táctica antes de que dijera una palabra.

—Entonces, ¿te arrepientes?

Ahora era mi oportunidad de hacerlo esperar, pero no pude.

—No —dije tímidamente, de repente incapaz de encontrar su mirada—, por supuesto que no.

—¿De verdad quieres darnos una oportunidad —continuó—, de ser algo más que amigos?

Por fin una pregunta directa a la que podía responder sin rodeos.

—Sí —asentí—. Sí, quiero que veamos si podemos ser algo más que amigos. Sé que aún estás lidiando con todo lo que te ha pasado, pero creo que puede valer la pena el riesgo.

—No puedo creer que esto esté pasando —sonrió. Sus manos se desviaron, como

siempre hacían en momentos de gran emoción, hacia su pelo—. Primero la plaza, luego el jardín y ahora tú.

—Y Ryan —le recordé—. Venimos en *pack*, me temo.

—Claro que sí —rio—. Y me parece bien.

Puede que a Jacob le pareciera bien, pero al final del día Ryan seguía sin estar muy contento. Había trabajado duro toda la tarde, obligando a una poco dispuesta Tamsin a ayudarlo a limpiar a fondo el gallinero y a empapar a cada una de las chicas en polvo para ácaros. Obviamente, estaba haciendo todo lo posible por impresionar a Graham y demostrar que era digno de la responsabilidad que se le había otorgado.

—No sabía que las chicas tuvieran ácaros —dijo Lisa, después de decirle a su hija que se fuera a casa con John para un lavado a fondo antes de sentarnos a disfrutar juntos de un almuerzo campestre.

—No los tienen —resopló Tamsin—, Ryan ha dicho que era solo por precaución. Mejor prevenir que curar.

Lisa me miró y puso los ojos en blanco.

—Creo que la novedad está pasando —me confió cuando John y Tamsin se marcharon —. Ryan no es el chico malo que ella pensaba que sería.

—No puedo decir que lo sienta —me reí—. No creo que hubiera podido soportarlo si se hubiera descarrilado por completo.

—Podría haberlo hecho si tú no hubieras intervenido —sonrió amablemente—. Es un orgullo para ti, cariño, y más le vale tener cuidado o podría encontrarse llenando las páginas de mi próximo libro.

Como siempre me ocurría con Lisa, no sabía si estaba bromeando. Su primera novela se estaba vendiendo bien y recibía críticas muy favorables, así que sabía que haría todo lo posible para que la siguiente fuera aún mejor.

No éramos muchos los que comíamos juntos ese día. Graham y Carole no estaban y el calor había enviado a Heather y su familia a Prosperous Place con Kate, Luke, Jasmine y Abigail. Iban a hacer un pícnic en el interior mientras los demás tratábamos de encontrar el lugar más sombreado al aire libre.

Había intentado llamar a Lou varias veces a lo largo de la mañana para pedirle que nos acompañara, pero no contestaba. Había pensado en ir a su casa, pero no creía que pudiera confiar en mí misma para no contarle lo mío con Jacob, y probablemente era lo último que necesitaba oír. Tal vez era mejor dejarla sola por un día.

—¿Estarás bien aquí, Harold? —le pregunté una vez que lo hube acomodado junto a Neil y Mark a la sombra del enorme roble. El árbol estaba plantado un poco más allá del muro, en la parte contigua del jardín, pero la agradable sombra que ofrecían sus ramas era de largo alcance.

—Cuidaremos de él —dijo Mark, sirviéndole un vaso de zumo mientras Neil cargaba un plato con bocadillos y pajitas de queso.

—Ponedme al corriente de ese asunto del bebé del que hablabais antes —dijo Harold —. ¿Habéis decidido ya lo que vais a hacer?

—Creo que aquí cabemos todos —dijo Lisa, a la que seguían el resto de su clan y

Jacob y Ryan cargados con alfombras, bolsas para congelados y cajas de plástico—. Y sí, vosotros dos, ¿qué habéis decidido?

La sencilla comida tuvo un toque festivo cuando nuestros amigos compartieron sus noticias.

—Hemos decidido ir a por ello —sonrió Mark—. Vamos a adoptar.

—No queremos aplazarlo más —añadió Neil—. Empezaremos el proceso en otoño y nunca se sabe, ¡quizá tengamos el mejor regalo de Navidad!

—No creo que ocurra tan rápido —se rio Mark.

—No he dicho qué Navidad, ¿verdad? —respondió Neil, risueño.

—Bueno, a pesar de lo decepcionada que estoy por no ser vuestra madre de alquiler —dijo Lisa, levantando su copa—, estoy muy feliz por vosotros.

—Seréis unos padres maravillosos —dijo Harold—. Os deseo toda la felicidad del mundo. Será un pequeño muy afortunado el que os tenga como padres.

—Gracias, Harold —dijo Mark, ligeramente congestionado—, y si sigues pensando en escribir ese libro de recetas, Poppy, tendrás que ponerte las pilas. Sigo deseando contribuir, pero, en cuanto tengamos un pequeño, no tendré tiempo libre.

Con todo lo que había pasado desde que me sugirieron la idea, me había olvidado por completo de ella. Me prometí mentalmente que me tomaría un tiempo para planificarlo. Las cosas en Greengages pronto volverían a la normalidad y, con Ryan también encarrilado, estaba segura de que podría dedicarle algo de tiempo al proyecto.

—Déjamelo a mí, Mark —dije, levantando mi copa—. Salud a los dos, y felicidades.

Brindamos por la decisión de los chicos y nos dispusimos a comer.

—Luke me ha dicho que vas a cuidar de los gatos mientras él y Kate están fuera el próximo fin de semana, Ryan —comentó Harold.

—Así es —confirmó Ryan—. Me está dando las llaves de la casa para que pueda entrar y darles de comer. No es que parezcan pasar mucho tiempo dentro de casa por el momento.

Era cierto. Desde que la temperatura había empezado a subir, tanto Dash como Violet habían estado en el jardín la mayor parte del tiempo, incluidas las noches. Tenían una mirada un poco salvaje, pero estaba segura de que no harían falta muchas heladas otoñales para que volvieran al calor del fuego y a la comodidad de su cama junto a la gran cocina.

—Aun así —dijo Harold, sentándose más erguido en su silla—, espero que te sientas orgulloso de ti mismo, muchacho. Es todo un honor.

—Desde luego —convino John.

Ryan parecía contento de que pensaran así, pero aún no parecía haber vuelto a ser el de siempre.

—Eres todo un doctor Dolittle últimamente, ¿eh? —rio Harold entre dientes.

—¿Quién? —Ryan frunció el ceño.

—Doctor Dolittle —repitió Harold.

—Ya sabes —dijo Tamsin—, el tipo que puede hablar con los animales.

—La película de Eddie Murphy —explicó Lisa—, sobre el tipo que puede oír lo que dicen los animales.

—Era Rex Harrison en mis tiempos —murmuró Harold.

—No lo entiendo —dijo Ryan.

—A lo que creo que quiere llegar Harold —dijo Jacob, intentando acudir en su ayuda —, es a que te has hecho cargo de muchos animales...

—Y aves de corral —interrumpió Mark, señalando las gallinas.

—... desde que estás aquí —terminó Jacob.

—Sí, Ryan —asentí—. Todo empezó con Gus, y ahora tienes una colección entera.

—Me gusta cuidar de ellos —dijo, enrojeciendo ligeramente.

—Siempre te ha gustado —sonreí—. ¿Recuerdas aquella serpiente ratonera que te regaló tu padre por Navidad cuando tenías unos diez años? Mamá estaba furiosa, ¿verdad?

—Claro que sí —dijo, y se rio—. Todavía la tengo. —Luego añadió rápidamente—: Ahora está con un compañero. A mi amigo Ant le encantan las serpientes. Está cuidando de ella.

—Entonces, está bien —dije, aliviada—. No habría tenido muchas oportunidades si mamá la hubiera encontrado merodeando por la casa.

—No después de aquella mañana de san Esteban. —Ryan soltó una risita.

—¿Qué pasó? —preguntó Tamsin, acercándose a donde estaba sentado Ryan. Era evidente que el relato había reavivado su interés por él.

—Digamos que no le hizo mucha gracia despertarse y descubrir que compartía su cama con una serpiente a la que no había invitado.

Todos se quedaron boquiabiertos y Ryan me miró y sonrió. Yo sabía exactamente a qué se refería, pero no hacía falta que me explayara en beneficio de los demás. Recordé que Ryan le había dicho que debería estar acostumbrada a despertarse y encontrarse una serpiente dormida a su lado. No habían sido las Navidades más alegres después de aquello.

—Es horrible —dijo Lisa con un escalofrío—, tu pobre madre.

Compartimos otra mirada conspiradora y supe que volvía a sentirse bien.

—Dado tu amor por los animales, los pájaros y los reptiles, Ryan —dije—, no puedo evitar pensar que desearías haber cursado una especialización técnica en cuidado de animales o algo así en lugar de bachillerato...

—Sí —dijo—, puede.

Sabía que se había precipitado al decidir el otoño pasado y sin apoyo, así que no era de extrañar que no lo hubiera clavado a la primera, pero aún no era demasiado tarde.

—Tal vez —sugerí—, podrías cambiar de curso en septiembre. Ahora sería el momento perfecto para empezar a pensar en ello, ya casi has terminado tu primer año.

No lo había presionado con repasos ni deberes, lo que había ayudado a que se pusiera las pilas él solito.

—Incluso podrías buscarte otras prácticas.

—Pero eso significará que no tengo nada que mostrar este año.

—Todavía tendrás tus notas de bachillerato —dijo Jacob sabiamente—. Y, según mi experiencia, nada de lo que ocurre en la vida se desperdicia. Las cosas horribles a veces resultan ser los catalizadores que te llevan a algo aún mejor. Algo que no esperabas.

Me miró y sonrió. Consciente de la mirada de Ryan, me dispuse a recoger los platos y recipientes vacíos.

—Lo que me recuerda —dijo Lisa— que nunca nos has contado qué fue lo que pasó en tu vida, Jacob, para que terminaras comprando tu casa en la plaza.

—No —dijo con una sonrisa—, no lo he hecho, ¿verdad?

Lisa esperó, pero Jacob no dijo nada más.

—Bien hecho, muchacho —resolló Harold—, así se hace. No cedas ante ella o nunca más podrás tener ningún secreto.

Todos nos reímos y Lisa negó con la cabeza.

—Esto es malo —dijo entre dientes—, estoy perdiendo el toque, y justo cuando necesito seguir rellenando el pozo de la inspiración.

—Voy a enjuagar estos platos en la cabaña —dije, con la esperanza de distraerla aún más, mientras todo el mundo empezaba a estirarse y a decidir si seguir trabajando en el jardín o irse a casa a dormir la siesta y volver cuando refrescara.

—Te echo una mano —dijo Ryan.

Había pensado que no sería necesario explicarle lo que había estado a punto de presenciar la noche anterior, pero, dado lo callado que se quedó una vez que nos quedamos solos, no creí que tuviera muchas opciones.

—Sobre anoche... —empecé.

—No es asunto mío —se encogió de hombros.

—Sé que no lo es, pero quiero explicártelo.

—No quiero que lo jodas —soltó, tirando el paño de cocina, y se dejó caer pesadamente sobre una bolsa de abono que hacía las veces de asiento improvisado.

—¿Joder el qué?

—Sea lo que sea lo que has empezado con Jacob, no quiero que lo eches a perder.

—En realidad, no he empezado nada —le dije sinceramente—, todavía.

—No —dijo—, pero lo vas a hacer. Es obvio que os gustáis.

¿En serio? Esperaba que nadie más se hubiera dado cuenta.

—¿Y eso es un problema?

Ryan se encogió de hombros.

—Creo recordar que asumiste que éramos pareja el día que llegaste —le recordé—. Cuando fuimos a recogerte a la estación, pensaste que estábamos juntos.

—Sí, pero eso fue entonces.

—No lo entiendo.

—Entonces no conocía a Jacob, ¿verdad? —Resopló—. En realidad, tampoco te conocía a ti. No significabais nada para mí.

—Pero ahora...

—Pero ahora —dijo, empezando a sonar enfadado—, es mi colega.

—Ya veo.

—Y si metes la pata dejará de serlo. Si empiezas a salir con él y luego sale mal, seguro que cambiarán las cosas entre él y yo.

—¿Por qué asumes que acabará en desastre?

—Digamos que es una corazonada —dijo—, algo que ver con nuestra genética de

mierda, tal vez.

—Oh, Ryan —suspiré, poniendo una mano en su hombro.

Se encogió de hombros. Me dolía pensar que estaba convencido de que solo yo podía estropear las cosas. Por lo visto, Jacob no tenía ninguna culpa y, si la relación se acababa, sería por algo que yo había dicho o hecho. No era justo, pero sabía que se trataba más de nuestra madre que de mí.

—Sé que suena a mierda —continuó—, y sé que es completamente egoísta, pero es lo que siento.

—Y siento que te sientas así, de verdad.

—Entonces, ¿no vas a salir con él? —preguntó esperanzado.

—¿Qué?

—¿No vas a salir con él?

—¿Hablas en serio? —dijo Jacob más tarde, una vez que le hube explicado las preocupaciones de Ryan.

—¡Cuidado! —dije con la voz entrecortada, saltando fuera del camino mientras él giraba, rociando el suelo a mis pies con la manguera—. Se supone que debes regar las verduras, no a mí.

Era tarde y todo el mundo se había ido a casa. Ni Harold ni el grupo de Lisa habían vuelto después de sus siestas vespertinas, pero no me importaba. Por mí, cuanto más tiempo pudiera pasar a solas en el jardín, mejor. Me mantenía la mente ocupada. La mayor parte del tiempo.

—¿De verdad cree que lo dejaría de lado si tú me dejaras a mí? —murmuró Jacob, sacudiendo la cabeza.

—Suena muy duro cuando lo dices así —dije—, pero no puedes culparlo. Las únicas relaciones adultas de las que ha sido testigo son las que nuestra manipuladora madre ha orquestado, así que difícilmente tiene buenas referencias.

—Pero pensar eso —continuó Jacob—, sobre mí.

Parecía muy disgustado.

—Por favor, no te lo tomes como algo personal —le supliqué—. Seguramente deberías sentirte feliz de que piense tanto en ti que no pueda afrontar la idea de perderte.

—Supongo.

—Por eso dice todo esto. Me dijo que ha sido más feliz viviendo aquí estos últimos meses que en mucho tiempo y creo que le aterra que algo cambie por si se estropea.

—Pero las cosas en la vida cambian.

—Lo sé —dije—, y tú lo sabes, y en el fondo Ryan también, pero, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado el pobre, ¿no crees que se merece que estos días brillen en su vida como un faro de felicidad en los que nada iba mal, el sol siempre brillaba y todo y todos eran perfectos?

—Joder —dijo Jacob con una sonrisa—, no hace falta que te pongas así. Ese discursito tenía más azúcar que los pasteles de Mark.

Cogí la manguera y la dirigí hacia él.

—Oye —dijo, arrebatándomela—. No creo que sea un juego al que quieras empezar a

jugar, ¿verdad? Ese vestido se volvería bastante transparente si lo empapara, ¿y cómo se vería eso ante el mundo cuando volvieras a casa?

—Está bien —dije riendo—, lo siento.

—Dios, me encantaría verte empapada hasta los huesos —gimió—, esa fina tela aferrándose a esos hermosos...

—¡Eh! —interrumpí—. ¿Quién está siendo cursi ahora?

—Eso no era azúcar —dijo, volviéndose hacia el parterre de calabacines—, era pura lujuria.

Maldito Ryan y su veto a las relaciones. Me preguntaba si incluiría un ratito calenturiento en la parte trasera de la cabaña.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Alcé las cejas.

—Con Ryan —aclaró Jacob—. ¿Crees que deberíamos parar esto?

—¿Y tú?

—Sí —dijo—, supongo. No quiero —añadió enérgicamente—, créeme, pararlo es lo último que quiero hacer, pero no creo que tengamos elección.

—Tienes razón —acepté a regañadientes—. Tendremos que seguir como hasta ahora y ver qué pasa. Si sigue viéndonos juntos, puede que decida que en realidad todo podría ir bien.

—Que irá bien —insistió Jacob—. Y, mientras tanto, tendremos que asegurarnos de que no estamos solos, porque no sé tú, pero yo no puedo responder de mi autocontrol.

—Ahora estamos solos —le recordé.

—Exacto —dijo, mirando a su alrededor y dando un último golpe a la manguera—, y mira cómo ha estado a punto de acabar.

Capítulo 25

La semana siguiente resultó ser casi tan ajetreada como la anterior, así que tuve muy poco tiempo y oportunidades para preocuparme por encontrarme a solas con Jacob. Ceder a la tentación lujuriosa era la menor de mis preocupaciones porque apenas nos veíamos. Él estaba ocupado con su ajetreada agenda de fin de curso, y yo me apresuraba a hacer que los cambios en Greengages se produjeran lo mejor posible y me quejaba del calor.

Todos teníamos que regar el jardín, incluido Ryan, ahora que había terminado las clases, y era imposible dormir bien por la noche. En todas partes se habían agotado los ventiladores eléctricos y los aparatos de aire acondicionado autónomos, y los ánimos empezaban a crisparse.

—¿Aún no has terminado? —gimió Harry durante el cierre, un día hacia el final de la semana—. No ha habido tanto trabajo. No puedo creer que haya tanto que contar.

—No lo hay —dije, echando de nuevo el cambio en la caja y empezando a contar otra vez—, pero tengo el cerebro frito y sigo contando mal. Estoy cansadísima.

—Aparta —dijo Harry, haciéndome señas para que me alejara—. Déjame a mí. Vete a casa y date una buena ducha fría.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo—, adelante, puede que te anime un poco.

No necesitaba que me lo dijeran dos veces. La tienda era sofocante y polvorienta, y yo necesitaba un poco de aire fresco. Aunque el aire no era especialmente fresco en ese momento. Salir era como abrir la puerta de un horno. Estar fuera no tenía nada de refrescante.

—De acuerdo —dije, haciéndome a un lado—. Gracias, Harry.

No tenía prisa por volver a casa. Desde que el sol había empezado a caer a plomo, el lugar se había convertido en una especie de lugar de encuentro para adolescentes. Ryan y Joe no paraban de merodear por allí y, a principios de semana, al llegar a casa, me había encontrado con chicos que no reconocía tirados por todo el jardín. Había un aroma alrededor de uno de ellos que olía demasiado a hierba para mi gusto.

—No me importa que Joe y tú estéis aquí —le dije a Ryan sin que me oyeran los demás—, pero no este grupo.

Esperaba que gimiera un poco, pero parecía aliviado.

—Ni siquiera los he invitado —me confió—. Kyle ha aparecido, y los demás han venido con él.

—¿Kyle, el chico que estaba en la casa de Wynmouth cuando intenté llamarte en mayo? ¿Ese Kyle?

—Sí. —Ryan tragó saliva, mirando nerviosamente por encima del hombro—. Ese. Al parecer, había visto mi foto en el periódico de su padre después de la fiesta de Colin, y entonces mamá le dijo que vivía contigo. Me ha seguido la pista.

A pesar de lo furiosa que estaba por haber dejado entrar a los chicos, había algo

desconcertante en el comportamiento de Ryan y en su tono callado que sugería que su amistad con Kyle no era exactamente como yo había imaginado. Cuando había hablado con él por teléfono, lo había metido en la categoría de «chico descarado», donde terminan la mayoría de los adolescentes que conozco, pero ahora no estaba tan segura de que ese fuera el lugar adecuado para él.

—Bueno, deshazte de todos ellos —le dije a Ryan bruscamente—. Excepto de Joe, por supuesto. Y asegúrate de que sepan que no pueden volver.

Lo último que necesitaba era estar preocupándome por lo que pasaba en la plaza cuando se suponía que tenía que estar trabajando.

—Vale —aceptó—, les diré que quieres que se vayan. ¿Pasa algo si les digo que los echas tú, no yo?

—Claro que no —le dije—, porque es verdad.

Como no me apetecía estar en compañía de Ryan y Joe esa noche, me dirigí a la tienda de Colin en su lugar. Por alguna razón, en A Good Book siempre hacía un par de grados menos que en cualquier otro sitio y sería un placer echar un vistazo a la sección de libros de cocina. Me sentía un poco frustrada por no haber podido pasar mucho tiempo en mi cocina trabajando en posibles recetas para el libro, pero, dadas las temperaturas de más de treinta grados a las que habíamos estado sometidos, ni siquiera yo tenía ganas de estar de pie y removiendo, embotellando e hirviendo delante de los fogones.

—¡Oye, Poppy! ¡Espera!

Me giré y vi a Lou a unos pasos por detrás de mí.

—Te he estado llamando durante toda la calle —jadeó al llegar hasta mí—, ¿no te has enterado?

—No —dije—, lo siento. Estaba a kilómetros de distancia.

—No estarás pensando en Jacob por casualidad, ¿verdad? —Me guiñó un ojo—. ¿Vais a poneros a ello ya o qué? Estamos esperando, ya sabes.

—¿Y qué hay de ti y Colin? —le respondí—. ¿Cómo van las cosas entre vosotros dos? Estoy esperando a ver si se deshace de la enfermera Natalie por ti, ya sabes.

Sabía que era mezquino, incluso conforme las palabras se me escapaban de la boca, pero no había sido capaz de reprimirlas una vez que habían empezado a fluir. Como era de esperar, Lou parecía más que dolida.

—Ay, Dios, ignórame, Lou —dije—. Lo siento. Este calor está empezando a afectarme. No era mi intención.

—Supongo que me lo merecía —dijo, dedicándome una sonrisa vacilante—, no es asunto mío, pero últimamente parece que os estáis acercando y, aunque no tuvisteis el mejor de los comienzos, no puedo evitar pensar que seríais perfectos el uno para el otro. Ojalá os pusierais de acuerdo y os dierais cuenta.

—Oh, Lou —gemí—, nos hemos dado cuenta, pero no va a pasar.

—¿Qué? —graznó—. ¿Por qué no?

Sacudí la cabeza.

—Venga —dijo, enlazando los brazos y tirando de mí—, vamos a la tienda de Colin. Allí hará más fresco y podrás contármelo todo.

No me apetecía mucho hablar de ello, pero tenía razón, en la tienda se estaría mejor que en la calle, y quizá si ella y Colin escuchaban los problemas que Jacob y yo teníamos, verían lo sencilla que podía ser su propia relación.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Colin con el ceño fruncido, mientras me tendía un vaso de limonada con hielo—. Jacob y tú os gustáis de verdad, habéis decidido que queréis ser algo más que amigos, pero, como Ryan tiene miedo de perder a Jacob si la relación no funciona, no vais a salir.

—Sucinto como siempre, Colin —asentí, antes de tomar un sorbo frío y refrescante—. Lo has resumido maravillosamente.

—Pero ¿qué pasará cuando Ryan vuelva a casa? —preguntó Lou—. ¿Estará todo listo entonces? Quiero decir, Ryan ni siquiera necesitaría saberlo, ¿verdad? En principio, no.

—A decir verdad —le dije—, no he pensado tanto en el futuro.

No me gustaba mucho la idea de enviar a Ryan de vuelta con mamá, pero había cierta inevitabilidad en ello, aunque ninguno de nosotros lo hubiera mencionado. Simplemente no era factible que se quedara conmigo para siempre. Ryan tenía que ponerse las pilas y pensar qué quería hacer con su vida. Había estado estudiando sus opciones y había informado en el instituto de que tal vez no seguiría con sus estudios de bachillerato, pero no había llegado a decidir qué haría si los abandonaba.

—Menudo sacrificio estás haciendo, Pops —dijo Lou con la mirada clavada en la espalda de Colin, que se afanaba en ordenar una pila de libros.

—La familia primero —murmuró él.

—Sé que la familia es lo primero, Colin —continuó—. Nos lo has dicho muchas veces, pero no siempre es tan sencillo, ¿verdad, Pops?

—No —asentí, pensando en nuestro primer beso y en el posterior, más apasionado, en el sofá—, definitivamente no.

—Ah, ¿no? —dijo Colin, levantando la vista y subiéndose las gafas aún más por la nariz.

—No —dijo Lou con un suspiro—. Cuando encuentras al elegido, la idea de tener que renunciar a él por cualquier motivo, familia incluida, te rompe el corazón, sobre todo cuando te ha costado tanto encontrarlo.

Colin asintió y volvió a su tarea de clasificar libros.

Esto no estaba funcionando como esperaba. Tal vez tenía que hacer un asalto más directo en el par de ellos.

—Así que, Colin —dije un poco más alto—, ¿estás listo para el fin de semana? ¿Qué planes tienes para la enfermera Natalie?

Lou me miró y negó con la cabeza. El ceño fruncido que tenía grabado en la cara habría podido competir con el de Ryan el domingo.

—Aún no estoy seguro —dijo.

—¡No estoy seguro! —Me reí—. Pensaba que ya lo tendrías todo bien planeado. —Colin era metódico como poco—. Una cena romántica para dos a la luz de las velas —dije, soñadora—, seguida de un paseo por algún lugar apartado...

—Tal vez —interrumpió—. Ya veremos.

—¿Detecto una falta de entusiasmo repentina? —me abalancé. Eso esperaba. Haría mucho más fácil lo que iba a hacer a continuación.

—No —dijo, sus ojos parpadearon momentáneamente hacia nuestra amiga común—, quizá... quizá.

Lou estaba sentada, quieta y callada, con la mirada fija en sus sandalias. Estaba segura de que contenía la respiración.

—Ella no es... —tartamudeó él—. Oh, no lo sé, ella no es...

—¿Lou? —interrumpí.

—¿Qué? —dijo ella, volviendo a mirar hacia arriba.

De repente, Colin parecía más un cervatillo asustado que el dueño de una librería de segunda mano.

—No. —Me reí—. Estaba hablando con Colin.

—¿Qué? —dijeron los dos a la vez.

—Decías que Natalie no era y luego te has callado, así que he completado «Lou». Natalie no es Lou.

Los dos se miraron y luego volvieron a mirarme.

—De acuerdo —dije, levantándome, y puse a Lou en pie—. Déjame que te lo explique.

La acerqué a Colin, le cogí la mano y la puse en la de Lou.

—Lou —empecé—, Colin ha estado enamorado de ti desde el primer momento en que te vio.

Colin empezó a balbucear, pero no le soltó la mano.

—Y, Colin —dije, volviéndome para mirar su cara roja y sus ojos saltones—, Lou también está enamorada de ti. No se dio cuenta hasta que te fuiste y luego volviste poniendo en un altar a la cuidadora de tu padre, y no se ha sentido capaz de decírtelo porque pensaba que tu afecto estaba en otra parte.

Ahora era Lou la que se atragantaba.

—Ya está —dije, aplaudiendo satisfecha con mi minuto de trabajo—. ¿No te sientes mejor?

Volví a la ventana, recogiendo mi vaso por el camino. Necesitaba un trago después de aquello. No sabía de los corazones de Lou y Colin, pero el mío latía con fuerza.

—Tal vez —dije, volviéndome hacia ellos—, ahora... —No hubo necesidad de terminar la frase porque la pareja estaba abrazada, besándose apasionadamente como si tuvieran años de momentos perdidos que compensar. Lo cual, por supuesto, era cierto.

Me moría de ganas de contarle a Ryan cómo les había contado a Lou y a Colin que estaban locos el uno por el otro pero que eran demasiado tontos para darse cuenta, pero cuando llegué a casa no estaba. Entonces recordé que había dicho que se iba al centro juvenil y luego a Prosperous Place para pasar por el sistema de seguridad con Luke antes de cuidar de Violet y Dash el fin de semana.

Aproveché que, por primera vez en mucho tiempo, tenía la casa para mí sola y no hice absolutamente nada. Aparte de darme una ducha fría, pedir comida para llevar y hojear las páginas del libro de recetas de mi abuela. Había descubierto que la clave para mantenerse algo fresco era moverse lo menos posible. Me pregunté irónicamente si Lou y

Colin se las estarían arreglando para seguir esa teoría.

Habían pasado unas horas desde que los había dejado, así que decidí enviarles un mensaje rápido a cada uno para comprobar que todo iba bien. No pensaba disculparme por lo que había hecho. En todo caso, estaba segura de que no tardarían en agradecérmelo.

—¡Eh, Ryan! —grité cuando la puerta principal se cerró de golpe y oí el familiar golpeteo de las garras de Gus en el suelo del pasillo.

A ese perrito se le iba a romper el corazón cuando tuviera que volver con Colin. Si por mí fuera, habría propuesto algún tipo de acuerdo de custodia compartida, pero estaba segura de que mi madre no lo aceptaría, así que ni pensarlo.

—¿Cómo te ha ido?

—Muy bien —dijo al entrar en la habitación.

No parecía muy entusiasmado.

—¿Qué pasa? —Fruncí el ceño.

—¿Qué haces? —También frunció el ceño.

—Buscando mi teléfono —dije, rebuscando entre el contenido revuelto de mi bolso, que estaba esparcido por el sofá—. No lo has visto, ¿verdad?

—No —espetó—, ¿por qué demonios iba yo a saber dónde está tu teléfono?

—Oye —le dije, parándome a mirarlo—, no hace falta que me saltes a la yugular. Solo preguntaba.

—Lo siento —murmuró, alcanzando el menú de comida para llevar—. ¿Has cenado comida china?

—Sí —dije, volviendo a mi búsqueda—, te he guardado un poco, está en la nevera.

—¿Cómo la has pedido?

—¿Qué?

—La comida para llevar, ¿cómo la has pedido?

—Ah —dije, dándome cuenta de que en realidad intentaba ayudar, no llenarse la barriga (una tarea imposible)—. He usado el teléfono fijo.

—Quizá te has dejado el móvil en el trabajo —sugirió.

—Puede ser —dije, tratando de pensar dónde lo había visto por última vez—. Dado cómo me he sentido hoy, no me sorprendería, pero estaba segura de que lo había metido en mi bolso.

—Entonces, a lo mejor te lo he mangado —volvió a replicar—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡Claro que no es eso lo que quiero decir! —dije con la voz entrecortada, sorprendida por el repentino cambio—. ¿Por qué dices eso? ¿Qué demonios te pasa?

No dijo nada, solo se encogió de hombros con cara de mala leche. Era todo aristas y tensión.

—Probablemente tengas razón —dije, respirando hondo—, lo más probable es que mi teléfono esté, como has dicho, en algún lugar del trabajo. Nadie te está acusando de nada. ¿Por qué estás tan irritable?

Después de haber vivido con él durante un tiempo, estaba bastante acostumbrada a sus cambios de humor cargados de hormonas, pero esto era distinto. Esto estaba fuera de

la escala de cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Estaba agresivo, a la defensiva, y no se parecía en nada a mi adorable hermano.

—No sé —dijo bruscamente—, puede que esté cansado. Hace mucho calor. Realmente me está afectando.

Nos estaba afectando a todos, pero su mal genio era mucho más que eso. Con ola de calor o sin ella, había empezado la semana lleno de entusiasmo por lo bien que le había ido como guardián de las gallinas y estaba desesperado por que llegara el fin de semana, cuando podría demostrar su valía como guardián de las llaves de Prosperous Place. Entonces, ¿qué había pasado en el ínterin? Este arrebato explosivo no tenía sentido.

—Voy a subir —dijo, antes de que pudiera interrogarlo más.

—Pero ¿y tu cena? —le pregunté.

—Me la comeré mañana.

De mal humor *y* sin comer. Definitivamente, algo iba mal.

Capítulo 26

Ni siquiera la combinación de insinuaciones del equipo de televisión local de que el tiempo mejoraría durante el fin de semana y las inminentes tareas de Ryan como cuidador de gatos fueron capaces de levantarle el ánimo o aligerar su humor. El viernes por la mañana, cuando bajó las escaleras para desayunar, estaba tan gruñón como la noche anterior.

—Lo has encontrado —dijo, dejándose caer en una silla de la cocina y señalando mi teléfono, que estaba sobre la encimera.

—No —dije—, lo han hecho los duendes.

—¿Qué? —Frunció el ceño y se sirvió un vaso de zumo de naranja.

—Anoche cuando me acosté no estaba y esta mañana sí.

—Raro.

—Mucho —coincidí.

Estaba segura de que mi teléfono no había estado allí cuando abandoné la búsqueda y me fui a la cama, así que los duendes eran la única explicación posible.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le pregunté—. ¿Te apetece quedar para comer?

—No puedo —dijo, levantándose de nuevo de la silla—. Tengo cosas extra que hacer en el jardín. Lisa está convencida de que el jurado va a venir cualquier día de estos y, si el tiempo estalla con tormentas eléctricas, tendremos que asegurarnos de tener todo lo más protegido posible.

Estaba tan entusiasmada con la perspectiva de una lluvia refrescante que no había pensado en los daños que podría causar. Una gran tormenta podría destrozarlo todo.

—¿Cena, entonces?

—Esta noche estoy en el club juvenil. —Bostezó, salió de nuevo y se llevó el vaso.

—Bien —dije—, bien. Bueno, quizá te vea mañana, entonces.

No contestó y mi teléfono empezó a sonar, distrayéndome de mi intento de que se comprometiera a pasar un rato conmigo el fin de semana. Esperaba que *fuera* solo el tiempo lo que le había puesto de un humor tan extraño. Todo había ido muy bien y, además de sacrificar mi posible relación con Jacob para que todo fuera sobre ruedas, quería que siguiera así. Al menos estaba dispuesto a ayudar más en el jardín, ahora que la presión del concurso aumentaba. Sí, me dije, era solo el tiempo. Y, tal vez, el influjo de la tempestuosa testosterona adolescente.

***

Aquel viernes fue, sin duda, uno de los más largos y uno de los más tranquilos en el trabajo.

—¿Dónde está todo el mundo? —gemí, reorganizando el expositor de frutos rojos por enésima vez.

—¿Quieres dejar eso? —me regañó Harry—. Si sigues así, estará demasiado toqueteado para venderlo.

—Bueno, estoy aburrida —me quejé, sonando más de la edad de Ryan que de la mía —. No hay nada que hacer.

—¿Vas a salir a comer?

—¿Con este calor? —me reí—. ¿Estás de broma?

—Ahí está —dijo Harry, que parecía satisfecho.

—¿Ahí está el qué?

—¿No crees que nuestros clientes se sienten exactamente igual? —dijo, secándose la frente con un gran pañuelo de algodón blanco—. Todo el mundo está harto. ¿No viste las imágenes del parque en las noticias de anoche?

—No.

—Todas esas tumbonas en las que invirtió el ayuntamiento y que se pusieron en el parque para que la gente disfrutara del buen tiempo.

—Lo recuerdo —dije, pensando en la historia reciente.

—Todas vacías —explicó Harry—. No había ni un alma. Nadie quiere estar en la calle ahora. La novedad ha pasado.

Tenía razón. En los últimos días había oído a muchos más clientes quejarse del sol que disfrutarlo. La única persona que conocía que seguía disfrutándolo era Blossom, y eso era porque decía que le recordaba a su infancia en el Caribe. Le encantaba estar recogiendo cosechas decentes de sus favoritos jamaicanos en su querido huerto. Me había prometido algunas semillas de *callaloo* para sembrarlas en el Grow-Well el año que viene.

—Tienes razón —asentí—. Esperemos que la lluvia llegue pronto y nos refresque un poco a todos.

—Más te vale —dijo Harry señalando las estanterías—, si no, te vas a pegar un buen maratón de hacer mermelada.

No dije nada, pero seguía sin apetecerme ponerme delante de un hornillo caliente, aunque fuera la oportunidad ideal para trabajar mi técnica.

La tienda se animó un poco más tarde, pero no hasta pasadas las cuatro.

—Creía que habrías cerrado pronto por hoy —me dijo un cliente mientras llenaba un viejo recipiente de helado con fresas para que yo lo pesara—, pero es que esta mañana no me atrevía a salir.

—Hemos tenido una avalancha de gente a las nueve —respondí mientras empezaban a entrar otros clientes, todos resoplando y con la cara roja—, pero después la cosa se ha calmado. Ha habido algunas entregas, pero, aparte de eso, casi nada.

—La gente, sin duda, ha venido a primera hora para evitar el calor —dijo sabiamente mientras pagaba—, y ahora todo el mundo se está aventurando a salir de nuevo. Se ha levantado bastante brisa —me dijo—, pero no ha bajado la temperatura.

Al final eran casi las seis y media cuando Harry y yo cerramos.

—Mira eso —dije, indicando el expositor con el que había estado jugueteando antes—, apenas nos queda nada. Los clientes se quejarán mañana.

—Típico —resopló Harry—. Creo que nunca hemos abierto hasta tan tarde. Ni siquiera en Navidad.

—Pero ha merecido la pena —dije, empezando a hacer la caja—, ha compensado el lento comienzo.

—Deja eso —dijo Harry—, márchate tú.

Le entregué el fajo de billetes que estaba contando y me alejé de la caja.

—Así puedes dar un lento paseo hasta el *pub*.

Colin y Lou me habían escrito pidiéndome que me reuniera con ellos en The Dragon, y estaba deseando saber si me habían perdonado por revelarles su amor mutuo. Si no se hubieran abrazado apasionadamente cuando los dejé la noche anterior, habría rechazado sus invitaciones, pero al verlos besarse de aquella manera no me quedaban dudas de que mi descarada declaración había sido acertada.

—Vale —le dije a Harry—, arreglo lo de delante y luego me voy.

—Gracias, cielo —dijo, sacando un puñado de monedas de la caja—. Si estas tormentas van a ser tan malas como sugieren los informes, no querremos arriesgarnos a dejar nada fuera.

Volví a pensar en el Grow-Well. No nos quedaba más remedio que dejar que nuestro querido jardín se las arreglara solo, pero al menos Ryan iba a acompañarnos y a ayudar a dar algún tipo de cobijo a lo que se pudiera mover y proteger.

—Mira eso —sonreí, despegando la camiseta de mi piel, cuando llegué al *pub* y encontré a Lou prácticamente sentada en el regazo de Colin en nuestra mesa de siempre —. Qué bien se os ve.

Para ser sincera, no sabía cómo podían soportar estar tan cerca, dado el calor que hacía. El corto paseo me había dejado bastante deshidratada. Estaba convencida de que todo el líquido que debería haber en mi interior se había evaporado.

—Siéntate un momento —dijo Lou, apartando una silla para mí con el pie—, te refrescarás después de estar sentada un rato.

—Y aquí —dijo Colin, entregándome un vaso de limonada—, esto está recién servido, aunque me temo que no queda mucho hielo.

—Gracias —dije, y engullí agradecida la mitad de un trago—, lo necesitaba.

Los miré por encima del borde del vaso.

—Bueno —dije—, ¿entiendo que me perdonáis?

—No hay nada que perdonar —sonrió Colin.

Besó la mejilla de Lou y le rodeó la cintura con una mano, dándole un apretón.

—Menos mal —reí—. Dios, me alegro mucho por vosotros. —Tragué saliva.

—Yo también —dijo Lou, un poco sin aliento.

—¿Y cómo se ha tomado la pobre Natalie la noticia? —le pregunté—. ¿Supongo que se lo has dicho, Colin?

—La he llamado esta mañana —dijo Colin con la sonrisa aún en su sitio.

—¿Y?

—Y —continuó— me ha dicho que ni por un segundo había pensado que hubiera algo serio entre nosotros porque cada vez que estábamos juntos yo me pasaba todo el rato hablando de cierta persona.

Me eché a reír.

—Me ha dicho que no se hacía ilusiones de que yo empezara a salir con ella porque

estaba claramente enamorado de Lou.

—Entonces, ¿las únicas personas en todo el mundo que no eran conscientes de lo que estaba pasando erais vosotros dos?

—Al parecer —dijo Lou, suspirando contenta—. Para ser sincera, Pops, no sé cómo nos has aguantado a los dos durante todo este tiempo.

—Para ser sincera —respondí—, yo tampoco lo sé.

Nuestra conversación se interrumpió al abrirse la puerta dejando entrar otra ráfaga de aire caliente y el retumbar lejano de un trueno.

—Jacob —dije con la voz entrecortada, alzando la vista. Su llegada era toda una sorpresa—. No esperaba verte esta noche.

—Lou ha enviado a Ryan a mi casa con un mensaje —frunció el ceño—, pidiéndome que nos reuniéramos todos aquí. ¿Va todo bien?

Se deslizó en el asiento contiguo al mío. Con su pierna apretada contra la mía, el calor entre nosotros era aún más intenso que la temperatura exterior.

—Colin y Lou tienen noticias —le dije, suponiendo que Lou lo había invitado por eso.

—¡Somos pareja! —anunció—. Colin y yo por fin hemos hablado.

—Gracias a Poppy —añadió Colin.

—Es fantástico —sonrió Jacob—. Felicidades, chicos, pero ¿qué tiene que ver Poppy con esto?

Colin empezó a contar algunos detalles de lo que había ocurrido la noche anterior y yo aproveché para escabullirme y pedir otra ronda de bebidas para todos. Lou me pisaba los talones.

—Espero que nuestro pequeño encuentro funcione tan bien para ti como el tuyo para nosotros —me siseó al oído, tirando con fuerza de la manga de mi camiseta.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—Lo de llamar a Jacob —sonrió, mirando subrepticiamente hacia donde los dos hombres estaban inmersos en su conversación—. Queríamos traerlo aquí para ver si podemos arreglar las cosas para vosotros dos.

—Oh, Lou —gemí.

—¿Qué? —soltó una risita, volviendo su atención hacia mí.

—Ya sabemos que nos gustamos —le recordé—, y si pudiéramos elegir, saldríamos.

Su sonrisa vaciló, pero no dijo nada.

—Sé que lo has invitado esta noche con la más bonita de las intenciones, pero ninguno de los dos está preparado para actuar según nuestros sentimientos sabiendo lo preocupado que está Ryan por lo que pueda o no pasar si las cosas no funcionaran. Os lo dije a ti y a Colin ayer mismo.

—Lo sé —dijo, y se mordió el labio—. Pero pensé, ¿y si tuviera unas palabras con Ryan? ¿Y si...?

—No —interrumpí—, por favor, no hagas eso. Se mortificaría si supiera que hemos hablado de la situación.

—¡Pero tú y Jacob deberíais estar juntos!

—Lo sé —le dije—. Soy muy consciente de ello, pero, al menos por ahora, somos felices como estamos. Si Ryan cambia de opinión en algún momento, entonces lo

retomaremos, pero por ahora —dije, mirándola directamente y sonando tan decidida como pude para asegurarme de que de verdad entendía que no había espacio para que ella interfiriera—, mantendremos las cosas como están. Por ahora, nuestra amistad es lo más importante.

—Solo quiero que seas feliz —murmuró—, tan feliz como yo.

—Estoy bien —le dije—, de verdad. Nunca he sido más feliz.

—Si estás segura...

—Al cien por cien —reiteré—. No hace falta que nos emparejemos.

Asintió, me dejó en la barra y volvió a su asiento junto a Colin.

—¿Cómo está el tiempo ahí fuera? —le pregunté a Jacob, mientras depositaba la bandeja de bebidas frescas—. Me ha parecido oír un trueno cuando has entrado.

Hablar del tiempo no era algo especialmente inspirador, pero pensé que lo mejor era alejarnos un poco del amor y de todas sus connotaciones y posibles complicaciones, al menos de momento.

—Sí —confirmó—, pero hace un calor de mil demonios y aún no llueve. Aunque los relámpagos son impresionantes.

—Más vale que llueva pronto —jadeó Lou, abanicándose con una carta—. Si no, nos volveremos todos locos. Ryan ha dicho que iba a ayudar a mover algunas cosas en el Grow-Well. Solo para estar seguros en caso de tormenta.

—No es mala idea —dijo Jacob, engullendo la Coca-Cola que le había pedido—. El jurado vendrá pronto, y sería una pena que el tiempo echara por tierra todo nuestro duro trabajo.

—¿Vas a ir al centro juvenil esta noche? —pregunté.

—Sí —dijo, levantando la vista mientras las luces se encendían y apagaban y los truenos volvían a retumbar, esta vez más cerca.

Había oscurecido tanto que habían encendido las luces del bar, pero, dada la tormenta que empezaba a formarse, no estaba segura de cuánto tiempo funcionarían.

—Voy para allá dentro de un rato —continuó—. Si el tiempo lo permite.

—Espero que Gus esté bien —le dije a Colin, recordando de pronto lo sensible que podía ser el perrito.

—Eso es lo curioso de Gus —dijo Colin, alegre—, no le importan en absoluto las tormentas.

Otro estruendo retumbó en el aire, haciéndonos saltar a todos.

—Menos mal —sonreí—. Espero que Violet y Dash no estén huyendo de Ryan.

No me gustaba mucho la idea de que mi hermano intentara encontrarlos en medio de la tormenta que oíamos que empezaba a arreciar.

—Creo que llamaré y me aseguraré de que está bien.

Perdidos en sus miradas, Colin y Lou no contestaron, y Jacob estaba ocupado con su propio teléfono, que acababa de sonar.

—Maldita sea —gimió, metiéndoselo de nuevo en el bolsillo, y vació su vaso—. Me tengo que ir.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras esperaba a que Ryan contestara.

—Es del centro juvenil —suspiró—. Un problema entre dos chicos. Tengo que irme.

Ryan no había contestado, así que colgué.

—Por casualidad no sabrás quiénes son los culpables, ¿verdad? —pregunté.

—No —me dijo—, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—Ryan no contesta al teléfono. —Tragué saliva—. Y no estoy segura de si estará en el jardín o en el centro juvenil ahora mismo.

—No tendrá nada que ver con él, Poppy —dijo Lou, saliendo de su trance—. Es un buen muchacho. Me atrevería a decir que todavía está en el Grow-Well.

—Pero aun así —dije, cogiendo mi bolso y mi cartera—, creo que iré contigo, Jacob, solo para estar segura.

—No —dijo, poniendo su mano sobre la mía—. No hagas eso.

—Pero...

—Mira —dijo—, si tiene algo que ver con Ryan, te mandaré un mensaje enseguida, pero estoy seguro de que no será así.

—Entonces, ¿qué hay de malo en que vaya contigo?

—¿Cómo va a quedar si me acompañas? —dijo Jacob, tratando de hacerme entender —. Si Ryan está allí y tú apareces, asumirá que pensabas que era uno de los chicos causando problemas, ¿no?

—Supongo que...

—Le molestará muchísimo —dijo Lou—, sobre todo si no tiene nada que ver con él.

Tenían razón. Sería un poco raro que yo fuera por primera vez justo cuando Jacob había recibido un mensaje diciendo que había problemas. Teniendo en cuenta el humor que Ryan había exhibido esa semana, probablemente lo enfadaría aún más.

—De acuerdo —cedí—. No voy.

—Pero ¿por qué crees que tiene algo que ver con Ryan? —Colin frunció el ceño.

Me sentía culpable por haberme planteado la idea, sobre todo cuando mis amigos estaban tan seguros de que no tendría nada que ver con él, pero sabía que a Ryan le pasaba algo. Tan solo no había manera de averiguar lo que era.

—Es que esta semana ha estado de un humor raro —dije, tratando de justificar mi sospecha—. No es él mismo en absoluto.

—Nosotros tampoco —dijo Jacob—. Este tiempo no nos ha hecho exactamente el alma de la fiesta, ¿verdad?

—Oh, no lo sé —dije, señalando con la cabeza a Colin y Lou, que se estaban besando otra vez—. Algunos lo han llevado mejor que otros.

Capítulo 27

Seguí a Jacob hasta la puerta cuando se marchó. La electricidad entre nosotros se sentía aún más cargada que la que corría a través de las oscuras nubes que se cernían sobre la ciudad.

—Prométeme que llamarás si es Ryan —le supliqué sin apenas atreverme a mirarlo.

—Te lo prometo. —Sonrió, bajó la cabeza y rozó ligeramente con sus labios mi cálida mejilla.

Todo este asunto de mantener nuestra relación en un estado platónico, ahora que habíamos reconocido que ambos queríamos que fuera cualquier cosa menos eso, era un trabajo duro y requería toda mi fuerza para no girar la cabeza y encontrarme con sus labios.

—Vale —susurré—, gracias.

Un rato después estaba lista para salir de The Dragon y, como no había sabido nada de Jacob, sabía que podía irme directamente a casa. Me sentí aliviada de que mis temores sobre Ryan fueran infundados, pero también un poco avergonzada por haber sacado conclusiones erróneas. Colin, Lou y yo estábamos en la acera y mirábamos al cielo. La tormenta, que nos había estado amenazando con lluvia toda la tarde, se había ido sin derramar una sola gota y, si cabe, el aire parecía aún más cálido y pesado que antes.

—Os veré el fin de semana —les dije antes de despedirnos—. Me alegro mucho de que todo os haya salido bien.

—Yo también —suspiró Lou soñadoramente—. Ahora todo lo que tenemos que hacer es que Ryan entre en razón sobre Jacob y tú, y estaremos teniendo citas dobles antes de que te des cuenta.

Colin negó con la cabeza.

—No te preocupes —me dijo—, la tendré bajo control.

—Gracias, Colin —dije con una sonrisa—, te lo agradeceré mucho.

Volví a la plaza y encontré a Gus felizmente acurrucado en su cama en la cocina. Colin había acertado; el perrito no parecía preocupado en absoluto por los truenos y trotó alegre hacia el jardín cuando abrí la puerta antes de prepararme una taza de té y subir a darme una ducha.

Sabía que Ryan no estaba en casa por la ausencia de calzado desechado en el pasillo con el que tropezar, pero por costumbre comprobé su habitación de todos modos. Todo tenía el mismo aspecto de siempre y me dirigí al baño, esperando que no llegara demasiado tarde. Ya iba a ser bastante difícil conciliar el sueño; si su cama permanecía vacía durante mucho más tiempo, sabía que no me dormiría.

***

Cuando me desperté, me sorprendió ver que eran casi las cuatro y media. El sonido de

un trueno me sacó de un sueño al que no esperaba sucumbir. Abrí las cortinas de la habitación y me asomé a la ventana con la esperanza de respirar un poco de aire fresco, pero seguía haciendo un calor sofocante y no había ni rastro de la lluvia prometida. Todo estaba tan reseco como la noche anterior, incluida yo.

Me dirigí silenciosamente al baño a por agua, pero no tenía por qué preocuparme de pasar a modo sigilo porque la puerta de Ryan seguía abierta y su cama estaba intacta.

—Sé que es pronto —me encontré diciéndole a Jacob un par de horas después ante su puerta, retorciéndome las manos y luchando contra las lágrimas—, pero me estoy volviendo loca y no sabía a quién más preguntarle.

—Poppy. —Frunció el ceño—. Por el amor de Dios, entra. ¿Qué ha pasado?

—Probablemente nada —dije, entrando en su vestíbulo e intentando sonar menos ansiosa de lo que me sentía—, pero Ryan no ha vuelto a casa y estoy que no puedo más.

Sabía que no era el único chico de dieciséis años del mundo que podía haber decidido no volver a casa un viernes por la noche, pero ahora mismo era mi responsabilidad y era el portero de Prosperous Place. Solo eso ya era suficiente para aumentar mi preocupación. Ryan se había tomado sus responsabilidades muy en serio últimamente y había estado deseando cuidar de Violet y Dash, así que esta repentina desaparición estaba aterradoramente fuera de lugar.

—¿Estuvo anoche en el centro juvenil? —pregunté—. No llamaste, así que pensé que todo iba bien.

—Así es —dijo Jacob, frotándose las manos por el pelo revuelto y dirigiéndose a la cocina—. Estaba allí cuando llegué, pero, como no tenía nada que ver con el problema, no te llamé.

—Bien —dije, aliviada.

Eso ya era algo.

—Y, para cuando ayudé a calmar los ánimos, se había marchado. Supuse que iba a ver a los gatos y que luego se iría a casa.

Me molestó que no me hubiera avisado de que Ryan se había ido, pero solo había prometido enviarme un mensaje si mi hermano tenía problemas y no los había tenido. Al menos, no entonces.

—Tal vez esté en casa de Joe —sugirió Jacob, vertiendo leche en dos tazas—. Tal vez decidió quedarse en su casa. Ese par son como uña y carne estos días.

—Tal vez —dije, presionándome las sienes con las puntas de los dedos para aliviar la presión que sentía.

Un dolor de cabeza sería muy desagradable, pero, dado el aire pesado y la preocupación, parecía inevitable.

—Pero si iba a cruzar la calle para ver a los gatos —dije, haciendo una mueca de dolor cuando dejé de masajear y el dolor empezó a palpitar—, ¿por qué iba a ir a casa de Joe en vez de volver a casa? Dadas las advertencias meteorológicas, habría tenido más sentido que viniera a la plaza, incluso con Joe, en lugar de atravesar la ciudad hasta su casa, ¿no?

Jacob se encogió de hombros.

—¿Estuvo Joe en el centro juvenil?

—No estoy seguro —admitió, poniendo una taza de té en la mesa frente a mí—. No me fijé mucho en quién merodeaba más allá de los implicados en el disturbio.

Me preguntaba si él pensaba que yo estaba exagerando. Pero no era así, ¿verdad? Que Ryan decidiera desaparecer precisamente ahora, cuando tenía tantas cosas entre manos, era como para montar un escándalo. Estaba segura de que mis temores estaban más que justificados.

—Mira, Jacob —le dije, cada vez más enfadada—, sé que probablemente estés pensando que estoy exagerando.

—No estoy pensando nada de eso —dijo en voz baja.

—Pero él no es así, ¿verdad? —continué, ignorando su negativa.

—Lo encontraremos —dijo Jacob, apartando la silla junto a la mía para poder sentarse cerca—. Te ayudaré. Te lo prometo.

—Gracias —susurré, con las palabras atascadas en la garganta.

Me levantó la barbilla mientras dos gruesas lágrimas intentaban escapar y rodar por mis mejillas. Las apartó y se inclinó para besarme. Volví la cara y mis labios se encontraron fácilmente con los suyos, la caricia firme y tranquilizadora, a pesar de estar prohibida, y me entregué a ella, encontrando consuelo a medida que los restos de mi ira se desvanecían.

Aunque amaba mi independencia y no tenía prisa por renunciar a ella, no tener que cargar sola con el peso de este problema era un alivio. El consuelo físico que Jacob me ofrecía no tenía una carga sexual, sino que se compartía con amabilidad, lo que resultaba alentador frente a la crisis actual.

—¿Qué es eso? —pregunté, echándome hacia atrás—. ¿Oyes las sirenas?

Jacob se tomó un momento para escuchar antes de responder.

—Ryan tiene el lugar amañado —sonrió—. Nos ha visto besándonos con un programa espía que ha instalado en secreto y ha llamado a la policía.

—No tiene gracia —dije, dando un respingo—, suenan muy cerca.

Salí corriendo de la cocina, recorrí el pasillo y abrí de un tirón la puerta principal. Estaban cerca. Estaban al otro lado de la calle.

—¿Qué está pasando? —le pregunté a Graham, que estaba hablando con una agente de policía justo delante de la puerta del jardín—. ¿Qué ha pasado?

—¡Poppy! —exclamó Jacob—. Espera, ¿quieres?

Me había apresurado a cruzar la calle mientras él cogía sus zapatillas y cerraba la puerta principal.

—Ha habido un robo —dijo Graham, mientras la agente empezaba a hablar por la radio y se adentraba en el recinto.

Explicó que había ido al jardín muy temprano para comprobar una vez más que todo estaba en su sitio por si caía el chaparrón previsto y, una vez terminado, tomó el camino más largo, que llevaba por el lateral de la casa, de vuelta a la puerta.

—Violet y Dash —me dijo— estaban jugueteando entre los arbustos que hay junto a la puerta de atrás. Supe enseguida que algo iba mal porque Ryan los había encerrado en casa anoche después de que hubiéramos terminado en el jardín.

Me alivió saber que mi hermano había cumplido con su deber antes de desaparecer.

—Sé que últimamente se levanta temprano —continuó Graham mientras Jacob se ponía al día—, pero pensaba que aún no los habría dejado salir y tenía razón. Cuando he ido a ver la casa, la puerta trasera estaba abierta de par en par.

—Oh, no —dije con la voz entrecortada—. ¿Has entrado?

—De ninguna manera —dijo Graham—. He podido ver, desde el pasillo hasta la cocina, que alguien había estado dentro. Todo parecía patas arriba y no iba a arriesgarme a entrar por si todavía estaban dentro. He salido directamente aquí y he llamado a la policía.

—Muy sabio —dijo Jacob, que se mordió el labio y frunció el ceño mientras estudiaba la puerta—. No parece que la cerradura haya sido forzada.

—No ha sido así —confirmó Graham—. Estaba cerrado como siempre cuando he llegado. He tenido que usar el código para entrar. Quienquiera que haya entrado debe haber escalado la pared.

Mi mente se puso en marcha, sopesando las posibilidades que explicarían cómo había sucedido aquello.

—No crees que Ryan haya cometido ningún error al cerrar la casa, ¿verdad? —Tragué saliva.

—Claro que no —soltó una voz enfadada detrás de mí.

—¡Oh, Ryan! —exclamé, girando sobre mí misma para mirarlo, con las mejillas encendidas—. Gracias a Dios. ¿Dónde demonios has estado?

—¿Qué pasa? —preguntó, ignorando mi pregunta—. ¿Qué ha pasado?

—Ha habido un robo —comenzó Jacob, pero no tuvo la oportunidad de explicar más.

—¿Es usted Ryan Radcliffe? —preguntó un agente masculino que acababa de volver corriendo por el camino hacia la verja—. ¿El señor Ryan Radcliffe?

—Sí —dijo Ryan, dando un paso adelante—. Ese soy yo.

—¿Puede venir conmigo, por favor?

Ryan se unió al agente bajo la franja de cinta policial que se había atado a ambos lados de la verja.

—¿Puedo ir con él? —le pregunté—. Soy su hermana.

—No será necesario —dijo el agente, alejándose con Ryan a su lado.

Mi hermano no miró hacia atrás y yo no podía creer que hubiera insinuado siquiera que lo ocurrido podía deberse a su negligencia. Luke y él habían revisado las cerraduras y el sistema de alarma al menos cien veces antes de que Ryan se hiciera cargo. Pero teniendo eso en cuenta, ¿por qué no había saltado la alarma?

—La puerta trasera había sido forzada con una palanca, Poppy —se apresuró a explicar Graham—. A mí no me ha parecido que la hubieran dejado abierta.

Ojalá lo hubiera sabido antes de abrir la boca.

—¿Y por qué no ha sonado la alarma, entonces? —pregunté de todos modos—. Si la alarma estaba activada, debería haber empezado a sonar en cuanto alguien entró y no tecleó el código para desactivarla, ¿no?

—¿Qué estás sugiriendo? —Jacob frunció el ceño, tan horrorizado como Graham.

—No estoy sugiriendo nada —dije—, solo estoy tratando de averiguar cómo sucedió,

eso es todo.

Por lo que pude descifrar, quienquiera que hubiera entrado en la casa se las había arreglado para saltarse tanto el código de la puerta *como el* del sistema de alarma una vez que había forzado la entrada. Lo único que les faltaba, y que lo habría facilitado todo aún más, era un juego de llaves. Llaves que, por suerte, mi hermano había guardado en un lugar seguro.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó John después de cruzar la carretera para unirse a nosotros, con Neil, Mark y Carole pisándole los talones—. ¿Estáis todos bien?

Di un paso atrás mientras Graham les contaba los detalles. Me pregunté por qué el agente de policía se había empeñado tanto en identificar a Ryan y llevárselo con él. Me habría sentido más tranquila si hubiera sabido dónde había pasado mi hermano la noche anterior y con quién, pero de momento tendría que esperar las respuestas a esas y a las docenas de preguntas que me rondaban por la cabeza.

—¿No crees que deberías llamar a Harry y avisarlo de que hoy llegarás tarde al trabajo? —sugirió Jacob cuando los minutos pasaron y ni Ryan ni los policías volvían a salir del recinto.

—Sí —suspiré—. Supongo que debería.

Aún era pronto, pero no parecía posible que en las próximas horas se resolviera lo ocurrido. Solo esperaba que el lugar no estuviera en demasiado mal estado y que no faltara nada de valor. O que no faltara nada en absoluto.

—Tendré que ir a casa a llamar —le dije a Jacob—, no se me ha ocurrido coger el móvil cuando he ido a tu casa.

Aunque debería haberlo hecho. Si Ryan hubiera estado intentando ponerse en contacto, habría sido más probable que enviara un mensaje de texto a que llamara.

—Si sale mientras no estoy, por favor, dile que venga directo a casa.

—Lo haré.

—¿No dejarás que desaparezca de nuevo?

—Por supuesto que no.

La red de rumores de la comunidad era lo bastante eficiente, incluso en nuestra parte de la ciudad, como para asegurarse de que Harry ya se hubiera enterado de que algo estaba ocurriendo.

—Ven cuando puedas —me dijo una vez lo hube informado de los detalles, o de lo que yo sabía de ellos—, y si puedes. No te preocupes si no puedes venir y ni se te ocurra pensar que esto tiene algo que ver con Ryan —continuó con firmeza, sonando como la figura paterna que ni mi hermano ni yo teníamos—. No tendrá nada que ver con él. Me atrevería a decir que solo está ayudando a la policía con sus pesquisas.

Terminé la llamada pensando que, dado que Ryan era el actual portero, Harry probablemente tenía razón. No era posible que hubiera participado en el robo de la casa. Puede que no lo conociera desde hacía tanto tiempo, pero sabía que era un buen chico, con un corazón de oro, que se había asentado en nuestra pequeña comunidad y disfrutaba del cariño y el respeto que su comportamiento y su amabilidad le habían granjeado.

Pero había algo, algo de miedo, que no podía dejar completamente de lado. Tal vez

era natural, dado que yo era responsable de él. ¿Le había dado demasiada libertad últimamente? ¿Había estado demasiado preocupada por mis sentimientos hacia Jacob como para detectar las señales de que Ryan podría estar metiéndose en problemas?

Me sobresalté cuando la puerta principal se abrió y se cerró de golpe. Los fuertes pasos que subían las escaleras me indicaron que era Ryan.

—¿Ryan? —llamé.

No contestó.

—¡Eh! —volví a llamar.

—No puedo creer que pensaras que no había cerrado bien —gritó.

—Lo siento mucho —respondí—. Ha sido una estupidez.

—Sí —dijo, retrocediendo con un golpetazo—. Lo ha sido.

—Lo siento mucho, ¿de acuerdo? —volví a decir—. Entonces no sabía que habían forzado la puerta —añadí, empeorando aún más la situación sin querer—. ¿Qué quería la policía?

—No importa —resopló—. Pero como puedes ver, no estoy arrestado, así *que* ellos no han pensado que hubiera hecho nada malo.

—No era por eso —le dije—. No creía que hubieras hecho nada malo.

No parecía creerme y, si yo hubiera estado en su lugar, probablemente tampoco me habría creído.

—No quiero hablar de eso —dijo con voz ronca, entrando en la cocina, y empezó a llenar la tetera.

Estaba desesperada por preguntarle dónde había estado toda la noche, pero sabía que no tendría ninguna posibilidad de obtener una respuesta.

—Te he decepcionado, ¿verdad? —dije en su lugar, con las palabras atrapadas en mi garganta—. Después de todo lo que dije sobre ser un adulto en el que podías confiar, después de prometerte que siempre estaría ahí para ti, la he cagado, ¿verdad?

—Olvídalo —dijo, mirando el reloj de la cocina—. ¿No es hora de que te prepares para ir a trabajar?

No dijo nada más. No era necesario.

Capítulo 28

Me preparé para ir a trabajar, como Ryan me había sugerido, y salí de casa sin decir una palabra más. Me había quedado unos segundos frente a la puerta de su habitación, preguntándome si tal vez debería haber sido más como Jacob; menos generosa a la hora de hacer promesas, sobre todo si acababa por no poder cumplirlas. Había prometido estar ahí para mi hermano y, justo cuando más me necesitaba, lo había defraudado al dudar de su capacidad para desempeñar con competencia sus responsabilidades.

—¿Dónde está Ryan? —preguntó Jacob cuando llegué de nuevo a la puerta para ver si podía hacer algo, o si había más información que obtener—. ¿Lo has visto? Dios mío, tienes un aspecto terrible, Poppy. ¿Qué ha pasado?

Los demás estaban charlando con la mujer policía, así que Jacob los dejó y se alejó un poco, llevándome con él para que pudiéramos hablar sin que nos oyeran.

—Sí, lo he visto. —Inspiré, haciendo lo posible por no llorar—. Me odia, Jacob.

—Claro que no te odia —me dijo, dándome un abrazo—. Solo está un poco enfadado por lo que has dicho, eso es todo. Ya recapacitará.

Sacudí la cabeza y me aparté.

—No creo que lo haga —le dije, sonándome la nariz con el trozo de papel de cocina que me había metido en el bolsillo antes de salir de casa—. Está muy enfadado.

—Los adolescentes suelen estarlo —sonrió, intentando animarme.

—No —le dije—, está muy enfadado y no puedo culparle.

Pensé en los últimos días, en cómo se había evaporado su entusiasmo por cuidar de Prosperous Place y en cómo se había mostrado más hosco, mucho menos sonriente.

—Y hay algo más... —empecé.

—¿Qué?

—No lo sé —dije—. Ojalá lo supiera, pero no lo sé.

El pobre pelo de Jacob no parecía que pudiera soportar mucho más maltrato y me desconcertó verlo pasarse los dedos por él una vez más. Ese abuso de sus folículos solo podía significar una cosa: Jacob también estaba preocupado. Volví a meterme la bola de papel de cocina en el bolsillo.

—Ha parecido diferente esta semana, ¿verdad? —admitió.

—Oh, Dios —gemí.

Quería que me dijera que estaba siendo paranoica en lugar de perspicaz.

—Mira —dijo—, ¿no crees...?

—¡Poppy! —me llamó Mark, haciéndome señas para que me acercara a donde el grupo seguía hablando con la policía.

—Sí —dije, dando un paso adelante nerviosa, olvidando la pregunta a medias de Jacob.

—Les estaba contando a sus vecinos —dijo el agente— lo mucho que nos ha ayudado su hermano cuando nos ha acompañado antes a la casa.

—Oh.

—Estaba bastante alterado por lo que había pasado.

—Lo sé —asentí.

—No paraba de decir que se sentía responsable de que hubiera ocurrido bajo su vigilancia.

—Sin duda, es un momento desafortunado para el muchacho —coincidió Graham con ella—, pero tal vez los ladrones habían estado vigilando el lugar y esperando a que Luke y Kate no estuvieran aquí antes de hacer su jugada.

—Es una posibilidad —dijo la agente—. Y si resulta ser así, entonces sí que ha sido mala suerte para Ryan, porque es evidente que el propietario lo tiene en gran estima y confía en él —prosiguió, volviendo la vista hacia la casa—. Hemos hablado con el señor Lonsdale y nos ha dicho que Ryan sería la única persona que podría darnos toda la información que necesitábamos sobre cerraduras y códigos y dónde se guardan las cosas más valiosas de la casa.

—Vaya —dijo Neil, silbando en voz baja—, eso sí que es algo.

—Lo es —dijo el oficial, sonriendo, sin siquiera un atisbo de sospecha—. No creo que haya mucha gente que le confíe a un muchacho tan joven ese tipo de información. —Se volvió de nuevo hacia mí—. Debe estar muy orgullosa de él.

—Sí, lo estoy, sí.

Sabía que no intentaba hacerme sentir aún peor, pero aun así lo estaba consiguiendo. Sus amables palabras estaban apretando bien el nudo de dolor que se había alojado en la boca de mi estómago. Si hubiera sido una serie policíaca, sabía que mi hermano habría sido el sospechoso número uno, pero esto era la realidad, y la única persona que había puesto a mi hermano en el punto de mira era yo. Miré a Jacob en busca de apoyo moral, pero no parecía escucharme.

—Ese hermano suyo probablemente necesitará que le digan que no ha sido culpa suya —dijo el agente, que se había reunido con su colega y también me señalaba—. ¿Supongo que ahora vive con usted?

—Así es —confirmé—, lleva un tiempo conmigo.

—Y lo echaremos mucho de menos cuando se vaya —dijo Carole—. Es un orgullo para ti, Poppy.

No podía soportar escuchar más.

—Si no me necesitáis —dije—, creo que me voy. Tengo que ir a trabajar.

—Voy contigo —dijo Jacob—. Pasaré a ver a Colin por el camino.

—Vale —dije—, quizá podrías ponerlos al corriente a él y a Lou de lo que ha pasado. No creo que pudiera soportar tener que pasar por todo de nuevo.

Harry se sorprendió al verme montando la tienda cuando llegó en su furgoneta poco antes de las nueve.

—Échame una mano con esto, ¿quieres? —preguntó, saltando para abrir las puertas traseras—. Y ponme al día.

—¿De dónde has sacado esto? —dije con la voz entrecortada—. Son más raros que una gallina con dientes.

Harry se dio un golpecito en la nariz y entre los dos metimos el ventilador de pie en la

tienda y lo pusimos a toda velocidad. No enfriaba mucho el aire, pero lo agitaba un poco, aliviando nuestra incomodidad en lo que iba a ser otro día ridículamente caluroso, además de hacer que la pila de bolsas de papel se deslizara por el mostrador y cayera al suelo.

Le di a mi jefe algunos detalles más sobre lo que había pasado, omitiendo cuidadosamente la parte en la que casi había acusado a Ryan de dejar la casa abierta, y nos acomodamos para otro tranquilo día. Me sentía culpable por no habérselo contado todo a Harry, pero no creía que pudiera soportar recibir otra mirada acusadora. Las que había soportado en la plaza ya habían sido bastante duras.

—Ya estoy harto de esto —se indignó Harry cuando el reloj llegó por fin a las tres—. Le damos hasta y media y luego cerramos.

No podía creer que el tiempo pudiera tener tanta repercusión, pero lo cierto era que el calor lo hacía todo diez veces más difícil. Las pocas personas que salían llevaban paraguas, no para refugiarse de la lluvia, que seguía negándose obstinadamente a caer, sino para protegerse del sol abrasador.

—Si esto no estalla esta noche —refunfuñó Harry mientras avanzaba hacia la parte de atrás y yo veía a Jacob al otro lado de la carretera—, yo... bueno, no sé lo que haré.

—Jacob —dije, apresurándome a abrir la puerta e ignorando las amenazas a medias de Harry contra el sol—, ¿va todo bien?

—Por supuesto que sí —dijo, bajando el paraguas para entrar—, deja de entrar en pánico. Te deshidratarás diez veces más rápido si sigues hecha un manojo de nervios, ¿verdad, Harry?

—¿Por qué está hecha un manojo de nervios? —Harry frunció el ceño.

Jacob me miró y yo incliné la cabeza lo suficiente, con suerte, para dar a entender que no le había explicado *todo lo* que había pasado.

—¿No le has contado a Harry lo que Ryan te oyó decir? —preguntó Jacob cuando ya caminábamos juntos de vuelta a la plaza.

Pateé una piedra del polvoriento pavimento y Jacob enlazó su brazo con el mío, más para mantenernos a ambos a la sombra que para sentirnos cerca.

—¿Y arriesgarme a que me hagan sentir aún peor? —grazné—. Llevo todo el día castigándome. No necesitaba darle la batuta a Harry para continuar el asalto.

Jacob asintió, pero no hizo ningún comentario. Evidentemente, él también pensaba que yo debía seguir dándome la lata por lo que había dicho.

—De todos modos —dije—, he decidido lo que voy a hacer. Cuando volvamos, voy a sentar a Ryan...

—Poppy...

—Y voy a hacer que me escuche.

—Poppy...

—Sé que dirás que debería dejarlo, pero...

—¡Pops!

—¿Qué?

—Tengo que decirte algo.

—¿Sí?

—Sí —asintió Jacob; su voz se había vuelto tan aguda como la mía—. Volvamos a la plaza y te lo explicaré.

Las zapatillas de Ryan no estaban en su sitio habitual y la casa estaba en silencio. La luz había adquirido un aspecto surrealista, como si estuviéramos bajo el agua, porque había mantenido las cortinas y las contraventanas bien cerradas. Al entrar, sentí un poco más de frescor que fuera, pero solo por un momento.

—Bueno —dije una vez me hube quitado los zapatos y nos serví a los dos un vaso de agua fría—, ¿qué es lo que tienes que contarme?

—Vale —dijo Jacob, rebuscando en su bolsillo en busca de su teléfono.

—¿Dónde está Gus? —Fruncí el ceño—. Espero que Ryan no lo haya sacado. Hace demasiado calor; se le abrasarán las almohadillas.

—Gus está con Colin —me dijo Jacob—. Ryan lo ha llevado a la tienda antes.

—Pero ¿por qué?

—Porque tu hermano ha decidido irse un par de días.

Levanté la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué? ¿Irse a dónde? Tiene dieciséis años, no puede irse así como así.

Jacob esperó a que terminara de bombardearle a preguntas.

—Me ha mandado un mensaje —dijo, levantando el teléfono—. Quería que te dijera que no te preocupes y que su marcha no tiene nada que ver con lo antes. Supongo que está con Joe —continuó—. Ha enviado el mensaje desde el teléfono de otra persona. No dice por qué no ha usado el suyo.

—Entonces, ¿cómo sabes siquiera que es de él? —pregunté, con un sollozo subiendo por mi garganta, empezando a entrar en pánico—. Cualquiera podría haberlo enviado.

—Dice que te ha dejado una nota en su habitación.

Subí las escaleras y entré en la habitación de Ryan. Nada parecía diferente, pero faltaba su bolsa de lona del fondo de su armario y había unas cuantas perchas vacías.

—Está aquí —dije, cogiendo el trozo de A4 que habían arrancado de un bloc—. Ya lo tengo.

No se podía negar que la nota estaba escrita por la mano de Ryan y las palabras, que me imploraban que escuchara lo que Jacob tenía que decir, eran definitivamente suyas. Sin embargo, no mencionaba nada sobre su teléfono.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —dije, dejándome caer en una silla—. Tiene dieciséis años, Jacob. No puedo fingir que esto no está pasando. ¿No puedes acceder a los archivos del centro juvenil y conseguir la dirección de Joe? Si es allí donde está, podríamos ir a buscarlo.

—No funciona así —dijo Jacob, paciente—. No tenemos esa información en nuestros archivos y aunque la tuviéramos...

—Pero...

—Aunque la tuviéramos —dijo más alto—, no podría hacerlo. Ya lo sabes.

—Entonces, ¿estás diciendo que no debería hacer nada? Seguramente debería denunciar su desaparición a la policía.

—No puedo tomar esa decisión por ti, Poppy —dijo Jacob suavemente—. Pero él no

ha desaparecido técnicamente, ¿verdad?

Estaba a punto de replicar, pero me interrumpió el teléfono fijo. Salí corriendo al pasillo para contestar.

—Hola —dije cuando descolgué.

—¿Está Poppy?

—Sí —dije—. ¿Quién es?

—Me llamo Sandra. Soy la madre de Joe.

Esperaba que no llamara para comprobar que Joe estaba conmigo. Ese sí que sería el giro definitivo.

—Ryan me ha pedido que te llame —continuó—. Se va a quedar con nosotros unos días y le preocupaba que estuvieras preocupada por él.

—Ya veo.

—¿Te parece bien? —preguntó—. A nosotros no nos supone ningún problema. Es muy buena compañía para Joe en realidad.

—Sí —dije, algo aliviada.

Tal vez era algo que los chicos ya habían planeado, después de todo.

—Sí, está bien —volví a decir—. Dile que lo veré pronto.

—Lo haré —dijo Sandra—. Es un chico encantador, ¿verdad?

—Sí —dije, imaginando que ella era una madre igual de encantadora—. Realmente lo es.

—¿Quién era? —preguntó Jacob cuando volví a la cocina y su móvil empezó a sonar.

—La madre de Joe —le dije—. Contenta por que Ryan se quede unos días en su casa, al parecer.

—Y este es otro mensaje de él.

—¿Qué dice?

—Dice que sabe que lo quieres, y... —vaciló.

—¿Y qué?

—Él también te quiere.

—¿Ha dicho eso?

—Bueno —dijo Jacob, sonriendo—, lo ha escrito, pero ese no es el quid.

—Entonces, ¿por qué no me escribe a mí? —susurré—. ¿Y por qué no está aquí?

—Creo que solo necesita un poco de espacio.

—Algún tiempo lejos de mí, querrás decir.

—¿Nunca te sentiste así cuando tenías su edad? —preguntó Jacob—. Yo sí. No podía esperar a llegar a la uni y luego, como sabes, me fui mucho más lejos.

Tenía razón, por supuesto. Me había ido de casa en cuanto tuve otro sitio al que ir. No me había centrado en mis estudios en absoluto, ahora me daba cuenta; simplemente estaba utilizando la vía de la licenciatura como la forma más plausible de salir de una vida familiar de mierda. No podía culpar a mi hermano por sentir la misma necesidad de libertad. Aunque el hecho de que hubiera huido de la vida en Nightingale Square que tanto me había costado crear me irritaba un poco. Pero, claro, ¿por qué mi versión de la perfección iba a coincidir con la suya?

—¿Dice algo sobre cuándo volverá?

—No —dijo Jacob, guardando su teléfono de nuevo—, pero supongo que estará en casa muy pronto.

No creía que pudiera hacer mucho más ahora. Denunciar la desaparición de Ryan estaba definitivamente fuera de la ecuación.

—¿Y ha ido todo bien hoy aquí? —pregunté, pensando en Prosperous Place.

—Sí —dijo Jacob—. Luke y Kate han regresado esta tarde. Han dejado a las niñas con Carole mientras iban a evaluar los daños y hablar con la policía.

—Por supuesto. No querrían llevarse a las pequeñas con ellos, ¿verdad?

—No —asintió Jacob—, pero resulta que no ha sido ni de lejos tan malo como podría haber sido. La cocina estaba patas arriba, pero quienquiera que estuviera allí no pudo llegar más lejos porque Ryan había puesto las cerraduras interiores. Para acceder al resto de la casa habrían tenido que volver a salir y empezar a romper ventanas, y obviamente pensaron que no merecía la pena arriesgarse.

—Me pregunto si destrozaron la cocina por frustración.

—Tal vez. —Jacob se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Pero eso no es para que te preocupes, Poppy, necesitas relajarte.

—¡Ja! —me reí—. Eso sí estaría bien.

No creía que hubiera nada en el mundo capaz de distraerme de mi cabeza llena de pensamientos y preocupaciones.

—Y resulta que sé justo lo que te puede ayudar.

—Bueno, mejor que no esté relacionado con el alcohol —le dije—. Después de todo lo que ha pasado hoy y este maldito calor, lo último que me apetece es beber.

En la terapia de relajación de Jacob sí se bebía un poco, pero no alcohol.

—Bueno —dijo, abriendo de par en par la puerta trasera para sacar una de las sillas de la cocina—. Esta será más o menos la altura adecuada —añadió, dando un paso atrás para evaluarla.

—¿Para qué? —le pregunté, siguiéndolo con los vasos llenos de tónica, limón y hielo.

Cogió su vaso y, después de que diéramos un buen trago, me relevó del mío, los puso juntos sobre la mesita de café y luego me sentó en la silla.

—Cierra los ojos —me ordenó.

—Sí, claro —murmuré—, eso ya lo he oído antes.

—No seas tonta —dijo con firmeza—, e intenta relajarte.

Mi estupidez no era más que un mecanismo de defensa. Era mi forma de calmar el palpitar de mi corazón y aplacar el hormigueo que había surgido al tocarse nuestros dedos cuando le había pasado el vaso. Tal vez, después de todo, había algo que podía distraerme de mis penas.

—Vamos —dijo—, estoy intentando ayudar, y me han dicho que resulta que soy muy bueno en esto, y —se apresuró a decir— no uses eso como excusa para otro comentario.

No dije ni una palabra más, pero hice lo que me decían y cerré los ojos.

—Bien —dijo; un lejano y profundo retumbar de truenos le proporcionó un dramático telón de fondo a sus palabras—, así está mejor.

—¿Crees que podría llover esta vez? —pregunté con la voz un poco quebrada al sentir

que se movía detrás de mí.

—Sí —dijo suavemente—, creo que podría.

La sensación de hormigueo se intensificó diez veces más cuando me movió la coleta hacia un lado, con el pelo acariciándome la nuca y haciéndome estremecer.

—No tienes frío, ¿verdad? —preguntó.

Podía oír la sonrisa en su voz.

—Ojalá —le devolví la sonrisa.

Me quedé quieta y callada mientras sus manos se movían por mi nuca; sus dedos recorrían con destreza y determinación la serie de pequeños nudos que habían sido responsables de hacerme caminar con los hombros casi tocándome las orejas durante todo el día.

—¿Qué tal? —preguntó—. ¿Está ayudando?

—Sí —susurré—, desde luego.

Continuó mientras empezaba a caer una lluvia suave y lenta y los truenos se acercaban un poco más. Agaché la cabeza, asombrada de que las manos de Jacob en mi cuello tuvieran un efecto tan excitante en partes de mi cuerpo que no podían estar más alejadas.

—¿Estás bien? —me preguntó, con la boca tan cerca de mi oreja que casi me la tocaba.

—Sí —respondí, levantando de nuevo la cabeza y poniendo mis manos sobre las suyas —. Sí.

No se resistió y tiré suavemente de ellas hacia abajo hasta que me cubrieron los pechos. Arqueé la espalda cuando sus pulgares empezaron a acariciármelos con la misma presión que había aplicado en los hombros.

—Poppy —gimió, mientras empezaba a llover un poco más fuerte—. No podemos...

Las palabras murieron en su garganta cuando me arqueé aún más, y su boca se encontró con mi clavícula y luego con mi garganta cuando rodeó la silla para arrodillarse frente a mí.

—Tu turno —dije, levantándome, y lo senté en la silla. Me subí la falda del vestido y bajé lentamente hasta sentarme a horcajadas sobre él.

Lo miré a los ojos y empezamos. Sus manos estaban en mi pelo, mis dedos desgarraban los botones de su camisa, mi vestido estaba por encima de mi cabeza y nos besábamos, besos abrasadores mientras la lluvia caía como aguijones agudos y deliciosamente fríos sobre nuestra piel desnuda.

Corrimos hacia la casa; él me llevaba en brazos y yo lo rodeaba con las piernas. Subimos las escaleras y entramos en el dormitorio. Caímos pesadamente sobre la cama, donde nos quedamos saciando la sed que sentíamos el uno por el otro mientras seguía lloviendo a cántaros.

Capítulo 29

Lo primero que pensé a la mañana siguiente fue que la tormenta seguía arreciando, pero, cuando salí de las profundidades del sueño más profundo que había disfrutado en semanas, me di cuenta de que no eran truenos, sino alguien que golpeaba con fuerza la puerta principal. Jacob, profundamente dormido a mi lado, no se movió y yo salí silenciosamente de la cama, me puse la bata y cerré la puerta del dormitorio.

—¿Qué pasa? —Tragué saliva, contemplando la cara manchada de lágrimas de Lisa y el ceño fruncido de Mark mientras abría la puerta principal—. ¿Qué ha pasado?

—Es el jardín —sollozó Lisa—, ¿puedes venir, Poppy? No sé qué vamos a hacer.

Mark se adelantó, le pasó un brazo por los hombros y le besó la cabeza.

—Ven en cuanto puedas, cielo, ¿quieres? —me dijo.

Sonaba más serio de lo que nunca le había oído y eso, unido a la desesperación de Lisa, echó por tierra todo el buen trabajo que Jacob había hecho sobre mis hombros.

—Todo el mundo está de camino —dijo, señalando con la cabeza Prosperous Place—. Vamos a ir a ver a Jacob y luego volveremos.

—No te preocupes por él —dije, pensando que, fuera lo que fuera lo que había pasado, nadie necesitaba descubrir que Jacob no estaba en casa a esas horas de un domingo por la mañana y luego empezar a preguntarse dónde estaba—. Me visto y voy a buscarlo. Vosotros volved ya.

Tal vez estaba siendo un poco paranoica, pero no creía que fuera tan descabellado que una mente inquisitiva como la de Lisa o Carole empezara a preguntarse si mi vecino y yo habíamos pasado la noche juntos; y lo último que quería era que Ryan se enterara, sobre todo porque Jacob y yo habíamos prometido que las cosas entre nosotros serían platónicas. Si mi memoria no me fallaba, y estaba segura de que así era, habíamos cruzado esa línea más de tres veces en las últimas horas.

—De acuerdo —resolló Lisa—, pero date prisa, ¿quieres?

—Lo haré —prometí.

Subí corriendo las escaleras y encontré a Jacob despierto y sentado en la cama.

—Bueno, buenos días —sonrió.

Tenía el pelo revuelto como de costumbre y manchas oscuras bajo los ojos que delataban que no había dormido ni de lejos las horas recomendadas. Sin embargo, parecía muy contento y relajado, y lo único que deseaba era volver a meterme con él bajo las sábanas y acurrucarme para pasar el resto del día. La culpa que había sentido por traicionar los deseos de mi hermano segundos antes se me olvidó momentáneamente, pero sabía que habría una razón, una razón importante, para que Lisa y Mark parecieran tan desolados.

Me despojé apresuradamente de la bata, dejando que se desparramara alrededor de mis pies, y Jacob apartó las sábanas.

—No hay tiempo para eso —dije, tirando de una camiseta limpia sobre mi cabeza—. Tenemos que ir al jardín.

—¿Qué, *ahora*? —Frunció el ceño, mirando el reloj de la mesilla de noche—. Pero si ha llovido toda la noche. Nadie esperará que vayas a regar esta mañana.

Había estado tan distraída viendo a mis vecinos que no me había dado cuenta de si la lluvia había refrescado la temperatura exterior. Desde luego, en el dormitorio seguía haciendo calor.

—No es eso —le dije, resoplando—, ¿no acabas de oír a Lisa y Mark?

Se encogió de hombros y supuse que no.

—Algo ha pasado en el Grow-Well —dije—. Todos van ya hacia allí.

—Oh, no —gimió Jacob, echando hacia atrás la sábana y regalándome una vista de su cuerpo hermosamente tonificado—, habrá sido la tormenta, ¿no? Apuesto a que ha hecho mucho daño.

Hacía más fresco, pero también había humedad, y nos acercamos preguntándonos a qué tendríamos que enfrentarnos. Al cruzar el umbral, sentí como si de repente me hubieran exprimido todo el aire de los pulmones.

—Esto no lo ha hecho la tormenta —balbuceé mientras mis ojos contemplaban la destrucción y devastación que teníamos ante nosotros—. Los truenos y la lluvia no podrían hacer esto.

—Tienes razón —dijo Graham—. Hemos sido objeto de vandalismo.

Todos nos acurrucamos bajo las ramas goteantes del viejo roble, esperando mientras la policía, esta vez agentes distintos, se paseaba evaluando los daños, haciendo preguntas y garabateando notas.

—No han tardado mucho en llegar, ¿verdad? —comentó Jacob.

—Probablemente por lo que pasó en la casa —dijo Graham.

Su tiempo de respuesta pudo haber sido rápido, pero no se quedaron mucho rato y no vi a ninguno de ellos barriendo la escena en busca de huellas dactilares; pero, dada la cantidad de lluvia que había caído, probablemente no habría quedado ninguna.

Cuando se fueron a casa con Luke y Kate, los demás trabajamos juntos para limpiar lo peor, reunir a las gallinas, reparar su corral y cortar lo que no se podía salvar. Ninguna parte del jardín se había librado de las indeseadas atenciones de quienquiera que hubiera entrado. Incluso el licor de flor de saúco de la cabaña había sido destrozado y derramado.

—Solo queda una caja —dije, sacándola, y la puse sobre la mesa.

—En ese caso —dijo Luke, que se había reincorporado y que, con razón, parecía más cansado que todos juntos—, me parece que deberíamos abrirla, ¿no crees?

—Sí —se animó John—, no dejemos que esos cabrones nos ganen.

—¡Papá! —lo regañó Tamsin con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Lo siento, cariño —le dijo, dándole un apretón y poniéndola en marcha de nuevo.

—No puedo creer que no hayamos oído nada —dijo Kate, colocándose el cangurito que sujetaba a Abigail en una posición más cómoda sobre su pecho.

—Fue la tormenta —dijo Harold—, no se oía nada por encima de ese viento.

Levantamos las copas y contemplamos el lamentable desastre que teníamos ante nosotros. Jacob había hecho un buen uso de sus manos, reparando los palos de las judías

y atando las plantas que quedaban, y las gallinas se lo estaban pasando en grande atiborrándose de algunas de las frutas y verduras que tenían a su alcance porque habían sido arrancadas de la tierra o de sus parras y arbustos y pisoteadas.

—Prepararé algunas cajas de verduras —dijo Carole con la voz entrecortada—. Podemos comernos la mayor parte de lo que se ha dañado. Debe haber algo que podamos salvar de todo esto.

Graham le tendió la mano y yo deseé poder hacer lo mismo con Jacob. Nadie había comentado que llegáramos juntos, pero no era de extrañar. Todos estaban demasiado preocupados con la misión de limpieza; además, yo les había dicho a Lisa y a Mark que iría a buscarlo.

—Sé que nadie quiere oírlo —dijo Neil, abordando con valentía el tema que todos teníamos en mente—, pero tenemos que reflexionar sobre el concurso.

—Sí —dijo Heather mientras ella y Glen se preparaban para llevar a su pequeña prole a casa a comer—, es un buen argumento, Neil. Ya no podemos ganar, ¿verdad?

—¡Pero después de todo nuestro duro trabajo! —sollozó Lisa.

—Queda muy poco —señaló su marido.

—Vayamos todos a casa a descansar —sugirió Luke—, y pensemos un poco.

La triste fiesta se disolvió con la cabeza gacha y el corazón encogido. Eché un último vistazo al estado del lugar antes de escabullirme por la verja para volver a la plaza.

—No me lo puedo creer —dijo Jacob, poniéndose a mi lado—. Después de todo nuestro trabajo. Sé que odiaba incluso pensar en ello cuando me mudé aquí, pero ahora no puedo estar sin él. Amo ese lugar tanto como te...

—Eh, vosotros dos —dijo Neil, abriéndose paso entre nosotros y cortándole el paso a Jacob—, ¿queréis veniros a casa?

—Gracias, Neil —dije, pensando en la silla de cocina que tenía que rescatar de mi propio jardín, junto con los vasos—, pero, si no te importa, necesito volver a la mía un rato.

—No te preocupes —dijo, asintiendo con la cabeza—, aunque nos veremos más tarde, ¿sí?

—Sí —prometí—. Dentro de un rato.

Jacob no retomó el hilo de sus pensamientos una vez que Neil se hubo marchado y, mientras metía la llave en la puerta principal, me di cuenta de que su frase no era lo único que había quedado pendiente y sin resolver. Nadie había hecho ninguna sugerencia sobre quién podría haber sido el responsable de destrozar nuestro querido Grow-Well y tampoco nadie había preguntado por qué Ryan no estaba ayudando en la operación de limpieza.

—¿Por qué crees que nadie ha preguntado dónde estaba Ryan? —le pregunté a Jacob mientras me ayudaba a secar la silla de la cocina—. Sé que todos estábamos haciendo cosas, pero ni uno solo ha preguntado dónde estaba. ¿No creerás que...?

—No —interrumpió bruscamente—. No lo creo. A nadie se le ocurriría la idea de que Ryan fuera responsable de lo que ha pasado allí.

—No iba a decir eso —respondí.

—Vaya. —Se sonrojó—. Lo siento.

—Iba a decir —tragué saliva, la idea me desgarraba el corazón— que probablemente había hablado con ellos y no conmigo. Quizá les dijo que se iba a casa de Joe.

Era un pensamiento horrible y, si era así, ¿por qué nadie me había avisado?

—No fue así —dijo Jacob, con la cara aún más colorada mientras dejaba la silla en la cocina, sobre el periódico que yo había extendido por el suelo por si goteaba al secarse.

No creía que pudiera volver a sentarme en ella sin experimentar las sensaciones de cosquilleo que Jacob me había provocado mientras estaba sentada en ella, y luego a horcajadas sobre ella la noche anterior.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro? —Fruncí el ceño—. Si nadie sabe que se ha ido a casa de Joe, ¿por qué no han preguntado dónde estaba?

—Lo saben —suspiró—. Se lo dije yo. Antes de ir a verte al trabajo el sábado, los reuní a todos en el parque y les conté que Ryan se quedaba con un compañero.

—¿Hablaste con todos antes de contarme lo de su mensaje de texto? —dije, con los vasos a punto de resbalárseme.

Jacob me los quitó con cuidado.

—Sí —dijo, cogiéndome las manos—. Sé que probablemente no me lo agradecerás, pero me preocupaba cómo ibas a reaccionar y no creí que quisieras enfrentarte a preguntas adicionales. Le devolví a Graham las llaves de Prosperous Place y les dije a todos que Ryan volvería pronto.

—Bien —dije—, entiendo.

—Sabía que te ibas a enfadar y quería asegurarme de que nadie empezaba a preguntarte por ello.

—¿Y por eso no han preguntado hoy por él?

—Sí —dijo con cara de vergüenza—. Espero no haberme pasado de la raya. No quería que te sintieras peor de lo que probablemente aún estás.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Cómo te sientes?

Me alivió que su respuesta demostrara que sabía exactamente de qué estaba hablando.

—Igual que tú —dijo, soltando mis manos—. La hostia de culpable. Prometimos mantener las cosas platónicas, ¿no? Y en cuanto Ryan se va...

—Lo prometimos —dije, asintiendo—, y hemos fracasado. Si se entera —añadí, sintiendo que se me saltaban las lágrimas de nuevo—, será un milagro que mi hermano vuelva.

Esa misma tarde nos reunimos todos de nuevo en el jardín y Lisa se encargó de supervisar la votación que decidiría si nos retirábamos de la competición por la que todos nos habíamos dejado la piel; pero antes de que empezara tenía algo que decirme.

—Poppy —dijo—, no íbamos a decir nada...

—... pero en vista de este último desastre... —añadió Carole.

—No queremos que pienses que ninguno de nosotros ha dado por sentado que —continuó Lisa—, porque él no esté aquí ahora, tu maravilloso hermano ha tenido algo que ver con lo que ha pasado aquí.

—O con la casa, ya que estamos —añadió rápidamente Luke.

—Jacob nos ha dicho que se ha ido a pasar unos días con un compañero —continuó

Lisa—, y que se siente más que destrozado por el hecho de que hayan entrado a robar en la casa mientras él estaba al mando.

—Fue un mal momento —sonrió Carole amablemente.

—Como lo que ha pasado aquí —murmuraron algunos de los otros.

—Pero solo es eso —dijo Luke con firmeza—, un mal momento.

—Y sabemos que probablemente estés deseando que no hubiera decidido irse —terminó Lisa—, así que no vamos a seguir con el tema, solo queremos que sepas que no lo culpamos de nada de esto.

Jacob me miró y me guiñó un ojo, y supe que no podía enfadarme porque se lo hubiera contado. Solo quería lo mejor para mí; todos lo querían.

—Gracias a todos —dije, ruborizándome bajo su atención—. Os lo agradezco de verdad, y sé que Ryan también lo haría si estuviera aquí, pero no está y esa es mi preocupación más acuciante ahora mismo. Si se entera de lo que ha pasado aquí esta noche, podría suponer que pensamos que él ha tenido algo que ver.

—No pensaría eso —dijo Neil tras acercarse mientras me frotaba el brazo—, sabe que le tenemos en gran estima.

—Pero si estás tan preocupada —sugirió Mark, poniéndose a mi otro lado—, ¿por qué no lo llamas o le mandas un mensaje? Te adelantas y se lo explicas todo.

—Sí —dijo Neil—, antes de que se entere por las noticias o algo así.

—No puedo —dije, sacudiendo la cabeza—, me parece que ha perdido su teléfono.

—Y el que utilizaba para ponerse en contacto conmigo —dijo Jacob, mostrando su propio móvil— está apagado.

—Bueno, no os preocupéis —dijo Mark con firmeza—, ya se nos ocurrirá algo, ¿verdad, chicos?

Todos prometieron reflexionar sobre el problema y se procedió a la votación.

—Entonces —dijo Lisa, con la voz temblorosa al hacer el anuncio—, está decidido. Nos retiramos de la competición.

Apenas había un ojo seco entre nosotros.

—Todavía no puedo creerlo —dijo de nuevo—. Después de todo nuestro trabajo.

Echamos un vistazo al jardín. Estaba un poco más ordenado gracias a nuestros esfuerzos, pero seguía destrozado. Creo que nunca había visto un espectáculo más triste.

—¿Qué es ese ruido? —dijo Graham de repente, ladeando la cabeza para escuchar mejor.

—No oigo nada —respondió Carole.

—Cállate —le instó, ganándose una de sus miradas más aceradas—. Allá.

Todos giramos la vista hacia donde él señalaba y Tamsin corrió hacia un calabacín destrozado.

—Tamsin —la llamó Lisa—. Ten cuidado.

—¡Viene de aquí! —gritó, hundiendo las manos en la maraña de hojas rotas y retorcidas—. Es un móvil —añadió, sacándolo mientras su padre se apresuraba a recuperarlo.

Nos agolpamos para echar un vistazo. Tragué saliva.

—Es de Ryan.

Capítulo 30

Luke aplazó todo lo posible la llamada a la policía para comunicarles que se había encontrado un teléfono en el Grow-Well y a quién pertenecía. Cuando se presentaron a recogerlo, lo depositaron en una bolsa de plástico y lo sellaron dentro, Jacob se aseguró de decirles que Ryan había estado en contacto a través del teléfono de otra persona, por lo que no podía haber estado cerca del jardín cuando lo destrozaron, pero no estoy seguro de que sirviera de algo.

—Entonces, mi suposición es que esto se perdió, o tal vez fue robado, hace unos días —insistió—. Ryan no ha tenido este teléfono desde que asaltaron la casa —añadió—. De eso estoy seguro.

—Gracias, señor —dijo el policía—. Nosotros lo juzgaremos.

Era el mismo tipo que había estado en la casa, pero ahora no parecía tan seguro de la brillante reputación e inocencia de mi hermano.

—¿Y dices que no lo has visto desde que se largara tras el allanamiento? —dijo, volviendo su atención hacia mí.

—No... —empecé, con la voz ronca.

—No se ha largado —interrumpió Jacob, provocando que el agente le alzara una ceja —. No es que se haya escapado ni nada por el estilo. Solo se ha ido unos días a casa de un compañero.

—En ese caso, será mejor que nos cuenten todo sobre ese supuesto compañero y dónde podemos encontrarlo.

A medida que pasaba el tiempo y el lunes se acercaba al martes, empecé a pensar que mi hermano nunca volvería. La policía no había podido localizar ni a Ryan ni a Joe. Sandra, la madre de Joe, había dicho que se habían ido de acampada a algún sitio, pero no sabía dónde. No estaba muy preocupada porque los dos eran buenos chicos.

—Aparecerán cuando se les acabe la comida —había dicho a la policía.

Mi propia madre tampoco estaba preocupada, pero eso era porque no le importaba.

—No parecía muy molesta —me dijo el agente encargado, el que había cogido el teléfono, cuando se presentó en Greengages a última hora de la tarde del martes.

—Sí, bueno, me temo que no es esa clase de madre —dije, disculpándome con Harry por que la policía hubiera aparecido en la tienda—. En realidad, ella es la razón por la que Ryan se ha quedado conmigo.

—Puedo creerlo. Cuando alguien llamó para verla en persona, fue extremadamente grosera.

Me había estado preguntando si debía llamarla yo misma, dada la gravedad de la situación, pero su reacción ante la policía fue suficiente para asegurarme de que no necesitaba tomarme la molestia.

—De todos modos —dijo el agente, cogiendo un par de plátanos—, si Ryan se pone en contacto...

—Le llamaré —asentí—. Enseguida.

—¿Alguna novedad? —preguntó Harry una vez que la tienda se hubo vaciado un poco.

—No —dije—. Nada.

—¿Y estás segura de que quieres estar aquí? —preguntó, con la preocupación grabada en su amable rostro.

—Sí —dije, soltando un largo suspiro—, definitivamente. Me volvería loca en casa, sentada y esperando.

—De acuerdo —dijo, saludando a Lou, que acababa de aparecer—. Pero si cambias de opinión...

—No lo haré —le dije—. Este lugar fue concebido para salvar mi cordura.

—Y no es la primera vez —sonrió, recordándome que había sido un refugio además de mi lugar de trabajo en más de una ocasión—. Pero ahora te vas ya —dijo—. Ve a ver cómo les va a los tortolitos.

A los tortolitos les iba muy bien, pero ambos estaban preocupados por la continua ausencia de Ryan, y Gus se sentía miserable.

—Toma —dijo Colin cuando Lou y yo llegamos a la librería—, siéntate con él.

Dejó al perrito en mi regazo.

—Podría captar tu conexión genética con Ryan o algo así —dijo Colin, apartándose y sacudiendo la cabeza mientras Lou nos preparaba el café—. No puede seguir así.

—Ninguno de nosotros puede —dijo Lou—. ¿Cómo lo llevas en casa? —me preguntó —. Debe estar demasiado tranquilo.

Era extraño pensar que la paz y la tranquilidad de Nightingale Square era una de las cosas que me habían atraído allí y algo a lo que me había resistido tanto a renunciar. Sabía que invitar a Ryan a quedarse conmigo mientras ponía orden en su vida significaría sacrificar la sencillez que tanto me había costado crear y, sin embargo, ahora que la tenía de nuevo, no podía soportarlo. Apenas había pasado tiempo en casa desde que Ryan se había ido. Por suerte, la puerta de Jacob siempre estaba abierta, pero no me apetecía compartir esa información con mis dos amigos, que podrían sacar la conclusión adecuada de mi confesión.

—Sí —dije, centrándome en la sedosa cabeza de Gus—, está horriblemente silencioso y echo de menos tropezarme con sus zapatillas y quejarme de que deje montones de toallas mojadas por todo el suelo del baño.

—Estoy segura de que volverá pronto a casa —dijo Lou estoicamente.

Sabía que intentaba tranquilizarme, y ojalá pudiera sentirme tan segura como ella, pero ya había caído en la cuenta de lo mal que me sentiría cuando Ryan volviera con mamá para siempre. ¿Seguiría sintiéndome como en casa sin él viviendo en ella durante mucho tiempo?

—¿Y qué hay de tu libro? —preguntó Colin—. ¿Has hecho algo?

—No —dije—, ni siquiera lo he pensado.

—Tal vez ahora sería un buen momento para empezar a planificarlo —sugirió—. Podría distraerte.

—Sí —convino Lou—, siempre es bueno tener un proyecto entre manos.

—Tal vez —dije, sentándome y tratando de recomponerme un poco—. Quizá.

Un poco más tarde, mientras caminaba de vuelta a casa, me pregunté si no tendrían razón; tal vez un proyecto me ayudaría a concentrarme y a dejar de preocuparme tanto.

—Jacob —dije, apresurándome a subir por el camino cuando lo vi sentado en el portal —, ¿va todo bien?

—Sí —dijo, levantándose de un salto—, no te asustes. He pensado que no estarías de humor para cocinar esta noche, así que podría hacerlo yo. He ido a Greengages a por provisiones. Podría probar la receta de verduras al *curry* que me diste.

—¿Y quieres que sea tu conejillo de indias? —sonreí.

—Algo así. —Me devolvió la sonrisa—. Y quiero hablar contigo.

Sonaba serio y parecía agotado. No lo envidiaba lo más mínimo; intentar exprimir las últimas lecciones programadas en una clase que tenía un ojo puesto en el calendario y en las seis semanas de libertad que ahora estaban tentadoramente cerca debía ser casi imposible. Cuando era niña, temía las largas vacaciones de verano, pero sabía que no todo el mundo odiaba estar en casa tanto como yo.

—En ese caso —dije, abriendo la puerta—, será mejor que entres.

Después de enseñarle a Jacob dónde podía encontrar los utensilios y las sartenes que iba a necesitar para preparar nuestra cena vegetariana, me senté a la mesa e intenté no interferir. No era fácil.

—¿No tienes otra cosa que hacer? —sugirió Jacob, arrancándome la cuchara de madera de las manos después de interrumpirlo por enésima vez—. Ve a darte una ducha o algo.

—Creía que querías hablar —le recordé.

—Sí quiero —dijo—, pero todavía no. Quiero concentrarme en hacer esto bien primero.

—Lo siento —dije, convenientemente escarmentada—. Te dejaré seguir.

No me apetecía mucho ducharme, al menos no sola, así que reuní mis notas de recetas, junto con el tomo más impresionante de la abuela, y empecé a hojear las páginas, intentando averiguar qué recetas podrían resultar más prácticas y complementar las sugerencias de pan de Mark, si es que alguna vez acababan en un libro.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Jacob mientras miraba por encima de mi hombro, apenas unos minutos después de que yo hubiera accedido por fin a dejarlo en paz.

—Es mi colección de recetas —le dije—, y la de mi abuela. Ahora no te preocupes por lo que estoy haciendo, esa sartén se te va a pegar si no sigues revolviendo.

Comimos fuera porque hacía una noche estupenda. El *curry* de Jacob fue un delicioso y fragante éxito. Me terminé mi plato enseguida, absorbí lo que quedaba de salsa con unos *naans* blandos y lo regué con una botella de Indian Pale Ale.

—Creo que no he comido lo suficiente. —Hipé cuando me di cuenta de que a Jacob aún le quedaban unos cuantos bocados por terminar y al menos una cuarta parte de su *naan*.

—¿Quieres un poco más? —preguntó, haciendo ademán de levantarse—. Queda otra porción, si quieres.

—No —dije, acariciándome la barriga ligeramente redondeada—, estoy bien, pero

gracias. Estaba delicioso. Gracias por ofrecerte a hacer la cena. Si hubiera sido por mí, habría vuelto a comer tostadas.

—Tú no eres así, Poppy. —Frunció el ceño, me cogió la mano y me besó el dorso.

—Lo sé —le dije—. Tan solo no puedo hacer el esfuerzo en este momento. Estoy aturdida y preocupada por mi maldito hermano.

Era injusto convertir mi preocupación en un fastidio, pero no podía evitarlo. Esta continua incomparecencia me estaba pasando factura y había pensado que Ryan se habría dado cuenta y al menos habría hecho algún esfuerzo por hacerme saber que seguía en la tierra de los vivos.

—De todos modos —dije, apretando la mano de Jacob y obligándome a no seguir por ese camino en particular—, dime, ¿de qué querías hablar?

—De tu maldito hermano, en realidad —sonrió—. Pero déjame que traiga otra cerveza primero.

Recogí los platos y esperé mientras Jacob los apilaba en la cocina y abría dos botellas más.

—Me he estado preguntando —empezó—, qué va a pasar con Ryan cuando vuelva.

—Si vuelve, quieres decir.

—No —dijo con firmeza—, cuando vuelva.

—Bueno —dije con un suspiro—, volverá con mamá, supongo. No creo que después de todo lo que ha pasado quiera quedarse aquí mucho más tiempo, ¿verdad?

—No lo sé. —Jacob se encogió de hombros.

—Eso suponiendo que aún esté por aquí.

Por lo que cualquiera de nosotros sabía, Joe y él podrían haber acampado ya en otro condado. El teléfono de Joe seguía apagado y, sin acceso a la cuenta de Twitter de Grow-Well, Ryan no sabía nada de lo que había pasado desde que se fue.

—Seguro que sí —dijo Jacob—. Él y Joe no se habrán aventurado muy lejos. No tienen dinero para ir a ningún sitio demasiado lejano, ¿verdad?

Esperaba que no hubieran confiado en el autostop para desplazarse. Mejor no pensar en eso.

—Pero ¿qué va a hacer cuando se vaya a casa? —insistió Jacob—. ¿Cuáles son sus opciones?

—No lo sé. —Fruncí el ceño—. No lo he pensado tanto, aunque estoy segura de que no seguirá con el bachillerato. Nunca quiso hacerlo.

—Entonces, ¿qué hay de...? —comenzó Jacob, pero se detuvo de repente—. ¿Era esa la puerta?

—Sí —dije cuando el sonido de alguien llamando a la puerta llegó a mis oídos—. Vuelvo en un segundo.

La inconfundible silueta de dos agentes de policía llenó el cristal de la puerta principal y sentí un vuelco en el corazón. Respiré hondo y me preparé para recibir malas noticias; no sabía qué tipo de malas noticias, pero, cada vez que había recibido una visita de la policía desde el robo de Prosperous Place, habían venido solos. Que viniera una pareja no podía ser bueno, ¿verdad?

—Buenas noches, Poppy —dijo un agente al que ya conocía cuando abrí la puerta; mi

boca se llenó de saliva.

—B-buenas —balbuceé.

—Tenemos a alguien aquí que creemos que se sentirá aliviada de ver.

La pareja se separó y Ryan, desaliñado y sucio, se interpuso entre ellos, con la mochila a los pies y una expresión más miserable que nunca.

—¡Dios mío! —dije con la voz entrecortada, empujando a los agentes, y tiré de mi hermano en un abrazo innegociable—. Gracias a Dios que estás bien.

Sentí un gran alivio y empecé a llorar. Darme cuenta de que de verdad estaba allí, envuelto en mis brazos, me golpeó directamente en el corazón.

—Gracias a Dios que has vuelto.

—Hola, Jacob —dijo Ryan por encima de mi hombro mientras me devolvía el abrazo con torpeza.

—Oye —respondió Jacob—, ¿lo vas a dejar entrar, Poppy?

—Sí —dije, aflojando un poco y tirando de él por el brazo hasta el umbral—. Por supuesto. Muchas gracias a los dos por traerlo.

—Encontró el camino de vuelta él solito —dijo el agente más joven con una sonrisa, siguiéndonos a Ryan y a mí dentro—. Entraremos para una charla rápida y luego nos marcharemos.

Jacob nos preparó té mientras nos apiñábamos en la cocina y Ryan se quedaba atrás.

—Estoy seguro de que Ryan le informará de los detalles —dijo el agente de más edad, después de servirse dos cucharadas colmadas de azúcar—. Solo queríamos asegurarle que no tuvo absolutamente nada que ver ni con el robo en Prosperous Place ni con el vandalismo del Grow-Well.

—Eso ya lo sabíamos, ¿verdad, Poppy? —dijo Jacob, sonriendo a Ryan mientras le pasaba una taza—. Nadie pensó que tuvieras algo que ver con nada de esto, Ryan.

Ryan asintió, pero no dijo nada.

—No puedo entrar en demasiados detalles —continuó el agente—, pero los culpables han sido detenidos y acusados de ambos delitos.

—Gracias en gran parte a su hermano, señorita, y a su amigo Joe —dijo el oficial más joven con una sonrisa radiante.

Nunca lo había visto antes, y su colega mayor parecía arrepentido de haberlo traído.

—Eh, sí, gracias —dijo con severidad, haciendo que el joven se sonrojara.

—Lo siento —dijo, poniéndose rojo, y dio un trago a su taza.

—Bueno —continuó el oficial de más edad—, no creo que haga falta decir nada más. Estoy seguro de que Ryan querrá contarle al menos un poco de lo que ha pasado, ¿verdad, muchacho?

—Supongo —dijo—, si no hay más remedio.

—Me gustaría saberlo —sonreí—. Me parece que has sido todo un héroe, Ryan.

—Yo no iría tan lejos —murmuró.

—No sigas machacándote por ello, chaval —dijo el agente de más edad—, ya está hecho y tus acciones han acabado ayudándonos a resolver un par de delitos más que llevaban tiempo pendientes. Al final, todo ha salido bien.

Ryan seguía sin parecer muy contento por lo que fuera que había pasado y en lo que

había participado. Me moría de ganas de saber cuáles habían sido esas «acciones», pero mi hermano no parecía dispuesto a responder a ninguna de las preguntas que me rondaban por la cabeza.

—Bien hecho, Ryan —dijo Jacob antes de que pudiera abrir la boca—. Estoy seguro de que nos lo contarás cuando estés listo, pero por ahora me parece que solo quieres una larga ducha caliente y un sueño reparador.

—No te equivocas —dijo Ryan, recogiendo su bolsa.

—¿No quieres comer nada? —pregunté, deseosa de mantenerlo a la vista el mayor tiempo posible.

—Comí algo en la comisaría —dijo, dirigiéndose a las escaleras—. Gracias por todo —dijo a los policías, mientras se quitaba las zapatillas y las pateaba hasta casi apartarlas del camino—. Les agradezco que me hayan traído a casa.

Lo vi subir corriendo las escaleras, con el nudo en la garganta formándose de nuevo al pensar que ya consideraba mi casa como suya.

—Nos vamos, pues —dijo el oficial más joven.

—Y no se preocupe —me dijo el mayor—, su hermano no ha hecho nada malo. Es un buen joven, con la cabeza bien amueblada. Yo lo dejaría en paz por esta noche. Deje que se aclare antes de empezar a hacerle preguntas.

—Lo haré —le dije, por mucho que me doliera hacerlo.

Capítulo 31

—¿Crees que debería ir a ver si está bien? —le dije a Jacob una vez que pudimos oír que Ryan había salido del baño y se movía por su habitación.

—No —dijo con firmeza—. Por supuesto que no. No te lo agradecerá si lo haces, y no conseguirás nada de él hasta que esté preparado para decírtelo, así que yo que tú lo dejaría.

Tenía razón, pero me moría de ganas de sacarlo todo a la luz, solucionarlo y olvidarme de ello. Los últimos días me habían pasado factura y quería dejarlos atrás cuanto antes, pero, me recordé, no se trataba de mí.

—De acuerdo —cedí—. Llamaré a Harry y le diré que puede que llegue un poco tarde mañana. Para variar.

—Y será mejor que me vaya a casa —dijo Jacob, abrazándome y besándome la cabeza —. Los próximos dos días van a estar muy ajetreados en el colegio, pero después podré ayudarte si me necesitas. Pronto serás el centro de toda mi atención durante un mes por lo menos, suponiendo que quieras, claro.

Ahora que Ryan había vuelto, la fragilidad de nuestra relación era aún más evidente. No había nada que deseara más que ser el centro de atención de Jacob, pero sabía que mi hermano notaría el cambio en nuestra relación sin siquiera intentarlo. Mientras me ponía de puntillas para corresponder al beso de Jacob con un ligero toque mío, no pude evitar desear que mi hermano no hubiera estado tan obsesionado con lo que debía ser mi relación con nuestro maravilloso vecino.

—Te veré pronto —me dijo Jacob en el pasillo, mientras apartaba más las zapatillas de Ryan con el pie.

Fue un gesto familiar que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—Ya ha vuelto —sonrió Jacob—. Todo va a ir bien.

Asentí.

—Lo sé —grazné—, solo estoy aliviada.

Jacob me besó de nuevo rápidamente.

—¡Hasta luego, Ryan! —exclamó en dirección de las escaleras.

No hubo respuesta.

Harry insistió en que me tomara el día libre y que ya arreglaríamos algo si necesitaba más tiempo después. El sábado era mi día libre, así que, al menos, si volvía el jueves y el viernes, no iba a ser la semana laboral más larga del mundo.

—¿Es verdad? —soltó Lisa cuando le abrí la puerta después de haber ido al colegio a la mañana siguiente—. ¿Ha vuelto Ryan?

—Así es —dije—. Está en casa. No muy comunicativo, profundamente dormido supongo, pero ha vuelto.

—Oh, gracias a Dios —exclamó, radiante y con cara de alivio—, ¿puedo decírselo a los demás?

—Por supuesto —dije, mirando alrededor de la plaza—. Estoy segura de que todos estarán tan contentos como yo.

A decir verdad, estaba bastante segura de que ya lo sabrían. No creía que la llegada de un coche de policía a la plaza hubiera pasado desapercibida, al menos para Carole.

—Seguro que sí —asintió Lisa con entusiasmo.

Me equivocaba al suponer que habían visto el coche, pero Lisa, con el pequeño Archie, su hijo, a cuestas, debió dar la vuelta a la plaza a toda velocidad, porque las puertas se abrieron a los pocos minutos de su visita y me vi inundada de vecinos y llamadas telefónicas durante todo el día. Por desgracia, nada ni nadie había sido capaz de tentar a Ryan para que saliera de su habitación; sin embargo, cada vez que había reabastecido la bandeja situada frente a la puerta de su dormitorio con bebidas calientes y aperitivos, esta había desaparecido en cuestión de minutos, para reaparecer, como por arte de magia y cubierta de migas, poco después.

Kate y Luke vinieron de Prosperous Place con las niñas. Luke insistió en subir a hablar con Ryan a través de la puerta aún cerrada mientras yo llevaba a Kate y a las pequeñas al jardín.

—Espero que no pienses que me estoy metiendo donde no me llaman —me dijo Kate, mientras mirábamos cómo Jasmine reorganizaba las macetas de mi pequeña zona de hierbas—, pero no puedo evitar preguntarme si Ryan podría beneficiarse de algún tipo de terapia más específico que lo ayudara a aceptar la pérdida de su padre.

—No creo en absoluto que te estés metiendo en nada —la tranquilicé—. De hecho, estoy segura de que tienes razón, pero ni siquiera he tenido la oportunidad de pensar dónde puedo ir o cómo puedo conseguirle ese nivel adicional de apoyo. Pensaba que bastaría con hablar con el consejero del centro juvenil, pero ahora no estoy tan segura. Supongo que debe haber algún sitio más especializado aquí, en Norfolk. Tendré que investigarlo.

—Conozco un sitio —dijo, sacando un folleto del bolsillo—, pero está en Cambridgeshire, no en Norfolk. Este lugar, Wynthorpe Hall, está en las afueras de Wynbridge, mi ciudad natal. Ofrece un servicio de terapia de duelo para menores de dieciocho años. Estoy segura de que podrían ayudar.

Le di la vuelta al folleto. Por lo que pude deducir de un rápido vistazo, la organización benéfica se dedicaba a sacar a los jóvenes de un entorno formal y llevarlos a lo que parecía un bosque y un paisaje bastante espectacular para que hablaran de sus experiencias y problemas. Seguro que a Ryan le iría mucho mejor que entre cuatro paredes.

—Tiene muy buena pinta —dije sonriendo—, gracias, Kate. Cuando las cosas se hayan calmado un poco y sea el momento adecuado, se lo propondré.

Solo esperaba que Ryan estuviera conmigo el tiempo suficiente para que llegáramos a ese momento.

—¿Listas? —dijo Luke desde la puerta de la cocina—. Será mejor que volvamos.

—¿Ha hablado contigo? —le pregunté, procurando mantener la voz baja, ya que la habitación de Ryan daba al jardín trasero.

—No —dijo Luke—, pero está bien. No esperaba que lo hiciera. Solo quería que oyera

directamente de mí que no lo culpaba de nada de lo que ha pasado. Que ninguno de nosotros lo hace.

—Gracias —asentí—. Te lo agradezco. Y, si pudieras encontrar la manera de que saliera de su habitación, también te lo agradecería.

—Yo lo sé —dijo Jasmine, que saltó y cogió la mano de Luke—. Sé cómo puedes hacer que salga.

Y era verdad.

La idea de Jasmine fue una auténtica genialidad que conseguí organizar para el final del día.

—¿De verdad crees que esto funcionará? —susurró Lou cruzando el umbral detrás de Colin y Gus, que ya se esforzaba por soltarse de la correa.

—No tengo ninguna duda —sonreí mientras Colin liberaba al diminuto perro.

Subió las escaleras a una velocidad que no lo habría creído capaz de alcanzar con sus patitas, y empezó a llorar y a arañar la puerta de Ryan. Solo esperaba que la pintura arañada fuera fácil de retocar.

—Dejémoslo —dijo Colin, acompañándonos a la cocina.

Apenas habíamos recorrido el pasillo cuando oí abrirse la puerta de Ryan y los llantos del perrito fueron sustituidos por ladridos de excitación.

—Bueno, eso está muy bien —dijo Lou—, pero no ha salido. Ha acogido a Gus.

—Está bien —dije, alcanzando la tetera—. Confía en mí, Lou, esto funcionará.

Colin y Lou no se quedaron mucho tiempo, y Colin se alegraba de dejar a Gus con Ryan. Creo que le quitaba un peso de encima oír al perrito corretear por encima de él y esperaba que su presencia le hiciera el mismo bien a mi hermano.

Un rato después oí que se abría la puerta del dormitorio y agucé el oído para averiguar si bajaban las escaleras dos pares de pies o uno solo.

—¿Nos queda algo de la comida de Gus? —preguntó Ryan. Su voz sonaba ronca, como si llevara tiempo sin usarla—. Creo que también necesita salir.

Dejé salir a Gus y le pasé a Ryan la bolsa de comida y otras cosas que habían traído Colin y Lou.

—Creo que Colin te agradecería que cuidaras de Gus unos días —le dije, mientras el perro volvía corriendo y empezaba a dar vueltas a nuestros pies, tras haber localizado su cuenco de comida—. Los humanos no somos los únicos que te hemos echado de menos, ¿sabes?

Ryan no dijo nada y, por mucho que me costara, seguí pensando en las sabias palabras de Jacob. Si estropeaba la conversación, Ryan regresaría corriendo al piso de arriba y volveríamos al principio. No creía que las gallinas fueran capaces de atraerlo de la misma manera que lo había hecho Gus. Sin embargo, Violet y Dash tal vez sí.

—¿Quieres cenar algo? —pregunté—. No tengo ganas de cocinar, así que había pensado en pedir comida.

—¿Chino? —preguntó Ryan, esperanzado.

—Si quieres —dije, cogiendo el menú—. ¿Qué te apetece?

Cuando nos trajeron la cena, había empezado a llover ligeramente, así que decidimos

sentarnos dentro y comer delante de la tele con los platos en bandejas. La televisión solo estaba encendida en voz baja, pero proporcionaba una reconfortante charla de fondo que evitaba que el silencio se volviera incómodo.

—¿Quieres más? —pregunté después de que Ryan se hubiera comido su segundo plato en un tiempo récord—. Queda una cucharada de arroz y un poco de mi pollo con verduras, si lo quieres.

—Mejor no —dijo, antes de exhalar y reajustarse la cintura—, creo que he llegado a mi límite.

—Me desharé de él entonces.

—No lo tires —dijo Ryan, alargando la mano para pinchar la última bola de gambas —. Mételo en la nevera y me lo comeré para desayunar.

—¿Qué tal si lo guardas tú en la nevera? —dije, levantando una ceja—. Ya que eres tú quien quiere conservarlo.

—Sí —dijo—, lo siento.

Entre los dos ordenamos los platos y las sobras y Ryan volvió a dejar salir a Gus.

—Lo pasearé mañana —dijo—, cuando todos se hayan ido a trabajar. No creo que pueda enfrentarme a ellos todavía.

—No te culpan, ¿sabes?

—Lo sé —dijo—, Luke me lo ha dicho y he oído la mayor parte de lo que se ha dicho aquí hoy. La insonorización de este lugar es inexistente.

Mi mente repasó las conversaciones que habían tenido lugar y me pregunté si él había oído más de lo que yo hubiera querido de mi intercambio con Jacob.

—Ese lugar de Wynthorpe Hall suena interesante —dijo, con las mejillas un poco sonrojadas.

De verdad tenía un oído supersónico si había captado aquello mientras Luke le hablaba a través de su puerta, pensé. Pero resultó que Luke lo había mencionado.

—Ha dicho que Kate tenía un folleto sobre el tema que iba a dejarte —dijo Ryan.

—Así es —dije, tratando de moderar mi entusiasmo—. Está encima de la chimenea.

—Puede que eche un vistazo dentro de un rato.

Asentí.

—Pensaba que Jacob vendría esta noche —continuó Ryan.

—Creo que está un poco desbordado en este momento —dije—, con el fin de curso y todo eso.

—Oh, sí, me había olvidado de eso.

—Ryan...

—No quiero hablar de eso, Poppy —interrumpió—, al menos todavía no. Pronto lo haré, pero por ahora solo quiero aclarar mis ideas. Estoy pensando en lo que voy a hacer después del verano, entre otras cosas, pero no voy a hablarte de nada de eso hasta que lo tenga todo en orden. ¿Te parece bien?

—Supongo —sonreí—. Iba a pedirte que me pasaras el paño de cocina.

Ryan lo cogió, me lo lanzó y empezó a reírse. Era el mejor sonido que había oído en mucho tiempo.

—Ahora —dije—, si te parece bien, voy a acostarme temprano. Mañana tengo que

volver al trabajo. Cierra antes de que tú y Gus os vayáis a dormir, ¿vale?

Los dos días siguientes fueron extraordinariamente normales comparados con los anteriores, y lo agradecí. Greengages estaba tan ajetreado como antes de la canícula y había muchas preguntas, tanto sobre lo que pasaba en el Grow-Well como sobre si había conseguido un editor para mi libro de recetas. Me las arreglé para responder a todas sin desvelar demasiado, y estaba más que preparada para mi día libre y mi descanso del sábado por la mañana.

Sin embargo, eso no iba a pasar, y yo no fui la única que se levantó con el gallo.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Jacob, que llegó a su puerta al mismo tiempo que yo cerraba la mía—. Pensaba que estarías aprovechando el primer día de tus vacaciones de verano durmiendo hasta tarde.

—Ese era el plan —bostezó—, ¿y tú? Creía que tenías una cita con tu colchón hasta por lo menos la hora de comer.

—Y así era —dije, agitando mi móvil en su dirección—, pero Ryan no está en su habitación y he recibido un mensaje de Luke preguntando si puedo ir al jardín.

—Yo también —dijo Jacob—, he recibido lo mismo. ¿Quizá Ryan ya esté allí? Espero que los vándalos no hayan vuelto para rematar la faena. Creía que la policía había dicho que habían cogido y acusado a los responsables.

—¡Buenos días, Poppy, buenos días, Jacob! —exclamó Harold, acercándose a nosotros en su *scooter*—. ¿Dónde está el fuego? —rezongó—. ¿Qué está pasando ahora?

—No tengo ni idea —dijo Jacob cuando vimos a Carole y Graham cruzando la carretera de Prosperous Place por delante de nosotros—, pero algo me dice que estamos a punto de averiguarlo.

Casi todo el mundo estaba reunido cuando llegamos al jardín y en diferentes estados de desnudez, debido a lo temprano de la hora. Faltaba Heather, pero Glen estaba allí y Mark, según explicó Neil, se uniría a nosotros en cuanto terminara la hornada de la mañana y Blossom pudiera prescindir de él.

—¿Qué está pasando? —le preguntó John a Luke—. Has dicho que era urgente.

—En realidad, he sido yo —dijo Ryan, saliendo de la cabaña con Gus pisándole los talones—. He tomado prestado el teléfono de Luke para enviaros un mensaje porque la policía aún tiene el mío.

—Ryan tiene algo que decirnos —dijo Luke—, ¿no es así, colega?

—Sí —dijo, con cara de torpeza—, eso es.

—Pues venga, chaval —dijo Harold—, escúpelo. Todavía no me he tomado mi primera infusión.

—Está todo bajo control —dijo Kate—, si alguien pudiera ayudarme con las bandejas.

Lisa y Carole se apresuraron a ayudarla, y Jacob y yo aprovechamos para preguntarle a Ryan si estaba bien.

—Lo estaré en un minuto —dijo en voz baja—, no te preocupes tanto, Pops. Todo va bien.

Nos sentamos alrededor de la gran mesa de madera, nos servimos té y panecillos de beicon y esperamos a que Ryan nos explicara exactamente por qué había pensado que

era buena idea sacarnos de la cama a una hora tan intempestiva.

—Sé que ninguno de vosotros me culpa por lo que pasó en la casa y aquí dentro —comenzó con la voz un tanto insegura, a pesar de su insistencia en que todo estaba bien —. Y os lo agradezco de verdad, pero en realidad soy responsable y quiero explicaros por qué.

Todos lo miramos conteniendo la respiración. Hasta los pájaros se habían callado.

—Ryan... —empecé, pero Jacob negó con la cabeza y me callé.

—Cuando Poppy me pidió que viniera a vivir aquí y vosotros me tratasteis como a uno más —empezó Ryan tragando saliva—, significó todo para mí.

—Eso es porque eres uno de los nuestros —dijo Graham.

Ryan asintió.

—Gracias, Graham —continuó—, pero no estoy seguro de merecerlo. Verás, tenía un motivo oculto para aceptar la amable oferta de mi hermana.

—Vamos —le dije suavemente.

Ryan agachó la cabeza.

—Cuando mamá nos trasladó a Wynmouth el año pasado, me sentía un poco mal. Todavía estaba superando la pérdida de papá y estaba enfadado todo el tiempo. Especialmente enfadado porque mamá hizo que nos mudáramos. Y estaba decidido a ponerle las cosas lo más difíciles posible.

—¿Qué hiciste? —preguntó Jacob.

No podía imaginar que nada de lo que hubiera hecho mi hermano mantuviera la atención de mamá durante mucho tiempo o la hiciera pensar que había cometido un error.

—Nada que la molestara —confirmó—, como comprobé después.

Tenía razón.

—Me metí con la gente equivocada —dijo, sacudiendo la cabeza—. Había un pequeño grupo de lugareños a los que les encantaba molestar y había un chico...

—Kyle —interrumpí—. Estás hablando de ese Kyle, ¿verdad?

Ryan volvió a asentir.

—Sí —dijo—, era el cabecilla. Desde el principio supe que era problemático, pero en aquel momento no me importó. Me hizo fumar algún que otro porro y, cuando me matriculé en el instituto, pensó que yo sería la persona ideal para llevarle la droga desde Norwich.

Carole respiraba agitadamente.

—Entonces supe que estaba metido en un buen lío —se apresuró a decir Ryan—. Me había matriculado con la intención de alejarme de mamá y de Kyle el mayor tiempo posible durante la semana, pero mi plan salió mal.

—Así que, cuando te llamé y te ofrecí la oportunidad de mudarte aquí... —dije.

—Aproveché la oportunidad —asintió—. Pensé que era la manera perfecta de salir del lío en el que me había metido.

Odiaba que se culpara a sí mismo y quería señalar que él era el único del que se habían aprovechado, que alguien se había aferrado a su vulnerabilidad y la había utilizado para conseguir lo que quería, pero no lo hice. Ya habría tiempo para decir todo

eso cuando Ryan nos lo hubiera contado todo.

—Y al principio fue genial —sonrió—. Mejor que genial. Vosotros me hicisteis volver a creer en mí mismo. Me hicisteis sentir que valía algo y me metí de lleno en mis estudios, ayudando aquí y amando la vida, hasta la fiesta de Colin en la librería.

—¿Qué pasó en la fiesta? —preguntó Lisa—. No recuerdo que pasara nada.

—Fue después —explicó Ryan—. Mi foto salió en el periódico y Kyle la vio.

—Por supuesto —dije, recordando cuando lo había encontrado a él y a los otros en la casa—. Te siguió la pista. Me di cuenta de que no te hacía gracia que apareciera. ¿Por qué no dijiste nada?

Y más aún, ¿por qué no lo había hecho yo? Debería haber seguido mi instinto, pero había dejado pasar el momento. Había asumido que los chicos se habían ido y eso era todo.

—Porque tenía miedo de que descubrieras que había estado transportando hierba, Pops —dijo Ryan. Parecía horrorizado ahora que lo peor estaba saliendo a la luz—. Tenía miedo de que todos lo descubrierais. Kyle dijo que, si no seguía su plan, se aseguraría de que todo el mundo lo supiera. Estaba muy avergonzado. No quería que pensarais en mí como un muchacho capaz de hacer eso.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Jacob.

—Intenté plantarle cara —dijo Ryan—. Le dije que se fuera al infierno, y entonces empezó todo esto. Dijo que necesitaba dinero y que Prosperous Place estaría lleno de cosas que podría vender. Se apoderó del teléfono de Poppy y anotó el código de la puerta. Y, cuando no lo dejé entrar en la casa, se llevó mi teléfono. Estaba tan cabreado cuando no pudo encontrar los códigos que entró a golpes.

—¿Por qué no dijiste nada entonces? —le pregunté.

—Porque pensé que sería el final —se atragantó—. Pensé que como no había llegado a ninguna parte lo dejaría, pero —miró a su alrededor— me equivoqué. Lo siento mucho.

—Intentó usar tu teléfono para inculparte, ¿verdad? —dijo Jacob.

Ryan asintió.

—Joe pensó que no sería mala idea desaparecer un tiempo, así que eso hicimos.

—¿Qué te ha hecho volver, Ryan? —preguntó Neil.

—Nos llevó un camionero —dijo Ryan, frotándose la nariz—. Tenía la radio a todo volumen y, cuando dieron las noticias, hablaron sobre lo que había pasado aquí. Sabía que era culpa de Kyle y que él tenía mi teléfono. Tenía que volver para limpiar mi nombre y pediros perdón.

Se detuvo un segundo y sus ojos se llenaron de lágrimas al contemplar la destrucción.

—Oh, Ryan —sollocé.

—No —dijo, secándose los ojos—. Déjame terminar.

Asentí y bajé la cabeza.

—Así que fui a la policía —continuó—. Ya habían encontrado las huellas de Kyle en mi teléfono y lo habían averiguado casi todo. Lo conocen bastante bien, y cuando les conté cómo me había involucrado con él, lo confirmaron todo. No era la primera vez que hacía algo así. Siento mucho haberos dejado... —empezó a decir, pero nadie quiso oírlo. Todos se agolparon para abrazarlo, besarlo y darle palmaditas en la espalda.

Fue tal el alivio que sentí al ver que todo el mundo se unía en torno a mi hermano que me resultó imposible contener las lágrimas que me había pedido que contuviera.

—No pasa nada —dijo Jacob, envolviéndome en sus brazos, y me besó la mejilla—, está bien.

—Lo sé —asentí, sollozando—, pero ojalá hubiera hablado conmigo.

—Lo siento mucho, Pops —balbuceó Ryan, con el labio inferior tembloroso mientras caminaba alrededor del grupo hacia mí.

—Y desearía que Kyle hubiera dejado este lugar en paz —dije.

—Pero no lo hizo —continuó Ryan.

Jacob me soltó, pero permaneció cerca. Esperaba que Ryan interpretara nuestro breve abrazo como algo amistoso.

—Y esa es la otra razón por la que os he convocado a todos aquí —continuó Ryan, alzando la voz—. No hay manera de que pueda hacer frente a la culpa si nos retiramos del concurso ahora —dijo—. Sé que no está ni de lejos tan bien como antes, pero se lo debemos al Grow-Well y yo os debo a todos vosotros al menos la oportunidad que me disteis, ¿verdad?

Se hizo un segundo silencio en el jardín mientras todos intercambiaban miradas sin saber qué decir.

—No podemos dejar que él gane —dijo Ryan, emocionado de nuevo—. Este lugar se merece una oportunidad de brillar y, si todos nos unimos, creo de verdad que podemos conseguirlo. ¿Quién está conmigo?

Capítulo 32

Ese fin de semana trabajamos más duro que nunca en el Grow-Well. Por suerte, las temperaturas abrasadoras de las semanas anteriores no habían vuelto, pero al final del domingo seguíamos acalorados, cansados, sucios y necesitados de un relajante baño terapéutico.

—No se puede hacer más —dijo Ryan mientras todos observábamos lo que nuestras largas horas, músculos doloridos y manos llenas de ampollas habían conseguido—. Y pase lo que pase, al menos podremos decir que lo hemos intentado.

Tanto el robo en la casa como el posterior destrozo del jardín habían hecho que el interés por el lugar se disparara, y nuestros teléfonos bullían con tuits alentadores y buenos deseos. Lisa había despertado al funcionario del ayuntamiento encargado de tramitar la documentación del concurso y lo había convencido para que nos dejaran retirar nuestra renuncia.

—Sí —dijo Luke, poniéndose al lado de Ryan—, eso es todo, amigos. Vámonos todos a casa. Pronto sabremos si hemos hecho lo suficiente.

Jacob, Ryan y yo caminamos juntos de vuelta a la plaza. Bueno, caminar..., tenía las piernas tan agarrotadas que en realidad iba arrastrando los pies. Nadie sabía cómo iba a subir las escaleras y meterse en el baño, pero no importaba porque había un coche aparcado delante de mi casa. Estaba claro que antes tenía que lidiar con alguien.

—Es mamá —jadeó mi hermano cuando vio el coche.

—*¿Qué?*

—Es mamá —dijo—, ese es su coche.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. —Ryan chasqueó la lengua—. Esa es su horterísima matrícula personalizada.

—¿Qué demonios busca? —Fruncí el ceño—. Oye, Jacob, supongo que no te apetece venir a darnos un poco de apoyo moral, ¿verdad?

—Lo haría —dijo, señalando su propio camino de entrada, en el que vi que ahora había un coche desconocido aparcado—, pero por lo que parece no sois los únicos que tienen visita.

Cruzamos el parque y nos separamos, prometiendo ponernos al día más tarde. Contuve la respiración cuando se abrió la puerta del coche de mamá y aparecieron un par de esbeltas piernas bronceadas.

—Joder —dijo Ryan—, podría rivalizar con las viejas que veranean en *Benidorm*, ¿no?

No pude evitar sonreír.

—Mamá —dije, poniéndome delante de mi hermano de forma protectora—. ¿Qué haces aquí?

—Ninguno de los dos tiene dinero —dijo Ryan, rodeándome y colocándose a mi lado —. Así que, si es dinero lo que buscas, has hecho el viaje para nada. Me atrevo a decir que Poppy no ha recuperado lo último que le pediste.

—¿Cómo lo sabías? —dije con la voz entrecortada.

—No hacía falta ser un genio para darse cuenta, Pops —me dijo.

Mamá nos ignoró a los dos y buscó en su coche un bolso grande y llamativo, que sin duda había costado un dineral, y una abultada carpeta de papel manila.

—¿Me vas a invitar a entrar o qué? —espetó.

Por mucho que me hubiera gustado obligarla a quedarse en la calle, no me pareció justo que mis vecinos tuvieran que ver su escote bronceado y sobreexpuesto, así que la acompañé hasta el umbral.

—¿Té? —murmuró Ryan. Llenó la tetera y se puso a organizar las tazas y la leche.

—Sí, por favor —respondí—. Mejor manzanilla para mí, creo.

—Nada para mí —dijo mamá, arrugando la nariz con disgusto—. No voy a quedarme mucho rato.

—Oh, no —dijo Ryan sarcásticamente—. Qué lástima. Pensaba que querrías que te contara cómo me ha ido, y tú y Pops debéis tener mucho de lo que poneros al día. Seguro que podemos arreglarte el sofá si quieres pasar la noche.

—Ryan —dije—, no.

—Bueno —dijo, cerrando de golpe la puerta de la nevera—. Ella saca lo peor de mí.

—Estoy aquí, ¿sabes? —estalló de repente mamá—. Puedo oírte, Ryan.

Empezaba a pensar que, después de todo, debería haberla dejado en la puerta. Si esto era una muestra de cómo había sido la vida en Wynmouth, no era de extrañar que Ryan hubiera acabado tomando algunas malas decisiones.

—Pues ya está, mamá —dije sin rodeos—. ¿Por qué estás aquí?

Quería que se fuera lo antes posible.

—Es el testamento de Tony —dijo, soltando la carpeta sobre la mesa con un golpe—. Por fin se ha resuelto. Te ha dejado bastante dinero, Ryan.

—Ah, ¿sí? —preguntó Ryan, sorprendido.

—Sí —resopló—. Pero no puedes tocar nada hasta que cumplas dieciocho, y parte tiene que permanecer en fideicomiso hasta que tengas veintiuno.

Ryan se echó a reír.

—No me extraña que estés más amargada que de costumbre —sonrió—. Me atrevería a decir que esperabas ayudarme a gastarlo.

Parecía que ella se había tragado un limón.

—No es fácil ser madre soltera, ¿sabes? —sollozó—. Hay todo tipo de gastos. Parece que no lo entiendes, Ryan.

—Puede que él no —le dije—, pero yo sí, y tú no has sido madre soltera más de cinco minutos, así que no empieces con los lloriqueos porque no funcionarán con nosotros. Cuando Tony vivía, siempre lo pagaba todo, y Ryan ha sido mi responsabilidad durante los últimos meses, así que no has tenido que desembolsar nada. Ni siquiera me has enviado su pensión.

—Lo siento, Pops —dijo Ryan, poniéndose rojo—, no se me había ocurrido pensar en lo duro que debe ser para ti económicamente.

—No te preocupes por eso —le dije con firmeza—. Lo digo por su bien, no para que te sientas mal.

Ryan asintió y yo esperaba que supiera que lo decía en serio.

—Dame un par de años —me dijo—, y podré devolvértelo.

—Ese dinero es para tu futuro —dije con más firmeza que antes—. ¡Me aseguraré de que no lo malgastes en comida para llevar y juguetes para Gus!

Ryan sonrió y mamá pareció decepcionada. Si creía que presentarse en persona ablandaría nuestros endurecidos corazones, se iba a llevar una desagradable sorpresa. Haría todo lo que estuviera en mi mano para asegurarme de que no viera ni un céntimo de la herencia de Ryan.

—Tony puso en el papeleo que quería que actuaras como fideicomisario —me dijo mamá—. Si estás de acuerdo, cuidarás de Ryan hasta que tenga edad suficiente.

—Por supuesto que estoy de acuerdo —dije, tirando del expediente hacia mí y pensando en lo astuto que era Tony—, pero ¿por qué me entero de esto ahora? Tony se fue hace más de un año.

Mamá se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, ha habido complicaciones.

—Quieres decir que has estado dándole largas al procurador —dijo Ryan—, para ver si hay alguna forma de hacerte con el dinero.

No estaba segura de que un abogado se tragara su teatro, pero estaba claro que algo había pasado para que no se pusieran en contacto conmigo. Menos mal que Tony sabía cómo era mamá y había decidido dejarme la administración a mí.

—No te preocupes —le dije a Ryan—. Llamaré al abogado mañana a primera hora y lo arreglaré todo.

—Y, si me necesitáis para algo —dijo mamá, poniéndose de pie para dar su golpe de despedida—, tendréis que enviarme un correo electrónico o llamarme por Skype.

—¿Por qué? —preguntamos Ryan y yo a la vez.

—Porque me vuelvo a España —dijo, altanera—, y esta vez no pienso volver.

La gran salida de mamá de la casa se arruinó un poco cuando chocó con el larguirucho cuerpo de Joe en el pasillo. No sabría decir quién estaba más asustado, pero mamá se recuperó lo suficiente como para desenredarse y marcharse a toda velocidad. Ni siquiera había mencionado lo que le iba a pasar a Ryan. Tampoco nos preocupaba.

—¿Te apetece venir al centro juvenil? —preguntó Joe a Ryan—. Se supone que van a anunciar su horario de verano dentro de un rato.

Ryan me miró.

—Puedes irte si quieres —le dije.

—Pero ¿no tenemos cosas de que hablar? —preguntó.

—Sí —dije, sonriendo—, mucho, pero puede esperar.

Vi a los dos chicos salir de la plaza y luego miré hacia la casa de Jacob. El coche que había estado en su camino se había ido, así que pensé que era seguro llamar. Me moría de ganas de decirle que mamá se marchaba otra vez, y ahora, con suerte, para siempre.

La puerta principal estaba entreabierta, así que me deslicé dentro, a lo largo del pasillo y hasta la cocina, donde lo vi de pie junto al fregadero, de espaldas a mí. Me acerqué, lo rodeé y le tapé los ojos con las manos.

—¿Quién soy? —susurré, inclinándome hacia él.

La marcha de mamá, unida a la buena suerte de Ryan, me había reanimado y me sentía de un humor juguetón, dispuesta a sacar provecho de la ausencia de mi hermano, aunque sabía que era tabú.

—No tengo la menor idea —dijo una voz que sonaba como la de Jacob, pero que definitivamente no lo era.

—Mierda —dije, saltando hacia atrás al darme cuenta de mi error.

—Cielos —dijo otra voz detrás de mí. Esta vez la que había estado esperando todo el tiempo—. ¿Qué pasa con mis mujeres, Dan? No puedes quitarles las manos de encima, ¿verdad?

Me quedé helada entre los dos hombres, que parecían idénticos en todos los sentidos.

—No pasa nada —rio Jacob de repente, inclinándose hacia delante y atrayéndome hacia él—. Es broma.

Solté la respiración contenida y le di un golpe en el pecho. El corazón me latía con fuerza.

—Tú debes ser Poppy —dijo el hombre que solo podía ser Dan—. Soy Dan.

—De la que te hablaba —susurró Jacob teatralmente.

—Y él es Jacob —dijo Dan, señalando a su gemelo—, el del sentido del humor retorcido.

Resultó que pasar tiempo con Ryan había hecho que Jacob echara de menos a su hermano más de lo que creía que sería capaz, teniendo en cuenta todo lo que había pasado entre ellos. Así que, cuando Dan le envió un mensaje para tantear el terreno, Jacob respondió, y desde entonces ambos se habían estado mensajeando. Jacob no esperaba que Dan se presentara sin avisar, pero estaba claro que el hecho de que un gemelo echara de menos al otro funcionaba en ambos sentidos, y Dan sabía que era él quien tenía que disculparse.

—Iba a decírtelo —me dijo Jacob—, pero Ryan desapareció justo cuando iba a hacerlo y no quise darte nada más en que pensar.

—Hermanos, ¿eh? —sonrió Dan—. Son así.

—Exacto —sonreí yo también—. Más problemáticos de lo que valen la mitad de las veces.

Era extraño mirar a Dan porque se parecía a Jacob, pero al mismo tiempo no. Jacob era más tosco; Dan era fino y elegante. Igual que el coche que había visto antes.

—¿Has venido en coche, Dan? —Me preguntaba cómo iba a darle la noticia de que su coche había desaparecido.

—No —dijo—, he tomado un taxi desde la estación. He venido en tren. Y, de hecho —añadió, mirando su reloj—, será mejor que vaya a ver si ha vuelto. Tengo que irme si quiero llegar a tiempo a la estación... Solo era una visita relámpago.

Me ocupé de los platos mientras la pareja se despedía, y cuando Jacob volvió, le expliqué lo que mamá había venido a decir.

—Ha sido un día muy especial, ¿verdad? —sonrió, tirando de mí hacia su regazo.

—Solo un poco —acepté—. ¿Crees que todo va a ir bien ahora? —pregunté—. Entre tú y Dan, quiero decir. No debe haber sido fácil para ti, dejarlo volver a tu vida.

Jacob se tomó un momento antes de contestar.

—En realidad, ha sido más fácil de lo que esperaba —dijo seriamente—. Cuando me mudé aquí el año pasado tenía todo preparado para enfrentarme a un futuro alejado de mi familia, pero verte a ti con Ryan, y tomarme el tiempo necesario para ordenarlo todo en mi cabeza sin la presión de nadie intentando forzarme a hacer nada, ha marcado la diferencia.

—Eso está bien —le dije, antes de plantarle un beso en la punta de la nariz—, mejor que bien, porque lo has afrontado todo como es debido. Y ahora, si Ryan pudiera cambiar de opinión sobre nosotros...

—Ojalá —convino Jacob, apretándome más fuerte.

Capítulo 33

Dos fines de semana más tarde, estábamos de nuevo en el jardín y Luke estaba de nuevo frente a nosotros, con Ryan a su lado, junto con tres de los jueces que habían examinado nuestro trabajo.

—Tras echar un vistazo preliminar a este jardín cuando elaboramos la lista de finalistas —dijo una de las mujeres—, nos sorprendió ver lo que habíais conseguido en tan poco tiempo.

—Para nosotros era obvio —dijo otro— que la consigna aquí era la comunidad. Este jardín tenía la suerte de contar con todos vosotros y, como resultado, todos se beneficiaban de él de muchas maneras diferentes.

—Ni que decir tiene —prosiguió la primera mujer— que nos quedamos desolados al enterarnos de que os habíais retirado del concurso, pero al ver las fotografías de lo sucedido entendimos por qué.

Aquellas fotografías —que, sin que lo supiéramos en aquel momento, había tomado Luke— habían registrado la carnicería y seguían siendo difíciles de mirar a pesar de que todos habíamos trabajado mucho para reparar los daños.

—Lo que vemos ahora a nuestro alrededor —continuó el juez—, en términos de cultivos y plantas al menos, es una mera sombra de lo que había aquí antes, y eso es una pena.

Todos agachamos la cabeza, sabiendo que el concurso estaba perdido.

—Sin embargo —dijo sonriendo—, lo que también podemos ver, y brilla con más fuerza que cualquier hilera de acelgas o jugosos tomates rojos, es vuestro espíritu de comunidad, vuestra resistencia ante la adversidad y vuestra determinación para mantener vivo el Grow-Well. Este huerto, en su estado actual, no es el más pulido de los que hemos visto, pero está lleno de corazón y alma, y por eso estamos encantados de concederle, y concederos a vosotros, el primer puesto en el concurso de huertos comunitarios.

Al unísono, alzamos la cabeza y nos miramos los unos a los otros.

—¡Enhorabuena, equipo Grow-Well! —dijo la otra mujer, riendo, mientras el hombre se adelantaba para entregarle a Luke una copa de plata y un sobre grande—. ¡Sois los ganadores del concurso de este año!

Fue entonces cuando se produjo el estallido de aplausos, gritos, lágrimas y algún que otro improperio, junto con el de los corchos y los clics de las cámaras de los periodistas locales que no habíamos visto merodear por la cabaña.

—¡Lo logramos! —gritó Ryan—. ¡Lo logramos!

Me abrazó, saltando y haciéndome saltar con él.

—Dios mío, Poppy —rio, con los ojos sonrientes—, ¿puedes creerlo?

—Tú lo has logrado, querrás decir —dijo Luke, dándole una palmada en la espalda.

—Sí, Ryan —dijo Lisa, acercándose rápidamente para repartir vasos de plástico llenos de refresco—, si no hubiera sido por ti, ni siquiera habríamos participado en el concurso,

y mucho menos habríamos tenido la oportunidad de conseguir el primer puesto. Fuiste tú quien no nos dejó rendirnos.

Acompañados por los periodistas y el jurado, posamos para las fotos y fuimos entrevistados brevemente sobre nuestra reacción y las funciones que desempeñamos en el jardín. Todos estábamos de acuerdo en que el dinero del premio estaría bien empleado en crear otro jardín en el centro juvenil, que tenía una parcela amplia aunque descuidada. Creo que nunca había visto tantas sonrisas en un mismo lugar y, cuando empezaron a llegar vecinos y amigos de más lejos, supe que la fiesta iba a durar hasta bien entrada la noche.

Cuando nadie nos veía, Jacob y yo nos escabullimos detrás de la cabaña, fuera de la vista, donde apilamos las ollas y bandejas vacías.

—Sé que no podemos tardar mucho —dije un poco sin aliento—, pero quería estar un minuto contigo.

—Lo sé. —Jacob sonrió y me rodeó la cintura con los brazos mientras yo le rodeaba el cuello con los míos—. Llevo toda la tarde queriendo besarte. La expresión de tu cara cuando nos han anunciado como ganadores... —Suspiró—. Lo único que quería en ese momento era abrazarte.

Bajó su boca hasta la mía y, mientras nos besábamos, imaginé que iba a haber innumerables momentos arrebatados en el futuro. Esperaba que tener que andar a escondidas no fuera a perjudicar nuestra relación. Mi sencilla vida ya era bastante complicada estos días y, aunque habíamos acordado tomarnos las cosas con calma, no estaba segura de cómo íbamos a gestionar la logística de una asociación tan clandestina.

—Me ha parecido veros escabulléndoos por aquí.

—¡Ryan! —exclamó Jacob, soltándome como si yo fuera una patata caliente y dando un paso atrás que casi derriba una pila entera de ollas—. No es lo que parece, colega.

Ryan enarcó las cejas.

—Espera antes de sacar conclusiones precipitadas —le supliqué.

—No —dijo—. Esperad. Hace semanas que sé que no ibais a poder quitaros las manos de encima. Desde que hablamos de no llevar vuestra relación más allá, Poppy, era obvio para mí que no serías capaz de resistirte.

—Joder, Ryan —dijo Jacob, con las manos casi arrancándose el pelo a mechones.

—Lo siento —dije, con la voz entrecortada por la emoción—. Lo siento mucho.

—Yo también —dijo Ryan, sacudiendo la cabeza—. Siento haber hecho que tengáis que esconderos.

Jacob y yo lo miramos, asombrados al ver que una sonrisa iluminaba su rostro, y luego nos miramos el uno al otro.

—Y lamento haber pensado alguna vez que tenía derecho a dictaros cómo debe ser vuestra relación.

—¿En serio? —pregunté tímidamente.

—De verdad —sonrió—. Es obvio para todos que deberíais ser pareja y no tengo derecho a deciros que no deberíais serlo. Todo lo que pido es que no os pongáis a hacer el salto del tigre cuando estoy en casa.

—¡Ryan! —lo regañé, con el calor inundando mi cara.

—Trato hecho —dijo Jacob, dando un paso adelante y tendiéndole la mano.

—¡Jacob!

—¿Qué? —rio, agarrando la mano de mi hermano y dirigiendo hacia mí toda la fuerza de su brillante sonrisa.

Me calentó hasta los dedos de los pies.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Lou cuando se acercó y nos vio a todos abrazados.

Ryan abrió la boca para contestarle, pero le corté, cambiando de tema antes de que tuviera la oportunidad de compartir con todo el equipo del Grow-Well el veto sexual que nos acababa de imponer. Nadie sabía aún que Jacob y yo éramos pareja, así que, desde luego, no necesitaban conocer mejor los detalles íntimos de nuestra vida privada.

—Estábamos hablando de los planes de Ryan —le espeté—, ¿verdad, Ryan?

Ryan sonrió y me siguió el rollo.

—Sí —dijo—, por fin he decidido lo que voy a hacer.

Cuando se fueron los jueces, los periodistas y la mayoría de los vecinos que habían venido a felicitarnos, nos sentamos todos juntos alrededor de la mesa, apretándonos para dejar sitio a Harry, Lou, Colin y Blossom.

—¿Te he oído decir que has decidido lo que vas a hacer, Ryan? —preguntó Graham.

El hecho de que hubiera escuchado esa parte de nuestra conversación me hizo sonrojarme de nuevo y dar gracias a mi buena estrella de que Ryan me hubiera permitido alejar la conversación de las reglas básicas que se había empeñado en establecer cuando se trataba de mis momentos más íntimos con Jacob. Sentado cerca de mí, Jacob me cogió la mano por debajo de la mesa y me la apretó. Yo le respondí con una risita. Estaba claro que él pensaba exactamente lo mismo.

—Sí —dijo Jacob para encubrir mi reacción—, ¿no va siendo hora de que se lo cuentes a todo el mundo, Ryan?

Mi hermano y yo habíamos pasado largas horas desde la visita de mamá pensando qué iba a hacer cuando terminara el verano.

—Bueno —dijo sonriéndome—, me quedo aquí con Pops.

—¿Quieres decir que vas a vivir aquí permanentemente? —suspiró Tamsin.

—Sí —asintió—, te toca aguantarme, Tam.

Tamsin se puso aún más roja que yo y John puso los ojos en blanco, pero un codazo de Lisa detuvo en seco sus burlas.

—¿Vas a buscar trabajo? —preguntó Colin—. Porque me vendrían bien un par de manos extra en la tienda de vez en cuando.

—A mí también —coincidió Lou.

Me alegré de que sus negocios prosperaran.

—Gracias, chicos —dijo Ryan—, sería estupendo, gracias. Siempre que podamos compaginarlo con mis clases, trabajaré encantado para los dos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Heather—. No vas a continuar con bachillerato, ¿verdad?

—Ni pensarlo —dijo Ryan con un escalofrío ante la mera mención—. Voy a ir a Easton.

Todos sonrieron y asintieron ante la mención del instituto agrícola local. Estaba claro

que todos pensaban que el cambio de rumbo académico de Ryan era acertado. Como tenía que seguir estudiando hasta los dieciocho años, necesitaba hacer algo que le gustara y obtener un título que de verdad significara algo para él.

—Sé que soy bastante hábil con la brocha y puede que algún día piense en seguir los pasos de mi padre, pero por ahora mi corazón está puesto en el cuidado de pájaros y animales —dijo, subiendo a Gus a su regazo—. Me voy a matricular en un curso de cuidado de animales y estoy deseando empezar.

—Eso será perfecto para ti, muchacho —dijo Graham con cariño—, sin duda, tienes madera con ellos. Creo que lo harás muy bien.

Todos estuvieron de acuerdo y alzaron sus copas para brindar por mi hermano, que había cambiado casi hasta volverse irreconocible desde su llegada a la plaza..., y no era el único. El hombre que estaba sentado a mi lado, acariciándome los dedos por debajo de la mesa, también estaba bastante cambiado.

—¿Y qué hay de nuestro libro de recetas, Poppy? —dijo Mark, una vez que todos hubieron terminado de interrogar a Ryan sobre su curso, volviendo la atención hacia mí —. ¿Has hecho algo?

—La verdad es que sí —admití—. De hecho, tenía una carpeta preparada para enseñártela con algunas ideas, pero me la he dejado en casa.

—Ve a buscarla, entonces —me instó Mark—, ¡vamos, vamos!

—Te echaré una mano —dijo Jacob, apartando su silla, y me siguió por el jardín.

—No tardéis mucho, chicos —nos llamó mi descarado hermano tras de mí—, ¡y recordad que puedo volver en cualquier momento!

Se oyó una fuerte ovación detrás de nosotros y supuse que mi asociación secreta con Jacob no era tan clandestina como había pensado. Jacob deslizó su mano entre las mías.

—No tiene sentido que lo ocultemos más, por lo que parece —rio, besándome el dorso de la mano.

—Supongo que no —sonreí—. ¿Te importa?

—Dios, no —suspiró—. He tenido bastante de secretos para toda una vida. Estoy orgulloso de nuestra relación, Poppy, y no me importa quién lo sepa.

Reflexioné sobre sus palabras mientras cruzábamos el camino hacia la plaza.

—Está bien, ¿no? —me preguntó cuando no dije nada—. Te alegra que todo el mundo lo sepa, ¿verdad?

—Estoy más que contenta de que todo el mundo lo sepa —dije, parándome frente a él cuando llegamos al parque—. De hecho, nunca he sido tan feliz.

—¿En serio?

—De verdad.

—Yo también —rio, y me abrazó—. Cuando me mudé aquí, pensé que estaba destinado a ser un desgraciado el resto de mi vida, pero tú me has despertado, Poppy. Pensé que mi vida había terminado, pero tú y el jardín me habéis revivido, me habéis sacado del abismo.

Sabía a qué se refería. Cuando me había mudado a Nightingale Square, había pensado que mi vida estaba completa, pero añadir a mi hermano y a Jacob a la mezcla, dos incorporaciones de las que no había estado nada segura al principio, había terminado

por enriquecerla más allá de lo imaginable.

—Todo forma parte de mi receta para una vida feliz —le dije, antes de plantarle un beso firme en los labios.

Agradecimientos

Es increíble pensar que ha pasado menos de un año desde que os llevé a todos conmigo a dar ese primer paseo por Nightingale Square y al jardín de Prosperous Place. En el ínterin se ha producido otro viaje festivo a Wynthorpe Hall, pero yo sabía que la plaza tenía otra historia que contar y estoy encantada de haber tenido la oportunidad de compartir la historia de Poppy con todos vosotros.

Como siempre, escribir un libro es un esfuerzo de colaboración, y la lista de participantes desde su concepción hasta su finalización no deja de crecer.

Mi más sincero agradecimiento a mi fabulosa agente, Amanda Preston (es la Agente del Año, ¿sabéis?), que siempre tiene las palabras adecuadas para cada ocasión. Al increíble equipo de Books and The City: realmente sois demasiados como para mencionaros uno a uno, y siempre me preocupa olvidarme de alguno, así que aquí va un enorme abrazo colectivo y un beso para todos.

Dicho esto, mi maravillosa editora, Emma Capron, cuyo nombre figura en la portada de este libro, merece una mención especial. En las inmortales palabras de Fatboy Slim, realmente hemos «recorrido un largo largo camino juntas», Emma, y estoy increíblemente agradecida de haberte tenido a mi lado en esta emocionante parte de mi viaje como escritora.

Cuantos más libros escribo, más difusas se vuelven las líneas que separan a los mejores amigos, los blogueros que me apoyan y los lectores fieles, así que en esta ocasión os doy las gracias en masa por vuestro continuo apoyo. Es maravilloso saber que, si no aparezco en las redes sociales durante un día o así, todos me enviáis mensajes para saber dónde estoy. Me siento muy afortunada.

Un agradecimiento especial a Laura (@GrumpyGirlie) por mantener el horno repleto de deliciosos productos caseros y por los banderines festivos. Y gracias también al señor Dingle por proporcionarnos una de las anécdotas escolares más divertidas que he oído nunca. ¡Cómo me hubiera gustado estar allí!

Por último, pero no por ello menos importante, gracias a mi maravillosa familia por su continuo apoyo. Realmente me estoy esforzando por «ser más Milly», ¡mi querida niña!

Ahora solo me queda desearos a todos un verano maravilloso. Espero que disfrutéis de este último viaje a Nightingale Square y quizá os sintáis inspirados para cocinar vuestra propia receta para la vida. Que vuestras estanterías —ya sean virtuales o reales— estén siempre llenas de fabulosas obras de ficción.

H x